



**LA ASAMBLEA LIBERAL**

**Y SUS**

**ASPECTOS POLITICOS**



P. JARAMILLO ALVARADO,

*atentamente al Sr. Jaramillo*  
*Sr. Pedro S. Jaramillo*

# LA ASAMBLEA LIBERAL

Y SUS

## ASPECTOS POLITICOS



QUITO

IMPRENTA «EDITORIAL QUITO»

1924





Q

*Julio E. Moreno,*

ilustre periodista, a quien tanto debe la  
renovación ideológica del liberalismo  
ecuatoriano.

Fraternalmente,

*El Autor.*



ANTECEDENTES

DE LA

ASAMBLEA LIBERAL



# ANTECEDENTES

---

## I

### **Viejos anhelos de concentración**

No cabe en los propósitos de este libro, rememorar la Primera Asamblea Liberal reunida en Quito, antes del Noventa y Cinco, que la presidió don Pedro Carbo, sino, referirse, únicamente, a los anhelos de concentración del Partido Liberal, después que hubo alcanzado el Poder la Transformación referida.

Y la única vez en que las fracciones del liberalismo lograron reunirse en Convención, no fue para preocuparse preferentemente de adoptar un programa, sino para elegir el candidato que había de exhibirse y apoyarse, frente a la candidatura de don Lizardo García, sucesor del General Plaza, en su primera administración. Desde luego, dicha Convención aprobó también un programa presidencial, y así lo exhibió, juntamente con la postulación de don Ignacio Robles. La Convención Liberal de 1904 merece todo nuestro respeto,

porque supo enfrentarse a la imposición oficial, que no quiso razonar, para evitar el fraccionamiento indefinido del Partido; que deseaba y nombró un candidato de transacción prestigiosísimo, como el símbolo de la concordia en el batallar desencadenado de muchas ambiciones personalistas. El alma de esa Convención fue el Sr. Dr. Dn. Manuel B. Cueva, noble y desinteresado espíritu que pedía un momento de meditación, para que triunfe una vez más, por la unión, el liberalismo ecuatoriano, ya muy dividido en aquella época.

"Dividido el Partido Liberal, dice el Manifiesto de la Asamblea de 1904, no tanto por diferencias doctrinarias, cuanto por diversidad de acontecimientos que se han sucedido desde la histórica fecha del 5 de Junio de 1895, era indispensable procurar la unión y la disciplina, para así unidos y disciplinados, oponer la fuerza de la idea al avance de la imposición, y la fuerza de la opinión, a la engañosa popularidad."

Y que es lo que había dividido hondamente a los liberales, cuando aun estaba cercano el eco de los últimos disparos del clericalismo en la reacción que fracasó en Sanancajas? ¿Si las reformas intentadas durante el Gobierno del General Plaza eran aún rudamente combatidas por los obispos y los feligreses?

El señor General Plaza había resuelto tener por sucesor a don Lizardo García, aventajado comerciante de Guayaquil, tachado de incoloro y aun de *godo* por el liberalismo rojo de las otras fracciones del Partido, o sea el alfarismo, el franquismo y el flavismo. Y fue tan inflexible la imposición, que destituyó al General Flavio Alfaro del cargo de Ministro de Guerra y se negó a concurrir el Gobierno con los delegados que se le solicitara para unificar la acción y el programa del Partido, y la Asamblea clausuró sus sesiones cumpliendo con el deber de exhibir un candidato, dictar las futuras normas de la administración, retirándose a esperar los acontecimientos.

Del godismo del Sr. García, nos habla en estos términos el General Flavio Alfaro, en su exposición de los motivos para su destitución de Ministro: "En la úl-

tima conferencia que tuve con el señor García, en tratándose de la publicación de su Manifiesto, y mientras para obtenerlo, hacía yo valer ante él las instrucciones, que le daba al respecto del Presidente de la República, dicho señor García me manifestó de un modo claro y explícito que él "no consideraba conveniente un manifiesto radical sino de liberal moderado; PUES QUE ESTA ERA SU MANERA DE PENSAR." "El señor García me aseguró, además, en dicha última conferencia haber consignado en manos del doctor Alfredo Baquerizo Moreno varios datos o apuntes para que los entregara al General Plaza, con el objeto de que se formulara en Quito el Manifiesto que debía suscribir, como candidato a la Presidencia de la República; pero cual no sería mi sorpresa, cuando al expresarle, complacido, que tenía la evidencia de que el Presidente le enviaría un manifiesto en el cual se contengan sólo los principios netamente liberales, se apresuró a observarme que si el Programa enviado de Quito era de carácter radical, *estaba seguro de que TAMAYITO no lo dejará pasar.*" (\*)

Y la Fronda dió sin embargo sus efectos, los efectos de todo ideal sincero, sostenido con desinterés y expuesto sin cobardías. Es verdad que la Fronda nada pudo contra la violencia gubernativa que eligió a García, pero conspiró y le derribó también violentamente.

Después, ya los anhelos de concentración liberal se limitaron al campo de la especulación patriótica. La férrea personalidad de don Eloy Alfaro no podía consentir en deponer una pequeña partícula de su poder, para dar al Partido una vida organizada, consciente, respetable. Y refiriéndose a esto dijo el General Andrade en 1912, al exhibir su programa como candidato a la Presidencia: "Hace cuatro años, escribí desde Bogotá al General Alfaro, don Eloy, que nuestro partido fracasaría indefectiblemente si no atiende a su organización científica, la sola que podría unificarlo y solidari-

---

(\*) J. B. Vela.—"La Asamblea Liberal ante la Historia".—  
Pág. 94.



zarlo; indíquele como medio, la reunión de una gran Asamblea Liberal que expidiese la Constitución del Partido, más o menos sobre la base en que se constituyó el Partido Liberal chileno. Por desgracia para todos, el General Alfaro desatendió mi consejo; pero yo insistiría en él hasta realizarlo. En tanto que las ideas no sean viables sino por obra de la persona, siempre estaremos expuestos a que los errores, las debilidades y aun las traiciones impidan o retarden su entronizamiento.—El concepto verdadero es que, en la marcha de las ideas, los hombres no somos, no debemos ser sino agentes secundarios”.

Así es como la ambición personalista fracasó siempre los nobles afanes de la concentración liberal.

## II

### **Del liberalismo moderado**

Desde el asesinato de los Alfaro en 1912, se anota la curva de descenso en la vida del liberalismo ecuatoriano.

Habiendo desaparecido en la tragedia los guerrilleros y el Caudillo de la Transformación política del Noventa y Cinco, y cuando aun no se apagaban las piras glorificadoras de los “Egidos”, ya en el Capitolio reaparecía descaradamente el clericalismo, exhibiendo sus programas mentirosos de un liberalismo sin ideal, mercantilista, que tiene en ruina al gran Partido que ostenta en “El Quiteño Libre” de Hall y de Moncayo su iniciación doctrinaria.

El programa del Dr. Carlos R. Tobar, es la muestra evidente, de que en el seno del Gobierno que cayó el 5 de marzo de 1912 se fraguaba una gran traición. ¿Y quién llevó al Sr. Tobar al Gabinete? ¿Qué base tuvo el Sr. Tobar para creer que podía ser aceptada e

impuesta su candidatura de liberal moderado por el Gobierno de esos días?

Luego, en los días del desastre que sufrieron las fuerzas del gobierno del General Plaza en Esmeraldas, se comprueba el hecho de una convocatoria de liberales de todos los matices para consultarles lo siguiente: "Ante el peligro del triunfo del Coronel Concha que amenaza con retalcaciones sangrientas, conviene aceptar el concurso conservador, para la común defensa?"

El Comité que presidió el Dr. Alejandro Cárdenas para responder a esta interrogación del Ministro de Gobierno de esos días, contestó laónicamente.

—No.

Y de esa misma interrogación nos ha quedado esta respuesta fundamentada del Dr. Juan Benigno Vela: "Telegrama de Ambato.—Diciembre de 1913.—General Presidente.—Quito.—Buenos días mi querido General.—Anoche recibí atento telegrama, cuando acababa usted escuchar opinión señor Arzobispo (González Suárez) y otros caballeros —No parece sino que tales pareceres estaban de antemano preparados y bien calculados; todos concurren a un mismo propósito. Como usted bien lo dice, conservadores tratan llevar agua a su molino; están en su derecho, solamente que usted es muy avisado para abandonar las fuentes cristalinas de donde procede; no se dejará arrebatarse de esa fuente envenenada por donde corre una política insidiosa, mucho más grave que el mal que usted trata de remediar. Conservadores exageran situación actual; para ellos el pequeño fracaso sufrido por nuestras escasas fuerzas en Esmeraldas, es tan horrible y tan único, que le ha puesto al Gobierno al bordo de un abismo espantable. Nada más inexacto: son comunes los revéses de una guerra: errores causados por impericia, falta de una cabeza directiva, falta de conocimientos locales, causas imprevistas que pueden ser reparadas con grandes ventajas. Mas, para los conservadores el mundo se ha venido encima; ni la rendición de Metz, ni la caída de Andrianópolis; siendo así que lo que ha pasado en Esmeraldas no es un desenlace total, ni siquiera un

desastre irremediable. Tiene usted un buen ejército, la opinión pública en su favor, la justicia de su parte, todo el Partido Liberal que en la hora del peligro allí está en masa para rodear al Gobierno. Este partido no es un circulillo reducido como piensan esos señores, es un gran conjunto de hombres sensatos e ilustrados que desde el año Noventa y Cinco viene empeñado en la lucha desafiando al impotente conservadorismo. Claro está que los del partido histórico quieren engañar a usted *entrando en el Gabinete*, en las gobernaciones, mandando el Ejército y de aquí sus alharacas, la espantosa situación. Pero usted no es Rafael Núñez, sombrío personaje que ha de manchar su nombre y su limpia historia traicionando a su partido. Nada importa que Concha se encuentre en posesión de las más apartadas de las provincias: el General Navarro caerá sobre él y todo se habrá salvado; no hay razón, ninguna razón para alarmarse creyendo irreparable un pequeño revés, un error militar común. No conoce usted bien a los conservadores; no conoce cuan ocultos y tenebrosos son los fenómenos de esa psicología colectiva. Ayer no más fueron ellos los que cambiaron en rencor y odio el afecto intenso que tenía a usted el Dr. Freile Z.; ellos prepararon la candidatura del Dr. Tobar, engañando a este respetabilísimo caballero; ellos influyeron en el espíritu débil de Carlos Freile y vino el trágico golpe del 5 de marzo; y por ellos se desencadenó la tempestad sobre la cabeza de usted. Y ahora son los mismos los que están muriéndose, desviviéndose por la paz y la fraternidad, y la buena salud, y por la buena vida de usted, y le dan vueltas, y le hacen carantoñas. Son hipócritas, no les crea, querido amigo mío: háblole la verdad, como lo hago siempre, con ruda franqueza; nunca le he lisonjeado; no le he pedido ningún favor personal hasta ahora: empleos, dinero, otra cosa, nunca, ni para mí ni para mis hijos; a despecho mío dióle usted un consulado a Cristóbal; yo no lo quise. Por esto mismo tengo obligación de hablar a usted claro, claro, seguro de que usted no condena mi franqueza. Repito lo que ya le dije en agosto pasado, esto es, NO COMPRE

LA PAZ A COSTA DEL PARTIDO LIBERAL, manténgase usted limpio, continúe usted dando libertades y garantías a todo el mundo; esto le engrandece; imprima a su política un rumbo más decidido y fijo, sin vacilaciones, sin oscuridades; nada de contemplaciones y reconciliaciones; porque no es buena política levantar al enemigo y darle armas para que las vuelva contra uno mismo.—Perdone usted la llaneza de mi lenguaje; así soy, así seré hasta morir. Soy de los políticos tontos que no conocen el disimulo; hablo como pienso y como siento.—Su viejo compañero.—*J. B. Vela*".

Y después del doctor Baquerizo Moreno, filósofo e ideólogo, así como gobernante, llegó a Presidente el Dr. José Luis Tamayo, reputado en Guayaquil como el *non plus ultra* de la competencia y del liberalismo doctrinario.

Y con él se dibujó claramente el "nacionalismo" en el poder, que ya en el gobierno de su antecesor, como desde la caída del alfarismo venía echando raíces, aunque sin poder prosperar con muchas ventajas.

### III

#### ¿Qué es el "nacionalismo"?

Cuando escribí y publiqué en mayo de 1923, el estudio "Don Abelardo Moncayo y su época", concreté así el concepto "nacionalismo", a propósito de las aco- taciones que puse al margen del libro "Añoranzas" del gran don Abelardo.

El término "nacionalismo" fue importado hace poco tiempo, equivocando su significación europea o bautizando socarronamente con este nombre, lo que aquí se llama propiamente *fusionismo*, o sea, la resurrección en el tiempo de esa *fusión* de partidos o banderías que precedió a la caída del régimen clerical, en la Presidencia de don Luis Cordero.

Estudiando Vicente Gay, en su obra "El Imperialismo", lo que significó el nacionalismo europeo en 1914, encuentra la vaguedad del término, que puede traducirse como una tendencia no como un partido, "un estado de ánimo que se propaga por contagio", explica Corradinè en lo que, a Italia se refiere, como expresión del fenómeno de la conciencia colectiva en su aspiración a ensanchar con el propio jugo vital los horizontes de la vida nacional, frente a los imperativos del militarismo, que tenía en la *Kultur* alemana su fisonomía. Y en Francia, además, de este concepto, significaba la reacción antisemita y legitimista: "fue una concepción patriótica sectaria." Frente a las complejidades resultantes de la gran guerra, singularmente por la expansión del *sovietismo* ruso como nueva fórmula de gobierno, y del *bolchevismo* reaccionario de la presión capitalista, el *nacionalismo* italiano llega organizado como partido definido con programa y con hombres que le encarnan: el *fascismo* y su jefe *Mussolini*.

Pero este nuevo partido—modalidad del clásico conservadorismo—obedece a razones locales, y demuestra las características de transitorio, porque sus causas son de este mismo orden, y por esto no se propagará fuera de los límites italianos, en donde ya carece de significación, que esté arraigada en las tradiciones romanas. El término *fascismo* se traduce por acción administrativa, que para los españoles tiene su abolengo en la voz *facere*, hacer, oponiendo el viejo vocablo castellano a la política perezosa, egotista, de simple simulacro de trabajo y organización.

Hablar, pues, de nacionalismo en el Ecuador, como de un partido político en formación, es expresar una voz sin sentido. Llámese francamente *fusionismo*, transfugio, claudicación al hecho de entregar las fortalezas del liberalismo a título de amplitud de miras (¡los amplios!), y nos entenderemos; pero nacionalismo sin complicaciones internacionales en las industrias, el comercio, los armamentos, la raza; fascismo sin previa cuestión socialista organizada o importaciones soviéticas definidas, es sumergirse en cuestiones falsas, en este

trópico, imitador simiesco de los gestos y expresiones de ultramar.

Y cómo apareció el llamado nacionalismo?

Porque el liberalismo de Alfaro fué hermético, sin claudicaciones. En las administraciones de este caudillo no hay rastro alguno. En la primera administración del General Plaza, aparece el corolario de la lucha por las reformas liberales: la Ley de Cultos, principalmente. — García y Estrada no alcanzaron a gobernar el país. En la segunda administración del General Plaza, ante el pánico que produjeron en el Gobierno los triunfos de Concha en Esmeraldas, consultó el Presidente a los más distinguidos liberales la conveniencia de una fusión con los conservadores, ante el peligro del Gobierno y el rechazo del Partido fue enérgico, y del pensamiento liberal de esos días queda el famoso telegrama del doctor Juan Benigno Vela, suscrito en Ambato, en diciembre de 1923. ¿Apareció el "nacionalismo" en la segunda administración Plaza? ¿O en el período del Dr. Baquerizo Moreno?

El liberalismo doctrinario reconoce la necesidad de la existencia del Partido Conservador, declara la ineficacia y peligro de las fusiones, y combate al clericalismo. En el Ecuador, el clericalismo y conservadurismo aun están confundidos, pero se constata ya el esfuerzo por llegar al deslinde. Lo que envenenó a esas agrupaciones fue el garcianismo, que hizo del catolicismo un partido político, compeliendo al Partido Liberal a la guerra político-religiosa. Lo que estas banderías han conquistado con el señuelo del nacionalismo, es mucho, pero están divididos en el campo de Israel.

El *Jefe* del Partido Conservador, doctor Rafael M. Arízaga, y en esta calidad, dirigió en Abril de 1918, un Manifiesto a sus copartidarios, y les dijo: "El momento actual es favorable, toda vez que se encuentra al frente de los destinos nacionales, un hombre como el doctor Baquerizo Moreno, que, cualquiera que haya sido la forma de su elección, no es ciertamente un simple *arribista*. Debemos esperar que el Gobierno en ningún caso extremará medidas autoritarias e ilegales."

les contra una respetable asociación política.” Esta voz tuvo correspondencia en Quito, y aún llegó a reunirse una especie de Asamblea del Partido Conservador, que luego estalló en una tremenda escisión. En Cuenca la juventud rechazó el término “conservador”, conceptuándolo manchado en la historia por la secta clerical garciana; discutió acaloradamente resolviendo llamarse “Partido Republicano-Católico”, y, con este acuerdo, suscribió un programa, cuyo primer artículo o propósito dice así: “Conformidad de la política con las enseñanzas y preceptos de la Iglesia Católica.—*Liber tad de enseñanza en armonía con la misma autoridad de la Iglesia.*” (\*)

En Quito, la escisión fue más profunda: los discípulos de González Suárez, quien fundó o intentó fundar el verdadero Partido Conservador, no rechazaron esta denominación “Conservador”, pero tampoco se separaron resueltamente del clericalismo garciano, manchado en la historia, como justamente opinaron en Cuenca. Y se llamaron a sí mismos “los amplios” de criterio, para diferenciarse de “los estrechos” sectarios. Los periódicos de estos grupos se produjeron feroces, y el Vicario tuvo que llamarlos al orden.

El rechazo de la política de González Suárez por parte de los terroristas, lo concretó así el doctor Carlos Carbo Viteri, *leader* de esta agrupación, en una carta publicada en ese entonces, en “El Martillo” de Riobamba y reproducida y comentada en 1921, por “El Porvenir” de esta ciudad (\*\*). Entiendo que el doctor Suárez (Arsenio) pertenece a la escuela política del clericalismo liberal que dije, o al liberalismo clerical que expresa mejor el concepto.” “Si esto es así, el comportamiento del Vicario se explica por los designios del *fundador Ilustrísimo González Suárez*, a quien Dios haya perdonado todo el daño que causó a la Iglesia y al País.” “Los liberales, incluso los neocatólicos de hoy, católicos no conservadores de ayer, y los clérigos

---

(\*) “El Progreso”—Cuenca, N.º. 302—año IV, 1918.

(\*\*) “El Porvenir”—Quito, 12 de noviembre de 1921.

liberales, lobos todos de un mismo cubil, tienen razón que les sobra para la erección de la estatua que se trata de elevar en honor del doctor González Suárez. Pero los verdaderamente católicos no podemos contribuir con nuestro voto ni con nuestro dinero. Tanto se la deberíamos a Calvino porque fue canónigo, o a Lutero y Jordán Bruno porque fueron frailes, o al autor de la "Luz del Pueblo" porque era presbítero ecuatoriano."

La compleja figura de González Suárez, de quien expresa el diplomático boliviano, don Alberto Gutiérrez que extrañaba encontrarle con sotana, porque sus pensamientos daban más bien la impresión de que se trataba con un gran estadista seglar (\*); esta figura política negada por unos, admirada por otros y combatida por los terroristas, no fue comprendida por el doctor Carbo Viteri, o en su afán de restaurar el garcianismo sectario como partido político, se negó a reconocer la habilidad de la mano que anuló en la práctica las reformas liberales, que tuvo el enigma de su gesto tolerante con Alfaro, que odió al clericalismo por corrompido y absurdo en su inniscuencia política que bregó por sacar al catolicismo del garcianismo, y maquinó constantemente contra el liberalismo favoreciendo a los "conservadores", y cuando la ola sectaria victimó y arrastró a Alfaro, no quiso que llegaran a sus oídos las voces de caridad invocadas por el amor filial, y el político refinado vió "disimuladamente" el final trágico del hombre que había implantado el verdadero liberalismo en el Ecuador.

La política de Monseñor Pólit es ecléctica, y por lo pronto se reduce a un sólo propósito: triunfar "cueste lo que costare"; después ya veía como hacer de San Martín, para que no se muestren los dientes sus cofrades. Como político es garciano Monseñor, y además, aprecia las bellas aptitudes de los jóvenes "amplios" que siguen con fe el sendero de González Suárez; y en lo tocante a la política de infiltración, desalojamiento y anulación de prestigios liberales, como, en su caso, pre-

---

(\*) Gutiérrez "Hombres y Cosas de ayer"—1918.



conizó el General Uribe Uribe para derrocar a los conservadores, Monseñor Pólit coincide con su antecesor y ha ganado magníficas posiciones!

Por lo demás, hay entusiasmo, actividad y sobre todo franqueza y confianza en el campo de Israel. Una de las primeras operaciones después de su exaltación al Arzobispado fue la requisitoria que dirigió al señor don Aparicio Ribadeneira, para que concentrara sus huestes; se repitió la consagración al Corazón de Jesús, y en diciembre de 1922, convocó a elecciones, a vuelta de una expresión de simpatía para el Gobierno, en los siguientes términos, que los habría suscrito García Moreno. Dice Monseñor: "Lo que sí habéis de hacer es cumplir con vuestros deberes de ciudadanos e intervenir en la parte que legítimamente os corresponde, cual es la de dar vuestro voto libre, consciente, moral, en las elecciones de que dependen la formación de los Concejos Municipales y de las Cámaras Legislativas, el nombramiento del mismo Presidente, en suma, la organización y existencia de la República nuestra Patria. No desistáis del cumplimiento de este deber estricto que os incumbe, por ningún obstáculo que se presente, bajo ningún pretexto. Reclamad, no os canséis de reclamar la sincera libertad electoral, garantizada por nuestra misma Constitución: haced uso de ella *creste lo que costare* en las elecciones municipales, legislativas y presidenciales." (\*)

Desde los tiempos de Schumacher y Massiá no había vuelto a suscribir una mano episcopal una proclama política semejante. No es un ingenuo Monseñor Pólit, y debe tener muy fuertes fundamentos para haberse producido en los términos apuntados, y tocar de nuevo, descendadamente, el funesto clarín de la guerra político-religiosa, la herencia sangrienta de García Moreno.

---

(\*) Pastoral de diciembre—1922

I V

PEDRO E. PAREJA  
Teniente de Ejército

**El tamayismo "nacionalista"**

Lo primero que hizo el doctor Tamayo fue integrar su gabinete con un elemento clerical en la Cancillería, y el resto del Ministerio con unidades amorfas en lo que a la Instrucción Pública se refiere; infinitamente superficiales y de sabidurías y vivezas ratoniles en la cartera de Gobierno; perfectamente incapacitados en Hacienda Pública; y de una suave simpatía en el portafolio de Guerra. Con lo cual quedaba planteada la supremacía del elemento clerical en el Consejo de Ministros, y aún sobre el mismo Presidente de la República, descubierta que fue su escasa mentalidad de gobernante, la flaqueza de la propensión al adulo, a las carantoñas, como decía Vela, y el perfecto desconocimiento de hombres, situaciones y alcance efectivo de la suma de poder de un Gobierno. Se descubrió también que el doctor Tamayo no había sido hombre de carácter en el sentido noble de esta palabra, sino de mal genio, duro, impulsivo, a veces mal educado, y con un inmenso amor a su personilla, que le incapacitaba para pedir o recibir de frente un consejo, siendo engañado continuamente por el elogio adulador o la intriga plebeya. Porque la característica de la administración tuvo en el plebeyismo, la nota dominante, desde su Edecán favorito para abajo, toda la gente de las confianzas del Presidente.

Y todas estas circunstancias explotaron los áulicos para alejar a los buenos amigos, para medrar de la intriga, y mantener al doctor Tamayo en un perpetuo mal humor, en la zozobra de las fantásticas conspiraciones "enriquistas", aislado de las realidades del país, y en una auto sugestión tan perfecta de su obra administrativa, que en la noche de entregar el mando, nos ad-

miró a todos, a los amigos y enemigos, el convencimiento en que había caído, relativamente a haber realizado una gobernación maravillosa, anotando en su discurso las virtudes precisas de que había carecido el régimen. Valía la pena aplaudir y ser misericordioso con un desplante tan ingenuo, y el público aplaudió a rabiar, hasta que desapareció del escenario el señor doctor Tamayo, *caso* extraordinario de narcisismo antropológico!

Como es natural, esta idiosincracia del gobierno central se reflejó en las gobernaciones de provincia, que se desmoronaban continuamente, pues no ha habido provincia que no haya tenido dos o tres gobernadores, y en Guayaquil se ha registrado más de una docena y en Cuenca veinte y cuatro! La intriga hacía su obra, y la ineptitud en el Ministerio del Ramo, fomentaba la indisciplina y la desorganización, que tampoco perdonó el mismo Gabinete, a tal punto, que cuando se buscó reemplazo para cubrir la salida diplomática del General Treviño, el Sr. Dr. Tamayo confesó que había propuesto a más de una veintena al Ministerio, obteniendo la negativa, para llenar ese hueco.

No tratan estos apuntes de analizar la administración del Dr. Tamayo, sino desde el punto de vista de la política doctrinaria, pero aun esta faz exige que anotemos el juicio que ha merecido la administración Tamayo, por "El Comercio" de Quito, diario adicto al Gobierno fenecido, y por "El Telégrafo" de Guayaquil, de gran serenidad e imparcialidad.

Dice "El Comercio": "Elegido el Dr. Tamayo, apenas tomó posesión del cargo hace cuatro años justos, la formación de su Gabinete, mantenida en reserva hasta el primer día de su período, impresionó de diferente manera. La participación de un alto exponente del partido conservador en la Cartera de Relaciones Exteriores, manifestó a unos que el nuevo Presidente, sin pomposos manifestos en que tratase de fundar un partido político nacionalista—como se le acusaba sin fundamento alguno—quería utilizar en bien de la patria los talentos y preparación de todos los ecuatorianos

cualquiera que fuese su filiación política. Pero a otros, ese mismo hecho sirvió de piedra de escándalo, porque juzgaban las cosas con el criterio ciego de quienes no quieren salir del círculo estrecho del copartidarismo doctrinario para la dirección de los negocios del Estado.

Desde entonces muchos se llamaron a engaño y empezaron a hablar de traición y de un partido híbrido y sin programa.

¿Acertaron en sus pronósticos o se engañaron estos últimos? El Jefe del Estado, repetidas veces, desmintió ese intento de fundación de un tercer partido y, con palabras y con hechos, probó que su liberalismo era de antigua cepa, pero que a ello no se oponía su desinteresado amor a la patria que le imponía el deber de ser ante todo ecuatoriano y de ver en sus compatriotas la misma cualidad de ecuatorianos en primer término.

Y el Jefe del Estado llegó al Poder y lo ejerció con esa sincera rectitud que ha sido siempre el norte de su vida. Poco político, poco conocedor de los hombres, enérgico para romper, como Alejandro, nudos gordianos, ha soportado épocas de amarga prueba. Sus amigos se alejaron de su lado, sus partidarios le voltearon la espalda, sus intenciones han sido desfiguradas, su patriotismo ha sido mal comprendido, y *sus aspiraciones han fracasado, en un choque brusco con la realidad implacable.*

Era el más partidario de la paz y del orden, y en su período ha habido tumultos populares y se ha derramado sangre abundante contra su voluntad y sus órdenes.

Era el más bien intencionado de los estadistas políticos, y ha caído en el engaño de los acaparadores de la riqueza pública y de los malos consejeros políticos". (\*)

Dice "El Telégrafo": "Hoy termina su período de mando el señor doctor don José Luis Tamayo, quien sucedió, en la Presidencia de la República, al señor doctor don Alfredo Baquerizo Moreno. Cuatro años han

---

(\*) Editorial de "El Comercio", edición del 31 de agosto de 1924.

pasado desde entonces, y aun quedan en pie, como al principio, las grandes cuestiones económicas, de donde nace el malestar que aflige al país, y aun queda por resolver el enojoso pleito de límites con el Perú. ¿Y el arreglo hacendario? ¿Y la organización científica de los servicios públicos? Todo, todo por hacerse.

Sobre tan obscuro cuadro, flota el doloroso recuerdo del 15 de noviembre de 1925, teñido en sangre y rodeado de siniestros resplandores, que perdurarán por mucho tiempo.

Quedan también, el recuerdo de las persecuciones de que han sido víctimas no pocos ciudadanos, y la su presión de numerosas escuelas de todas las provincias de la República.

Sería del caso, confrontar las promesas del señor doctor Tamayo, hechas antes de asumir el mando, con su conducta, como Presidente, desde 1920 hasta 1924; de esa confrontación, saldrá el fallo que merece dicho ciudadano.

Es evidente que no le faltó buena voluntad; pero la voluntad, por sí sola, no es suficiente para llevar a cabo las grandes empresas, que requieren el concurso de otras poderosas facultades.

Hay gobernantes que pasan por las páginas de la historia sin rasgos fisonómicos propios, sin distintivos característicos, sin señales inconfundibles con otros mandatarios. No de todos se puede decir, fue un Rocafuerte, un García Moreno, un Alfaro". (\*)

Para el estudio de las consecuencias del "nacionalismo" administrativo, bastan los anteriores conceptos.

## V

### Del "nacionalismo" político

Ya en la práctica, ese nacionalismo, o proyecto de tercer partido que menciona "El Comercio", tuvo la

---

(\*) Editorial de "El Telégrafo", edición del 31 de agosto de 1924.

repercusión inmediata de la protesta vigorosa del elemento liberal más distinguido de la capital, por el nombramiento del Canciller Ponce, el más encarnizado enemigo del liberalismo, y esa protesta repercutió y fué secundada en las provincias. Y la palabra traición al partido resonó en todas partes.

Para mejor organizar la defensa de los ideales liberales, se reunió y organizó en Quito una Junta Liberal-Radical presidida por don Luis N. Dillon, alto exponente doctrinario, de acción y de talento cultivado, quien llegó a plantear con valor la nueva modalidad "nacionalista" y sus peligros para el liberalismo, en la célebre conferencia del 5 de junio de 1921, que alarmó tanto al doctor Tamayo, que declaró sus enemigos a todos los concurrentes a la conferencia en el Teatro Sucre, y esos concurrentes fueron nada menos que todo el liberalismo en su plana mayor y sus elementos burocráticos representativos. Se produjo un divorcio atropellado con el sentimiento liberal genuino, y el gobierno del Dr. Tamayo entró de lleno en el "nacionalismo". Con pocas excepciones, en las provincias de la serranía, fueron designados gobernadores, declarados elementos conservadores; en la diplomacia casi todas las designaciones recayeron sobre este mismo elemento, y simples secretarías de legaciones se palanqueaban en el Arzobispado, que tenía influencia decisiva por el Canciller Ponce en el Gobierno. La prensa misma conservadora se declara semioficial, y en "El Porvenir" puede registrarse, por algún tiempo, toda la alabanza que mereció en su concepto el "nacionalismo" del Dr. Tamayo, quien cuidó de no mencionar la palabra liberalismo en su discurso inaugural ni en otro documento del gobierno.

En las elecciones de municipales triunfaban los "amplios" y "anfíbios", hasta que en diciembre de 1922, publicó su Alocución Pastoral el señor Arzobispo Dr. Pólit, dirigida a los Obreros Católicos de la Arquidiócesis, que fue leída en todos los púlpitos del Ecuador, y tuvo inmensa repercusión, hasta dar origen al lassismo,

según se comprueba en varios capítulos de los "Aspectos Políticos" de este libro. (\*)

Mientras tanto, se había obtenido astutamente del Sr. Dr. Tamayo, la promesa que repitió en todos los tonos, relativa a garantizar la más amplia libertad de elecciones, con la añadidura de que no tendría candidato oficial, pues su republicanismo, o sea el "nacionalismo" así lo aconsejaba.

Todo ese afán inusitado que favorecía claramente un cambio de régimen, despertó de su letargo a la conciencia liberal y dió por resultado la reunión del Directorio Liberal del Pichincha, que lanzó su Manifiesto el 1º de abril de 1923, en estos términos sustanciales: "El criterio de las abstenciones nos pierde. Así, adormecida la opinión, el liberal verdaderamente convencido no puede hallar apoyo a sus doctrinas o a sus iniciativas innovadoras. Las situaciones se imponen por sí mismas, cuando no se consagran en tiempo, a su examen y a su normal resolución todas las energías que se necesitan. Ante esta apatía, la política, que es el problema de la civilidad, casi no existe, y sin política no cabe organizar eficazmente una nación". . . . "Animados de todos estos desinteresados propósitos, el Directorio de la Junta Liberal del Pichincha tiene a honra hacer un llamamiento, a todos los liberales ecuatorianos, con el fin de que, mediante una Junta análoga de cada provincia y la acción de su respectivo Directorio, se pueda luego reunir una Asamblea Liberal, que determine lo conveniente con respecto a la forma de organización y actividad política de nuestro partido, así como a la próxima elección de Presidente de la República y al plan de gobierno de la futura administración".

Firman la convocatoria los miembros del Directorio de la Junta Liberal Sres. Dres. José Julián Andrade y Manuel R. Balarezo, Presidente y Vice-presidente, y los vocales, señores: Lino Cárdenas, Luis N. Dillon, Coronel Pedro Concha T. Julio E. Moreno, Gene-

---

(\*) Boletín Eclesiástico.—Alocución Pastoral, publicada en el N.º 12 en diciembre de 1922.

ral Luis A. Jaramillo, Abelardo Moncayo Andrade, Miguel Angel Alborno, Pío Jaramillo Alvarado, Leopoldo Seminario, General Moisés Oliva, Cesar Carrera Andrade, Modesto Larrea Jijón, Abelardo J. Andrade, Carlos Alberto Arteta, Alberto Larrea Chiriboga, Antonino Saenz, Leonidas García, Julio H. Santamaría, Luis G. Dávila y Carlos E. Moncayo.—Roberto Posso, Secretario, Luis A. Larcenas, Prosecretario y Ricardo Jaramillo, Tesorero.

La campaña para llegar a este primer resultado fue obra inicial y tenaz de "El Día", así como la propaganda para la reunión de la Asamblea Liberal, y el mantenimiento de las derivaciones de ésta, que culminó en el éxito del candidato de la Asamblea. Nunca un periódico fue el eco mas sincero del pensamiento liberal ecuatoriano en sus días de prueba, como lo ha sido "El Día" ante el "nacionalismo" político de la administración Tamayo. En Guayaquil colaboró en esta obra "El Universo".

## VI

### **La Asamblea Liberal**

El día nueve de setiembre de 1923, tuvo lugar la sesión inaugural de la Asamblea, en el Salón Municipal de Quito, a las cuatro de la tarde.

Concurrieron los siguientes delegados: Dr. Dn. León P. Acosta y Dn. Modesto Grijalva, por la Junta Liberal del Carchi; Dres. Lino Cárdenas, Carlos Alberto Arteta, José María Pérez Echanique, Dn. Leopoldo Seminario y Dn. Ricardo Jaramillo, por Pichincha; Dres. Angel Subía y Manuel Cepeda, por León; Dr. Homero Viteri, Dn. Miguel Angel Alborno y Coronel Carlos Fernández, por Tungurahua; Dres Alfonso Fraile Larrea, Juan B. Moncayo y Alberto Larrea Chiriboga, por Chimborazo; Dr. Adolfo Paez y Dn. Abelardo Moncayo Andrade, por Bolívar; General Luis A. Jara-



millo y los Dres. Reinaldo Palacios y Cesar Tapia, por Cañar; Dres. Manuel R. Balarezo, Honorio Vega, Ariolfo Carrasco, Andrés Córdova y Julio E. Moreno, por el Azuay; Dres. Pío Jaramillo Alvarado, Agustín Cueva, Manuel Benjamín Carrión y General Moisés Oliva, por Loja; Dn. Pablo Hanníbal Vela, Dr. J. Eduardo Sotomayor, Dn. Ismael Pérez Pazmiño, Dn. Benigno Checa Druet y Dr. Luis W. García Moreno, por Guayas; Doctores Primitivo Yela y Miguel A. Uquillas, por los Ríos; doctores Abelardo Montalvo, Gualberto Arcos, don Luis N. Dillon, don Francisco de P. Soria y don José Ricardo Boada, por Manabí; Coronel Pedro Concha y don Roque Cortéz, por Esmeraldas; doctores Manuel María Sánchez y Manuel E. Escudero por El Oro. — Instalada la Junta Preparatoria se designa Director y Secretario al señor doctor Balarezo y al doctor Luis A. Larenas, respectivamente. — Da cuenta el Directorio Liberal de Pichincha de sus gestiones, y deposita en la Asamblea su confianza para que continúe la obra de la concentración liberal. — Se elige el Directorio de la Asamblea, y resulta el siguiente: Presidente doctor Adolfo Paez, Vicepresidentes doctor Manuel R. Balarezo y don Pablo Hanníbal Vela, Secretario, doctor José M. Pérez E. — Concluidos los trámites de la inauguración, el señor Moncayo Andrade propone, con el apoyo del doctor Jaramillo Alvarado la siguiente moción muy discutida y se aprueba: "La Asamblea Liberal. — Considerando que su propósito esencial es procurar la compactación del Partido en torno al programa de acción que sus propios intereses reclaman; resuelve consagrar sus labores a los objetos siguientes y en el orden que se enumera, a saber: 1º Cristalizar las aspiraciones del liberalismo ecuatoriano en un programa que enuncie la doctrina fundamental, precise su aplicación a los vitales problemas de la hora presente y determine las realizaciones que el partido espera de la próxima administración liberal: 2º Procurar la ejecución del Programa liberal mediante la constitución de organismos dirigentes, en condiciones que aseguren la legitimidad de la autoridad que se les con-

fiera y les faculte para actuar ante los Poderes Públicos como genuinos exponentes y representantes de los sentimientos y la voluntad liberales. 3º Posponer toda deliberación sobre la inmediata cuestión electoral hasta que estén realizados los propósitos enunciados en los numerales que anteceden: y aspirar entonces a que dicha cuestión se resuelva en condiciones compatibles con el fin esencial de esta Asamblea, a saber, la reunión y concordia de todos los elementos liberales”.

No pudo ser más acertada la presentación y discusión de este acuerdo, pues, permitió pulsar el pensamiento de la mayoría de la Asamblea (se aprobó por 23 votos contra 19) respecto a lo que se esperaba y creía de la reunión de ésta, que para unos sólo había significado de interés la designación de un candidato como único objetivo, y para los más, la urgencia de organizar el Partido. — Se nombra una comisión para que ponga en conocimiento del Jefe del Ejecutivo Nacional, la reunión de la Asamblea y sus propósitos.

El Presidente de la Asamblea Dr. Páez, cristalizó así en su discurso los fines de ésta: “La reunión de esta gran Asamblea Liberal, a despecho del odio implacable y reconcentrado del enemigo tradicional; y de la campaña, no por velada, menos perjudicial de las ambiciones de círculo, constituye un triunfo inapreciable y tiene una importancia trascendental por todo concepto: por el noble fin que se propone realizar, por el brillante personal que la integra y hasta por el momento histórico en que se congrega.

La hora actual es, ciertamente, de terribles expectativas, para el Partido Liberal, dividido en numerosas y enconadas fracciones frente a un enemigo, fuerte todavía, que no puede resignarse con su derrota; y para la Nación toda que, debatiéndose en la angustia de una miseria sin precedente, es víctima de la explotación inmisericorde de un mercantilismo audaz que hoy como ayer, pretende erigirse en árbitro absoluto de los destinos de este pueblo menesteroso de pan, de cultura y bienestar.

"No basta que las ideas se hayan cristalizado en las instituciones; es menester, además, que se cristalicen en la acción fecunda y eficaz. Y para ello se hace indispensable, ante todo, estrechar las filas, reunir los grupos disgregados y conseguir una organización que dentro de la disciplina, sin la cual no pueden existir y defenderse las agrupaciones políticas, haga posible la realización de ideales definidos y prácticos, de acuerdo con el espíritu contemporáneo y las múltiples y complejas necesidades de la vida moderna."

Y concluyó el prestigioso D. Adolfo, aureoleado por el nimbo de sus porfiadas y audaces luchas por la hegemonía del liberalismo en el Ecuador, con esta invocación: "Que el espíritu de los mártires del liberalismo ecuatoriano que regaron con su sangre el árbol de las liberaciones y el de todos aquellos varones egregios que, en el apostolado y en la lucha padecieron las amarguras de la persecución y del destierro, para hacer brillar la aurora de la libertad y de la justicia, presida las sesiones de esta gran Asamblea que se instala hoy, y que nuestras deliberaciones patrióticas den honor al Partido y engrandecimiento a la Nación, son los votos fervientes y sinceros que hago en este día memorable que marcará el principio de una nueva y más feliz etapa."

## VII

### **Lo que dijo el Dr. Tamayo de la Asamblea**

En la sesión del 11 de setiembre, los Delegados señores doctores Manuel María Sánchez, Agustín Cueva y Luis García Moreno, dieron cuenta de la comisión que se les encomendó para que participaran al Presidente de la República la reunión de la Asamblea, en estos términos:

"La comisión designada para poner en conocimiento del Sr. Presidente de la República la instalación

y los propósitos de la Asamblea Liberal, cumplió, en la mañana de ayer, el encargo que se le confiara. En contestación al mensaje, expresó el Jefe del Estado que había sido antiguo y fervoroso anhelo suyo el de la unificación liberal; pero que ese anhelo no lo veía realizado con la reunión de la Asamblea, en la cual no se halla representada la mayoría del Partido, sino fracciones o grupos provinciales determinados, entre los que aun se encontraban personas que habían combatido al régimen liberal. Agregó el Sr. Dr. Tamayo que, por lo mismo, por ese concepto que acababa de expresar a los comisionados, su opinión franca y ruda (son sus palabras textuales, anotan los comisionados) era la de que la Asamblea—que, en rigor de verdad no podía denominarse así cuya personería desconocía—no estaba llamada a resolver nada definitivo, en orden a los graves problemas acerca de los cuales trataba de deliberar, pues de otro modo, en vez de realizarse la anhelada unión, se ahondaría más todavía la división del liberalismo."

Y en respuesta a esta opinión personalista del Sr. Dr. Tamayo, la Asamblea aprobó la siguiente declaración: "La Asamblea Liberal.—Oído el informe de la comisión enviada al Sr. Presidente de la República, y considerando: 1º Que la Asamblea se ha constituido con Delegaciones de las Juntas Liberales de las Provincias. — 2º Que la formación misma de esas Juntas se debe al llamamiento, amplio y general, que el Directorio Liberal de Pichincha hizo el 1º de abril a todos los liberales de la República, sin prescindencia de fracción o grupo alguno. — 3º Que en la organización de colectividades según el sistema representativo, el libre silencio y voluntaria abstención de algunos constituye aquiescencia. — Declara: — Que se considera con pleno derecho para continuar sus labores en nombre y representación del Partido Liberal Ecuatoriano."

Se designa la comisión compuesta por los señores Agustín Cueva, Julio Moreno, Pío Jaramillo Alvarado y Pablo Hanníbal Vela, para que presente un proyecto de Programa del Partido Liberal: y a los señores Luis

N. Dillon, Manuel E. Escudero, Abelardo Moncayo Andrade y Angel Subía, para que formulen el proyecto de Estatutos.

La Asamblea tuvo nueve sesiones, en las que discutió y aprobó el Programa y Estatutos del Partido, exponiendo toda una renovación ideológica, la más perfecta armonía y un gran entusiasmo y disciplina en las deliberaciones.

En la última sesión correspondiente al 19 de setiembre, se procedió a nombrar los miembros principales y suplentes que deben integrar el Directorio Central, y resultaron elegidos, para principales, los señores: Luis N. Dillon, Adolfo Páez, Agustín Cueva, Manuel R. Balarezo, Angel Subía, Julio E. Moreno, Alberto Larrea Chiriboga, Coronel Pedro Concha, Manuel María Sánchez, Abelardo Moncayo Andrade, Miguel Angel Alborno, Moisés Oliva, J. M. Pérez Echanique, Antonio Quevedo y Ricardo Jaramillo.

Para suplentes: señores Homero Viteri Lafronete, Pío Jaramillo Alvarado, Leopoldo Seminario, Luis J. Dávila, Luis Enrique Escudero, Francisco Pérez Borja, Modesto Larrea Jijón, Primitivo Yela, Roberto Posso, César Arroyo, Coronel Carlos Fernández, Leonidas García, Rodrigo Jácome y Gualberto Arcos.

Aprobado el acuerdo por el cual la Asamblea Liberal Ecuatoriana designa un candidato para la Presidencia de la República, se obtuvo el siguiente resultado:

|                                     |           |
|-------------------------------------|-----------|
| Por el Dr. Gonzalo S. Córdova.....  | 27 votos. |
| Por don Enrique Baquerizo Moreno..  | 8 „       |
| Por don Luis N. Dillon.....         | 2 „       |
| Por el General Moisés Oliva.....    | 2 „       |
| Por el Dr. Modesto Peñaherrera..... | 1 voto.   |
| Por don José Rafael Bustamante....  | 1 „       |
| Por el Coronel Juan Manuel Lasso..  | 2 votos.  |

Como el Sr. Dr. Córdova obtuvo la mayoría de votos, fue proclamado el Candidato de la Asamblea Liberal, por el que debía trabajar disciplinadamente el liberalismo ecuatoriano.

## VIII

### **Programa y Estatutos**

*La Asamblea Liberal, reunida en Quito, en Setiembre de 1923, acuerda el siguiente Programa de principios y de acción del Partido Liberal Ecuatoriano.*

I. — La Constitución Política vigente—conquista de la lucha casi secular del Liberalismo histórico—contiene los principios fundamentales de la libertad política, sintetiza el espíritu de las modernas democracias y deja abierto el horizonte para la emancipación de la conciencia.

El Partido Liberal debe mantener esa conquista de la civilización y propender a su eficacia y plena realidad, sin perder de vista las nuevas orientaciones sociales que van reformando el Liberalismo, antes individualista frente al Estado, hoy en camino hacia la armonía del individuo y de la sociedad.

El Partido mantendrá, asimismo y procurará arraigar en el alma nacional las reformas que sucesivamente ha ido incorporando en la Legislación y que representan las conquistas del Liberalismo en su evolución ideológica.

II. — El Liberalismo debe inquirir, con fe profunda, en la formación de la Patria renovada, las soluciones más eficaces tendientes a la vida práctica constitucional.

Y en este momento juzga que las exigencias políticas inmediatas requieren la tolerancia, base de la paz; la difusión de la ciencia, germen de la educación y del tecnicismo, que realizarán la grandeza moral y material

de la nacionalidad; y la práctica del sufragio popular, que vaya creando e iluminando la conciencia colectiva, fundamento de la democracia.

a) La primera aspiración demanda que se consagre en el campo jurídico la representación de las minorías en el Poder; representación que ha venido practicando el Partido Liberal en el terreno de los hechos, como concesión de órganos oligárquicos o caudillistas y no con la regularización de las normas del Derecho.

b) La educación nacional requiere urgentemente la supresión del analfabetismo y una reforma progresiva, integral y armónica, orientada a un realismo experimental, que refleje la potencialidad efectiva del ciudadano en los caminos de la vida y su plena aptitud para la cooperación al engrandecimiento nacional.

El Partido Liberal, que ha redimido al indio al romper las fórmulas jurídicas del concertaje, debe laborar sin descanso por la rehabilitación espiritual de esa raza, proveyéndola de la capacidad técnica especialmente agrícola, y defendiéndola del alcoholismo y de la explotación religiosa.

El Partido debe tender a la fundación de empresas editoriales destinadas al fomento y la difusión de la cultura nacional, y a la creación de bibliotecas populares.

El Estado, por su misión, por su capacidad técnica y financiera, debe tomar a su cargo la educación primaria y dejar a las Municipalidades la enseñanza especial.

c) Sin perjuicio de que el Partido labore en toda circunstancia por la realidad del sufragio libre en el campo de la política nacional, debe aspirar principalmente:

1º A la reforma electoral en el sentido de que se restrinja y se declare obligatorio el voto, se anulen las elecciones cuando el porcentaje sobrepase las bases del censo de electores de cada pueblo, y se asegure la identidad de los votantes.

2º A la reforma de la vida municipal, que dé por resultado la adaptación del Estado moderno a los fines

del Municipio autónomo contemporáneo, limitando su acción a los problemas seccionales, creando la opinión local y el sentimiento de responsabilidad de sus funcionarios.

III. — El Partido Liberal condena y combate el caudillaje, el militarismo y el imperialismo de la plutocracia que crean regímenes de violencia y opresión contrarios a la dignidad humana.

IV. — El Partido debe acelerar la expedición de leyes sobre:

a) Reglamentación del trabajo, en especial respecto de mujeres y niños, seguridad y salubridad en las labores industriales, particularmente en el laboreo de minas;

b) Regulación de coaliciones, huelgas y paros;

c) Establecimiento de tribunales de conciliación y arbitraje entre patronos y obreros, y de tribunales industriales;

d) Inquilinato y casas baratas e higiénicas para viviendas de obreros en las ciudades, y habitaciones cómodas e higiénicas para los campesinos;

e) Seguros obreros;

f) Provisión de médicos y medicinas para las poblaciones rurales;

g) Reconocimiento por parte del Estado y de los Municipios del "Derecho a la Vida" que tiene todo individuo indigente o desvalido, para ser amparado con lo estrictamente necesario para la subsistencia.

V. — Mientras sea una realidad la nacionalización de las fuentes de producción y reparto, el Partido Liberal reconoce a los obreros el derecho de participación en los beneficios.

VI. — En vista de la moralidad social y de la justicia para la mujer y para la infancia, el Partido Liberal propenderá a que la Legislación Civil consagre las normas relativas a la investigación de la paternidad y a la igualación jurídica de todos los hijos, legítimos e ilegítimos, en la participación del patrimonio de los padres.



Los ESTATUTOS del Partido contienen la declaratoria de los elementos que lo componen; declara a la Asamblea la Autoridad Suprema del Partido, y define sus deberes, así como los del Directorio Central, elegido por aquella. Regula las funciones de los Directorios provinciales; los derechos y deberes de los miembros del Partido, y establece los fondos de éste. Y entre las disposiciones transitorias, convocó a una Asamblea extraordinaria, para el 5 de junio de 1924, que funcionaría en Guayaquil.

También se aprobaron algunos votos relativos a condenar el "fascismo" y el "nacionalismo"; la intrusión de los misioneros de cualquier culto en la política interna; la fundación de un Banco Nacional, que emita exclusivamente los billetes fiduciarios; la proclamación de ciertos principios que informa la Universidad moderna y que se organice metódicamente la construcción de Obras Públicas.

## I X

### **Aspectos Políticos**

Concluídas las sesiones de la Asamblea Liberal que despertaron la atención pública y dieron materia de discusión diaria a los periódicos de todos los colores políticos, volvió el pesimismo a apoderarse de los espíritus; los oportunistas se replegaron en su concha, y el Directorio Central del Partido, y el Comité Cordovista de Quito, quedaron en atisbo de situaciones. La antipatía manifestada por el doctor Tamayo a la Asamblea desalentó a muy pocos, a contados individuos de aquella, pues una gran mayoría continuó entusiasta en el trabajo, pero terminadas las labores de la Asamblea, se sintió uno como inmenso vacío, una sensación de abismo en los pies de los más indiferentes.

Parecía que todos los antiguos fracasos de concentración liberal, podían sumar uno más al doloroso acerbo.

Y a ese fracaso empujaba la necia obsecación del Dr. Tamayo, que cambió su opinión favorable a la Asamblea, cuando se incorporó a ésta la delegación liberal guayaquileña, que denunció como "enriquista", y presumió algún éxito de esta fracción.

El liberalismo oficial, ese liberalismo "nacionalista" y moderado había puesto en la actitud conservadora un gesto desafiante.

Se conspiraba indudablemente en los antros clericales, y la sabiduría del nacionalismo encontró una admirable careta socialista para entusiasmar a los obreros, en el lassismo, que exhibió un programa que respondía indudablemente a las exigencias del momento histórico.

Por su parte, la prensa clerical hacía carantoñas al Gobierno, y en la misma exhortación pastoral de Monseñor Pólit, que aconsejaba desde 1922 la lucha electoral, en virtud del sufragio libre ofrecido por el doctor Tamayo, queda la muestra del adulo a este Magistrado, nada menos que justificando la masacre desdichada de los obreros guayaquileños en la jornada inolvidable del 15 de noviembre.

El clericalismo con la careta grotesca del lassismo logró conmover la opinión del país en apoyo de su programa. Por su parte, el intriguismo volvió de nuevo a reclamar un puesto en la lucha con arrestos de triunfador, y apoyado también en esa misma oferta del sufragio libre y la ausencia del candidato oficial.

Y así divididas las opiniones, frente al éxito franco del nacionalismo, unos contados espíritus de selección continuaban obsecadamente en el pensamiento de dar vida eficaz a la candidatura de la Asamblea, y mientras unos fueron comisionados para seguir pulsando las orientaciones del Gobierno, en orden a sus propósitos abstencionistas o de apoyo al candidato de la Asamblea, otros se ocuparon de poner en contacto y crear y multiplicar centros cordovistas en toda la República, y los

periodistas abrimos tenaz campaña para analizar situaciones, inspirar confianza en el triunfo al liberalismo, desenmascarar al lassismo, desentrañar el sentido esotérico de las conminaciones episcopales, combatir a la prensa fascista, nacionalista o simplemente oportunista que olfateaba la posibilidad de un éxito conservador y lo apoyaba socarronamente con trasplantes exóticos, y toda esa discusión plena de fe en el éxito de la Asamblea, consta como un reflejo de las realidades de esos días, en los "Aspectos Políticos", artículos saturados de ideología renovadora, que hoy recojo y pongo al frente de ellos mi nombre, como ayer puse mi lema de combate: *Petronio*, porque, como el romano, tuve abiertas mis venas, para escribir con sangre las páginas de una época en que el liberalismo sorteaba una crisis histórica, complicadísima, por factores de todo orden. Desde la complicidad nacionalista indudable del Presidente Tamayo, hasta la conspiración clerical de antifaz lassista y la porfía del intriguismo que tampoco quiso declarar un franco liberalismo. Mendigaba popularidad, y ésta estuvo en las pasadas elecciones de parte del candidato auspiciado por el clero.

Y fue preciso hacer extremos de habilidad para llegar a hacerse oír en la vocinglería populachera del lassismo, fue preciso presentarse armado hidalgamente a desfacer agravios y enderezar entuertos, ganando también, noblemente, la atención del público costeño, para pedirle con claridad la conveniencia de una alternativa en el mando, es decir, de un magistrado costeño a un serrano. La empresa era atrevida, y PETRONIO puede ufanarse de haber alcanzado la reproducción de casi todos los capítulos de su obra en los diarios más prestigiosos de Guayaquil y las felicitaciones de la *élite* del liberalismo manabita. (\*) Y eso que esa producción

---

(\*) Telegrama de Portoviejo, febrero 24 de 1924.—"El Día".—Quito.—Ruégole publicar en su prestigioso vocero lo siguiente: "Dr. Pío Jaramillo Alvarado.—Quito.—La campaña de *Petronio* sostenida airoosamente desde las columnas del patriota "El Día", defendiendo la bondad de los principios del liberalismo, ha dejado honda, generosa huella de luz en el terreno político nacional y

contiene los más contundentes anatemas para el regionalismo y los detentadores de la riqueza pública en las especulaciones del cambio, en el aprovechamiento de la moratoria y en todas las consecuencias del desquiciamiento económico que sufre la nación.

No se niega la eficacia de las gestiones de los que fueron a intentar la simpatía del Gobierno para el candidato de la Asamblea, desvanecido ya el prejuicio enriquecido, pero si éstos no hubieran tenido el respaldo de toda la situación creada en el país y en la opinión por esa misma Asamblea, si no se hubiese podido oponer a los peligros que rodeaban a la paz pública, las realidades efectivas del cordovismo convertido ya en una fuerza, ¿habría sido posible exaltar al Poder al Dr. Gonzalo S. Córdova, con sólo un entresijo de Gabinete?

Esta es la realidad que se ha tratado después de desdeñar injustamente.

## X

### Después de la lucha

Tan revolucionaria fue la campaña emprendida por el clericalismo que, para valorizar en sus verdaderos

---

ciencias sociales, que enorgullosa a los liberales que anhelamos el imperio de nuestras doctrinas inspirados en el verdadero amor a la humanidad, alto sentimiento de dignidad del ser racional y ajenas al odio infecundo, que siembra desgracias en la Patria. Por tal campaña van a Ud. nuestros aplausos, nuestras sinceras felicitaciones.—Afmos. correligionarios.

Raúl Dueñas, Dr. Luis F. Chaves, Ernesto Vera C., Comandante Enrique Salgado, Gustavo Barcia, Dr. José Pazmiño Subía, Leopoldo A. Moreno, Marcos E. Delgado, Dr. Medardo A. Cevallos, Eduardo Hidrovo, Miguel A. Bowen, Pedro Elio Cevallos, Jorge A. Largacha, Bolívar Avila Cedeño, Luis Mario Chávez Meza, Comandante Manuel María Barberán, Dr. Benjamín Cevallos Arizaga, Pedro Zambrano Barcia, Luis H. Monge, Rafael Emilio Guerrero, Luis Augusto Mendoza M., Dr. Horacio Cedeño, Alejandro Mendoza Yópez, Eleodoro Cevallos, Carlos A. Balda, Aurelio Rodríguez Caudel, Gilberto Toala, Fernando Cevallos, José Alberto Mera, A. Delgado D."

términos la Exhortación episcopal de 1922, relativa a que el pueblo ecuatoriano haga uso del derecho de sufragio "cueste lo que costare", el mismo Sr. Arzobispo se vió constreñido por la opinión pública a explicar su Pastoral de diciembre del año antedicho, en el MANIFIESTO del 25 de enero de 1924 (\*), doce días después de verificadas las elecciones, y cuando ya se producían las primeras insurrecciones revolucionarias contra el gobierno constituido; y a reprobar también la actitud desafiante e intolerante de la prensa llamada católica, en la AMONESTACIÓN ARZOBISPAL de 21 de febrero de 1924, en estos términos: "Amonestamos en particular a los periodistas que se precian de católicos. Mientras se han esforzado por defender la fe y la religión, rechazando los embates de la impiedad; mientras han combatido por la causa de Cristo y su Iglesia, por salvar los fundamentos morales y religiosos de la sociedad, especialmente el derecho de los padres de familia para dar a sus hijos la educación cristiana que deben darles; mientras han sostenido digna y valerosamente los fueros de la ciudadanía y las justas libertades garantizadas por la Constitución no les hemos escatimado nuestro estímulo y aplauso. *Laudo vos*, os alabo, hemos podido decirles con el Apóstol. Mas, si traspasando la raya de la justicia y conveniencia que imponen de consuno la Religión y la Patria, han confundido la energía con la insolencia, el valor con la audacia, la resistencia moral con la rebelión material, ya no nos ha sido posible alabar ni aprobar, ni siquiera tolerar su conducta. *In hoc non laudo*, les decimos también con el Apóstol". (\*\*)

Y preguntamos, sin el rechazo y comento de la Pastoral comprendida como subversiva por liberales y clericales, y que ha dado material al Boletín Eclesiástico desde diciembre de 1922 hasta setiembre de 1924, para producciones varias sobre el tema político-religioso, ¿se habría obtenido la palabra arzobispal en Manifiestos, Amonestaciones y Cartas, declarando su absten-

---

(\*) "Boletín Eclesiástico" N.º 2.º, de febrero de 1924.

(\*\*) "Boletín Eclesiástico" N.º 2.º, pág. 75.—1924.

ción política y sus admoniciones contra la prensa subversiva y los levantamientos revolucionarios? Tal vez, nó, si se hubiese guardado absoluto silencio. Como no han guardado tampoco silencio los clericales sublevados contra las declaraciones arzobispaes, lo que prueba que hubo motivo para reclamar a la Iglesia su neutralidad en los debates de la vida civil. (\*)

Esto por lo que toca a la cuestión político-religiosa, que, refiriéndose a la concentración liberal perseguida como supremo anhelo por la Asamblea, ¿se ha logrado realizarla después de la lucha que remató con el triunfo del candidato de ésta?

Desgraciadamente existe una pequeña escisión que puede convertirse en división cruel, y más profunda, con daño inmediato para la administración del Sr. Dr. Córdova, y con nuevos motivos de división y fracasos para el Partido Liberal.

Es el caso que no se llegó a conseguir las simpatías del Gobierno para el candidato de la Asamblea Liberal, sino por situaciones complejas que convergieron a plantear la postulación, como invulnerable, algo más, como la única garantía para el mantenimiento de la paz.

---

(\*) "EL ARZOBISPO CONTRA EL ARZOBISPO" refutación al MANIFIESTO y la EXHORTACIÓN episcopales, por don Cristóbal Morino, publicada en "El Día" en los números correspondientes al 5, 6 y 7 de marzo de 1924. Sólo se anota dos afirmaciones de ese largo escrito del inteligente abogado de la casa Jijón Caamaño, y conservador "amplio" en materia doctrinaria política.—"Que el Arzobispo es político de acción y de combate, dice el doctor Morino, creemos que no hay necesidad de empeñarse en la prueba; de tal manera que, hemos pensado, si los vestidos arzobispaes no le impidieran, probablemente se le habría contemplado a la cabeza de las huestes conservadoras, en elevada condición de Jefe y de caudillo".—"Al recomendar tan oncarceidamento el sufragio, y ordenar al pueblo que haga uso de él "cueste lo que costare" no es verdad que insinuó la rebelión, la insurrección, la revolución, siempre que el Gobierno no permitiese su ejercicio?" Y por esto encuentra el impugnador, que el MANIFIESTO y la EXHORTACION, contradicen a la *Pastoral* política eleccionaria, oponiéndose "El Arzobispo contra el Arzobispo". Para escrita por un conservador, la réplica referida se insurrecciona contra el episcopado, con innegables muestras de despecho.

El carácter o modo de ser singular del Presidente Tamayo, en cuyo intelecto gravaban y superponían las imágenes los hechos últimos que herían con fuerza su imaginación, y sobre todo, su orgullo, permitían obtener la inclinación de su voluntad, pero sin la seguridad de la firmeza de su juicio. Era preciso determinar sus resoluciones con hechos que chocasen fuertemente en su espíritu para que se produzca la reacción.

De la trínca electora de Guayaquil le separó el desaire repetido de los banqueros, a los que pedía públicamente, denunciándolos, un poco de cordura en las especulaciones que tienen agotado al país. En cierta ocasión no quisieron concurrir esos banqueros y negociantes a una llamada suya, y otra vez fueron a la Cámara de Comercio para insultarle.

Los sucesos del 15 de noviembre pusieron en la conciencia acusadora del Dr. Tamayo, la nota obsesiva de ese fracaso formidable, manteniendo enconado su ánimo contra muchos ciudadanos, y singularmente contra lo que él llamaba el "enriquismo".

Se creyó que en el último viaje que hizo a Guayaquil, ya muy próximas las elecciones de enero, se desbaratarían ciertas promesas en favor del candidato de la Asamblea, pero nuevos incidentes personales mantuvieron firme el aborrecimiento a las trincas políticas del puerto.

Luego, los contrincantes del Sr. Dr. Córdova cayeron en el odio tenaz del Dr. Tamayo; primero el lassismo por sus agresividades, luego el intriguismo, mal representado en Quito, por elementos que gozaban de la antipatía del Gobierno.

Por otra parte, el aplazamiento puesto por los pocos amigos políticos guayaquileños del Dr. Tamayo para imponer a última hora un candidato, estrechaba el tiempo en bien del candidato de la Asamblea que multiplicaba sus comités, mientras las excusas de don Carlos Benjamín Rosales, de don Luis Orrantía se sucedían desesperantes para los amigos de éstos.

En fin, el fracaso mismo del propio Dr. Tamayo eliminaba en la conciencia costeña el afán de

sostener por más tiempo la argolla de presidenciables, y todos estos factores, y los que precipitó el espejismo del éxito, la adhesión del General Plaza, la del alfarrismo, y los desaciertos del propio lassismo, enfocaron hacia la finalidad de una situación que favorecía al candidato Dr. Córdova, como la prensa y los escritores asambleístas demostrábamos diariamente en una propaganda fogosa.

Pero no obstante esta convergencia de situaciones, y el hecho sabido por varios, del apoyo que ofreció el Dr. Tamayo a la candidatura de la Asamblea—coincidiendo en esto con la opinión explícita y decididamente liberal cordovista de un grupo de Jefes de Zona y otros militares de alta graduación—todavía el pensamiento del Dr. Tamayo, en vísperas de las elecciones, se manifestaba inquieto, inestable, y quería verdaderamente una entente entre Intriago y Córdova, y si el intriguismo se derrotó diez días antes de las elecciones fue por obra de la audacia y de la indiscreción que denunció al público las simpatías del Gobierno para el candidato de la Asamblea, al propio Sr. Intriago, y constreñido así, declaró al fin el Dr. Tamayo su pensamiento definitivo, ante lo incontrastable. Sólo entonces el Sr. Intriago regresó a Guayaquil en la desolación de sus esperanzas. Este proceso no es misterioso y es de ayer, y lo constató el propio candidato Córdova.

Pero la prensa clerical, cuyos dirigentes conspiraban hasta los mismos momentos de la transmisión del mando, un buen día echaron a la calle una denuncia monumental: "El gobierno del Dr. Tamayo sólo accedió al apoyo para el candidato de la Asamblea, con reservas y compromisos, y estos eran: que el Ministro de Gobierno, intermediario entre los asambleístas y el Dr. Tamayo, sea agraciado con un cargo diplomático, a título de corretaje, y que a los comisionados se les agracie también con una Cartera Ministerial o con algo que no se ha concretado. Y que se excluya del futuro reparto al fulano y al zutano, personas malqueridas por el Sr. Dr. Tamayo".



Y todo esto que se conoció por varios asambleístas se tuvo por infantil, y se apreció como una de esas salidas de tono muy frecuentes en el tamayismo, y pasó sin reparos, lo propio que eso de que al fulano le hagan Arcipreste o dejen de hacerlo al otro, tampoco significaba nada, pues los comisionados merecían un Ministerio por su propia valía; pero lo que vino a herir en lo vivo fue, el hecho de la exclusión pública de un asambleísta connotado, por efecto de ese pacto, lo cual indicaba una resistencia sistemática ya evidenciada, y la novedad de que los comisionados para las gestiones ante el Gobierno, guardaban religiosamente un papelito, por el cual comprobaban que ellos habían hecho Presidente al Dr. Córdova, del que exigirían el cumplimiento de tal concertaje, que obligaba también a no tocar la cuestión económica del triste estado en que la dejara el Dr. Tamayo.

Como es de suponer la gresca fue tremenda. Los clericales esgrimieron sus armas envenenadas con el ridículo, pues hacían aparecer a los liberales como unos simples logreros, y a la Asamblea como un fracaso, pero la cuestión fue sometida a la audiencia del Directorio Central del Partido, que definió así el incidente:—CONSIDRANDO: 1º—Que no hubo con la fracción liberal representada en el Gobierno, estipulaciones en virtud de las cuales la futura Administración quedara comprometida, en modo alguno, a seguir determinada política económica, sea respetando ciertos organismos e instituciones, sea obligándose a no realizar el Programa económico-financiero del Partido Liberal;

2º—Que, en punto a exclusión de determinados liberales, todo se ha reducido a compromisos personales de uno de los miembros de la comisión, compromisos que no acarreaban responsabilidad ninguna al Comité Central Cordovista, ni dejan obligado al futuro Gobierno a no aprovechar de la colaboración de distinguidos miembros del Partido Liberal, ni de persona alguna: ACUERDA: 1º—Aprobar la conducta política de la citada

comisión, como tal, en el cumplimiento de la gestión a que este Acuerdo se refiere, y

2º—Manifestar ante la opinión nacional el vivo anhelo que anima a este Directorio, de que la futura administración afronte con valor, energía y honradez los arduos problemas económicos de actualidad, y los resuelva de acuerdo con las esperanzas populares de regeneración y utilizando los servicios de todos los elementos valiosos y honorables del Partido Liberal, sin excluir fracción alguna.—Dado en Quito, a 19 de agosto de 1924.—El Presidente, ADOLFO PÁEZ.—El Secretario, FRANCISCO PÉREZ BORJA

Para mi criterio personal, todo el incidente no tuvo importancia, pues es natural y justo, que el Gobierno que cesa pida ciertas honestas garantías y se acuerden también puntos generales de vista para dilucidar dificultades que puedan producir la escisión entre dos administraciones; para mi modo de apreciar los sucesos, digo, lo grave está en que toda exclusión realizada indica el ánimo prevenido para no consentir en el esfuerzo para la armonía disciplinada del Partido, y denuncia egoísmo, origen de toda división, y toda división suele engendrar grandes daños, si no se remedia el mal a tiempo. En todo caso, es una realidad que ya existe en la nueva situación administrativa una herida sangrante, y que sólo falta que en ella ponga su dedo infecto el sino que mantiene eternamente dividido al liberalismo, para que luego se constate un nuevo fracaso de la concentración liberal, que la Asamblea señaló como la meta de sus aspiraciones, con inmenso daño para el éxito del gobierno del Dr. Córdova, vinculado como ninguno al del Partido Liberal, que auspició y llevó al triunfo esa candidatura.

Pues, para el liberalismo, el señor Presidente Córdova no se debe a las habilidades de ninguna camarilla, ni está en manos de determinados intereses creados. Que éstos traten de atraerlo, para encadenar al hombre de la Asamblea al continuismo del liberalismo moderado, sin arrestos radicales para salvar a la Nación y al Partido del gran fracaso que apenas soporta, eso será

otra cosa. Pero no es posible que el Dr. Córdova renuncie a la gloria legítima de su elección, a ser el hombre de un Partido, no de un circulillo; de una de esas tantas trincas egoístas que han aniquilado al liberalismo y conducido al fracaso a los Presidentes. No es posible convencer a un hombre que es esclavo cuando se siente libre. Y ningún Presidente ha subido al Poder con más firmes apoyos en la opinión liberal, que el Dr. Gonzalo S. Córdova, de quien se espera la reacción radical económica preferentemente, y para esta reacción, ya no sólo le acompañan los liberales, sino el país en masa compacta. Pero esa reacción sólo sería capaz de realizarla un Presidente que no sólo sea libre, sino que se sienta libre!

## XI

### **El Programa de Gobierno**

Gran resonancia ha tenido en el país el programa de gobierno del Sr. Dr. Córdova, puntualizado en su discurso que pronunció en la noche solemne de la transmisión del mando.

Se esperaba con avidez la palabra del nuevo gobernante, pues que ella y solamente esa palabra podía definir el caos de tanta conjetura, de tanta suspicacia que flotaba en el ambiente, en los largos meses del interregno desde la elección hasta la posesión del cargo, suspicacias agravadas con el estallido de pasiones calcinantes, por aquello que se llamó "EL PACTO", y que dividía desde el primer momento la disciplina preconizada por la Asamblea Liberal.

El programa define los puntos de vista legislativos, económicos, de las relaciones internacionales, de las obras públicas, de la cultura del ejército, pero para el objeto de este libro que quiere concentrar todo lo que se relaciona en este momento histórico con la doctrina liberal y la trascendencia de la Asamblea, recogemos

como la expresión del éxito más notable, las siguientes declaraciones del señor Presidente Córdova:

“Las cuestiones de la política doctrinaria ecuatoriana, dice, tienen para mí la diafanidad de los grandes convencimientos.

Mantenedor de la doctrina liberal como criterio definido en la gobernación de los pueblos, encontré, desde el primer momento, que el Programa de la Asamblea Liberal Ecuatoriana, que auspició mi candidatura a la Presidencia de la República, consultaba la aplicación de ideales que la conciencia del Liberalismo debía adoptar en esta hora, en que una corriente ideológica novísima satura el mundo, con sus ansias eternas de afianzar la renovación indefinida de esos ideales, condiciones éticas del pensamiento liberal científico, que convulsionan en estos instantes a las instituciones políticas anquilosadas.

Bien está, por lo mismo, que reconozcamos en la Constitución vigente el génesis del programa liberal, y que mantengamos en alto las reformas conquistadas, para incorporar a éstas las que en nuevas campañas cívicas podamos realizar.

Proclamo, también, la tolerancia, como la base de la paz, y aspiro, por la difusión de la ciencia, por la educación popular, por la cultura especializada, a la renovación de la ideología nacional. No será mi Gobierno —lo expreso claramente— el que provoque escisiones político-religiosas. Aspiro a mantener un criterio fincado en la tolerancia de las ideas ajenas, de amplio y severo examen para todos, situación espiritual que reconozco compatible con mi propio programa, pero sin consentir jamás que se vulneren las conquistas liberales del país, consagradas en la Constitución y las leyes.

La legislación social aun carece de un estudio orgánico que satisfaga las aspiraciones obreras y del proletariado campesino, y por esa falta de un Código del Trabajo, contemplamos que han quedado sin eficacia práctica algunas reformas anotadas, como la referente al concertaje de indios, las que garantizan indemniza-

ciones por los accidentes del trabajo y que faltan en nuestra legislación; las que versan sobre la protección en los casos de enfermedades profesionales, de la invalidez de los obreros; las que reglamentan el inquilinato y las casas higiénicas, así como las referentes al trabajo de las mujeres y los niños, a las provisiones de médicos y medicinas para las poblaciones rurales; y, en fin, las que protegen los derechos de los obreros en la participación de los beneficios del capital.

La expedición de una ley agraria que evite el latifundismo y garantice la producción, así como el mantenimiento de estaciones o granjas experimentales, es timo de gran urgencia.

Es indispensable regularizar por mejores normas la riqueza nacional en lo que toca a la adjudicación de las tierras baldías, revocando las concesiones hechas cuando no se haya cumplido con las estipulaciones, y recuperando para el Estado las tierras adjudicadas en cualquier tiempo y que actualmente se hallen abandonadas. Asimismo debe reconocerse la propiedad de los colonos que por el trabajo de dos años hayan incorporado a su patrimonio familiar las tierras baldías.

Es conveniente la intervención del Estado para la fijación máxima de la relación entre la propiedad raíz y los inquilinatos, obligando a la higienización por los propietarios.

La vigilancia estricta para evitar los acaparamientos de víveres, especialmente, cuidará que sea enérgica y constante.

En la instrucción pública es preciso difundir los conocimientos elementales que capaciten a la ciudadanía para el ejercicio de los derechos cívicos, con preferencia al bachillerato, que debe ser concedido a la absoluta idoneidad, y a la vida universitaria que debe ser autónoma.

Creo indispensable una prudente protección a las industrias nacionales y especialmente a la agricultura; y, en consecuencia, proceder a la inmediata revisión de los estancos de aguardiente y tabaco, a fin de convertir estas fuentes de la riqueza pública en materia de expor-

tación, armonizando los intereses fiscales con los de los productores.

Juzgo que hay que derogar la moratoria, o sea, la inconvertibilidad de los billetes de Banco, y toda traba incautadora de la libre fluctuación de la balanza económica, garantizando todo desequilibrio financiero, por medios mecánicos que regularicen las operaciones, fundando el Banco Nacional, al que se le atribuya privativamente la emisión de billetes y las operaciones económicas del Estado.

De acuerdo con los postulados liberales, creo conveniente la organización de los partidos políticos como entidades responsables, a fin de crear el Gobierno de partido, que equilibre la administración pública, infundiendo solidaridad y vigor a la acción política, que se ejercite por ideas definidas en programas doctrinarios. Pero el gobierno de partido tiene que garantizar su vitalidad por la acción permanente y disciplinada, para que no se mantenga como criterio de un partido la voluntad de círculos reducidos de la opinión ciudadana.

Declaro, en fin, que manteniendo siempre el criterio de la doctrina liberal en la realización de los fines del Estado, y por los mismos principios de tolerancia por ella proclamados, debo todos mis respetos y las más amplias garantías ciudadanas a todos los partidos y a todas las confesiones religiosas."

Y remata su programa el Sr. Presidente Córdova, con esta solemne promesa: "He aquí conciudadanos, el efectivo pacto que firmo yo con la Nación."

## XII

### **Responsabilidades de la hora actual**

La batalla ideológica del escritor, del utopista, está ganada con la declaración en el Capitolio, de la legiti-

midad de las aspiraciones socialistas que informan hoy los programas liberales del mundo.

Toda la porfiada labor de estos tiempos, para la renovación de los viejos cánones del liberalismo moderado, han repercutido claramente en el programa de gobierno del Sr. Presidente Córdova, que los graba en su escudo de combate, en consonancia con los anhelos de los tiempos nuevos.

Falta ahora el programa de acción, pues, como decía en su discurso el Presidente de la Asamblea: "No basta que las ideas se hayan cristalizado en las instituciones, es menester, además, que se cristalicen en la acción fecunda y eficaz."

Y si para cumplir sus bellas promesas pide el Sr. Dr. Córdova el concurso del liberalismo, representado por el Directorio Supremo del Partido, ¿por qué excusarse?, ¿por qué no sacrificar resentimientos y deponer injurias, y pretericiones, para colaborar en el Gobierno o fuera de él en la obra grande de que el liberalismo triunfe en el Poder, de que se haga amable por la eficiencia de sus obras y asegure su hegemonía por el respeto y la voluntad ciudadana?

Visionarios nos decían, cuando en la lucha por el triunfo de la candidatura de la Asamblea, denunciábamos la proximidad del peligro clerical; visionarios nos repetían, cuando al combatir al lassismo descubrimos bajo la careta del Sr. Lasso la fisonomía de Monseñor Pólit; visionarios gritaban aun en las propias filas cuando explicábamos la urgencia de definir la situación política, como la cuestión previa para afrontar la cuestión económica. El intriguismo y el lassismo exhibían sus plataformas de redención económica como el desideratum de todo el problema palpitante.

Error. Lo primero era destronar el "nacionalismo", salir el fin de los liberales moderados, de los que creen resolver todas las situaciones en los clubes sociales, con el abrazo jesuítico sonriente y con las bromitas machacadas, frotándose las manos con la hipocresía de todo el que no tiene en el alma el valor para mirar de

frente y decir la verdad y realizarla, "cueste lo que costare".

El liberalismo ha corrido siempre peligros inminentes, no tanto por la conjuración clerical en perpetuo acecho de situaciones para dar la puñalada por la espalda, como por el liberalismo moderado, incapaz, cobarde, estéril, que para todo afán de progreso tiene un aplazamiento, y para toda infidencia una disculpa. Como Pilatos, siempre el clericalismo tendrá la palangana lista para lavarse de las conspiraciones fracasadas.

El liberalismo moderado ha impedido constantemente la concentración del liberalismo genuino, porque sabe que siendo éste fuerte por la unión, los tráfugas ya no tiene cabida, y por eso divide siempre para reinar en los campos desolados por la intriga, por las traiciones y el egoísmo.

Los clericales conspiran siempre y están en su derecho; se alzan en armas cuando tienen a sus jefes incrustados en los gobiernos de transacción y componendas, y también están en su derecho; pero no hay razón ni derecho para tolerar ni un día más en el gobierno al liberalismo moderado, meticuloso, que gusta del buen pasar, y toda su habilidad consiste en dejar de hacer con tal de que no le incomoden, aunque la suma de tantas responsabilidades arruinen al Partido, y con esta falta de prestigio le precipiten a la caída irremediable.

Es la hora de la acción fecunda. Queremos hombres de acción. Necesitamos gobernantes y colaboradores de esos que hagan mal, pero que hagan, como decía Sarmiento al pueblo argentino.

Por la traición "nacionalista", acaba de aparecer en pandilla armada el filibusterismo en mezcla natural con los clericales educados en la antigua conculcación del sentimiento de la soberanía del suelo patrio. Y en los campos imbabureños han recibido un tremendo escarmiento. Esta es la paz que nos dejó el Gobierno híbrido del Dr. Tamayo, esa PAZ OBTENIDA A COSTA DE LA VIDA DEL LIBERALISMO.



Por la ineficacia del liberalismo moderado en el Poder, el país gime con el peso de una situación económica insoportable, y en ello compromete el crédito del Partido.

Por la eficiencia del Ejército y su lealtad liberal ha triunfado el Gobierno del primer amago de revolución; triunfará también por la eficacia de una reacción radical gubernativa de la revolución social que se incuba en Guayaquil y en la Sierra, para redimirse de los explotadores? ¿Se pondrá en esta vez el Gobierno de parte del pueblo o le precipitará al abismo como en el 15 de noviembre, movimiento social que aun no opera su reacción?

El programa presidencial así lo ofrece. Esperemos.

No olvide el Sr. Dr. Córdova la santidad de su pacto, ni crea que lo resolvería con sólo atenuarlo. Ni se divorcie por afectos o desafectos personales del liberalismo ecuatoriano, representado por el Directorio Central, cuyo consejo jamás pretenderá ser una imposición, sino una voz amigable, serena, desinteresada.

La lucha apenas se inicia, Sr. Presidente Córdova. En los jardines del señor Jijón y Caamaño ha enterrado la ironía a los soldados que cayeron, y la sangre es abono fecundo. Ya tendremos nuevas campañas clericales y de esas dará buena cuenta el Ejército; pero de la cuestión social y económica latente, sólo responderá el acierto del Magistrado.

Tampoco olvide que el Directorio Supremo del Partido jamás rehuirá las responsabilidades de su colaboración en el Gobierno.

La cuestión queda planteada así en este instante: fracaso del liberalismo moderado: prestigio de la Asamblea Liberal: revolución clerical: amago de reacción socialista.

Y la solución no puede ser otra que ésta: o revolución desde arriba por obra de una actitud definitivamente radical del Gobierno o revolución social en la mezcla informe de todas las fuerzas vivas del país.

Y cuando los gobiernos tienen personalidad, las revoluciones débiles son una fortuna, porque ellas permiten ejercer facultades salvadoras.

Sobre la administración actual pesa la responsabilidad de tres Gobiernos que nada hicieron fundamentalmente para el progreso del país.

Y las leyes de la resistencia social indican que el retoricismo fracasará en esta vez. El país exige hechos, no palabras.

Todo está por hacerse. Es la hora solemne de trabajar.

Que la concentración liberal se opere sincera y patrióticamente.

*Quito, Setiembre 23 de 1924.*

ALFONSO BARRALLO PRESIDENTE DEL COMITÉ



# ASPECTOS POLITICOS

*(Octubre de 1923 a Enero de 1924)*



## ASPECTOS POLITICOS

---

Afirma Fichte que el secreto de toda política, consiste simplemente en esto: declarar *lo que es*, donde por *lo que es* se entiende aquella realidad del estrato social que constituye en cada época, en cada instante, la opinión verdadera e íntima de una parte de esa vida real.

Porque muchas situaciones no llevan en sí la complejidad que les atribuimos, si no que esa complejidad es un producto de nuestros prejuicios. El poder de las realidades, con ser tan fuertes, quedan oscurecidas por el imperativo del querer, capaz de desviar al mundo de su órbita fantástica. Tenía razón Arquímedes cuando confiaba en poder desviar al mundo si se le concedía un punto de apoyo para su palanca poderosa. Para la voluntad—palanca formidable—ya el mundo moral ha encontrado su punto de apoyo: el ideal. Y las ideas gobiernan el mundo.

En mis "Aspectos Políticos" no he pretendido enseñar; esa posición de dómine es absurda en esta época de enorme divulgación científica. Los libros tienden a comprimirse, a brindar en jugo concentrado las esencias de la verdad. De Cornelio Alápidé a los ensayistas contemporáneos, se extiende el alfa y el omega de la manera de producción literaria. Difusa, enorme, en cien infolios en Alápidé para enseñar la Doctrina Cristiana; sutil, alada, penetrante, intensa en Rodó, en Ganivet, en Ortega y Gasset, que conceden el dón de su pensamiento en pocas páginas de arte es-

tilizadas con la paciencia inaudita de esos monjes que burilaban toda una vida, la custodia que había de alzarse solemne, en las grandes basílicas, como insignia de paz y holocausto de existencias consumidas en el amor divino.

Ya la crónica erudita no se hace perdonar si el ingenio no mariposea incansable, libando finamente, imperceptiblemente, en los cálices de muchas flores, y recoge con amor el néctar y el polen para sembrar la vida en las almas propicias a las unciones del saber.

Pero todas esas exquisiteces contrastan con la aguda frivolidad de las crónicas del diarismo, agitadas en el vértigo de la vida diaria, que impregnan a la producción toda su forma contradictoria, dolorosa, inordaz, ingeniosa, irónica, profundamente humana en su conjunto desigual. El estiramiento dogmatizante es ridículo en el periodismo, y pesado en todas partes. Nada hay más absurdo que el periodista de gafas doctorales, sudando el quilo de su sabiduría por entregas.

Y sobre todo, el manifiesto político, según el pensamiento de Fichte, es decir, declarar *lo que es*, toda la verdad, como la fórmula única para afrontar las crisis sociales, exige la dureza que la verdad entraña por ser tal verdad. Y entonces, la pluma tiene agudeces de espada, zarpazos de águila, revuelos de lucha tumultuosa. Las pasiones saltan a la arena como las jaurías en los circos romanos, con las fauces abiertas para devorar. Sólo la fe en un altísimo ideal puede desarmar las furias, y permitir que el creyente pase acariciando a los leones la melena irsuta, ante el espanto de los concurrentes ávidos de la emoción cruel.

De nuestras luchas políticas, es en la prensa donde mejor se refleja el actual estado de cultura, y si es verdad que ya se ha humanizado un tanto, que ya está distante la época de Irrizarri, del Montalvo de las Catilinarias, y las Charlas de Calle han perdido su eco, aun queda en la prensa sectaria el afán inculpador, y solamente el conservadorismo amplio es capaz de demostrarse gentil. La prensa amarilla no puede mencionarse sino como la realidad del negocio, y con los

ideales políticos sólo trafican los malvados, que las sociedades cultas toleran, pero al fin eliminan, condenando al vacío esa putrefacción.

Y en "ASPECTOS POLÍTICOS" se estudia la verdad, se denuncia la verdad, *lo que es*, con la convicción del apostolado que no rehuye la declaración sincera, aunque ella cueste el enojo de los que por hallarse en la cumbre de la pirámide política, social o religiosa, se creen invulnerables, acostumbrados al agachamiento del mercantilismo político y religioso.

Pero los que por sobre todas las cosas tienen el culto de las ideas y confían en la eficacia de éstas, como en las fuerzas que gobiernan el mundo, ni ceden por el imperio de los fantasmas, ni se asombran por el éxito de ideales mantenidos como imposibles. Entre éstos ha figurado siempre la organización del Partido Liberal en el Ecuador.

Felizmente, la verdad se ha impuesto, los prejuicios han sufrido un nuevo rechazo; y el liberalismo renovado, purificado por el dolor de su vida tormentosa, fija hoy en sus bases programáticas los fundamentos de su nueva existencia. Tiene en el Directorio Supremo del Partido la garantía de sus éxitos en el tiempo, y en la exaltación de su Candidato al Poder, la seguridad de una concentración leal de todos los "ismos" dispersos, para actuar como una gran fuerza de renovación.

Y la conciencia de haber colaborado con desinterés en esta lucha brillante del Partido Liberal, en una tremenda crisis histórica, concede al espíritu la satisfacción de un deber cumplido, y renacen las esperanzas como promesas ciertas de tiempos propicios para la República.

Y en esta lucha, le ha tocado a "El Día", antiguo paladín del Liberalismo, mantener arriba la bandera roja, con la pureza de su nacimiento aristocrático. Que el Liberalismo reconozca a su valiente paladín, que tendrá siempre a su lado a cuantos creen en el sortilegio de la prensa, como el poder incontrastable, cuando le guía la verdad y el amor a la patria.



## II

## CANDIDATOS Y CANDIDOTES

Pues, señores, han concluido las escenas que complican la trama de la comedia política, y ya que poco caso se hizo de los prolegómenos eleccionarios, si aun el argumento mismo se lo ha encontrado trivial, sepamos o conjeturemos el desenlace, que al fin y al cabo, afecta a la vitalidad nacional.

Porque el falso horror a la política, ha traído consigo un mal más grave: la impolítica, esto es, la confusión, la desorientación, el desorden y probablemente la anarquía. Es exacto que en su mensaje inaugural declaró el señor Presidente Tamayo su aversión a la política, pero esta palabra hay que traducirla por *politiquería*, pues no cabe aceptar la negación de toda actividad política, a quien tiene que ejercer una posición esencialmente política, quiera o no quiera. Además, política es dón de gobierno, y lo que ha rechazado el doctor Tamayo es la *politiquería* o sea el imperio de las camarillas de *pane lucrando* de todas las administraciones, sobre el fundamento de la intriga y las intemperancias del arribismo.

Así entendida la política, ya podemos tratar si quiera sea en principio—pues “El Día” no ha tenido, ni tendrá candidato, porque ante todo se debe a su público—ya podemos tratar de la sucesión presidencial, cuestión decisiva en el porvenir de la República.

Y se presenta de bulto la primera cuestión: la multitud de candidatos. ¿Significa para el Ecuador un signo de elevación política? En otros términos: ¿la existencia de muchos candidatos demuestran un prestigio para la República? Esta pregunta podría descomponerse en estas otras cuestiones: ¿hay muchos ciudadanos ilustres (supuesto que además de ciudadano sea preciso también ser *ilustre*) en qué escoger? Y en este caso, el país está repleto de notabilidades. O, lo

que es de temer, la incultura política, esto es, la impolítica, acusa una baja atmósfera, favorable tan sólo para las mediocridades engreídas, para los favoritos de Palacio, para los simplemente ingenuos, vulgarmente tontos, que olvidan la génesis de la sucesión presidencial, que, aunque alterada en la forma, se ha respetado en su esencia a través de todas las vicisitudes políticas, desde el primer Flores hasta Tamayo inclusive?

Esto quiere decir que hay candidatos y candidotes.

Que en la fauna política existen tipos de valor intrínseco y tipos fantoches, producto malsano de épocas anormales en los países nuevos.

Los candidatos representan la calidad y los candidotes la cantidad. Los candidatos representan algo, los candidotes sólo representan su personal ambición. A los candidatos reconoce el público porque son presentados a la espectación por centros políticos de importancia, y sintetizan una aspiración nacional, ostentando una bandera. Los candidotes viven de la mentira, buscan las apariencias, fracasan definitivamente y a lo sumo representan ambiciones oscuras.

En el pasado ecuatoriano tan lleno de contradicciones y fracasos lamentables, y sin embargo de los regímenes militaristas, se respetó para la exaltación a la Presidencia de la República la virtud intrínseca de los ciudadanos, que por otra parte representaban alguna aspiración nacional, alguna virtud comprobada en una vida pública llena de merecimientos. Flores fue de los libertadores; Rocafuerte de los fundadores; Roca y Noboa de los próceres; Urbina de los libertarios; García Moreno representó un ideal reconstructivo, anacrónico en la forma; Borrero fue un republicano; Flores Jijón y Baquerizo Moreno representaron la cultura liberal; Alfaro fue un caudillo legendario; Plaza sostuvo la constitucionalidad; Tamayo ha sido un intento vago de depuración política; y hasta los caídos en desgracia como Carrión, Veintemilla, Caamaño y Cordero; los que no alcanzaron a gobernar como García y Estrada, todos estos tuvieron un prestigio, un nombre; antecedentes

históricos en las letras, la milicia, la banca o el abolengo. Fueron *alguien* antes de ser presidentes.

No puede decirse que todos llegaron al Poder por el sufragio popular, ni que fueron impuestos *manu militare*; pero el origen casi siempre impuro de todos los gobiernos, fue ilustrado por la propia prestancia y los altos hechos que han sobrevivido al fracaso de casi un siglo de la historia ecuatoriana.

Es cierto que García Moreno ensayó el continuismo aupando al Poder a dos hombres inermes personalmente, pero que luego intentaron ser gobierno, olvidando que carecían de la fuerza bruta. Y la tradición republicana a calificado a Carrión y Espinosa de varones virtuosos.

Existe, pues, en el Ecuador, una tradición acerca de los presidenciables, que el arrivismo descarado no ha de destruir en un día.

En el Partido Liberal, durante estos últimos años, los nombres de Alfaro, Plaza, Baquerizo Moreno, Tamayo, Estrada, García, representan una bandera, la consolidación liberal, el civilismo, la restauración ascendaria; en fin, un ideal, una realidad o por lo menos una esperanza, pero jamás la exaltación del arrivismo.

Y cuando aspiraron al Poder fueron candidatos, no candidotes.

### III

#### ALGO SOBRE LA ASAMBLEA LIBERAL

Sin incurrir en mala fe, vicio muy frecuente en los ajetreos de la política, no puede desconocerse la trascendencia histórica de la Asamblea Liberal reunida en setiembre de 1923.

Se habló de la falta de personería de esta entidad política, se pretendió exigir a una Asamblea de Partido la constitución legal perfecta de que carece la República como expresión democrática y el Presidente como representación genuina del sufragio popular. Los poderes públicos no representan sino una ficción social, son la resultante de fórmulas adoptadas para garanti-

zar la convivencia dentro de normas políticas. Pero si el rigorismo jurídico quisiese socabar los fundamentos de esos poderes exigiendo la absoluta idoneidad representativa, ya podemos hacer individualmente lo que nos venga en gana, echando a rodar esa ficción del llamado pacto social de Rousseau, de aquella otra ficción de Beccaria, por la cual, cada ciudadano ha renunciado una partícula de su libertad innata para delegar y erigir la autoridad, y destruyendo así todas las ficciones políticas, la del sufragio universal inclusive, romper todo nexo social, declarar la no existencia de la República por falta de personería de los fundadores y la nulidad de todo lo hecho por la adulteración y atropello del sufragio popular, por lo cual no hemos tenido sino un Presidente realmente legítimo, que lo despachamos con rumbo a su casa en pocos meses, contra la voluntad del señor Borrero.

Con qué, ¿quién ha descalificado o pretendido descalificar a la Asamblea Liberal? ¿El señor doctor Tamayo? Este es sin duda un error, pero un error repareable, porque está afectando, aunque sea sin eficacia, el acto histórico de mayor significación realizado en el período presidencial del mismo señor doctor Tamayo, de cuyos hechos en el Poder, caerán en el olvido irremediable muchos actos que él juzgará con amor, y sin embargo la constitución de la Asamblea y su programa y estatutos quedarán incorporados en la historia de estos últimos cuatro años, como el movimiento inicial emancipador de la tutela y el despotismo de los gobiernos, que no ha tenido para su bien, el control de los partidos organizados.

Alfaro y Plaza intentaron con sinceridad o sin ella la reunión de una Asamblea y fracasaron, porque entre los motivos de conveniencia en orden al mantenimiento de los principios doctrinarios y los que aparecían guiar el propósito como intención de política netamente personal, pesó esta última consideración con mayor fuerza y la Asamblea no pudo surgir. Ni aún motivos relacionados con la exhibición de candidaturas, pudieron estimular una organización. ¿Por qué?

El ambiente de esa época no tiene punto alguno de semejanza con la actualidad política de este momento histórico. Factores de diversos órdenes están actuando en la vida nacional, por acción directa, en la aduiteración de los viejos cánones del Partido y por acción refleja, procedente de la conmoción ideológica mundial. Se necesitaba reafirmar lo que de inconvencible tiene el liberalismo como partido histórico, y remosar las fórmulas políticas accidentales, que constituyen el avance del siglo, y exigen un puesto en la renovación de los programas.

Estos factores precisaron imperiosamente las definiciones, propósitos y votos contenidos en el Programa del Partido, exigieron una organización capaz de desenvolver y realizar las aspiraciones, y finalmente urgía proclamar un nombre, consagrar una representación, en la debacle de exhibicionismos anónimos, sospechosos o simplemente descarados.

Esta acción de la Asamblea contiene implícitamente una aproximación a los fines del Gobierno, vinculado a la historia del liberalismo. Si el Jefe del Estado como tal, tiene que gobernar para el país con prescindencia de coloridos políticos, distribuyendo equitativamente los dones de la justicia y mantenimiento en su punto las garantías políticas ciudadanas, esa manera de gobernar ha adoptado las fórmulas políticas liberales, con exclusión del criterio conservador que implicaría una hibridación imposible, inaceptable a ningún título, ni aun llamándose nacionalista, que pretende comprender una fórmula ecléctica, y que otros traducen por transfugio.

Constituída, pues, la Asamblea, cumplíale avisar el hecho histórico al Jefe del Gobierno liberal, sin pretender saber su opinión acerca de la capacidad e idoneidad de ésta, puntos resueltos privativamente por la propia Asamblea.

Desde luego, si en el terreno ideológico, de su exclusiva competencia, la Asamblea resultó un alto exponente de cultura cívica, que ha merecido el respeto de todos y el aplauso unánime de la prensa liberal sin

compromisos personalistas, el programa se convertirá en una realidad, cuando a su vez tenga en el Poder una jefatura genuina. Mientras tanto, la simiente está echada en el surco generoso, y de ella brotará en floración inmortal, las nuevas esencias del liberalismo que habrán de saturar la ideología y la obra en este *devenir* eterno de los ideales.

## IV

### EL FACTOR PLACISTA

Con decir que ya muchos no creen ni en el liberalismo del General Plaza, se puede afirmar también que no es posible conceder desmesurada importancia a lo que se viene llamando la influencia placista en las sucesiones presidenciales singularmente.

Esto no quiere decir que se desconozcan las muchas y valiosas amistades que siguen rodeando al ilustre ex-Presidente, pues que nadie como él ha tenido en el solio un refinado don de gentes, nadie ha catado mejor los valores políticos nacionales, nadie sabe como él la historia circunstanciada de las personas que tienen alguna significación en el mundo social, y nadie ha barajado también como el más experto prestidigitador las cartas políticas, obteniendo el resultado que ha querido.

Y después de todo, el General Plaza es profundamente simpático. En sus mocedades corrió las aventuras por tierras centroamericanas, con valor y con prestigio, como uno de los tenientes de Almagro en la época de la conquista. Estuvo en Jaramijó con Alfaro, y cuando terminaron las campañas del 95 y constató que en el Ecuador nada le quedaba por hacer, soñó muchas veces en el vivac con una fortunita de veinte mil sucres, como máxima aspiración, para ser feliz en los dominios costarricenses. Y fue a esas playas nostálgicas y volvió de nuevo al Ecuador, y, cuando menos lo esperaba, los vientos alicios soplaron favorablemente hacia las playas de la Fortuna, y fue exaltado Presidente de la República.

En el Poder honró sus conquistas militares, desenvolvió aptitudes políticas inesperadas, tuvo gestos de reformador, limpió el moho de los pergaminos que acreditaban una ascendencia clara, entroncó su nombre al de una familia connotada, siguió encariñado con su bohemia elegante, y dejó el Poder, llevándose muchas simpatías y amistades leales.

Cuando, después de la catástrofe del alfarismo volvió a ser Presidente por segunda vez, ya el ambiente no le fue muy propicio. Sin responsabilidades inmediatas en las desventuras políticas de esa época, al subir al Solio lo encontró salpicado de sangre, por obra de la intriga del funesto Ministro Octavio Díaz, que logró desencadenar furiosas ambiciones presidenciales, y su misma vía triunfal desde Guayaquil hasta Quito, después de aniquilar al alfarismo en Huigra y Yaguachi, tuvo como decoración trágica un reguero de sangre, que las flores del éxito no alcanzaron a tapar. Después vino el levantamiento de las montoneras de Esmeraldas, y de nuevo la sangre corrió desbordante y clamorosa. Con ese abono de odios ya los resultados de la administración no pudieron ser propicios. Mayormente, cuando el cataclismo económico producido por la Gran Guerra Europea, afectó a la vida nacional.

Rodeado de dificultades, para alentar esperanzas inventó la política del riel, ofreciendo ferrocarriles a casi todas las provincias; y para obtener recursos sancionó la llamada ley moratoria. Y estos manejos han dejado en el país una secuela espantosa. Por la política del riel se derrochan millones; y por la moratoria se ha erigido en Guayaquil una plutocracia bancaria insultante, desafiante, que tiene en sus manos los destinos políticos del presente y el porvenir del Ecuador. El conjunto de esta herencia placista está amenazando a la hegemonía del Partido Liberal.

Porque los Bancos necesitan gobernar con la menor suma de resistencias, y para esto no hay otro método que el encumbramiento de nulidades, la apoteosis de los mediocres, el reinado de la farsa. De aquí proviene la confusión babélica de la hora política presente.

Hay grandes intereses creados que defender, y ante éstos, los ideales políticos nada representan.

Por todo esto y algo más, la influencia del General Plaza no es sino relativa. Quien ha gobernado en dos períodos la República tiene necesariamente adeptos, quizá amigos leales y gente agradecida en el Ejército. Pues el General Plaza es un fakir portentoso en eso de sugestionar espíritus débiles. Sus afectos tienen ese sabor campechano que tanto agrada, su conversación es interesante, su aspecto patriarcal. "Se deja querer", para usar de una expresión del mismo General Plaza.

Pero en los centros políticos importantes su ascendiente es ya casi nulo. Algunos le recuerdan con afecto, pero sin devoción política; otros subrayan su nueva faz burguesa, sus millones, la casa solariega conquistada como gentil caballero y militar afortunado; y se habla también de la nieve que teje hilos de plata en la hermosa barba mahometana ya casi blanca; y por todas estas circunstancias, y porque el ejercicio del Poder imprime espíritu conservador, se comenta entre la juventud esa época lejana ya . . . cuando el señor General don Leonidas Plaza Gutiérrez fue liberal!

Es comprensible, desde luego, que se suponga una influencia decisiva en las sucesiones presidenciales. Se habló de esto cuando la elección del Dr. Tamayo, pero este señor ha manejado las cosas hasta aislarse. Y el mismo Dr. Baquerizo Moreno dió muestras de una gran independencia espiritual.

Desde luego, no puede serle indiferente al General Plaza el ciudadano que llegue a gobernar el Ecuador, por su pasado político y por su presente de señor feudal. Es posible que se empeñe, que simpatice por alguien, pero no le creemos un factor decisivo en la determinación concreta del candidato oficial. La habilidad del General Plaza consiste en poner el adarme de sus influencias cuando ya el fiel de la balanza está inclinado al éxito, haciendo ostentación de esas influencias.



V

LOS PRESIDENCIABLES

De los treinta y tantos candidatos denunciados a la pública espectación como utilizables para regir los destinos del país, ¿cuántos quedan flotando en la opinión, como aceptables en principio, para el próximo fregado electoral?

A lo que parece, sólo cuatro: Córdova, Icaza, Intriago y Lasso. El primero tiene, además de sus propios merecimientos, el aura de una proclamación formal de la élite del Partido Liberal; el segundo, y no embargante su declaración expresa de incompetencia, continúan sus admiradores trabajando, según denuncios reiterados de la prensa. El señor Icaza es además Ministro de Guerra, Marina y Aviación en servicio activo, y conserva un olvidado título de Coronel de nuestro Ejército. Y además del doctor Córdova y el señor Icaza quedan también en la espectación los candidatos populares Intriago y Lasso.

¿Hay más candidatos? ¡Ah! el de tapada. El gallo oficial. Pero ese Chanteclair prodigioso a cuyo canto nacerá el nuevo sol ¿existe en realidad? ¿Habrà pensado seriamente en ese gallo el señor doctor Tama-yo, que parece no preocuparle el problema de la sucesión?

Sí suenan otros nombres. Los candidatos sonríen, se esfuerzan por aparecer viables, quieren dar muestras de que aún hay por allí algunos ejemplares de hombres ingenuos, que creen en los milagros de la palanca política, más formidable que la de Arquímedes; porque al fin, la de éste necesitaba de un punto de apoyo para imprimir un movimiento más a la esfera terrestre, y la palanca de los candidatos no necesita ni de ese punto de apoyo. Les basta inventarlo, sospecharlo o arrancarlo con reticencias, bajo la presión de servicios hechos y la misma incondicionalidad para los que el Gobierno proyecte realizar. Y como sin ese apoyo

real y efectivo todos los anhelos se vuelven quimorias, que nombres suenan, suenan, suenan, como los cascabelen de Arlequín en el tablado de la feria de las tristes vanidades....

No hay que incluir entre los candidatos a aquellos personajes cuyos nombres se han lanzado en su ausencia, o que en su presencia, unos y otros, han sido los primeros en no apoyar el ensayo!

Estas cuatro figuras espectantes: Córdova, Icaza, Intriago y Lasso, que verdaderamente tienen base real en la opinión, (excepto el señor Icaza que es una mera hipótesis militarista), qué ideales representan, en qué plataforma descansa su crédito político, cómo desenvolverán sus fuerzas?

Si no es posible saberlo por boca de los mismos postulantes, no será malo sospecharlo. Esto cuando ya no lo hayan declarado.

Porque la candidatura Córdova encarna indudablemente toda la aspiración nacional, concretada en esta proposición: renovación de sistemas en el orden político y económico: organización hacendaria sin la presión plutocrática bancaria: mantenimiento férreo del ideal liberal.

Los candidatos populares Intriago y Lasso no difieren quizá de estos propósitos, ¿pero contarán con el ambiente propicio que indudablemente tiene Córdova en la élite del Partido Liberal?

Es que Intriago en la Costa y Lasso en la Sierra cuentan con el grueso público, factor de todos los éxitos, y con el éxito los aspectos políticos cambian. Si esto fuese cierto, quiere decir que estos candidatos tendrían que efectuar una acción política complementaria, y a lo que parece, cada uno trabaja para su santo.

¿Y cual es el valor efectivo de la potencialidad de Intriago y Lasso en las masas populares que suscriben sus candidaturas?

Por lo menos este interrogante no acompaña a la candidatura Córdova que tiene toda la placidez de lo intelectual, de lo que siendo aspiración quiere ser realidad por la obra de la justicia, de la verdad y de la li-

bertad. Quizá se huye, por la idealidad, de la tiranía de las muchedumbres, más intolerable que la tiranía de un déspota. Sobre todo cuando existe un programa que cumplir, proteste quien proteste.

Complace eso sí reconocer, que los de la élite y los de la popularidad coinciden en la urgencia de cambiar rumbos a la política ecuatoriana, dignificando las costumbres, haciendo posible por manejos francos la restauración de todos los créditos, desde el político hasta el hacendario. Y este punto de contacto permite entrever la posibilidad de entenderse en cualquier punto de la jornada, si es que no existe una simple ambición personal en los candidatos.

¿Y el enriquecimiento? Existe el enriquecimiento siquiera como potencia propinqua para el caso de una debacle eleccionaria? Otro interrogante. Unos le conceden, siguiendo en esto al doctor Tamayo, una fuerza oculta peligrosísima; otros creen que el enriquecimiento no ha sido sino un fantasma. ¿En qué quedamos?

Toda esta divagación cabe por el concepto de que los presidenciables Córdova, Intríago y Lasso, tienen su plataforma puesta en media calle, queremos decir, sin el apoyo oficial. Y por lo que respecta al señor Icaza, Ministro de Guerra, Marina y Aviación, sospechamos que ni corre en el campo eleccionario como un gamo, ni nada como un pato, ni vuela como un cóndor, con ser un Coronel de tierra, agua y aire!

## VI

### LA ABSTENCIÓN ALFARISTA

El alfarismo cree que aun vive sin cabeza. Este es el fenómeno más singular de una de las fracciones del liberalismo ecuatoriano. ¡Vivir sin cabeza!

Pues, no es posible negar la existencia de un alfarismo póstumo o que sobrevive al desaparecimiento del Caudillo y la Plana Mayor de éste. Esto es un hecho,

Y también lo es, real y efectivo, que ese alfarismo no representa sino un resto náufrago del cataclismo que eliminó el escalafón alfarista empezando por la cabeza, según la aspiración cumplida de uno de los célebres ministros del celeberrimo gobierno del Sr. Freile Zaldumbide.

Cierto que existe por allí una Junta Liberal del Pichincha integrada exclusivamente por alfaristas, y que hace acto de presencia cada Cinco de Junio y a veces también los veintiochos de enero; pero, por lo que hace y lo que dice en esas fechas conmemorativas, la susodicha Junta más bien tiene el aspecto de una Funeraria Nacional del Alfarismo, que el de un Centro con proyectos de ser factor político. Ni el personal que lo integra y que sirve individualmente en los otros campos en que está fraccionado el liberalismo, permite concebir la esperanza de una reacción netamente alfarista como organización política. Fue Dn. Carlos Concha la última protesta del alfarismo activo.

Y pásmense ustedes, hipotéticos lectores míos, que quien traza estos signos, cree en la urgencia de organizar el alfarismo, como factor del radicalismo neto, entre las medias tintas de las agrupaciones liberales existentes. Y para no fracasar sería indispensable prescindir de lo que fue el alfarismo con el Caudillo, que traicionó al Caudillo, que explotó y desacreditó al Caudillo, y que, cuando por todas sus acciones vergonzosas, se sintió excomulgado de todos los grupos liberales, echó a llorar por el Caudillo, comprendiendo por el rechazo político la enormidad de su ingratitude y los quilates de sus cobardes claudicaciones. El alfarismo sólo es posible sin los alfaristas de Alfaro, dicho sea esto, aunque parezca una paradoja. Y los elementos de excepción, los que fueron hasta el fin incondicionales de Alfaro, deberían declinar el honor del alfarismo de este proyecto en bien de la concepción política y de la memoria del Viejo Luchador. ¡Hay cariños que matan, señores y amigos! Y de esta calidad es el que tienen por Alfaro los alfaristas acéfalos.

Si se pensara con despreocupación, sin aferrarse a frases hechas, y a créditos políticos catalogados entre lo inservible, se confirmaría por mucha gente la idea de que la existencia de un Partido Alfارista es la única modalidad que cabe, como expresión genuinamente ecuatoriana, sin contraposición a las líneas fundamentales del liberalismo y radicalismo clásicos.

Ya el liberalismo tiene un programa novísimo. El radicalismo, adaptado a las necesidades ideológicas y positivas, por fórmulas de gobierno definidas, constituiría el alfarismo. Más claro. El Partido Alfارista en el Ecuador equivaldría al balmacedismo chileno, encarnando una modalidad característica en la vida nacional. Tendría en el Programa Liberal su base, en el marco radical clásico su límite, y con estos dos factores como sustentáculos, pero sin denominarse *liberal-radical*, porque eso es absurdo, desenvolvería un programa de acción para cumplir sin contemporizaciones los grandes enunciados doctrinarios de Alfaro, contenidos en las Constituciones del 95 y 1906, por la evolución o por la revolución, sin rehuír jamás las consecuencias del método que se adopte. Quizá pueda concretar después y más ampliamente este proyecto de Partido Alfارista, sin el alfarismo póstumo.

Necesitaba apuntar mi criterio acerca de ese alfarismo que llamo póstumo o caudillista, para significar su ninguna importancia actual, su inocuidad, por lo menos, como factor político y por lo mismo la ninguna trascendencia que tiene, cuando alguno o algunos de los miembros de la Junta Liberal del Pichincha, tratan de querer imponer un criterio, como emanado de un alfarismo imposible, así como se le quiere hacer valer ahora en el tinglado político.

Se dice que el alfarismo se abstendrá en el próximo debate eleccionario presidencial. No hemos negado la existencia de un rezago alfarista de la pelea pasada; pero si le negamos que actualmente tenga valor político ni que signifique una fuerza, siquiera sea como valor personal disperso, pues que esta misma falta de cohesión, resta importancia a los sobrevivientes eminentes

del alfarismo, que se pueden contar en los dedos de las manos y sobre una mano.

El alfarismo de la costa no difiere del de la sierra en las características anotadas. Tiene de común una especie de fraternidad y un vago anhelo de vivir, de adquirir prestancia, de tener cabeza. Esos elementos son muy aprovechables y tendrían significación en el nuevo Partido Alfariista, que sería esa cabeza que hoy los naufragos del cataclismo de 1912 están buscando en la sombra sin poder encontrarla. Ese alfarismo caudillista tiene la amarga experiencia de su derrota, y quizá sea leal, y sobre todo, hay la seguridad de su importancia como aguerrida en los campos revolucionarios, cuando en estos campos llegue a definirse todo intento de transfugio con los grandes ideales de Alfaro.

Mientras no tenga cabeza, el alfarismo caudillista no significará factor político, y su abstención es de una dolorosa ingenuidad.

## VII

### DEL REGIONALISMO

En todas las ocasiones en que se trata de elegir Presidente de la República, se presenta con mayor abultamiento un viejo tema universal.

Solamente que en el Ecuador, por las influencias del trópico, el regionalismo, que es reconocido en todas partes como un gran estimulador para el desenvolvimiento de las energías nacionales, aquí, para nosotros, tiene las perspectivas de guerra civil, de encono acendrado por la permanencia de la injuria, y cuestión de vida o muerte, porque abrirse una puerta hacia el mar, a puñetazo limpio, es luchar por la vida. Y frente a estas características del regionalismo ecuatoriano, la incertidumbre se apodera del espíritu. ¿Cómo podría resolverse el regionalismo inevitable en todas partes como fuerza propulsora en el Ecuador? Esta es la cuestión.

Donde mejor se acentúa el regionalismo con aspectos propicios para la observación es en el Congreso. Allí el regionalismo usa de sus refinamientos; en las provincias palpita en su ingénita crudeza. En el Congreso es posible medir la fuerza y los alcances regionalistas cuando se trata de las obras públicas. Para el concepto regionalista no existe el sentimiento de la nacionalidad. Cada representante lo es de su parroquia, de su cantón, de su provincia. Y el costeño lo es de la gran tierra baja, y el serrano de sus famosos páramos, excepto las provincias azuayas que siempre y por siempre se han declarado incondicionales del Guayas, con buen instinto de conservación. Lojanos y cuencanos, riobambeños y ambateños, latacungueños y pichinchas, imbabureños y tulcanes, esmeraldeños y manabitas, guayaquileños y todo lo que no es guayaquileño; y dentro de ciertas provincias, Machala contra Santa Rosa, Zaruma contra Machala, etc., etc., así está el país profundamente dividido. Y en las ciudades, con excepción de Quito, cosmopolita y culta, los ecuatorianos transeúntes se sienten forasteros.

¿Acusa esto falta de patriotismo? De ninguna manera; nadie más amante de su patria y de sus glorias que el ecuatoriano. Lo que falta es concentración cultural, aproximación por vías rápidas de comunicación, integración espiritual, para que los ecuatorianos se conozcan, y conociéndose se amen. Esto no destruirá el regionalismo, fuerza natural impulsora del organismo social, si no que lo hará beneficioso, le quitará lo que tiene hoy de agresivo, la tacañería campesina, el exclusivismo personal. La concentración de cultura se remediaría con la Universidad única y el establecimiento por el Estado de la Residencia de Estudiantes en Quito, suprimiendo todas las facultades regionalistas, mejor que científicas. Y en Guayaquil se reconcentraría el estudio de Medicina, por exigirlo las enfermedades específicas del trópico. La gran familia intelectual universitaria llevaría a las Provincias el sentimiento de la nacionalidad. Desde luego esta integración del alma nacional por la aproximación y el mejor conocimiento

de la patria grande, exige un sistema tan bien concentrado de vías rápidas de comunicación.

Y nada será posible en el Ecuador, mientras no se enfrente al desbarajuste rentístico y administrativos, un gobierno de hierro, que respete las libertades hasta el justo límite, y decapite las exhuberancias; que reconozca el derecho a la riqueza, sin el daño de las fuentes de vida nacional; que mantenga vivas las aspiraciones nacionales y ayude a su progreso, pero que por sobre toda aspiración de este género tenga sus bases incommovibles el Estado, con la plenitud de su autonomía, en libre ejercicio de sus actividades, y dotado de la riqueza para su desarrollo. En fin, necesitase una legislación autóctona, un sentido de la libertad peculiarmente ecuatoriano, y una Constitución que por demasiado liberal no resulte la mejor base para los despotismos.

Mientras afrontemos la anomalía de hoy, esto es, la existencia de un país bicéfalo, viviremos en la contradicción regionalista. Porque el Ecuador tiene dos cabezas. Quito la Sede del Gobierno y Guayaquil la Sede de las especulaciones bancarias. Los grandes intereses nacionales necesitan expandir sus energías sin que la aduana única regule, limite o mate los justos anhelos de mejoramiento, sin que una plutocracia fincada en situación de privilegios, sea la reguladora del alza y baja del comercio, del incremento o paralización de las industrias y la agricultura; el país, en fin, para su comunicación con el Mundo, por un puerto de mar, necesita ejercer un derecho, no recibir una caridad. Este es la raíz del regionalismo malsano.

El aspecto político de esta misma cuestión, ya no es de posición geográfica simplemente, sino de presión efectiva por la hegemonía de la una cabeza sobre la otra. Esta presión ha roto a veces los resortes de resistencia y ha estallado entonces la guerra civil. En Yaguachi y Naranjito no se castigaba tan sólo la traición de Montero, se recuperaba también, para usar de un término taurino, la alternativa de mando de la cabeza de gobierno. La política personalista desvió esta faz del triunfo, y de nuevo la Sierra quedó cohibida en



el desarrollo de sus grandes empresas, y entre éstas, la primera de todas, salir al mar. Porque el Ecuador carece aun de un puerto en el mar.

La cuestión regionalista no tiene por el momento una solución ecuaníme, y los grandes intereses que obran en favor de una de las cabezas, no permitirán, probablemente, que se afloje un tanto la cuerda tensa, próxima a romperse, y que parece tocar el límite de su resistencia, por otros motivos, además del regionalismo.

Este aspecto político es sin duda el más peligroso de los que están afectando a las próximas elecciones de Presidente de la República, que unos resuelven negándolo o imputándole falta de patriotismo, y que otros quisiéramos conjurarlo denunciándolo, y reconociendo lo que tiene de justo. El mal aparece con la gravedad de lo monstruoso, porque es monstruoso todo organismo con dos cabezas.

## VIII

### LO QUE PROYECTÓ EL TAMAYISMO

Al finalizar la administración del doctor Baquerizo Moreno, quien soportó las consecuencias iniciales del desequilibrio económico,—ya que el General Plaza asistió al período febricitante, que aún tenía recursos artificiales—, al finalizar dicho período del Dr. Baquerizo, los efectos o repercusiones de la guerra europea habían desquiciado ya los fundamentos económicos del Ecuador, pero la situación puramente política no tuvo síntoma alguno que indique gravedad.

La crisis tuvo aspectos singulares, pues por una parte la exportación de víveres sujeta a trabas artificiosas, dió con todas estas dificultades alguna riqueza a los agricultores; y por otro lado, el comercio sufría un malestar tremendo por la limitación de la importación controlado por la lista negra de los beligerantes aliados. La producción de la Aduana llegó un día a marcar CERO en las entradas fiscales. La Deuda Interna

subió desmesuradamente; la llamada Moratoria de los Bancos logró pasar de la categoría de expediente momentáneo a sistema permanente de expedición de papel moneda sin respaldo, operación bancaria consentida por el Gobierno. Era la vuelta a los *bregués* floreaños sin el valor intrínseco del cobre.

Al final de la guerra se hizo posible la importación, pero el cambio quedó a merced de la especulación judaica cacaotera, siendo el cacao la única producción exportable y convertible en oro; y frente a esta situación desesperada ya, se presentó la candidatura Tamayo, como la promesa fundada de la rehabilitación de la Hacienda Nacional. Este nombre traía consigo el inmediato prestigio de lo misterioso, de lo que sin haberse comprometido en la política barajada, aparecía siempre en la urbe comercial suscribiendo las grandes expectativas políticas y las grandes orientaciones nacionales. El predicamento del tamayismo en la Costa fue indiscutible ante las soluciones económicas en perspectiva.

La Sierra no tuvo esa misma confianza. Señaló la plutocracia bancaria del Guayas como el pecado original de esa postulación, y cuando la embajada de los tres Albertos (Icaza, Guerrero Martínez y Arroyo del Río) pudieron éstos constatar de *visu* que el tamayismo no tenía ambiente. En Quito funcionaba un Comité Central de mala muerte, presidido por un señor Samaniego, totalmente desconocido en el campo político. Sólo un diario, "La Nación", sostenía el tamayismo frente al prestigio de "La Tribuna", órgano de la élite cordovista, y aquel diario luchaba porque la imposición oficial no apareciese con su habitual crudeza, y porque una atmósfera artificial que luego había de dar solidez el oportunismo, facilitara las gestiones de la nueva administración.

La ansiedad de mejores días mantuvo en el silencio a los grupos dirigentes serranos; el cordovismo se desbandó impolíticamente; y los grandes muñidores oficiales cerca del doctor Tamayo, como antes lo hicieron cerca del doctor Baquerizo Moreno, con el que su-

pieron resentirse oportunamente, para abrirse las puertas de la nueva administración y encargarse a puerta cerrada de organizar la situación político-administrativa. Probablemente la escena se repetirá en setiembre próximo.

Un sentimiento de perdón para las aberraciones democráticas, y la clara visión de que todo trastorno político precipitaría la ruina del país en vez de salvarlo, apagó, dejando un hondo rencor, la protesta liberal por la exaltación del nacionalismo que encunbraba a la Cancillería a uno de los antiguos Jefes de las intransigencias clericales, y que por la escasa o ninguna significación del Gabinete, asumiría la Jefatura de éste, en forma más o menos franca. La formación del Gabinete heterogéneo e impersonal denunció que la nueva administración no traía un plan meditado de trabajo, que carecía de programa estudiado, y que empezaba también por carecer de hombres representativos del liberalismo en el Poder. Sin embargo, se recordó el apotegma político: rectificar es gobernar.

Pero el tiempo demostró que el señor doctor Tamayo era realmente impolítico, pues odiaba a la política según expresa declaración, y política es el arte de gobernar. Cuando el Congreso censuró al Ministro Aguirre en poco estuvo para renunciar la Presidencia, antes que consentir en la caída de ese figurón gubernamental! Esto indicó que la Administración iba a guiarse por los afectos o antipatías personales del Jefe del Estado y no por las modalidades de la política del país. Los Ministros iban a constituir la entraña del régimen, y si éstos no se cambiaban por su cuenta, toda esperanza de renovación armoniosa sería imposible.

Y el país se ha mantenido en su heroico silencio, en uno como renunciamiento de su personalidad. Ha estado pronto para la indulgencia, no se ha conmovido ni ante motivos que en épocas no lejanas levantaban polvareda y desquiciaban las administraciones. Ha existido algo así como un acuerdo tácito, para dejar hacer, para dejar pasar. El señor doctor Tamayo ha tenido fortuna para disponer de una gran calma a prue-

ba de tempestades, y ha estropeado también malamente a esa fortuna con terquedad inusitada.

¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Lo único que es preciso anotar es que el tamayismo dejará intacto el problema hacendario, como lo denunció en su informe el señor Ministro Larrea, problema que constituyó su plataforma política electoral, y que tiene los agravantes naturales del tiempo transcurrido. Desde luego, en esta administración como en todo proceso histórico, existen también las causas atenuantes. ¿Cuál será el saldo del tamayismo en el balance definitivo? Aún tiene un año por delante y la cuestión está por estudiarse. Pero cualquiera que sea el veredicto histórico, existe un hecho que por sí solo es un bien: la paz pública inalterada.

Y también existe, ya no con la característica de hecho, sino como un sentimiento que flota en el ambiente, como inquietud humana ávida de lo inesperado, existe el presentimiento general en el país de que el problema de la sucesión presidencial, puede consolidar la paz, o desatar la tempestad! Parece que flotara el país en el vacío! ¡Hay la sensación del abismo!

No existe conspiración política y persiste el afán de equilibrar las fuerzas dispersas, que garanticen positivas normas de concordia y encaucen las reacciones futuras, si desgraciadamente no coincidiese con la esperanza de los pueblos el hombre capaz de continuar con el afán del doctor Tamayo, quien ha intentado hacer obra buena con elementos nada propicios, bajo un clima saturado de rencores hondos, de pobreza desesperante, de malestar económico que toca a los lindes de toda resistencia física y moral. Y además, el regionalismo tiene en atisbo su cabeza poliforme.

Y después de todo y a pesar de todo, es fuerza no desconocer que el señor doctor Tamayo, casi completamente solo, ha agotado su esfuerzo por cumplir sus promesas. Ni la época ni sus colaboradores le han sido favorables. Y por ese afán sincero de realizar el bien, hay derecho a esperar del señor doctor Tamayo, el don que sólo él puede garantizar, escuchando

las voces de su propio corazón: la paz, como producto de su probidad personal indiscutible.

## IX

### EL CANDIDATO OFICIAL

Vuelve a interrogarse por ese ente desmemoriado que se llama público, y que Fígaro no pudo definir, ¿habrá candidato oficial?

Y la respuesta es fácil: ¿cuándo no ha habido?

Ni el popularísimo Borrero fue menos candidato oficial que Carrión o Espinosa, y los demás Presidentes, cuando no han sido producto revolucionario, o sea Jefe Supremo, han sido impuestos con mayor o menor violencia, dentro o fuera de argollas oligárquicas conocidas. A veces se ha diferido con agrado a esta imposición, y otras veces ha tenido resistencias regionales, pero siempre el óleo oficial ha confirmado a sus criaturas. Por eso, ningún Presidente, excepto Borrero, se ha creído popular. ¡Y para lo que vale la popularidad! ¿El mismo Borrero no es un verbi gratia?

Lo que se necesita saber es quién será ese candidato. Por lo que importa al mantenimiento de la paz pública, al futuro de los intereses nacionales, y por lo que pueda referirse también a la tribu burócrata, tan propicia a las invectivas, y que, cuando no representa un rol político, implica el peor de los oficios.

Cierto que en esta ocasión se ha mantenido con insistencia una misteriosa reserva, haciendo sospechar la posibilidad de que el Ejecutivo trata de abandonar la función electoral a los círculos políticos, sentando un precedente histórico sugestionante; pero este acto inusitado de republicanismo práctico entrañaría una revolución hecha y derecha, flaco servicio que acarrea mayor responsabilidad que la imposición oficial de una candidatura.

Llevamos casi un siglo de existencia republicana independiente, ensayando como quien prepara explosi-

vos el uso de la libertad política. De los ensayos de gabinete el noventa y nueve por ciento ha resultado un fracaso. Cuando alguna vez se ha conseguido con éxito una fórmula política, hemos tenido un momento de organización vital, como en el caso de Rocafuerte, cuya acción benéfica representa un siglo en la historia. Y luego pequeños ensayos con suerte variada, y casi siempre mal.

Este resultado mezquino se ha obtenido imponiendo la elección, que buena o mala ha sido siempre selección. ¿Qué resultaría dejando la cuestión eleccionaria en manos de los audaces, de los pícaros y de los sinvergüenzas?

Y esto, suponiendo que existiesen partidos organizados, y por lo mismo, responsables; ¿pero donde éstos no existen sino en iniciación?

¿Qué el sufragio libre, qué la soberanía popular? Eso es todavía para ciertos países de América el tóxico para producir la anarquía. A lo menos entre nosotros no se compra todavía el voto como en Yanquilandia. Aquí se elige Presidentes como en todos los países del Pacífico y del Atlántico, con excepción del Uruguay. Cuando no son las oligarquías aristócratas como en Chile, son las judaizantes como en el Perú, y en todas partes la candidatura oficial es un hecho practicado.

Todas estas consideraciones se refieren al caso concreto de la hegemonía de un mismo Partido, que para la alternabilidad de éstos en el Poder, sólo quedan dos recursos en América-Hispana: la revolución o la traición: Alfaro o Núñez. No se ha sabido que por las candorosas papeletas caiga un régimen en ninguna parte.

De aquí, que el proyecto de Monseñor Pólit—la abstención eleccionaria del Ejecutivo—nos empujaría de hecho a la revolución, mas no a la caída del régimen liberal. Eso siempre lo hemos de arreglar en otro terreno.

Tan escaso crédito tiene el sufragio popular en América, y me refiero a los hechos, que no sólo aún no desaparece el sistema reeleccionista, sino que amenaza revivir hasta en nuestra vecindad. Allí está el señor

Leguía pretendiendo perpetuarse en la Presidencia del Perú, para lo que ha hecho modificar previamente la Constitución. Quiere adoptar el sistema *porfirista* mucho más cómodo que el *gomista* o sea el del benemérito General Gómez de Venezuela, que usó de tinte-rilladas en vez de irse por el camino del medio para eternizarse en el Poder. Y la dictadura tiene también su Homero en América, oficio que desempeña don José Santos Chocano, inmenso poeta y sablista internacional.

El doctor Germán Leguía y Martínez al presentar su candidatura para reemplazar al otro señor Leguía, se pronuncia terrible contra la reelección, pero concluye así: "Bien está una reelección en pueblos purificados ya por el crisol de libertades ciertas y dilatadas, y en los cuales el sufragio y la alteza de las mayorías son tan poderosos y eficientes, que se imponen cuando así lo deciden, al amparo de leyes respetables y respetadas, hasta el punto de excluir y echar por tierra las ambiciones de los que mandan, repeliéndoles y sustituyéndolos a voluntad. Pero aquí (en el Perú) en donde el Poder tiene monopolizados los resortes del sufragio, y disfruta de intervención primordial y directa en los éxitos del mecanismo eleccionario; aquí la reelección sería promesa de imposición absoluta, y amenaza de coacción para el voto y para los votantes."

En todas partes se cuecen habas, señores, y aun cuando aquí se cuezan por toneladas, menos mal será la candidatura oficial, que el triunfo de los audaces o la tempestad revolucionaria, que implicaría la mayor de las responsabilidades del doctor Tamayo, ya que él bien sabe el estado pavoroso en que se halla la economía del país y las ambiciones oscuras que pueden minar el mantenimiento de la paz. Sólo falta el error definitivo para que se produzca el cataclismo.

¡Qué ese error no sea el electoral!

## X

### EL FRACASO DE LOS CONGRESOS

El admirable Woodrow Wilson fue allá en sus mocedades Profesor de la Universidad John Hopkins, y publicó un libro denominado "El Gobierno del Congreso", exposición acertadísima de los defectos parlamentarios, y señaló algunas fórmulas para conjurar la esterilidad de los congresos. El Parlamento Argentino ordenó la edición española de este libro que he leído con delectación.

Wilson afirma que el contraste más notable en las organizaciones políticas modernas, no está entre los gobiernos presidenciales y monárquicos, sino entre los gobiernos del Congreso y los parlamentarios. El gobierno del Congreso es, dice, el gobierno de las Comisiones, el Gobierno Parlamentario es el gobierno por un Ministerio de Gabinete responsable: la administración por medio de agentes ejecutivos semi-independientes que obedecen a las órdenes de una Legislatura ante el cual no son responsables: gobierno del Congreso; y la administración por medio de agentes ejecutivos que son los jefes reconocidos y los servidores de una Legislatura virtualmente suprema en todas las cosas: gobierno parlamentario.

Apunta las excelencias de ciertos métodos de origen británico, como los aconsejados para las democracias americanas, y prima entre éstos la consagración del sistema legislativo por comisiones permanentes; exalta la urgencia de la elevación a los Ministerios de hombres representativos, y quiere una diferencia fundamental en el organismo del Senado, respecto de la Cámara de Diputados. Todo sobre la base de una fuerte disciplina política ejercida por los partidos organizados.

No es exigente en cuanto a la concurrencia de tipos eminentes a la formación de la mayoría en el Congreso; le bastan algunos *leaders*. "Si el Congreso



tuviese, dice, unos cuantos jefes dirigentes autorizados, cuyas figuras se destacasen distinguidas y conspicuas ante los ojos del mundo, y quienes pudiesen representar y sustituir a la legislatura nacional en la mente de esa clase de personas, muy numerosa y muy respetable a la vez, que tienen que pensar específicamente y en formas concretas cuando llegan a pensar, de esas personas que pueden derivar algunas conclusiones de la actitud de los hombres, pero muy pocas, en cambio de las generalizaciones intangibles, estaría perfectamente dentro de la región de las posibilidades para la mayoría de la nación seguir el curso de la Legislación, sin una confusión muy seria de ideas”.

Y recuerda que en la Gran Bretaña aunque se trate en el Parlamento de la reforma de la franquicia, no se piensa por el público ni la prensa discute las personas que integran las Cámaras, sino de la política de Mr. Glaestone y en sus colegas. La cuestión no es ¿qué hará el Parlamento? sino ¿qué hará Mr. Gladstone?

En cuanto al Gobierno por Comisiones, recuerda que la fórmula de John Stuart Mill tiene cada día más eficacia. “Existe una diferencia, ha dicho Mill, en *hacer* las leyes, para lo cual una asamblea numerosa es radicalmente inadecuada, y la *de conseguir que se hagan buenas leyes*, que es su deber apropiado y que no puede ser satisfactoriamente desempeñado por otra autoridad alguna”, existiendo, por lo tanto, “la necesidad de una Comisión Ejecutiva, como una parte permanente de la Constitución de un país libre, que conste de un pequeño número de inteligencias políticas, altamente cultivadas y preparadas, sobre las cuales, una vez que el Congreso ha resuelto que se haga una ley dada, debiera recaer la tarea de formularla, conservando el parlamento la facultad de aprobar o de desechar el proyecto de ley ya redactado; pero no de alterarlo de un modo distinto, que mediante el envío de enmiendas propuestas para que sean tomadas en cuenta por la comisión”. Desde luego — añade Wilson —, “Las principales medidas que se debaten en cada período, son iniciadas por los Ministros, y en ellas se da forma

a la política de la administración". Y finalmente, el Senado no debe ser una mera repetición representativa del censo territorial, sino la expresión de los grandes intereses nacionales que coadyuven al mejor acierto legislativo.

Prescindiendo de otras consideraciones fundamentales que no afectan sino al sistema parlamentario propiamente dicho, y a la organización federativa, los puntos anotados por Wilson, provocan la sugestión, encaminada a conjurar los grandes males, que dichos puntos subrayan en el desenvolvimiento legislativo de países incipientes o retardados como el Ecuador.

Una asamblea numerosa es radicalmente inadecuada para hacer buenas leyes, y en el Ecuador tenemos dos Cámaras de igual Constitución originaria, que duplican el número y las probabilidades de llegar a un pensamiento uniforme capaz de producir una legislación orgánica. El defecto de toda asamblea, sumado a la ignorancia y la anarquía señalada en el reglamento interno de las Cámaras, eso es el Congreso ecuatoriano. Y su producto, el caos legislativo.

Las Cámaras integradas por elementos anónimos en su mayor parte, sin conexión alguna en el curso del año, se reúnen durante sesenta días perentorios, salvo caso de prórroga hasta por treinta días más, y por sí y ante sí legislan, y legislan algo relacionado a veces con intereses generales del país y casi siempre con las pretensiones regionales y personales, sin disciplina alguna. Los proyectos ministeriales son enviados como en un correo de ultramar, y fracasan porque son ministeriales, o se les aprueba deformándolos.

Ya existe en el Ecuador una Comisión Permanente de Legislación, y está dando los primeros ópimos frutos, pero el Congreso no tiene con esta Comisión más respeto del que usa con las iniciativas ministeriales. El despotismo, sapiencia y nulidad de las Cámaras es sin límites.

Los *leaders* de las Cámaras no son siempre los más capacitados sino los más charlatanes o simplemente

te atrevidos. Hombres oscuros hasta la víspera llenan con su intervención las páginas de la información legislativa, y por la algarabía y las gesticulaciones, dan las Cámaras la impresión de un tablado de titiriteros. Y con esto no hago alusión a los hilos de la trainoya que imprime gestos y a la ventriloquía que dá palabras a simples marionetas. La teatralidad tiene muerto al Congreso ecuatoriano. Y hasta la misma oratoria macarrónica y aun la convincente han fracasado por el voto de una mayoría reclutada ad-hoc en las provincias.

Como en todas las cosas de esta vida, hay excepciones, pero los verdaderos legisladores, casi siempre los que trabajan silenciosamente en las comisiones, son pocos y están cohibidos por las figuras céntricas del retablo; y las comisiones, generalmente, no tienen sino este informe estereotipado para todo cuanto llega a sus manos: "debe seguir el curso legal" y con esto creen haber dicho todo.

Esto no quiere decir que el Ecuador no haya tenido buenos Congresos de excepción, pero éstos ya van quedando olvidados por el arribismo de ahora.

Hasta aquí sólo se ha escrito la historia del Ecuador bajo el punto de vista exclusivamente presidencial, siendo así que las mayores responsabilidades históricas y los mayores abusos y tiranías, corresponden y se han ejercido por los Congresos.

Y de éstos, los que mejor resultado han dado han sido los formados por una mayoría de incondicionales y de gente anónima, guiada por buenos gallos, como en los congresos ferrocarrilistas de Alfaro.

Pero hasta ahora esto ha fracasado por falta de leaders, en el Congreso que concluye sus funciones en este año. (1923).

## XI

### LA PROCLAMA DE MONSEÑOR PÓLIT

A lo que parece, la famosa pastoral, mejor dicho, proclama política que lanzó en diciembre de 1922,

Monseñor Pólit, a los católicos ecuatorianos, no va a quedar como documento singular catalogado en los archivos episcopales, sino que, como programa de acción política, empieza a tener ya su inicial cumplimiento. Han circulado con mucha profusión las hojitas llamativas para la inscripción en los catastros electorales, hojitas impresas en los talleres católicos.

Seguramente, nadie habrá olvidado la oportunidad y la manera cómo Monseñor Pólit disparó sus primeros tiros políticos. Fue a raíz de la masacre de Guayaquil; sobre los restos humeantes de un conflicto político-social que no se ha explicado aún satisfactoriamente, ni se ha esclarecido ni ha tenido sanción. Lo que cpine un Congreso de los nuestros no tiene más importancia que los mismos congresos, reputados como entidades de contradicción permanente.

Pero Monseñor Pólit, para llevar el agua a su molino, justificó y bendijo la masacre sin esperar pruebas, y repitió en su Pastoral las afirmaciones de los periódicos de esos días, información precipitada y parcial para fallar históricamente.

No sólo el punto de vista político controvertido, sino el socialista fue aceptado también sin restricciones por Monseñor, y este capítulo de su Pastoral sirve de introducción al verdadero motivo del documento episcopal: la política eleccionaria. Y a este propósito dijo pastoralmente: "Así, pues, hijos carísimos en Jesucristo, os amonestamos y encarecemos, como vuestro Pastor y Padre, que rechacéis cualquier error y engaño, tentación y seducción con que se os quiere arrastrar a conspirar, rebelaros y alzaros en armas contra el gobierno constitucional. Lo que sí habéis de hacer es cumplir con vuestros deberes de ciudadanos e intervenir en la parte que legítimamente se os corresponde, cual es la de dar vuestro voto libre, consciente, moral, en las elecciones de que depende la formación de Concejos Municipales y de las Cámaras Legislativas, el nombramiento del mismo Presidente, en suma la organización y existencia de la República nuestra Patria. No desistáis del cumplimiento de este deber estricto

que os incumbe, por ningún obstáculo que se presente, bajo ningún pretexto. Reclamad, no os canséis de reclamar, la sincera libertad electoral, garantizada por nuestra misma Constitución; haced uso de ella, *CUESTE LO QUE COSTARE*, en las elecciones municipales, legislativas y presidenciales.—No, no podemos creer que se os niegue el ejercicio de esta libertad, base fundamental de toda República y gobierno democrático, ni que vosotros ni los católicos en general renunciéis *tácita y cobardemente* a tan sagrado y vital derecho. No, no es posible que se implante y perpetúe una contradicción patente y clamorosa entre lo que piensa, siente y anhela la inmensa mayoría del pueblo ecuatoriano, y lo que resulta de elecciones vergonzosamente defraudadas y adulteradas, no sólo por los abusos de algunos poderosos, sino por la prescindencia del pueblo. Si no se respeta la libertad electoral, fatalmente se excita y promueve la *revolución*. No, no podemos creer que ningún *gobierno honrado y patriota* asuma semejante responsabilidad”.

Si esto no es un toque a somatén convocador de las tribus de Israel, vulgo, católicos, para irse contra los liberales que han perpetuado la contradicción entre lo que piensa, siente y anhela la inmensa mayoría ecuatoriana (los católicos) y lo que resulta de la imposición oficial por los gobernantes liberales, entrego esta mano pecadora a la más espantosa mutilación.

Y no se trata de una intervención eleccionaria, así como así, procurando simplemente la disciplina política de un partido, sino con los imperativos episcopales de “*cueste lo que costare*” y no “*cobardemente*” sino con la declaración del derecho de insurrección en los campos “*revolucionarios*”.

Eso del *gobierno honrado y patriota* contiene una *indirecta* a la administración del doctor Tamayo.

Y no se detiene sólo en esto Monseñor, sino que exhibe su programa de reformas políticas, con mayor *valentía* y desenfado al que no ha llegado ningún Jefe conservador.

Dice la Proclama: "Con las elecciones genuinamente nacionales y republicanas, yendo a los congresos ciudadanos de capacidad, laboriosidad, honradez y patriotismo, *de cualquiera de los partidos políticos de donde salgan*, según la mayoría de cada provincia, estad seguros de que se habría de mejorar nuestra *lamentable situación económica*, que nos va empujando a un verdadero cataclismo, se reformarían o dictarían nuestras leyes de acuerdo con el *modo de ser* de nuestra República, y aún se estudiaría y votaría una buena y prudente *legislación social* que tanta falta nos hace".

Y discurre largamente Su Señoría acerca de la cuestión social, especialmente del salario, y al referirse al capital dice: "Hay que mantener en su puesto el fiel de la balanza, y así como ha de reprimir los conatos comunistas, que intentan destruir o dañar la gran propiedad y el capital, ha de impedir también que éste abuse de su influencia, monopolice los medios de subsistencia,  *ejerza la usura ilegal*, absorba para sí las fuentes de la riqueza pública, y esclavice de esta manera a la agricultura, al comercio y a todas las clases trabajadoras. He ahí una de las funciones más importantes del gobierno civil en nuestras sociedades modernas, servir de regulador, de medianero y árbitro entre los capitalistas y los trabajadores.—La ley debe también medir el tiempo y la naturaleza del trabajo según el sexo y la edad del trabajador.—No faltarán tampoco entonces remedios eficaces para socorrer a las víctimas de los accidentes del trabajo y acudir al obrero en su postración y vejez".

Y refiriéndose a la situación del indio, dice: "Si nuestros congresos y gobiernos de veras se interesaran y estudiaran para resolver nuestra cuestión social, verían ante todo que en gran parte se confunde con la cuestión de la raza indígena. Mientras ésta se considere como raza vencida, incapaz de progreso, destinada tan sólo a servir poco menos que de esclava a la raza vencedora, sin remuneración justa de su trabajo, sin instrucción ni siquiera elemental, sin garantías efectivas, confesemos, con vergüenza, que no somos República

sino a medias, que el trabajo de más de un tercio de ecuatorianos está envilecido y mal remunerado, ni alcanza por lo tanto a producir la mitad de lo que pudiera: en suma, que hay una inmensa injusticia social que reparar a todo trance, discretamente, poco a poco, es cierto, pero con energía, constancia y eficacia”.

Se quiere un programa político más amplio, más comprensivo y más revolucionario?

Y este documento se ha leído y comentado durante este año en todas las iglesias del territorio ecuatoriano. La propaganda no puede ser mejor.

¿Los resultados? Esperemos.

## XII

### LOS PROGRAMAS DE INTRIAGO Y LASSO

Para poder apreciar justamente el alcance político de los programas de los candidatos populares Intriago y Lasso, es urgente fijar con claridad, cuál fue el pensamiento de los dirigentes políticos del Guayas, al proponer al señor doctor Tamayo la exhibición de su candidatura. Nada más necesario para los gobernantes o que aspiran a serlo que recordar el pasado.

Con fecha 6 de diciembre de 1918, los más conspicuos miembros del liberalismo porteño suscribieron una carta para el señor doctor Tamayo, y concretaron así la situación en el orden ideológico, base de todo programa: “Para llenar esta ambición, todos los ciudadanos honrados que *profesan el credo liberal*, tienen puestos los ojos en usted, señor doctor Tamayo, a Ud. le toca autorizar la exhibición de su prestigioso nombre como candidato para el próximo período presidencial, seguro de que arrastrará consigo las simpatías ciudadanas, ya que es compendio de las aspiraciones populares, en lo que se trata de atender a la salud de la patria, tras de las grandes crisis por las que acaba de pasar; y

DE CUIDAR DE LAS CONQUISTAS DEL LIBERALISMO, NOW MÁS QUE NUNCA AMENAZADAS, al mismo tiempo que el de conseguir, por el camino de la reforma, la compactación de los buenos elementos que preste fuerza al partido para rechazar el *choque de la pasión sectaria, que malogra casi siempre los más honrados propósitos.*"

Y el señor doctor Tamayo contestó: "Anhelan ustedes que en la contienda electoral de 1920 el voto popular favorezca a un ciudadano, de quien se pueda esperar una administración de patriótica honradez, dentro de la cual dominen con absoluto señorío, los derechos y garantías constitucionales, PRECIOSAS CONQUISTAS DEL LIBERALISMO, y dentro de la cual se desarrollan todas las energías nacionales, en marcha hacia el progreso."

Los señores Coronel, Gómez Rendón, García, Icaza, Avilés, Illingworth, Cueva, Gallardo y cien firmantes más, saben cómo ha cuidado esta administración de las preciosas conquistas del Liberalismo, y no hace al caso repetir ahora esta tesis. Lo importante es subrayar el hecho fundamental relativo a que, todo propósito de mejoramiento se fincó dentro de las fórmulas que sustenta el Liberalismo como partido político. Porque todos los problemas económicos y sociales pueden también ser confrontados por los partidos conservador o clerical, según sus fórmulas o *manera de ser*, como ha dicho Monseñor Pólit en su programa eleccionario. Este concepto indica que no se puede aceptar ningún manifiesto político que rehuya o no contenga categóricamente la declaración doctrinaria de los principios liberales. Decir, simplemente, como por salir del paso, y al tratar de generalidades administrativas: "Liberal por convicción, sin aspiraciones personales, ajeno al fausto y a la intriga, sin odios y resentimientos sectarios, animado de intenciones sanas, acepto el llamamiento de mis compatriotas; etc., etc.", como acaba de declarar el señor Intriago en su manifiesto, francamente es decir nada o eludir todo compromiso doctrinario.

El programa del señor Lasso, no tiene la circunspección que usa el señor Intriago para referirse a la



cuestión económica, y a la bancaria, especialmente, sino que, en una tremenda exaltación lírica, anatematiza o promete maravillas, cuidando con gran proligidad de no pronunciar ni siquiera una vez, como lo ha hecho el señor Intriago, la palabra "liberalismo."

Son tan vagos esos programas por generalizados, y tan inocuos como doctrinarios, que Monseñor Pólit se negaría a suscribirlos por incoloros; ya que, en lo tocante al "liberalismo" no merecen sino la bendición episcopal, porque en nada se oponen al Syllabus.

¡Se han lucido los candidatos populares! No hay sino que publicarlos en una sola hoja dichos programas y se notará de bulto el subterfugio. Es que Intriago y Lasso aspiran al Poder por la sonrisa popular, por la veleidosa y esclavizante popularidad, y ese es el error y será el fracaso. Aquello de la popularidad hay que saber entenderlo, señores candidatos, y no llegar en descubierta sino hasta el límite, que es siempre estrecho. De los senderos ocultos que conducen al Poder minando los gobiernos, se llevó la clave al sepulcro el General Emilio María Terán, y los tiempos ya no son propicios para esas maniobras. Hoy las reivindicaciones sólo son posibles en campo abierto y manteniendo vigorosamente ideales definidos; pero ustedes, señores Intriago y Lasso, carecen de principios doctrinarios a juzgar por sus Manifiestos.

En todo caso, tengan o no tengan partidarios y popularidad, el programa de principios doctrinarios lo deben al país los candidatos populares, que deben representar la protesta, y por lo mismo precisa saber por qué fórmulas llegarían a gobernar. Nadie acepta ya fórmulas mixtas: o liberales o clericales. El Ecuador necesita en primer término que se defina la situación política doctrinaria, para que luego se resuelva con acierto y en paz la situación económica y social.

### XIII

#### EL PROGRAMA CORDOVISTA

La génesis del cordovismo tiene fuentes muy claras, indudablemente. Y la bandera que sustenta es la del liberalismo auténtico, sin mistificaciones ni claudicaciones. Además, como su programa es comprensivo, no contiene exclusivismos y quiere y busca la verdadera compactación liberal.

De la misma manera que el liberalismo guayaquileño invitó al Dr. Tamayo a exhibir su candidatura, el liberalismo quiteño dirigió a los señores doctores Gonzalo S. Córdova y Carlos Tobar y Borgoño una carta suscrita por lo más representativo de los círculos políticos capitalinos. El doctor Tobar y Borgoño dijo su célebre excusa: "No quiero, no puedo, ni debo".—"No quiero, porque aspiro a romper con lo que va siendo costumbre política, de que todo aquel que llega a una situación análoga a la que hoy inmerecidamente ocupo (ex-Ministro y Rector) se cree destinado a regentar la Patria desde la primera Magistratura. — No puedo, porque sin falsa modestia, dudo de mis capacidades, dudo de mis aptitudes y dudo de mi experiencia. — No debo, porque no es posible, porque mi conducta honrada no me permitiría formar un grupo ni grande ni chico al rededor de mi nombre, dentro del liberalismo ecuatoriano, y porque ante personalidades como son las de los liberales que figuran ya como candidatos (Tamayo y Córdova), no voy yo a tener la pretensión ni la osadía de enfrentarme ante ellos para disputarles un triunfo que a ellos más que a mí corresponde."

Y dijo el doctor Córdova: "Os habéis dignado de señalarme un puesto de honor muy distinguido entre vosotros, al dirigirme y poner en mis manos vuestra hermosa carta colectiva de 31 de diciembre último, que arde en santo fuego de patriotismo y proclama *absoluta*

*cohesión a la grandiosa Bandera Liberal*, tan combatida siempre y en todas partes, cuando cambia y endereza radicalmente la estructura social y política de los pueblos, como vosotros lo habéis observado. — Desde ese alto puesto de honor en que habéis querido colocarme hoy, para que de él exprese lo que siento, como uno de vuestros más viejos y sinceros copartidarios, con respecto al muy arduo—a la vez que muy sencillo—problema de candidaturas presidenciales, que comienza ya agitarse en nuestra República, abro ante todo mis brazos a cada uno de vosotros, nobilísimos compatriotas, y quiero que la misma estrecha unión en que hoy nos hallamos nosotros, impere luego entre todos los mantenedores de la sublime Enseña de la Libertad, única enseña que, en la hora del Poder y del triunfo, anuncia la igualdad y el amor, y nunca el exterminio de quienes como enemigos la combatieron."

Y luego ambos señores, Córdova y Tobar y Borgoño, discurren sobre el mismo tópico planteado por la "Unión Liberal del Pichincha", como se denominó el Centro que gestionaba la determinación de una candidatura en Quito. Es la unión de las fracciones liberales lo que sirvió de lema en ese entonces; y tan sincera ha sido esa invocación, y con tanta eficacia se ha sustentado, que el tiempo sólo ha servido para vigorizar ese anhelo de unificación, dando por resultado la reunión de la Asamblea Liberal que dictó un Programa y formuló los Estatutos del Partido, allegando nuevos elementos y conquistando prosélitos.

Naturalmente, en la exhibición y lucha por la candidatura del doctor Córdova frente a la postulación del Dr. Tamayo, en el ardor se extremó a veces la reclamación de derechos y deberes políticos a la administración de ese entonces, presidido por el doctor Baquerizo Moreno; pero fue un ardiente celo liberal lo que impulsaba la campaña, mejor que un anhelo personalista. Por eso, terminada la lucha, no sólo fue posible la cordialidad, sino que, elementos que militaban lealmente en diversos campamentos, se hallan hoy unidos por el imperativo de la doctrina liberal, planteada por la

Asamblea, que proclamó la candidatura del Dr. Gonzalo Córdova, en reconocimiento de los méritos de este ciudadano y cumpliendo uno de los propósitos de los Estatutos del Liberalismo: designar un hombre para que sostenga en el Poder el Programa del Partido.

Esta nueva faz del Cordovismo reviste caracteres y tiene la importancia de un enunciado nacional: *cuidar de las conquistas del liberalismo hoy más que nunca amenazadas*, como decía en 1918 la élite liberal guayaquileña. Esta amenaza tiene una concreción que antes apenas se esbozaba; el nacionalismo. Y la aspiración cordovista ha obtenido una definición suprema: el programa suscrito por la Asamblea Liberal, que a su vez declaró al doctor Córdova el hombre capacitado para cumplirlo. Nunca un candidato tuvo en la historia del liberalismo una plataforma tan concreta, y ningún Gobierno se vió compelido de mejor manera a declarar con los hechos su respeto a las doctrinas y disciplinas de un Partido. Y por eso se acercan momentos de enorme expectación.

El Ecuador necesita ante todo, decía ayer, definir su situación política, para resolver con acierto y en paz la situación económica y social, porque sin la definición doctrinaria liberal previa, todo programa o manifiesto político de pura cuestión administrativa es inútil. Se trata de definir la consolidación de un régimen en el Poder, y sin esta base, que significa la confianza de un partido y el anuncio de paz para la Nación, ¿cómo podrían resolverse las cuestiones económicas, sustentadas en el crédito del país, es decir, en la estabilidad de las instituciones? ¿Se ha pensado en que la confianza nacional es la que exclusivamente permite a un gobernante mantenerse en el Poder y comprometer los intereses nacionales?

Lo que han explotado las trincas judaizantes ha sido la falta de confianza en el equilibrio de las fuerzas nacionales. Y esa confianza la tiene en este momento histórico el Cordovismo, o sea, la concentración liberal.

## XIV

### EL PUNTO DE CONTACTO

En esta complejidad de la situación política, en esta contraposición de intereses, de opiniones y derroteros en perspectiva, y a pesar de la realidad del regionalismo latente, existe un punto de contacto de todas las aspiraciones ecuatorianas por encontradas e indiferentes que aparezcan: el anhelo de paz, para la solución económica del país.

Y como consecuencia el anhelo por el advenimiento de la justicia, que conjure los privilegios, que quite la amargura que ha puesto la especulación judaica en el pan cotidiano.

Si nunca será posible destruir el poderoso estímulo del progreso que entre los hombres se llama emulación, y entre los pueblos regionalismo, que estas pasiones se encarilen por cauces serenos, que haya el acierto de no pretender destruir con los recursos de la fuerza los anhelos del espíritu, y que se estudien las fórmulas conciliadoras que la política suministra a los conductores de pueblos, cuando éstos se inspiran en el bien general de los gobernados con prescindencia de las oligarquías despóticas.

Que la paz sea el producto de la cultura y el amor a la Patria; que se coadyuve a reforzar la concentración liberal, que se opera diariamente estimulada por el programa que ofrece el Partido como garantía efectiva del progreso; y que estos grandes anhelos de concordia y amor, sean los dictados sinceros de la hora actual, abrumada por inmensos dolores, herida por grandes desengaños, ante la quiebra de muchos ideales acariciados como conquista del Liberalismo, y el fracaso de situaciones espectantes.

Esta inmensa inquietud nacional, este afán de soluciones perentorias para los vitales problemas relacio-

nados con el porvenir de la República, y las responsabilidades históricas del Partido Liberal, se refieren no solamente a los criterios de gobierno y a las soluciones económicas, sino al sentimiento de los peligros internacionales, por culpa propia y deslealtad extraña a los factores ecuatorianos. Los arreglos de Colombia con el Perú, anuncian nuevas complicaciones en la reivindicación de nuestros derechos territoriales. Si nuestra situación interna es desoladora, la internacional es sombría, preñada de amagos inquietantes.

Y gobiernistas y cordovistas, intriguistas y lassistas, enriqueistas y arribistas; liberales y conservadores, radicales y clericales, los ciudadanos, en fin, de todos los grupos y filiaciones, coinciden en la urgencia de que se realicen los grandes anhelos definidos, y este es el punto de contacto de todos los programas y de todas las aspiraciones.

No se puede desconocer los grandes esfuerzos que ha hecho el Gobierno por conjurar la crisis, por servir al país en la medida de sus fuerzas, pero desgraciadamente éstas han sido débiles por causas de diversos órdenes, y principalmente por disgregación de los elementos que han podido concurrir al salvamento, pero que han sido alejados por los turiferarios y muñidores de toda situación política dominante.

Y de las agrupaciones políticas de las diversas denominaciones, sólo una ha podido ahondar sus raigambres y promete constituir el bloque formidable en que se estrellarán los despotismos: el Directorio Supremo del Partido Liberal.

Porque esta entidad representa ya, como un hecho efectivo, la concentración liberal; porque la calidad y cantidad de sus elementos están capacitados en todos los órdenes de las actividades sociales, para hacer labor permanente de propaganda y de acción; y porque el Directorio Supremo es impersonal, ajeno a caudillismos, libre de trabas y componendas.

Si el Directorio ha declarado en este momento, capacitado para gobernar el país a uno de los más prestigiosos liberales, y recomienda su candidatura, este acto

no implica otro ligamen que el formado por la convicción de que existe un valor político representativo capaz de gobernar, y serán las muestras de ese gobierno futuro en cuanto cumpla o no el programa del partido lo que vincule al hombre. Toda incondicionalidad es una degradante cadena del espíritu, y el peor aliado de los gobernantes es el esbirro, materia prima de todas las traiciones. Y el Directorio está por sobre todas las miserias personalistas. No puede solidarizar con los gobiernos sino en los puntos doctrinarios y por el cumplimiento del programa. Su bandera es la concentración liberal. Es el punto de contacto de todas las aspiraciones liberales, porque su programa es del único Partido Liberal ecuatoriano, y ese programa es actualmente la garantía de la paz.

## XV

### LA JUNTA LIBERAL RADICAL DEL GUAYAS

El 5 de junio de 1922 se reunió en Guayaquil una Asamblea provincial y provisional del Partido, reunión promovida por la Junta Liberal-Radical del Guayas, con el objeto de dejar constancia de su anhelo por la formación de una Gran Asamblea del Partido Liberal, y a este propósito lanzó un Manifiesto cuyos puntos fundamentales son los siguientes:

"El espíritu de Libertad y de Reforma que culminó en la República con el movimiento revolucionario del 5 de junio de 1895, no ha llegado todavía a la realización completa de sus grandes ideales, debido, sin duda, a las poderosas fuerzas reaccionarias que, en todos los órdenes de la actividad social, se le han opuesto con notoria ventaja, por haber contado tales fuerzas con el deficiente nivel de cultura cívica. Y aún la obra trascendental y definitiva del Liberalismo en ciertos sectores de la actividad nacional, adolece de graves imperfecciones,

que no se han podido evitar en labor tan compleja como profunda, en la que no han sido mayores los obstáculos puestos por el adversario que los nacidos por la falta de solidaridad y armonía entre los grandes directores de Partido, falta que, proyectándose y ampliándose con el transcurso del tiempo, ha diluído las energías colectivas y fragmentado su estructura hasta producir la gravísima crisis del momento actual, que parece anunciarnos un peligro cercano si no se arbitran medios adecuados para conjurarla".

.....  
 "Los últimos años de vida política han discurrido en tan profundo abandono de los principios y prácticas liberales, que realmente nos encontramos separados por un desconocimiento completo de la verdadera opinión liberal y desconcertados por la intromisión, en nuestro campo, de ideas y procedimientos que desvirtúan la esencia de la doctrina, ya por una visión permanente hacia el pasado, ya por una errónea comprensión del porvenir. Los unos, por negarse a admitir las variantes que trae consigo el progreso en toda doctrina y que desean vivir aquellos tiempos de combatividad incomprendida y rebelde; los otros, por adelantarse, inquietos y vehementes, al desarrollo natural de las energías sociales, y desean adoptar novedades, más bien por su artificio que por su verdadero valor, y desatienden la adaptación racional de las mismas en la parte que no es históricamente necesaria. Ambas actividades son peligrosas para la estabilidad del Partido y denuncian una escisión capital que debe soldarse con sabia fórmula que indique el justo medio, o pronunciarse por la división que sitúe en sus respectivos puestos a la derecha y a la izquierda del Partido, señalando con precisión los puntos de coincidencia y los de discrepancia que hagan posible la coalición, en ciertos objetivos, y la lucha franca, en otros.—Nuestro Partido se halla, pues, no sólo desunido sino también sin programa".

Esta fue la declaración categórica de la Junta Liberal-Radical del Guayas, reunida en Asamblea provisional, en la conmemoración del 5 de junio de 1922.



Los sentimientos del liberalismo guayaquileño coincidían exactamente con los del liberalismo ecuatoriano en general, y por eso fue que, cuando el Directorio Liberal del Pichincha lanzó su Manifiesto el 1º de abril de 1923, invitando a la reunión de una Gran Asamblea Liberal de Quito, los Directorios Provinciales de todo el Ecuador designaron sus delegaciones y la Asamblea fue un hecho glorioso, que concretó sus aspiraciones en un programa que ha merecido la más franca acogida y los mejores elogios, así como los Estatutos fundamentales del Partido.

Para la representación en la Asamblea, el liberalismo guayaquileño envió una brillante delegación de su juventud y de los altos exponentes de la prensa porteña, delegación que no ha sido ni podía ser desautorizada por ningún núcleo liberal, ya que tradujo la aspiración de la Asamblea Provincial reunida en junio del año anterior. Toda resistencia al reconocimiento de la autoridad de la Gran Asamblea, sólo podía expresar la realidad de los motivos que se invocó para reunirlos, y esto no podía hacerlo ningún centro liberal guayaquileño, cualesquiera que hubiesen sido los motivos para no organizar la delegación inmediatamente de convocada la Asamblea.

Y la previsión guayaquileña relativa a limar las asperezas de los criterios liberales apegados a las viejas fórmulas o a las de la renovación ideológica, dividiendo para esto el Partido en la izquierda y derecha del mismo, felizmente no tuvo aplicación en la Asamblea, que reveló su inmenso afán de renovación total, rindiendo también pleitesía a la herencia liberal consagrada en la Constitución y las leyes.

No existen, pues, diferencias de criterio en el reconocimiento de la esencia del liberalismo, y los puntos considerados por la Junta Liberal-Radical del Guayas y, la Gran Asamblea del Partido Liberal, coinciden en este instante y se cristalizan en el único lema: "CUIDAR LAS CONQUISTAS DEL LIBERALISMO, HOY MÁS QUE NUNCA AMENAZADAS".

## XVI

### CARACTERES DE LAS CRISIS POLITICAS

Ha recogido en un libro, el profesor Posada, sus anotaciones acerca de la crisis de España, que, con el golpe de Estado del General Primo de Rivera, no se sabe aún si esa crisis llegó a una solución favorable, o sólo se trata de una variante administrativa, dentro de las antiguas normas políticas, tan combatidas por la vigorosa intelectualidad que ha tenido en la revista "España", una altísima bandera revolucionaria agitada por los vientos de la renovación europea.

"España en crisis" es como todos los libros del gran publicista español, una obra de profundas sugerencias que es preciso estudiar con independencia de espíritu, para no convertirse en un disco repetidor de las fonografías científicas. En el libro referido diagnostica los caracteres de una verdadera crisis política con la intuición propia de un maestro.

"Por el momento, dice, quiero limitarme a señalar los rasgos más salientes de la situación crítica en que vivimos. Definanse o désignanse tales rasgos con estas palabras: "desasociego", inquietud, alarma; "descomposición política"; los viejos instrumentos de dominación se deshacen; el turno pacífico de los partidos sufre un desarreglo cuyo alcance no es fácil fijar; es pronto aún; los nuevos instrumentos no surgen todavía, y todo esto se produce en una atmósfera de general desconfianza. Todos los valores políticos han bajado hasta los suelos; nadie se salva de la crisis, hacia nadie se vuelve los ojos con esperanza. La actitud de las gentes es de desconsolador pesimismo".

"No es, en verdad, cosa fácil definir y caracterizar, concreta y claramente, el momento que estamos viviendo, llenos de temor y de aprensiones, sin saber, además, con certeza, si lo que parece que, "pasa, pasa

de verdad" o si es el efecto de un espejismo o del ardiente anhelo de que "pase algo" de lo que todo buen patriota tiene el deber de desear. Y este es el gran motivo para la desesperación del moralista observador que aspira a considerar nuestro caso serena e imparcialmente".

Hasta aquí basta la transcripción para examinar los puntos de coincidencia entre los caracteres de la crisis política que analiza Posada y la que está sufriendo el Ecuador en estos instantes de su vida.

También nuestra patria sufrió a su manera la repercusión de la guerra europea. Quizá se adelantó demasiado a la verdadera situación creando una atmósfera artificiosa que desconectó su verdadera posición política. En los primeros tiempos de la conflagración los países de América quedaron, en mayor o menor grado, en la condición de mercados de elementos para la guerra. Los grandes países industriales ofrecieron las manufacturas bélicas, y los países que se hallan en el período puramente agrícola sus productos naturales. El Ecuador, fue también requerido en el mercado de abastecimiento de víveres, pero mientras Colombia declaró libre de derechos la exportación, estimuló la producción con fuertes créditos financieros, y aprovechó de estos créditos para conseguir el oro, y con éste rehabilitar su moneda depreciada por muchos años; el Ecuador prohibió primeramente la exportación, luego la limitó permitiendo esa limitación los grandes negociados, y por fin declaró la Moratoria de los Bancos con apariencias de necesidad urgente, beneficio al que renunciaron poco después las instituciones de crédito solvente, quedando sólo esta concesión como privilegio de los Bancos prestamistas del Gobierno, estableciéndose de hecho la imposición del papel moneda sin respaldo ni límite en la emisión. La paralización en la agricultura y las industrias como efecto de la limitación de exportar, y la guerra civil de cinco años, sincrónicamente sostenida frente al período agudo de la crisis mundial, obligó al Gobierno a tomar en préstamo ese papel mo-

neda emitido libremente, sin control para los Bancos, y la suma de la deuda interna llegó a millones.

Entretanto, ese papel moneda, como es lógico, sufría la depreciación consiguiente, y la baja del crédito fiduciario sigue, hasta llegar a cotizarse el billete de cien centavos en dieciocho centavos; pero esa depreciación no afecta a la deuda del Gobierno que recibe papel y debe dólares. Posiblemente no se ha registrado en ningún país de los que combatieron en la guerra el fenómeno singular, por el cual el Estado entrega al mercantilismo bancario la emisión libre de billetes, que el Gobierno toma en préstamo, convirtiendo el privilegio de la emisión—que en donde se permite produce millones de utilidad al Estado—en deuda del Gobierno. Ya se propuso en el Senado el pago de ese papel de los Bancos con papel emitido por el Estado, amortizable a largo plazo, pero como los Bancos se han convertido en Gobierno, en mérito de sus enormes créditos contra éste, el país no puede hacer otra cosa en el orden político, que lo que la oligarquía bancaria determina.

Los países europeos combatientes, inclusive los vencidos, han restaurado su economía, el estado de sitio no existe en ninguna parte, y solamente el Ecuador es víctima de una situación más insoportable que la de la guerra; y su crédito en el exterior es nulo; no existe en la circulación una sola pieza de oro o plana amonedada, que ha huído a los mercados extranjero; los billetes de a un sucre se cotizan en menos de veinte centavos en Colombia; el cambio se trata de regularlo con leyes y decretos; y esta situación económica que afecta principalmente al Erario público, porque la crisis es en primer término fiscal, esta situación bancaria, digo, impone las normas políticas, determina la gestión gubernativa, improvisa hombres y situaciones, y trata de perpetuar el sistema impidiendo la adopción de nuevos sistemas financieros, que en algunos momentos quiere pero no puede realizar el Gobierno.

Y como la crisis está afectando a la vitalidad nacional, de ahí que los rasgos anotados por Posada coin-

ciden perfectamente con la situación ecuatoriana, se nota el "desasociego", la inquietud, la alarma, la "descomposición política", la desconfianza general, la baja hasta los suelos de los valores políticos; nadie se salvó de la crisis, y la actitud del país es la del más profundo pesimismo.

Lo que es peor, todos creen que "va a pasar algo"; pero no se sabe, "si lo que pasa, pasa de verdad", o sólo es espejismo, o el anhelo de que "pase algo"; pero algo benéfico, que devuelva al país la riqueza y la tranquilidad.

## XVII

### LOS SEMBRADORES DE RENCORES

"Un colaborador del diario liberal de esta ciudad, dice "El Comercio" en su edición de ayer, ha venido examinando los diversos ASPECTOS POLÍTICOS que ofrece la presente situación.—En contradicción con el título, añade, de esa serie de artículos, no ha examinado—hasta aquí, a lo menos—todos los aspectos de ese panorama; apenas se ha limitado a la cuestión electoral, si bien a ésta la ha considerado desde diferentes puntos de vista, aun cuando se ha servido de un cristal o lente de un mismo color.—Sea como quiera, la lectura de esa serie de artículos viene a dejar en el ánimo la misma impresión de desaliento y pesimismo, en lo que a la política se refiere, que produce una simple conversación entre personas de buen sentido, de cualquiera opinión que sean, cuando se trata de cosas de actualidad".

Y después de anotar lo que estima el secreto de la situación, o sea el malestar general causado por "el estancamiento del régimen iniciado el 95" y de querer hallar contradicción entre el programa de la Gran Asamblea Liberal y la concurrencia de algunos de los viejos liberales a esa misma Asamblea, concluye así: "Entre nosotros el malestar es palpable. Hay cansan-

cio, hay pesimismo, hay desaliento. Y ese malestar se ha acentuado en estos días, próximos al debate electoral de enero, *porque en ese acto radica la esperanza de mejores días*".

Además, en el mismo diario se anota esta información: "Visita de S. E. — Ayer visitó el señor Presidente de la República todos los cuerpos acantonados en esta plaza. Esta visita la efectuó en compañía de sus Edecanes y como despedida para su próximo viaje a Guayaquil".

Ciertamente que en la serie de artículos publicados acerca de los Aspectos Políticos de actualidad, he dado preferencia a la cuestión electoral, "porque en ese acto político radica la esperanza de mejores días", y también es cierto que no he mirado las cosas por otro prisma político que el de color rojo o sea el que fija la concentración liberal constituida por la élite del Partido, como la salvación o por lo menos la garantía para afrontar en paz la crisis ecuatoriana. Y la impresión de desaliento y pesimismo que están dejando en el ánimo estos mis apuntamientos, impresión de la que participa también "El Comercio", y que he sustentado con la autoridad de Posada a propósito del golpe de Estado del General Primo de Rivera, estos apuntamientos no aspiran a convencer manteniendo una tesis convencional como un sofisma, si no a dar a las crónicas ese sabor peculiar moderno de una charla culta o simple conversación entre personas de buen sentido, como dice el expresado diario, pero sin presunciones dogmáticas.

También existe conformidad entre el criterio de "El Comercio" que ha liberalizado a ratos, como afirma, y el sustentado por la Asamblea Liberal que se reunió precisamente para dictar un programa de renovación de criterios, prácticas y valores políticos. La concurrencia de viejos liberales a sancionar ese programa, es la expresión más elocuente del afán de infundir nueva vida al Liberalismo, que ha sufrido quiebras en el tiempo y el espacio como toda institución humana, pero que por su esencia liberal mira siempre al porvenir, confesando sus errores y renovando sus normas políti-

cas, porque el liberalismo es evolución, es decir, lo inmortal.

El régimen liberal iniciado el 95 no ha sufrido estancamiento, sino gravísimos accidentes por razones de orden histórico y de orden ético. Las razones históricas han gravitado con el peso de lo irremediable; las del orden ético como incompreensión y responsabilidad cultural. La transformación liberal del país en el 95 significó la caída estrepitosa y repentina de todo un pasado terrorista y retardatario que traía la secuela de los cuartelazos como única cultura política y al fanatismo sectario como herencia secular. Ante estos hechos positivos, se erguía también el factor negativo del verdadero Liberalismo como falange convencida. Alfaro tuvo que improvisarlo todo, hombres e instituciones, en un ambiente clerical aun después de verificada la transformación. El período comprendido entre el 95 y 1906 o sea el año de la segunda Constitución liberal, no puede definirse sino como el período del Liberalismo-católico de Montelambert, tolerado hasta cierto punto por el Vaticano. Después de 1906 se acentúa algo el Liberalismo doctrinario, pero queda aún en mayoría el oportunismo burócrata gregario, luciendo escarapelas rojas con aspecto de congregantes católicos, mejor que como falange liberal. De allí la facilidad del retorno al redil clerical a título de fascismo o sea de conservadurismo con la careta nacionalista. Esta crisis ideológica ha coincidido con la crisis hacendaria, que acaba de sufrir la quiebra mortal en la contingencia histórica de la conflagración europea. Estas circunstancias han estropeado necesariamente las libertades garantizadas por la Constitución liberal.

Pero las razones éticas que han contribuido también con funestos resultados a los errores que se imputan a la transformación del 95, en el supuesto del estancamiento histórico, son las provenientes de los criterios de gobierno de los presidentes liberales, que han ejercido su cargo sin el control del Partido que no ha estado organizado. Han administrado "los fulanos", no los representantes de una opinión liberal. Son las

oligarquías, actualmente, las electoras. Alfaro, por lo menos, eligió él mismo sus sucesores. La existencia de la oligarquía bancaria dominante se debe a un gran error del General Plaza, y ese error está estrangulando al Liberalismo, si éste no se salva a tiempo con sus propias energías. Por estas circunstancias históricas y éticas, la inquietud, el desasosiego, la posibilidad de la alteración de la paz, radica en la cuestión electoral, por el hecho de ignorarse si el sucesor del Dr. Tamayo representará en el Poder a una oligarquía o al Partido doctrinario Liberal.

Consecuencia lógica de esta política, es la situación espectante de los presidentes que tienen que escoger de un modo fatal entre los dos criterios de gobierno: POR LA RAZÓN O POR LA FUERZA. Y como los presidentes no han representado una opinión pública incontrastable en el Poder, han tenido que apelar a la fuerza.

Por eso el Sr. Dr. Tamayo visita y se despide de los cuarteles para significar las seguridades de su ausencia, manteniendo el criterio de la fuerza, frente a los requerimientos del sentimiento liberal que le ha citado ante el Tribunal de la Historia, como responsable de las emergencias futuras, emanadas de ese criterio de los magistrados, a los que Ortega y Gazet les llama gráficamente: "los sembradores de rencores".

## XVIII

### VIEJA Y NUEVA POLÍTICA

Tiene mucha gracia en verdad el ímpetu revolucionario de un periódico tan rematadamente tradicionalista como "El Comercio"; y no sólo se declara revolucionario sino dictatorial, que es algo más que el fascismo que sustentó hace poco.

"Si hay en el mundo, dijo el domingo pasado, nación que reclame el régimen de la fuerza, es la nuestra,



llena de debilidades, miserias y corrupciones políticas, y el Ecuador necesita de un Dictador a la Mussoline o Primo de Rivera que discipline al Estado y libre a la Nación de la decadencia a la que le conducen los políticos de la antigua escuela".

Las tendencias fascistas de "El Comercio" entrañan, sin lugar a duda, una mistificación de conceptos y de situaciones políticas, para preconizar con enunciados equívocos, una aspiración al cambio del régimen liberal por el clerical o quizá por el conservador, planteando un sofisma como base para la maquinación.

Se ha explicado ya demasiado en todos los tonos y por distintas personas la inadaptabilidad fascista en la política ecuatoriana. El fascismo está ya muy estudiado en sus esencias, y la crítica más serena le ha clasificado como una simple reacción burguesa transitoria frente al fenómeno soviético, producto ruso de la última convulsión europea. El papa y los reyes son los factores de este movimiento para asegurar, con modalidades impuestas por el espíritu del tiempo presente, el predominio en el gobierno de los pueblos. Ya no es posible engañarse, y el teatral Mussoline ha descubierto demasiado la procedencia conservadora de su movimiento fascista, para creer que se trata de algo nuevo en el campo político. Se ha cambiado la decoración de esas reacciones burguesas, pero la escena no difiere de la vieja trama de los cuartelazos o golpes de Estado para modificar una situación; solamente que en los "casos" ensayados por Mussoline y Primo de Rivera, aparece la bendición del Papa y la conformidad de los reyes desde el primer minuto, y esto quita a la reacción el prestigio de toda actitud rebelde capaz de modificar la historia.

No es con la consolidación tradicionalista de los regímenes conservadores, como se trata de mantener en Europa la situación burguesa y aristócrata, ante las demandas perentorias de los pueblos que desconfían ya de las antiguas normas administrativas y de los profesionales en la política; sino liberalizando las institucio-

nes, declarando efectiva la responsabilidad de los órganos del Gobierno, haciendo política de realidades.

La tendencia de los pueblos contemporáneos la sintetizan los tratadistas más autorizados, como el proceso de luchas para convertir el Estado de gobierno por el criterio de la fuerza, con soberanía absoluta y poder arbitrario, en Estado "jurídico", con régimen representativo, respetuoso de la opinión pública, que realice sus fines en la más amplia publicidad, sin censuras ni represiones policíacas. Se aspira a la plenitud administrativa de un gobierno jurídico, en el cual, el primer Magistrado no es sino el primer súbdito de la ley y el mantenedor de las instituciones liberales. Este afán de oponer a los regímenes por la fuerza una modalidad jurídica, se la ha denominado "constitucionalizar los Estados", modalidad completamente opuesta a las actitudes desafiantes de las Dictaduras, explicables tan sólo por motivos locales transitorios, y que, en el caso de España, se explica, sin duda, por el fracaso de Marruecos y la responsabilidad de algunos de los mismos revolucionarios, además de la urgencia de acabar con las viejas fórmulas de los partidos anquilosados.

Y volviendo a la afirmación de "El Comercio", relativa a la invocación de un régimen de fuerza, y el anhelo de un Mussoline o un Primo de Rivera para resolver la crisis ecuatoriana, declaro mi conformidad con esa aspiración, que entre nosotros no tendría nada del contagio mediterráneo, ni podría llamarse fascismo, sino simple y llanamente "revolución"; pero le invito, asimismo, al Decano, para que contribuya a formar un ambiente capaz de producir esa "revolución desde arriba", encausada o consentida por el mismo Dr. Tamayo, quién está obligado a reconocer en justicia, que la salvación del país está en evitar a cualquier costo, con cualquier sacrificio, una de tantas revoluciones "desde abajo", de esas revoluciones estériles por personalistas, que han llenado de ignominia la historia y conduciendo al país a la bancarrota. Sin la revolución de Esmeraldas quizá el Gobierno no habría tomado arbitrios económicos desesperados y ruinosos. Y si el Gobierno

impone con la fuerza de las bayonetas la permanencia de la política oligárquica bancaria, todo indica la posibilidad de una revolución por algún *primo* capaz de vender al país y consumir la ruina a título de redentor.

Nunca hubo un grito de alarma tan angustioso y tan verdadero, como el que hoy estalla en todos los confines del Ecuador, en demanda de justicia, de sanción para los explotadores, de castigo para los profesionales de la política que han intervenido en la gestión administrativa desastrosamente, de execración y rechazo absoluto de la política de pura farsa retórica en lo internacional; nunca, en verdad, se podría justificar mejor una revolución, como opina "El Comercio", que en estos días terribles, por desorientados y llenos de ambiciones presidenciales; pero, jamás, sería tan desastrosa esa revolución, si ésta no es iniciada "desde arriba", de acuerdo con los dictados de la justicia y la opinión liberal, consagrada por la gran Asamblea del Partido, ya que el simple enunciado de la alternabilidad de un nuevo Partido en el Poder, implica la declaración formal de un estado de guerra actual.

## X I X .

### EL GOBIERNO DE LA FUERZA

El Corresponsal guayaquileño de "El Comercio" comunicó ayer lo siguiente: "Un cronista, abordando muchos puntos de actualidad, especialmente el viaje del Jefe del Estado y la cuestión candidaturas, dice, al referirse al primer tema: ¿a qué viene el doctor Tamayo? Parece que su viaje tiene por objetivo ponerse en comunicación directa con los banqueros, para evitar que éstos le opongan resistencias a sus arbitrios económicos; y también para arreglar la gestión oficial candidaturesca. Después, refiriéndose al comentado acercamiento del señor Intriago con el doctor Tamayo,

agrega: don Federico Intriago se cobija cada vez más, bajo el ala del doctor Tamayo. ¿Será posible que al final sea Intriago quien se lleve la palma? Nada de difícil tiene si se toma en cuenta que el doctor Tamayo se encuentra perdido en un laberinto, del que saldrá con quien le preste mayor confianza y seguridad. Y el Sr. Intriago es popular, tiene una labor hecha, es irreconciliable antibaquericista, le guarda estimación y afecto al Dr. Tamayo y también es un peligro como opositor. Termina manifestando que la imposición oficial de un candidato en las actuales circunstancias que tan adelantados están los trabajos de los demás candidatos, no sería sino provocar un seguro desbordamiento.

Estos datos revelan crudamente la situación política eleccionaria en lo que tiene de peligrosa para la paz pública, y confirman las fundamentales apreciaciones de estas crónicas: 1ª El país está gobernado por la oligarquía bancaria guayaquileña; y 2ª Lo que resolverá el momento político en orden a las candidaturas, será el interés de esa oligarquía combinada con la situación personal del doctor Tamayo. Y en este caso ¿el bien general del país entrará como factor en las determinaciones del Gobierno? ¿Las grandes aspiraciones regionales, que son también nacionales, podrán realizarse? ¿Podrá la Sierra salir al mar por una puerta libre del despotismo oligárquico? Estas ideas sintetizan el "Mane" "Tessel" "Fares" escritas por el patriotismo ecuatoriano en el murallón del banquete de los baltasares de la oligarquía.

También en Guayaquil se teme el desbordamiento latente por efecto de una imposición oficial de última hora, contrariando las aspiraciones del país desesperado, violento ya por la falsa situación económica y política creada por los banqueros de la Argolla porteña.

Y después del convencimiento de la existencia actual de un régimen de fuerza, ¿se seguirá implorando una dictadura más? Para satisfacer a esa domesticidad ya los Bancos tendrán fabricado al Mussoline o el Primo de Rivera codiciados. ¡Espérenlo no más! Nunca la burguesía dejó impunemente sus especulaciones ju-

daicas, y para detener la ola reaccionaria se inventó el *fascismo*, se popularizan los *somatenes*.

Más, desgraciadamente, nada estimula tanto las reacciones sociales como los regímenes de fuerza. Y necesito de nuevo la autoridad de Posada que ha estudiado una crisis que culminó ya, para dilucidar el tópico: "Las circunstancias excepcionales de la vida nacional han puesto a prueba el criterio de los hombres políticos y de las instituciones del Estado, respecto del modo de entender y de practicar el "principio de autoridad." E inmediatamente se ha visto surgir el peligro que supone la confusión grave entre la "idea" de la autoridad y el "hecho" de la fuerza, como instrumento de dominación, de imposición. ¡Peligro! Ya lo quisiéramos: realidad viva arriba y abajo: realidad ambiente que ha cristalizado en multitud de focos y de formas. Pocos ponen su fe y su esperanza en la fuerza de "su" derecho. ¿Cómo ponerla si falta el ejemplo de arriba, si una dolorosa experiencia hace pensar en que sólo mediante el ejercicio de la "acción directa", por la fuerza se obtiene el respeto al derecho? — Lo más triste de este período agudo de nuestra crisis ha sido la revelación gravísima del imperio de la fuerza, en la vida del Estado, del puro criterio de la fuerza, y de la imposición como norma de gobierno, olvidando que *la indisciplina social* que se advierte en los propios organismos públicos *viene fomentada desde arriba*, por no haberse realizado jamás un verdadero régimen de justicia."

Esta autoridad irrefutable de Posada es un índice, para mí, en estos momentos, de la gravedad del peligro y de la enorme responsabilidad de los magistrados que presionan desde arriba el estallido anárquico o la revolución salvadora, según quieran dejar que la oligarquía siga dominando la situación o que impere la justicia en conformidad con los altos intereses nacionales y los programas renovados del Liberalismo.

Desde Guayaquil se avisa la "seguridad" de un desbordamiento anárquico por efecto de la imposición de un Presidente, como que en dicha ciudad aún no se restaña la herida que produjo la fuerza en ocasión me-

morable. Y se recuerda también que en esa ocasión se podía justicia, nada más que la justicia de un decreto, revelando esta actitud la confianza popular en el principio de autoridad. En ningún momento tuvo ocasión más propicia el Gobierno para dar solidez a su crédito que en esa, en que todo un pueblo se amotinaba contra la explotación.

Júzguese como se quiera el pensamiento demostrado para evitar nuevos dolores a la Patria, ante el peligro de posibles "desbordamientos", pues con ese afán cumple su deber el escritor que tiene un convencimiento y está obligado a demostrarlo.

## XX

### LA SALUTACIÓN DEL ENCARGADO

Con motivo de la ausencia a Guayaquil del señor Presidente Tamayo, el Encargado del Mando, ha lanzado a los vientos de la publicidad esta salutación: — "Al asumir tan distinguido cargo me cumple recomendaros continuar por el camino de la Constitución y el Republicánismo, en el cual nuestra Patria sigue su marcha de progreso y de paz: por él iremos en el conjunto de las naciones con entereza y vigor; y el respeto a nuestras instituciones liberales y democráticas, manifestando en la lealtad y el decoro de los actos públicos internos, será en el problema internacional prueba de energía y de educación nacionales y robustecerá los vínculos de concordia entre los ecuatorianos. — Al acompañaros en la marcha administrativa ocupando el puesto que con aplauso unánime, desempeña la probidad y el celo del señor Presidente de la República, son éstos los fervientes votos que formuló, asegurándoos que al servicio de ellos, están mis convicciones y carácter". — (Firmado).

Hay algo más que un logogrifo en este documento; hay una confusión ideológica que refleja exactamen-

te la mentalidad gubernativa, trazada sobre los grandes vocablos democráticos, sin correspondencia con las realidades históricas.

El señor Encargado nos habla del respeto a la Constitución, del progreso, de la paz, de las instituciones liberales, de la lealtad y el decoro en los actos públicos, del problema internacional, de la energía y educación nacionales, de los vínculos de la concordia ecuatoriana, del aplauso unánime del país a la administración actual, y finalmente de las convicciones y carácter del mismo señor Encargado.

Y junto a estas ideas, estampa "El Comercio", que ha sido el paladín del tamayismo en el Poder, lo siguiente, en el editorial de ayer: "Hace más de diez años, ese generoso espíritu, abierto a las modernidades políticas que se llamó Julio Andrade, sintiendo por una parte los horrores recientes de las campañas de Huigra y Yaguachi de 1912, y presintiendo por otra el ansia ferviente de renovación, sintetizada entonces en un grupo de muchachos que se reunió en torno suyo y le elogió en su entrada triunfal y le proclamó candidato a la Presidencia de la República, dejó exclamar estas palabras lapidarias: "El Partido Liberal del Ecuador debe desaparecer por infame y corrompido."

En confirmación de esta tesis registra "El Comercio" toda una literatura fascista y nacionalista, con la que trata de probar la corrupción de las administraciones políticas liberales de estos últimos y presentes tiempos, llegando a pedir sin reticencias ya, la eliminación del Partido en la gerencia de los negocios públicos, por infame.

Atribuyéndole toda la autoridad de un documento histórico a que aspira la salutación del señor Encargado, quien tiene la visión optimista de este momento político que se juzga desorbitado por lo menos, y comparando ese documento con las realidades o con las exageraciones partidaristas y sectarias que mantiene la prensa nacionalista ¿quién merece crédito?

¿Es que en verdad todo marcha por el camino que señala la Constitución, y hay progreso y hay paz por

efecto de la gestión administrativa? ¿Y las instituciones liberales y democráticas no han sufrido detrimento, sino que han aumentado su prestigio? ¿Y el problema internacional se ha mantenido con tal vigor y eficacia, que ha resuelto por fin las diferencias territoriales, robusteciendo con esto los vínculos de la concordia entre los ecuatorianos y la Cancillería? ¿Y es en verdad unánime el aplauso nacional para la administración del Dr. Tamayo?

Quisiera que el señor Encargado tuviese razón, para servirme de su documento oficial, y combatir con él a la prensa oficiosa empeñada no sólo en descalificar a la actual administración a título de fascismo, sino en utilizar las frases lapidarias transcritas, atribuidas al General Julio Andrade, de grata recordación, exhumando esa frase para clavarla como extigma a todo un Partido histórico.

Pero desgraciadamente, las aseveraciones rotundas del señor Encargado son vulnerables y plantean la cuestión en terreno poco firme. Porque aferrarse al error es declararse derrotado. No es negando las realidades como éstas se vuelven propicias. Es mejor sustentar la verdad aunque ello implique un dolor. La verdad es dura, se ha repetido por algunos; primero, dura para el que lo averigua, después, dura para los que la oyen, y por último y de rechazo, dura para quien tiene el valor de decirla. Y sin embargo, sólo "la verdad os hará libres", decía el Apóstol de Cristo a los Gentiles.

La verdad, Sr. Encargado, que no es un remanso ni una góndola veneciana, la consabida Nave del Estado ya muy averiada, en la que Ud. se desliza en este rato; ni hay paz en el ambiente político ni concordia entre los ecuatorianos. Hay calma chicha antillana, que anuncia la proximidad de los grandes temporales. Y por eso es mejor reconocer el hecho o evitarse el compromiso de declararlo. No es metiendo la cabeza bajo el ala como se alejan las tormentas; esa filosofía de las grullas es la que ha empujado al país al borde del abismo, y son los amigos del régimen, los



que tratan de enterrar en ese abismo al Partido Liberal, "por infame y corrompido."

Dejando en paz al Sr. Encargado, con la hoja de uva con que ha querido cubrir las desnudeces de esta situación política, permítame "El Comercio" la duda metódica acerca de la paternidad de la frase atribuida al General Andrade. Cuando se hace hablar a los muertos es preciso presentar el documento de la fulminación imputada. También "El Porvenir", diario conservador de esta ciudad, mantiene al frente de sus columnas esta frase que hace suscribir al Sr. Dr. Tobar y Borgoño: "Qué desilución tan amarga ha sido el Liberalismo para los que creíamos en él de buena fé." Los que no poseemos la fe del carbonero, gustamos de las pruebas.

Y después de todo, sostengo que la frase atribuida al General Andrade y la del Dr. Tobar y Borgoño, no afectan al crédito del Partido, por generalizadoras, por que pretenden probar demasiado, como dicen los escolásticos.

Es preciso reconstruir lo que significó el Gobierno del Dr. Freile Zaldumbide, período al que podría referirse el General Andrade, para convenir en aquello de "infame y corrompido."

La guerra civil provocada por la traición de Montero había asolado el país; la sangre ecuatoriana se derramó a torrentes; la intervención alfarista en esa guerra exacerbó los ánimos hasta el odio canibalesco; la masacre del 28 de enero denunció la podredumbre del substracto político y social; las intrigas palaciegas y la ambición de mando entre los miembros de ese Gobierno, descalificado en la historia, culminó en un cuartelazo, y el mismo General Andrade, candidato a la Presidencia, pereció oscuramente en una sublevación policial, sin que hasta hoy se pueda precisar si le mató el rencor o la fatalidad.

Pero en ese momento histórico, no fue el Liberalismo, precisamente, lo que significaba el Poder. Por arte de la desorientación liberal, pecado ingénito del Régimen, nos encontrábamos en esos días gobernados

por un núcleo heterogéneo de políticos ambiguos, de procedencia clerical en la mayoría, pues si se exceptúa el General Andrade, de ese Gabinete precursor del 5 de marzo, podía salir cualquier cosa, pero nunca la continuación del Liberalismo en el Poder. La administración del Sr. Freile Zaldumbide se caracteriza por lo borroso, por lo impreciso de las líneas fundamentales de todo Partido definido; y en los actos de ese Gobierno, así en los que se produjeron por el éxito en los campos de batalla o por la ignominia en la masacre alevosa, se constata la concurrencia de los elementos representativos de todos los partidos, como participantes de la responsabilidad.

Se podía execrar a la política ecuatoriana de esos días por infame y corrompida, pero nunca al Liberalismo. En último término, a ciertos hombres del Liberalismo, pero jamás al Liberalismo como norma de gobierno de los pueblos.

Tobar y Borgoño que no quiso definir su pensamiento político en todo un programa de gobierno, a propósito de su candidatura para la Presidencia de la República; que dudó de sí mismo; que no quiso, ni pudo ni debió ser Jefe de Partido, según su propia declaración, ¿podrá invocarse como autoridad para calificar o descalificar los éxitos del Liberalismo en el Poder? Fue un científico, un escritor, un excelente caballero y amigo el Sr. Dr. Tobar y Borgoño, pero jamás quiso ser un político.

Y habiendo llegado al término de esta crónica, merced a las ideas contrapuestas de la salutación del señor Encargado del Mando y el periódico oficioso del Gobierno, permítame el Decano que le interroge, ¿si no quiere al Liberalismo en el Poder, ni al Conservadorismo, ni al Clericalismo, ni a las instituciones exóticas europeas, qué Partido sería el que preconiza y con quién gobernaría el Dictador de su cuento?

## XXI

### TEORIAS Y REALIDADES

El gran diario porteño "El Telégrafo" se ha servido reproducir mi crónica "El candidato oficial", y comentando la conveniencia de que el Gobierno apoye la postulación liberal capaz de contener con su prestigio la revolución y la anarquía, que pudieran amenazar al país con la abundancia de candidatos, dice melancólicamente: "Quedan muy atrás los tiempos en que la juventud arriesgaba la vida en defensa del sufragio libre, y, si no triunfaba, sabía a lo menos protestar contra los burladores de las garantías constitucionales y de los principios republicanos. — Hoy las cosas han cambiado, y todos dejan hacer y dejan pasar. — Ni siquiera existe el respeto a las instituciones, pues se proclama la necesidad de un candidato oficial, como si este proceder fuese legítimo y honrado. — Pero la conciencia nacional condena tales atentados, y la Constitución de la República prohíbe que el Ejecutivo intervenga directa ni indirectamente en las elecciones populares. — Esto por lo que toca a la *doctrina*, pues en cuanto a los *hechos*, la historia es vieja, y no se sabe cuando terminará, mientras no haya educación cívica y mientras no se organicen debidamente los partidos políticos, para hacer respetar las instituciones que nos hemos dado."

Precisamente, la crónica que ha ocupado la atención de "El Telégrafo" no consideró la "doctrina", sino los "hechos", y ante la perspectiva especialísima de este instante saturado de peligros, inadecuado, por lo tanto, para los ensayos del más puro republicanismo; y por otra parte, aceptando como realidad el hecho de que la elección puede hacerse por los antiguos métodos, era indispensable sugerir la responsabilidad que existe, si la candidatura oficial no traduce, por lo menos, ese an-

helo de que la paz no se altere por la imposición de un Presidente que no sea la garantía efectiva del más puro liberalismo en el Poder. Es decir, se intentó significar con la amarga ironía de la triste historia de las sucesiones presidenciales, el deber imperioso de que el Poder Público confronte en esta vez el mandato imperioso de la República que exige las seguridades futuras para su progreso, sin el dogal de las oligarquías, con las responsabilidades de la Magistratura de un país, en el que las prácticas republicanas aún son un mito. Más aún, que ante la seguridad de que la prescindencia oficial en el problema de la sucesión, producirá seguramente el encono y la división más profunda entre las agrupaciones políticas, y existiendo en la actualidad el germen de la concentración liberal, por virtud de la Asamblea del Partido, se presenta el momento único para la organización de éste, si se realizase la coincidencia de los deberes del gobierno con los propósitos del programa y los estatutos del liberalismo, urgía pedir, sinceramente, que la candidatura oficial sea capaz de resolver el conflicto en perspectiva, resolviendo con el acierto de la elección, las emergencias políticas futuras. Que el "hecho" de la candidatura oficial quede atenuado en la quiebra de la "doctrina" por el acierto de la elección del hombre que ha de gobernar próximamente el país.

Desde luego, como insinúa "El Telégrafo", solamente la educación cívica y la organización de los partidos políticos, podrán imponer el respeto a las teorías fundamentales del republicanismo. Y esa organización, en lo que al liberalismo se refiere, ha encontrado en la Asamblea el más vigoroso sustentáculo, a la vez que ha proporcionado la fórmula para que la Administración del doctor Tamayo, inicie la evolución electoral que debe llegar un día a su prístina pureza, acogiendo un justo término de conciliación, entre el hecho histórico de la imposición del candidato oficial y el abandono electoral a los comicios ciudadanos, de alta cultura cívica, para elegir en paz al mejor entre los mejores, al que ha de gobernar la República. Ese justo término conciliatorio no sería otro que el Poder Público

apoyo al candidato de la Asamblea Liberal. Con esto, no es propiamente el Gobierno el que impone la candidatura, tampoco prescinde del problema de la sucesión, y sienta un precedente cívico que conduciría a la formación permanente y sólida de los partidos, que saben son atendidos cuando se presentan con un programa y una bandera de concordia en las situaciones difíciles de la República.

Así las agrupaciones políticas pasarían de simples comités para la protesta cívica, atropellados a veces con el riesgo de la vida, a la categoría de partidos organizados, en los que la Magistratura tendría un control y un apoyo, cuando se aparte de la opinión de las mayorías o coincida con ellas, en su caso.

Verdaderamente, que cuando se reflexiona con serenidad en el pasado, y se contempla en el escenario de la política el egoísmo solitario del Presidente que imprime el rumbo a la vida democrática con la fuerza, y frente a este los grupos políticos organizados sólo para la protesta, jamás para la evolución gradual de la vida cívica, no sabemos si hay mayor responsabilidad en el Magistrado envanecido con el poder de la fuerza, o en los comités satisfechos con su papel de eternas víctimas. Solamente la organización formal de un partido, no embargante las deficiencias de toda iniciación, podría salvar el escollo, compaginando esa situación forzada del gobierno con la eterna protesta de las fracciones o centros políticos.

Si se quiere llegar al perfecto debate electoral, tiene que empezarse por apoyar la organización de los partidos. El liberalismo ha puesto las bases del suyo y aspira al Poder con el concurso de su organización cívica y el apoyo del Gobierno, para realizar su programa. Esta es la aspiración de la juventud liberal que desea la iniciación de nuevas normas para los procedimientos gubernativos, y para realizar sus propósitos funda su confianza en el eco que debe tener necesariamente esa aspiración en los jóvenes Ministros, representantes de la renovación política a que aspira el liberalismo en el Poder.

## X XII

## LA FRASE DEL GENERAL ANDRADE

Sería inútil esperar más tiempo que "El Comercio" documente el alcance de la frase atribuida al General Julio Andrade, y que repiten los conservadores continuamente: "El Partido Liberal del Ecuador debe desaparecer por infame y corrompido".

Tengo a la vista el N° 6 del semanario "La Paz" dirigido por Dn. Isaac J. Barrera, número publicado el 18 de marzo de 1912, en el que se registra la carta que contiene la fulminación del General Andrade, pero sin el alcance absoluto que se le quiere atribuir.

El hecho histórico se concreta así: Después de consolidada la paz y restablecido el imperio de la constitucionalidad alterado por el cuartelazo de Montero, se inició la campaña electoral interrumpida por la revolución. Y si la reelección del General Plaza fue cosa acordada y aceptada oficialmente antes de la campaña, cuando regresó el candidato encontróse frente a otros dentro y fuera del Gabinete. La candidatura del Dr. Carlos R. Tobar buscaba ambiente; parece que también el Dr. Freile Zaldumbide no miró mal la silla Presidencial. Y el Dr. Octavio Díaz, el alma negra de esos entresijos políticos, mantenía un ambiente caldeado de encontradas ambiciones.

El placismo opuso a esa actitud del Gobierno que tenía el mando pero no la fuerza, esta sencilla y *republicana* fórmula: "Plaza o bala".

Impotente el Gobierno para contrarrestar la imposición militar, buscó entonces al General Julio Andrade, para que integrase el Gabinete como Ministro de Guerra, separando al efecto al General Navarro, tachado de parcialidad, y el General Andrade aceptó el ingreso al Gobierno, pero sin consentir la destitución de Navarro, y en esto radicó talvez el error.

Desde luego, el General Julio Andrade había aceptado también su postulación como candidato, y como el Gobierno se declaró anti-placista, la cuestión iba a quedar planteada definitivamente así: Andrade frente a Plaza.

Fue en estos momentos que desde Guayaquil se interrogó por una carta política, algunos puntos concretos del programa andradista, y como el primero, éste: En caso de triunfo de la candidatura del General Andrade, ¿castigaría mediante una revisión del proceso a los autores y cómplices de la masacre de los Alfaro?

Y el General Andrade contestó: "Los asesinatos de nuestros generales constituyen unos de tantos crímenes horribles que la Historia registra y que sólo ella castiga: mi opinión formada ya, es que ese crimen *fue crimen de liberales de espada*, más bien que de bastón de mando, y su descubrimiento y el castigo de los delincuentes sería la caída inmediata y justa del Partido Liberal, por corrompido y por infame".

El anatema se refiere, pues, como dije en otra crónica, al horror que produjo en el ánimo del General Andrade, la sangre derramada en los campos de batalla y a la iniquidad de la masacre, ambos crímenes del militarismo; pero la masacre, de inmediata responsabilidad del Gobierno de esos días. No era posible que el General Andrade hubiese acusado en esos momentos a Freile Zaldumbide, a Tobar, a Navarro, a Díaz y a Dn. Federico Intriago, fatalmente sindicados en esta enorme responsabilidad histórica, que afecta, no hay duda, a los participantes del liberalismo en esos sucesos, que incluye al partido conservador de un modo innegable, que fue ludibrio para la nación, y que el General Andrade execró en lo que al Gobierno se refería la responsabilidad en los términos extensivos de su frase. Algunos de estos procesados han hecho su defensa, pero el proceso aún se halla en *statu quo*, esperando talvez los beneficios de la prescripción como en los crímenes vulgares, sin que la justicia humana pueda formular una absolución.

La referida carta del General Andrade contiene también algunos puntos de programa de Gobierno, y de éstos, algunos responden al pensamiento de "El Comercio", en orden a que del General Julio Andrade se pudo forjar un Primo de Rivera para el fascismo trashumante del colega.

"La administración que llegaré a organizar, dedicaría su atención preferente a las cuestiones económicas; buscaría el equilibrio de las rentas, no por medio del aumento inconsiderado de gravámenes, sino por su exacta percepción y honrada distribución. Diez y seis millones para un país de millón y medio de habitantes, debieran ser el colmo de la hólguera fiscal y todo el mundo sabe, sin embargo, las estrecheces en que de por vida se agitan nuestros infelices gobiernos; la explicación está en la falta de sistemas... y de honradez. — Cuanto a ideas, daría a las escuelas públicas una importancia que jamás tuvieron, buscaría en la enseñanza laica, que no en fútiles apariencias de reformas meramente escritas, la base científica, única e inmovible de los principios radicales; el catolicismo continuaría en la situación en que se halla el clero sin ninguna influencia en la política, que no es su campo de acción; *negociaría* la supresión de las comunidades religiosas, etc. — Hace cuatro años, escribí desde Bogotá al General Alfaro, don Eloy, que nuestro partido fracasaría indefectiblemente si no atiende a su organización científica, la sola que podría unificarlo y solidarizarlo: indíquele como medio, la reunión de una gran Asamblea Liberal que expidiese la Constitución del Partido, más o menos sobre la base en que se constituyó el Partido Liberal chileno. Por desgracia para todos, el General Alfaro desatendió mi consejo; pero yo insistiría en él hasta realizarlo. En tanto que las ideas no sean viables sino por obra de la persona, siempre estaremos expuestos a que los errores, las debilidades y aun las traiciones, impidan o retarden su entronizamiento. — El concepto verdadero es que, en la marcha de las ideas, los hombres no somos, no debemos ser sino agentes secundarios".



En cuanto al concepto militarista, dijo: "Y aquí viene lo principal, lo que más me interesa en esta declaración. No soy, ni seré jamás Caudillo. Al igual de mis otros hermanos, he heredado de mi padre la ausencia absoluta de ambiciones personales desmedidas, y la honradez: los que conocieron a mi padre saben lo que él llamaba ser modesto y ser honrado. Modesto hasta la humildad; honrado hasta ser impecable. Como ciudadano eso quiero yo y me parece bastante; y como militar, no será mi espada, créalo usted, señor Director, (de "El Tiempo"), la que provoque disturbios en la República. General-caudillo; General Jefe de bandera política, nó, en la vida!"

Ya ven colegas de "El Comercio" que en el General Andrade no habrían encontrado el tipo de dictador para fabricar un Primo de Rivera.

Y habrán observado de paso el elogio entusiasta que hace el malogrado General, de lo que significa la Asamblea Liberal para la vida del Partido.

Dicho sea esto, convencidos como estamos, de que eso del fascismo no es sino una superchería política, para disfrazar el conservadorismo.

## XXIII

### LA FILOSOFIA DEL CAMBIO

Que no todo ha de ser amargura en esta mísera existencia lo confirma el hecho, que el lenguaje popular lo condensa así: "No hay mal que por bien no venga"; y la aplicación de este enunciado a la cuestión económica del Ecuador, podría traducirse en esta forma: La quiebra en la fluctuación del cambio determinará la reacción política, como imperativo de la crisis social.

Este aspecto político de la crisis económica es de la mayor trascendencia.

Esta hace poco uno de los brillantes artículos que publica en la revista "España" el economista belga Paúl Colin, en el que cuenta que, de regreso de Italia a donde había ido en viaje de estudio del fascismo, preguntó a un amigo: ¿qué sucesos han sobrevenido en la ausencia? — "La libra está a 105 francos. Y no hay nada más", le contestó. ¡No hay nada más! Cuanda semanas antes la Libra que se cotizaba a 80 francos, vale hoy 105; los 100 francos franceses que costaban 116 francos belgas, cuestan 130, y la peseta está tan cara que ningún belga podrá cruzar jamás el Bidazos, anota Paúl Colin.

Y aquí viene la reflexión fundamental del Economista: "El cambio, dice, posee virtudes políticas eminentes; diría incluso que es un factor político de rara eficacia. Su papel principal consiste en purificar la atmósfera interior; no es broma, porque aquí no hablo como moralista, sino como sociólogo (importa notarlo): el cambio, aunque engendra toda clase de manejos repulsivos entre acaparadores y "chantagistas", tiene la ventaja de suprimir los fragmentos de sociedad situados entre la burguesía y el pueblo, entre las clases llamadas capitalistas y el proletariado. Arruina inmediatamente a la pequeña burguesía, y pone cara a cara a los dos enemigos hereditarios, excitando los rencores y las causas de eternos conflictos entre ellos. A las coaliciones sospechosas que fabrican los políticos en los pasillos de los Parlamentos, el cambio pone la coalición elemental natural de los que detentan el poder de compra y de los que poseen solamente la fuerza de producción. Cierra algunas heridas que parecían incurables porque se hacía todo lo posible por conservarlas; y destruye los compadrazgos que a fuerza de ser usuales disimulaban su índole monstruosa. Creedme: el cambio es un reactivo mucho más poderoso que el aceite de ricino de M. Maurras".

Y creedme también, que Mr. Paúl Colin no tiene noticia alguna de lo que han hecho con el cambio los acaparadores y "chantagistas" en el Ecuador, que han pretendido eternizar su despotismo, manejando a su

arbitrio la situación económica, empujando el desequilibrio más enorme que se registra en la historia financiera del país, con el acaparamiento de las letras de cambio, y la depreciación del billete hasta el último límite. La pequeña burguesía de la industria y el comercio está en quiebra. Ha desaparecido ese elemento de la economía social que evitaba las fricciones entre el capitalista y el proletario. Toda operación es ya imposible. Los Bancos han cerrado arbitrariamente, contra toda ley, las operaciones. Sólo se ejercitan negociados en mayor escala, y préstamos a instituciones del Estado. Toda la actividad comercial está colidida por las fluctuaciones arbitrarias del cambio; y nuestro *petit* Parlamento ha tomado medidas más ruinosas todavía—como el empréstito—para conjurar la crisis. La coalición elemental y natural de los que detentan en Guayaquil el poder de compra, y los productores de todo el país, sujetos al despotismo de los especuladores, es un hecho innegable. La herida regionalista revive dolorosamente; la oligarquía de los compadrazgos es ya intolerable; y por remate, se discute en este momento en la cuestión de la sucesión presidencial la hegemonía política sobre el maridaje político-económico creado por la oligarquía, que maneja el cambio, como el gas asfixiante la sabiduría cruel de la guerra. ¿Quién vencerá a quién?

El momento puede resolverse por la gran crisis social que se respira en el ambiente o por una fórmula puramente política a la que están obligados el Gobierno por sus deberes relacionados con el mantenimiento de la paz, y la oligarquía bancaria por instinto de propia defensa, por un resto de equidad, por una simulación de amor al país próximo a reventar como una bomba en manos de los mismos explotadores que la han fabricado y le han puesto un nombre: revulsivo por el cambio, o sea el aceite de ricino de M. Maurras.

Pero las últimas noticias de Guayaquil hablan de la posibilidad de que la filosofía del cambio encuentre al fin la fórmula conciliadora, que restituya el equilibrio entre el capitalismo y el proletariado, que ya se miraron

La cara hace un año (noviembre 15), y tuvieron el primer encuentro sangriento en las calles de Guayaquil; entre funegable de las especulaciones del cambio. Esa fórmula devolvería a la pequeña burguesía el capital que le falta para curar del hambre con su comercio y sus industrias al ganapán que se amotina y se hace matar impunemente.

Pero esa fórmula es en primer término política—**EFICIENTIALO BIEN EL PUEBLO**—y se concreta por el momento en el hecho de que el sucesor de la Presidencia de la República esté desligado por sus condiciones especiales regionales, de todo entronque franco o solapado con los especuladores en el cambio. Esta fórmula está ya denunciada en este aviso que publicó "El Comercio" en su edición de ayer y que dice:—"Candidatura dudosa".—Como los corresponsales de Guayaquil transmitieron la noticia de que se pensaba en la reunión de una Junta de Notables, a la que debía concurrir el señor Presidente de la República Dr. José Luis Tamayo, para unificar opiniones acerca del candidato para el próximo período presidencial, un alto empleado de Gobierno se acercó ayer a manifestarnos que tal noticia es completamente infundada, así como tampoco es cierto que el Dr. Tamayo hubiera tenido ninguna conferencia con los banqueros de ese puerto para tratar sobre candidaturas".

Esto significa que la filosofía del cambio encontrará su fórmula definitiva, que primero en Guayaquil y en Quito "El Comercio" supieron concretarla así: **EL PRÓXIMO PRESIDENTE DEBE SER SERRANO.**

Y esta fórmula resolvería, indudablemente, el problema del cambio:

## XXIV

### EL BOFETON FASCISTA?

Ha querido la casualidad darme la primicia de una información de la política española de actualidad, que

sirve, sin duda, para encerrar en su justo límite la exaltación admirativa hacia el caudillaje o dictadura del General Primo de Rivera, por parte de cierto fascismo inadaptable. Nada rebela mejor la esencia de las grandes actitudes, como los detalles bien observados.

El General Aguilera, Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, habló un día en el Senado Español contra los hombres políticos, acusándoles sin excepción, de causar la ruina y la deshonra nacional. El Sr. Sánchez Guerra, ex-Presidente del Consejo de Ministros, no había tenido de esta acusación mayores referencias, y no quiso plantear ningún reclamo en el Senado, sin saber, positivamente, por información del Gobierno, el alcance de las invectivas del General Aguilera, quien fue llamado por el Marqués de Alhucemas y el Conde de Romanones, para que explicara su acusación. El General Aguilera ha dicho que las palabras que se le atribuyen son parecidas pero no las mismas, y explicó vagamente las cosas.

Al salir de la explicación referida el General Aguilera se encuentra en la antesala con el Sr. Sánchez Guerra, quien tuvo para el General un saludo cortés, y éste preguntó entonces quién le había facilitado la referencia.

—No puedo decirlo, replicó el Jefe de los conservadores, porque media una palabra de honor.

—Nosotros los militares, repuso el General, entendemos mejor que ustedes, los políticos, lo que corresponde hacer para conservar la patria.

—Ante la patria, arguyó en tono violento el Sr. Sánchez Guerra, no hay militares ni civiles, y en lo de servir, ni a usted ni a nadie cedo yo el puesto.

—Es cuestión de epidermis, dijo el General. Nosotros la tenemos más delicada que ustedes. . . .

—Yo no le tolero que usted diga eso, respondió Sánchez Guerra; y uniendo el dicho al hecho, abofeteó al General.

Este repelió la agresión dando una puñada en el rostro de Sánchez Guerra, que fue a caer en un diván. Intervinieron las personas allí presentes que no pudie-

sin impedir el encuentro por la rapidez del desarrollo, y el Conde de Romanones fue tan elocuente para exigir la reconciliación, que los actores del drama concluyeron por extenderse las diestras.

Luego, ya en el Senado, el General Aguilera interpela al Conde de Romanones, sobre ciertas manifestaciones de éste, acerca de que Aguilera sería procesado y condenado a seis años de confinamiento por desacato al Senado, ya que antes del incidente referido, Aguilera había dirigido una comunicación injuriosa al Sr. Sánchez Torres, por haber pedido éste el enjuiciamiento del General Berenguer, por las responsabilidades de Annual, en la tragedia africana.

—Si el Senado no me ampara ni atiende frente a esta cuestión de las responsabilidades de Marruecos, la opinión del país está conmigo, dijo Aguilera, y a ella apelaré.

Fuertes rumores se producen contra las amenazantes palabras del General, y el Presidente del Consejo replica:

—Por lo mismo que Su Señoría, Sr. Aguilera, ha reconocido que el Gobierno ha procedido con aquella lentitud y parsimonia que eran precisas para que éste pueda continuar y llegar a la resolución del incidente; con la misma serenidad, yo ruego a Su Señoría que medite bien sus palabras finales que ha pronunciado sobre la opinión que pueda existir fuera del recinto, pues la solución final que adopte el Senado tiene que ser respetada por todo el mundo. Y si esas fuerzas de que habla el Sr. Aguilera se saliesen de su cauce para arrollar a la Cámara, sería preciso que antes pasasen por el banco azul.

Los aplausos a la Cámara, los vivos al poder civil y al Senado se produjeron estrepitosos y espontáneos. El Jefe de Gobierno es felicitado, aclamado. El ambiente es favorable al civilismo.

Pero en la calle las resonancias de los incidentes ocurridos con el General Aguilera tienen otros efectos. En el Casino Militar la gente se produjo belicosa, y el Capitán General de Madrid, General Muñoz Lobos,

tuvo que ir al Casino y agotar los requerimientos disciplinarios, para evitar que se produjeran choques sangrientos.

En el elemento civil, esos mismos incidentes produjeron encontradas opiniones y los grupos se abandonaban con manifestaciones hostiles.

Toda la enjundia del golpe de Estado Español, carece de fermentación fascista, y es Marruecos la explicación de esta sublevación militar.

El gobierno de la concentración liberal que alternó con el conservador dentro de las normas pacíficas establecidas en la política española, subió al Poder con el programa de hacer efectivas las responsabilidades de las campañas en Africa, y singularmente por los desastres de Annual. Los militares aparentaban aceptar el juzgamiento, pero exigían también la declaración de la responsabilidad de los civiles del gobierno. Alegaban los militares que el sacrificio de once mil soldados en la guerra africana, ya es un alto precio de reparación de sus errores, en tanto que el gobierno que no coadyuvó eficazmente al éxito de esa misma guerra, asume la actitud inquisitorial, debiendo también ser procesado.

Este choque del elemento político civil con el militar se efectuó en agosto, y lo relata J. Pérez Posada con bastante ecuanimidad.

Y el pronunciamiento de Barcelona se produjo en setiembre, apareciendo en la escena, con Primo de Rivera, el General Berenguer, el General Cavalcanti, y todos los altos militares sindicados de responsabilidad por el gobierno de la concentración liberal.

En su Manifiesto al país, el caudillo español empieza así: "Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado—porque hubiéramos querido vivir *siempre en la legalidad* y que ella rigiera sin interrupción en la vida española—de recoger las ansias, de atender al clamoroso requerimiento de cuantos, amando la patria, no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, etc."

Toda la prensa liberal y la libertaria española ha tenido esta misma admonición contra los gobiernos es-

pañoles trazados en un mismo molde, con distinciones convencionales, mejor que reales, para alternar cómodamente en el Poder. El golpe de Estado conmina a los profesionales de la política, envolviendo en el anatema a todas las viejas agrupaciones, pero tendrá el prestigio y la fuerza para infundir a la revolución la savia nueva, con el precedente del resurgimiento caudillista, el viejo mal español, transmitido a los indo-hispanos, como herencia maldita?

"El país no quiere oír hablar más de responsabilidades, dice Primo de Rivera, al referirse a la cuestión africana, sino saberlas exigidas pronta y justamente, y esto lo encargaremos con limitación de plazo a tribunales de autoridad moral, etc."

Antes del cuartelazo, los civiles ordenaban el enjuiciamiento de los militares, y esto pareció injusto; ahora los militares juzgarán a los militares y a los civiles, y esto cómo se juzgará? El precedente histórico no abona los auspicios en que se ha producido el suceso, como promesa de renovación política en el organismo español, y es preciso augurar que no se malogre este movimiento infundido a la conciencia ibera adormecida.

Pero en resumen, el hecho evidente es, que nuestros viejos abuelos se han dado el puñetazo del siglo, y luego ha estallado una revolución de las clásicas, sin ninguna influencia fascista.

Es la antigua exaltación del caudillismo, que América ya no quiere imitar.

## XXV

### DE LA POLÉMICA

A los que gustamos saborear el jugo de las ideas y platicar en cordial charla, con sus puntos de ironía, acerca de los hombres y las cosas, de los sentimientos y



las esperanzas que pueden concurrir a formar de la nuestra una República próspera, la discusión polémica mantenida en los días pasados con "El Comercio", nos ha curado la murria soportada bajo este cielo de plomo del ambiente político actual, y hemos sentido del cosquilleo de las alas que invitan a mirar desde arriba las miserias humanas, y han brotado en el corazón las esperanzas de mejores días, al chocar de las ideas y el resonar de las palabras. Porque no es presunción infundada atribuir a la vanalidad de la prensa diaria el aletargamiento de los espíritus que han renunciado a ver brillar el sol, sin que importe que al beneficio de su calor preceda la tempestad y que los rayos fulminen su cólera.

Que alguna vez es preciso enunciar desenfadadamente los conceptos acerca del pasado y del futuro de los destinos de la patria, y elegir para la contemplación del panorama un sitio elevado, que permita ver clara y serenamente el camino recorrido, el dolor impreso en las huellas, y otear el porvenir con inmenso afán de justicia, de renovación, de paz fecunda!

Y en este estado espiritual creo descubrir que, entre las ideas sustentadas por "El Día" y las que mantiene "El Comercio" hay más puntos de armonía en el pensamiento fundamental, que de contraposición, si eliminamos mutuamente lo personal, lo nuestro, y damos paso franco a los ideales.

¿Qué quiere "El Comercio"?—"Renovación de ideales y programas, bajo la mano férrea de un caudillo nacional".—"Buscar al hombre, clamar por el providencial y necesario. Para despertar los ánimos, poner como ejemplo a Italia y España. Inculcar las enseñanzas que de allí emanan. Y exigir que, rompiendo esa atrofia, ese estancamiento del Partido Liberal que ahora nos ahoga y se corrompe a sí mismo, se nos den leyes verdaderamente liberales, pero no esas de segundo o tercer orden que se nos ha echado encima a montones, sino las grandes, y bien delineadas que constan ya en nuestra Constitución y que se reducen a la liber-

tal religiosa, de enseñanza y electoral". Tal es el fundamento de la tesis en discusión.

Pues esa misma aspiración tenemos nosotros, renovar los ideales y los programas, pero no con la mano de un déspota, sino por la acción eficaz de organizaciones que conjuren toda amenaza de caudillismos; que siendo impersonales, sean también responsables; que contengan la base para la renovación, y eso ha significado la reunión de la gran Asamblea.

¿Que ésta carece aun de eficacia? ¿Que a la formación concurrieron con los jóvenes, los viejos representantes de la aspiración liberal-ecuatoriana?

Pero si la Asamblea se reunió ayer; si el programa sólo sintetiza por el momento aspiraciones, y por eso se llama programa; si la Asamblea también ha buscado el hombre, y sin declararlo providencial y necesario, dictados opuestos al Liberalismo, ha presentado su nombre a la consideración del país como el mejor, como el más capacitado para que esas aspiraciones del programa las convierta en realidades en el Poder.

Y porque la Asamblea significó renovación, declaró caduca cierta ideología, pronunciándose por la que se compagina con la época actual, sin olvidar de rendir pleitesía a lo que tiene de fundamental la Constitución vigente.

Grecia tuvo para la ancianidad un culto, y ese respeto a la experiencia y esa gentileza para lo que ayer fue juventud, no significa un ligamen de servidumbre al pasado, sino una cariñosa deferencia para los luchadores que nos han precedido. Los viejos liberales, como dijo el gran Dn. Adolfo Páez, concurrieron a la Asamblea, a entregar el pendón rojo a la juventud, y a presidir la discusión franca, liberal del Debe y el Haber en las responsabilidades históricas del Régimen del 95 que ha sido poder, pero no partido organizado; que se ha ejercitado en los actos administrativos, sin alcanzar a llegar como doctrina a las conciencias; que ha sido simplemente gobierno, pero no convicción, sentimiento liberal profundamente arraigado en el alma. Por esa concretación personalista de las administraciones, los

errores de éstas se imputan al Partido, sin que el Liberalismo haya estado científicamente organizado, y este deslinde elemental en la responsabilidad histórica lo declaró la Asamblea que también tuvo para la juventud el eterno: Adelante, paso de vencedores!

¿Quiere "El Comercio" un caudillo más, quiere un Mussoline, un Primo de Rivera, es decir un Alfaro, un Veintemilla?—¡Eso, no! El Liberalismo ecuatoriano encontrará su Rocafuerte dentro de la vida constitucional, y aspira al milagro de una gran energía del progreso que tuvo en el Viejo Luchador un símbolo, sin cuartelazos ni imposiciones caudillistas.

El Partido Liberal no ha sufrido estancamiento, ya se ha explicado, y las causas éticas y las causas históricas de los errores hidalgamente confesados, afectan a los gobiernos personalistas, caudillistas, no al liberalismo ni a la totalidad de sus hombres. Por lo demás, el factor tiempo como signo de progreso, sólo obtiene eficacia en los ambientes liberales. Inmenso fue el progreso que había realizado el mundo en el orden político en la época de García Moreno, y el criterio teocrático de este Magistrado, sólo alcanzó a forjar un régimen clerical, cerrado herméticamente al pensamiento moderno, y concibió la ciencia, explicada por los jesuitas.

Y sin embargo de los errores en los ensayos democráticos, resultantes de la revolución del 95, el país se ha liberalizado ya, por el efecto de las corrientes ideológicas condensadas en la legislación divulgada, escrita, pero no cumplida totalmente. Al mismo diario "El Comercio" le repugna, protesta por la suposición de la vuelta del conservadorismo o del régimen clerical. "Nos hemos liberalizado más o menos, dice, y no sería la hora de quitarnos la piel nueva, como si se tratase de un simple vestido, para parecernos a los hombres que cayeron al empuje de los revolucionarios del 95". En esta declaración del colega, generalizada ya en el país, está al triunfo preliminar de los ideales liberales. Esa es la simiente regada penosamente por los precursores de la doctrina, dignos de todo respeto. A la juventud

le cumple que esa simiente desarrolle, dé las esencias de sus flores, la generosidad de sus frutos. Estos propósitos están consignados en el programa de acción de la Asamblea. Y no es posible discutir la eficacia de toda legislación liberal, por teórica que parezca, como factor supremo de la vulgarización de propósitos, de ansias nuevas, que buscan ambiente, que germinan en los surcos fecundados por las savias ocultas del progreso, y que fracasan en los campos eriales. El apostolado evangélico sólo sabe que tiene que sembrar y tener también la fe que le promete la cosecha sobre la dura pampa de granito, como en la grandiosa parábola de Rodó.

¿Pide "El Comercio" las garantías constitucionales para la libertad religiosa, de enseñanza y electoras, como las primicias del Liberalismo?

García Moreno no alcanzó para su gobierno teocrático el ejército de frailes y monjas que existen ahora en el Ecuador; nunca la educación confesional tuvo más cantidad y calidad de alumnos en sus escuelas y colegios que en la época presente; jamás han gozado de mejores garantías los credos religiosos hasta culminar en el abuso, que en las administraciones liberales. ¿Es a las restricciones policiales para las manifestaciones externas del culto a lo que se alude? "El Comercio" ha registrado en páginas recientes las pruebas gráficas de las inmensas procesiones violadoras de la ley.

¿Qué más quieren? ¡Ah, la libertad electoral!

Concurran sinceramente con nosotros a la organización de los partidos, prediquen la eficacia de las Asambleas de éstos, provoquen las solemnes manifestaciones de los ciudadanos afiliados a determinados partidos, combatan el caudillismo, fulminen su cólera contra lo exótico en política como una imitación simiesca del trópico, y la libertad electoral nacerá como el ave fénix, de las cenizas!

¿También quiere "El Comercio" que cese ya la oligarquía bancaria del puerto de estrangular al país con sus especulaciones judaicas, que se restituya la moneda circulante y la valorización de los billetes; que el

cambio deje de ser un dogal, qua se evite el desbordamiento de la defensa proletaria, que se conjure hasta la posibilidad revolucionaria que se anuncia, si el Gobierno impone por la fuerza un candidato, desatendiendo la opinión liberal del país expresada por la Asamblea? Y de nuevo nos tiene coincidiendo con sus anhelos.

Finalmente, no es cierto que el Liberalismo tema a los partidos que le son opuestos, y antes bien les ha estimulado a la organización. Lo que rechaza sin temor es que se desnaturalicen los sistemas políticos y se entreguen las fortalezas a los jefes adversos, imponiéndolos con supremacía en los gabinetes; y que en la panza presupuestaria del caballo de Troya de todas las transacciones indecorosas, se introduzca la falange de Israel por los caminos de la diplomacia, del Magisterio, talvez de la milicia, a todas las posiciones que dan influencia y prestigio, en el campo abierto, ya sin defensas, del Liberalismo.

## XXVI

### ¿PAPAM HABEMUS?

La actitud combativa de Monseñor Pólit había quedado un tanto desairada, en su llamamiento a los rebaños de Israel, para que interviniesen en las elecciones presidenciales próximas, y ya se iba acentuando cierta falta de prestigio episcopal, por la inercia de las congregaciones políticas clericales, cuando, he aquí, que "El Porvenir", en su edición del domingo, se lanza denodado en esta forma: "Ahora bien, dice, si por un lado es evidente que ninguno de estos dos candidatos (Córdova e Intriago) llenan las aspiraciones ciudadanas y por otra hay optimismo de que no habrá imposición oficial en las próximas elecciones, ¿por qué no se inicia una reacción de ese enorme núcleo de patriotas que, *sin pertenecer al Partido Liberal*, podrían traba-

par con buen éxito por la exaltación de un Magistrado con verdaderas virtudes cívicas, que ejerciera el Poder procurando la felicidad del país? — Cada nación pregona el desprestigio de los partidos viejos que han llevado al mundo a la difícil situación por la que atraviesa actualmente, y para no dejarse arrastrar por la vorágine de la desgracia claman por Mandatarios que sepan comprender que los pueblos necesitan, por hoy, liberarse de gastados moldes, mientras vuelva el imperio de la justicia, el régimen del orden y el equilibrio económico."

Esto, en buen romance, quiere decir que "El Porvenir" vuelve ya las espaldas al Gobierno, al que ha defendido decididamente hasta aquí; y que al doctor Tamayo que tanto ha elogiado, no le sigue reconociendo virtudes cívicas y otros adornos nacionalistas que antes le prodigara. Se ha entendido mal nuestra actitud para con el Gobierno, dice, pues siempre "hemos juzgado que el actual no ha sido sino uno de tantos de los que acostumbran imponer los Bancos de Guayaquil."

¡Ingatos! Y el doctor Tamayo que ha preferido a los conservadores, hasta el punto de sufrir en su crédito de viejo liberal!

Pero también hay que fijarse en el fascismo del colega, que a su manera, trata también de que se acepte esa moneda falsa en este momento político.

Y concluye enérgicamente. "El pueblo, cuando se empeña en reivindicar sus derechos, ejercita una fuerza infinitamente superior a la del Estado; todavía sería oportuno el despertar del civismo ciudadano, y, como las buenas causas no necesitan caudillos sino cerebros que las orienten y defiendan, una organización rápida y una acción conjunta, acaso llevarían al Poder a una persona de aquellas que saben que se puede hacer genuina política sin pertenecer a partido alguno. — El Liberalismo, con toda su indisciplina y sin embargo de constituir sólo la ínfima parte de la opinión pública, tiene por lo menos dos candidatos; luego, no es un impo-

sible que la mayoría estreche filas y trabaje por el suyo. ¡Todavía es tiempo!"

Atando este cabo, con la Pastoral de Monseñor, con la organización católica obrera, con los oratorios festivos a donde concurren a regocijarse hasta los soldados de línea, con la falange conservadora en la administración pública en la que se ha efectuado un desalojamiento liberal, hasta el colmo de que provincias enteras como el Azuay y Loja se hayan entregado totalmente a los conservadores, atando estos cabos, repito, con el sospechoso apoyo de cierto candidato que no es Córdova ni Intriago, por parte de la clergalla, y reuniendo en un haz todas estas puntas, ¿acaso sea posible sospechar ya el por qué de la inusitada prescindencia de un candidato oficial? ¿Qué lengua de fuego del Espíritu Santo del Gobierno persuadió a éste de la abstención eleccionaria?

Y es preciso repetir que la verdad del Liberalismo del Dr. Tamayo no debe inquietar, así como es preciso reconocer que en el Gabinete hay elemento liberal genuino, de modo que no puede suponerse una intención contraria a la hegemonía del Partido, sino que, hay que reparar en la red sutil que envuelve a la situación política, que rueda maniatada por la pendiente de la revolución. El partido clerical sabe muy bien que es imposible para subir con las armas al Poder, y tiene que recurrir a los artificios que compliquen, que dividan los campos, que surja del conflicto una bandera desplegada por la reacción, y sobre todo que ésta se efectúe en este momento caldeado al rojo, por factores que han vuelto absolutamente compleja la situación. De allí el predicar del fascismo, de los golpes de Estado, de la utilidad de los dictadores, de la necesidad de los providenciales.

Y esta propaganda la efectúan quienes hasta ayer se incrustaron en la entraña del Gobierno, por arte de ese desdichado nacionalismo. En este instante se opera el fenómeno de que el nacionalismo se vuelve agresivo con el doctor Tamayo, y el Liberalismo resentido o postergado, depone su soberbia y sin humillación toma su puesto en los sitios de defensa, aun del mismo

Gobierno, en expectativa de una definición oportuna para el Liberalismo.

¿Y, quién puede ser el candidato preconizado por "El Porvenir"? ¿El señor Lasso? Buen prioste iba resultando, pues de allí no adelantará un paso en el camino del clero, aun en el supuesto de que triunfara, pues es evidente que ese triunfo implicaría revolución, y si el candidato aquel cumple con su palabra, el fracaso conduce al fin. Ambos supuestos están anotados en el programa clerical.

¿Y si triunfara don Pablo Mariado Borja, en el supuesto de que esa mayoría de que habla "El Porvenir" abrumase al Gobierno con sus votos? La revolución conservadora y clerical tendría un estandarte de legitimidad para tumbar al régimen.

Pues la hipótesis del mantenimiento de la neutralidad gubernamental, y la prescindencia de los clericales en las elecciones, esa neutralidad señuda, deja aún la posibilidad revolucionaria en el hervidero de las aspiraciones despertadas, por la baja cotización de los valores políticos en la crisis actual. Y en este cálculo de probabilidades queda descartada la imposición oficial de última hora, porque esto sería añadir fuego a la dinamita!

Lo que se presentía; era absurdo creer que los clericales no hubiesen pretendido sacar ventaja de su preponderancia en el Gobierno.

Y es preciso repetir con "El Porvenir": ¡Liberales, todavía es tiempo!

## XXVII

### NUESTRO FASCISMO

"La idea fundamental del fascismo, dice Pedro Gorgolini, autorizado intérprete del movimiento italiano, es que nuestra guerra victoriosa será útil y fecunda



para Italia en todos los sentidos y en todos los valores: morales, espirituales, materiales. Fin inmediato: la paz en el interior, es decir, la lucha a fondo contra todos los males inevitables, y nos atrevemos a decir, necesarios, nacidos del inhumano conflicto; la resuelta y enérgica reacción sobre las clases dominantes para que hagan frente, con una serie de reformas radicalísimas, exigidas por los tiempos y por la nueva conciencia popular, al comunismo, o sea a la disgregación, a la destrucción, al aniquilamiento; la creación de una civilización política diferente, de una nueva ética social; de una completa resurrección de los espíritus, entenebrecidos por los odios y rencores de clase. El fascismo se organiza en orden de batalla y se levanta contra Lenin, mito del internacionalismo proletario; contra Wilson, mito del internacionalismo de la gran burguesía; contra el trío Millierand—Foch—Clemenceau, mito del internacionalismo militarista y ultra guerrero; en fin, contra todo programa y tendencia imperialista, en lo cual se destaca y diferencia netamente del nacionalismo corradiniano, que, no obstante tanta luz de idealidad y tanto perfume de patriotismo ha difundido por toda la Península.”

Con lo transcrito tenemos bastante para estudiar la esencia del movimiento político explicado por Gorgolini, de cuyo libro “El Fascismo” dice Musoline, que los aspectos los sitúa el autor “con toda claridad en la política nacional.”

Ya sabemos que el movimiento español de Primo de Rivera se relaciona con el rechazo de la corrupción política interna y pretende establecer un plano de equidad en las responsabilidades por los desastres en la guerra africana.

Importa distinguir claramente que Gorgolini no confunde el fascismo con el nacionalismo de Corradini, y que la esencia del movimiento político italiano, radica en conceptos de orden internacional apremiantes como el sovetismo de Lenin y el imperialismo de todos los mitos de los apóstoles de la Liga de las Naciones, y para confrontar este aspecto, urge el mussolinismo por

la organización interior con la renovación total de programas políticos y sistemas administrativos. Corradini sólo propagó en el movimiento nacionalista el sentimiento italiano para la defensa patria, según el comentario de Vicente Gay, en su libro "El Imperialismo". El fascismo va más allá, no se queda en las regiones del sentimentalismo, es acción, y en esto se funda el prestigio de Mussoline.

Por lo mismo, está en lo justo "La Prensa" de Nueva York, diario redactado por españoles, al encontrar absurda la imputación fascista al golpe militar de Primo de Rivera. Este hecho es obra de "masculinidad" como dice este General en su Manifiesto. La obra política italiana es de intensificación de cultura, y de rechazo del imperialismo. Y como España fue neutral en la guerra, tampoco está afectada por las razones políticas que obran en la esencia fascista.

¿Pero qué tiene que ver toda esta música de Verdi y de Sarasate con el pingullo indígena del casicazgo ecuatoriano?

Pues esto nos preguntamos todos, ¿por qué se nos suministra este hartazgo de fascismo y de riverismo español entre pecho y espalda sin ningún merecimiento? ¿Por ilustrarnos en la materia? ¡Magnífico! ¿Para qué imitemos el *gesto* de los próceres de ultramar? Eso ya es absurdo. ¡Cosas del Continente estúpido, que diría Baroja!

Porque bien miradas las cosas el problema ecuatoriano no es sino problema de honradez y de trabajar con un plan organizado. No vivir de la farsa en la política internacional, no declarar eminencias a mediocridades fracasadas, hacer política de realidades en el orden interno, no permitir el imperio de las oligarquías, restablecer la normalidad a la situación económica falseada por especulación judaica, promover grandes estímulos para la formación de estadistas, combatir atrozmente el arribismo, es decir, que un Gobierno se llame honrado, no porque se abstenga de robar ni dejar que otro robe, género de honradez aldeana con éxito de campanario, sino que se entienda la honradez política,

desde el hecho de aceptar un cargo por comprobación de eficiencias realizadas, hasta entender que dejar de hacer política como ciencia de gobierno, es crimen de lesa patria. Y en cuanto al trabajo, medir la eficacia, por los efectos, y no por el sumernage gubernamental.

El Ecuador tiene también su Marruecos: las provincias orientales. Y el crimen se traduce en nuestro caso, por el abandono, que no por sacrificio de hombres en lucha sangrienta y digna. La habilidad de nuestros diplomatas no se ha ocupado hasta aquí sino de medir sobre los mapas las tierras que han de entregar a los contendores para asegurar, dízcúe, una paz, que en este caso es afrenta, y en vomitar una erudición podrida para regalo de idiotas. A Colombia se ha entregado setenta y dos mil kilómetros cuadrados de territorio, sin que hayamos podido comprar con este precio ni la seguridad de una alianza, ni el respeto, menos el cariño. Los pobres de espíritu sólo merecen el reino de los ciegos, y eso basta. Del Perú y Colombia denuncian que esa inmensa zona cedida gratuitamente a este país será entregada al Perú en las compensaciones territoriales de esas dos naciones. Pero este es un secreto exclusivo para el Ecuador, que se contenta con nada, es decir, con los chicos pleitos de casa adentro. Aún no se ha estudiado la enfermedad del trópico denominada *patrioteritis* aguda por motivos vanales. Cuando se descubra esta purulencia el Ecuador encontrará podridos hasta los huesos a muchos de sus grandes hombres y ridículas algunas páginas de su historia. El descubrimiento y curación radical de este mal será obra de honradez.

Nuestros males son, como si dijéramos, caseros. Porque en el orden internacional, el mayor daño no está en la pérdida o regalo de esos territorios, sino que la amputación se realiza sin dolor, con el anestésico del retoricismo que para todo encuentra un sofisma, aunque los hechos contradigan la mentira. Las provincias orientales debieron ser el motivo del heroísmo vital ecuatoriano, el campo para el ejercicio de las grandes energías, la surgente eterna del patriotismo sincero, y

sólo ha servido para nuestro ludibrio, y para el engrandecimiento y despotismo de los íconos de nuestra diplomacia desventurada, que no hace ni deja hacer, cuando algún hombre quiere entregar su vida por ese alto ideal. Aún no se escribe la historia de la diplomacia ecuatoriana ni se conoce el Oriente como sentimiento y como realidad. Cuando se conozca la verdad, ese día será el primero de la regeneración ecuatoriana.

Luego, nuestro fascismo, que ni se fundamenta en la anarquía de una post-guerra, ni en cuestiones de socialismo, ni siquiera en fracasos que duelan y provoquen reacción en los espíritus en pro de nuestro Marruecos, qué fundamento tendrá? Ninguno.

Para la corrección de los vicios políticos ecuatorianos, no hace falta un tirano, sino un buen código penal y de policía en manos de un hombre.

## XXVIII

### EL DILEMA

En la ciudad y puerto de Guayaquil se ha planteado el dilema ya dilucidado en estas crónicas: ¿se mantiene para la Costa y en beneficio de una oligarquía bancaria la hegemonía liberal, o recupera sus derechos políticos y económicos el país, designando en el debate electoral, al candidato de la Asamblea, para Presidente de la República?

No se trata de una caprichosa cuestión regionalista, sino de la sustentación de una plataforma política electoral que entraña la mayor solución económica de esta época, es decir, si el país continuará gobernado por una oligarquía despótica o si merced a la práctica republicana electoral, el Ecuador (no digo la Sierra) recobrará la hegemonía política, precursora de la libertad económica, aherrojada por la especulación judaica. Este es el dilema.

En Guayaquil acaba de plantearse esta misma tesis, pero solidarizando a toda la Costa con los intereses de la oligarquía, de ese gran pulpo que tiene estrangulada con sus finanzas a la misma Costa, consciente ya de su situación.

El corresponsal porteño de "El Comercio" comunicó ayer lo siguiente: "Se me ha informado que ayer ha habido una reunión de conocidos elementos políticos costeños, en la cual se ha tratado de conservar a toda costa la hegemonía del litoral sobre la Sierra en lo que a política respecta. — Uno de los asistentes, actual Senador de la República y cuyo crédito liberal fue poco ha discutido por la prensa (¿don Eleodoro Avilés?), ha pronunciado un largo e histórico discurso, relatando hechos y reclamando solidaridad entre los costeños que se cobijan bajo la bandera del liberalismo para conservar la hegemonía de que hablo más arriba, ya que, ha dicho, siempre que ésta nos ha sido arrebatada, hemos tenido que recuperarla con SANGRE. — La persona que de esta reunión me conversó, me ha dicho que, después de largas disertaciones, se llegó a acordar dirigir comunicaciones a las personas que se sabe simpatizan con esta idea, recomendándoles trabajar por el candidato costeño, que hoy por hoy sería, pues, el señor J. Federico Intriago."

Las situaciones se aclaran, por momentos, y las aspiraciones presidenciales dan a sus banderas el color de su causa. El cordovismo tiene la insignia roja con que le honrara la Asamblea Liberal; el conservadurismo su tradicional cinta azul, y el intriguismo el pendón azul de la oligarquía. Así han quedado repartidos los colores de la bandera nacional. Ya es posible elegir el campamento sin temor a equivocaciones, como las sufridas en épocas análogas.

En el supuesto de que el terrible don Eleodoro sea el conferencista del regionalismo, según se deduce por los pelos y señales que dá el susodicho corresponsal, hay que elogiar el ingenio con que se maneja esa pólvora del sentimiento regional.

Cuando la campaña eleccionaria por la candidatura del doctor Tamayo, en quien confiamos cándidamente por ser varón probo, y patriota, se suscitó la discusión acerca del regionalismo, motivada por un artículo de Luis Darien, que expresó el pensamiento anti-serrano que germinaba en ciertas capas sociales porteñas, con ruda franqueza. No puede ser Presidente de la República un serrano, dijo, porque Guayaquil no lo consentirá, por su situación financiera; porque no deben realizarse nuevos ferrocarriles al mar ni construir otro puerto, y porque el liberalismo como poder sólo puede garantizarlo la Costa. Esa hegemonía política la ha conquistado Guayaquil con sangre y no la perderá impunemente.

A esta declaración sincera, aunque imprudente, contestó la Sierra con el lamento de sus reticencias patrioteras y la invocación de sus jornadas sobre Guayaquil para derrocar dictaduras y castigar traiciones de jefes rebeldes, y la prensa chica y grande de las regiones iba levantando el tono y pronunciándose amenazante, hasta que por fin la unción apostólica de un hombre justo, levantó en sus manos su corazón como hostia propiciatoria de paz, y dijo bellas frases que refrescaron el ambiente y pusieron un poco de olvido en el reto insolente y verdadero de Luis Darien.

Y ese hombre de este cuento de hadas, llamóse Dn José Eleodoro Avilés, quien dijo: "Ofrezco mi viejo corazón para que con él, en el mapa del Ecuador se borrasen linderos de las provincias y quedaran marcadas sólo las líneas de nuestras fronteras".—"Yo siento enfermo mi espíritu, yo siento tristeza en el alma, dolor en el corazón, cuando oigo hablar de provincialismo, porque alcanzo a valorizar la pequeñez de sentimientos bajos que irán rompiendo los nexos de la familia ecuatoriana. Si ya ofrecí mi corazón para que se borrara con él las divisiones políticas de las provincias en el mapa de la Patria, con cuanto gusto no daría mi vida porque desapareciera también del diccionario ecuatoriano la maldita palabra "regionalismo".

Y luego se explayaba don Eleodoro, en esa memorable epístola a Dn. Rafael Vásconez Gómez, allá por febrero de 1919, en la fantasía de una nación ecuatoriana fuerte, grande, respetable, por la unión concentrada de una gran red ferroviaria que avance a Cuenca y Loja, salga a Puerto Bolívar, llegue triunfante al Carchi, y colme de riqueza a los nuevos puertos en el Pailón, Bahía y Manta, por su comunicación rápida con la sierra.

Y como a todos nos consta que esas obras y otras más han progresado que ya mismo son una realidad, ¿como no hemos de seguir esperando que la oligarquía de Guayaquil se pegue un tiro y entregue sin beneficio de inventario cuanto ha ganado con sus monopolios y trincas financieras, amparadas por el puerto y la aduana únicos de la Sierra?

Desengañémonos, don Eleodoro, y dejemos ya de sudar frases en vista de las realidades que nos están abrumando. No vuelva en su vida a ofrecer su corazón como una goma flexible para borrar líneas más profundas que las convencionales geográficas, las líneas negras del egoísmo judaico que no soltará la presa con exhortaciones líricas.

No neguemos tampoco la realidad, y aún la necesidad del regionalismo como estimulante poderoso en el progreso de los pueblos, y Ud. y yo sabemos, y lo probaríamos con una abundante bibliografía, que en la redondez de la tierra, el regionalismo existe y existirá. Solamente que esa fuerza puede ser dinamita que pulveriza el cuarzo para hacer posible el atesoramiento para todos de las pepitas de oro, o el desgajamiento de un bloque inmenso puesto en el camino para matar una región en beneficio de otra. Este es el dilema. Y en ese caso, el derecho a la vida impone a los pueblos obligaciones sagradas perentorias.

## XXIX

## LOS PROVIDENCIALES

Observa Marcelino Domingo en su reciente libro "La Isla Encadenada" (expresión denominadora de la República de Cuba) que la guerra europea ha producido dos daños de incalculable volumen: uno de ellos es el menosprecio de la vida del hombre, y el otro el egoísmo internacional en lo que toca al resguardo de las fronteras. La vida humana carece de valor en estos días, y hasta las hecatombes que antes producían espasmos de indignación, ahora se anotan como noticias sin importancia. El volumen sangriento y criminal de la gran guerra dejó sin importancia los demás géneros de crímenes. Y en cuanto a fronteras, lo que la cultura había ganado, borrando el odio en las demarcaciones geográficas, la guerra ha puesto regueros de sangre, como la ominosa muralla china que separa a las nacionalidades de Occidente.

Sería de sumar otro daño de la guerra europea, a los anotados por el famoso político y escritor español: el retorno de los providenciales en el gobierno de las naciones, por efecto de la desorganización social, en la quiebra de las libertades que conculcó la guerra.

En Europa no se concibe ya otro género de gobierno, que el mantenido por la mano de hierro de un caudillo, Lenine o Ebert, Mussoline o Mustafá Kemal, Poincaré o Primo de Rivera, constituyen la expresión de este momento en que la libertad está en crisis, porque las muchedumbres que sólo desean salvarse de los horrores de la post-guerra, han renunciado a sus derechos humanos, en el ansia gregaria, instintiva, de vivir. Cuando se haya solucionado la crisis, ya los pueblos pedirán cuenta de sus libertades públicas a sus dictadores.

La aparición de los providenciales indica inequívocamente un estado de descomposición social, alguna



anormalidad en el organismo de la nación, que exige un remedio heroico, aunque sea sangriento, pero eficaz.

El caos de la vida republicana en la primera centuria de la independencia en América, permitió también la aparición de los providenciales, flores del pantano aún no estratificado de las democracias, y desde México hasta la Argentina, la tiranía empapó en lágrimas y sangre, las tierras quemadas por el sol de los trópicos, en las que se extienden en otras latitudes. Ayer Rosas, Balmaceda, Melgarejo, Francia, Gamarra, García Moreno, Núñez, Cipriano Castro, Zelaya, Porfirio Díaz y el gorila antillano Lili; hoy Juan Vicente Gómez, Leguía y Saavedra. En Venezuela, Perú y Bolivia se erige el despotismo desenfrenado, atrabiliario, insultante, y en los demás países indo-hispanos se ensayan las fórmulas republicanas con mayor o menor éxito según su cultura. A las repúblicas del Atlántico, las ha salvado la segunda colonización o sea la inmigración; a algunas del Pacífico les ha concedido estabilidad sus políticos, los estadistas de verdad, y en otros países como en México, el despotismo mató al despotismo, el Saturno revolucionario se ha tragado en la guerra y en la paz a sus propios hijos, a Huerta, Zapata, Pancho Villa, y se inicia con Obregón y Vasconcelos la era de la cultura sobre los gobiernos de la fuerza. La atmósfera se enrarece para los providenciales. América quiere santificar su propio dictado, o sea, el país de la libertad. Los providenciales de Venezuela, Perú y Bolivia están sitiados por la reprobación unánime en el Continente.

Hace poco se estableció un proceso en el diarismo suramericano acerca del proceder de Dn. José Santos Chocano, sindicado de turiferario de todas las dictaduras. La prensa liberal de Colombia, le fulminó los rayos de su venganza, por esta conclusión del bardo claudicante: "Los trópicos, en donde es preferible el déspota nacional antes que el déspota extranjero".—Y la defensa de Chocano fue ésta: "Piensa "El Tiempo" que los trópicos son Colombia. Se olvida hasta del caso de Nicaragua, que tan cerca le toca; y me obliga a recordarle, sin intención política en la actualidad co-

lombiana, que al desaparecer el despotismo de Núñez. en Colombia, es cuando Panamá pasa a gozar las más perfectas garantías individuales, bajo un amo extranjero". Los grandes escritores de Colombia le han replicado, evidenciando el error de Chocano.

No menos infortunado ha estado este poeta después de su visita a Venezuela, en donde, como Villaespesa, explotó a Gómez en el sobado paralelo con Bolívar. Antes ya comparó Chocano a Pancho Villa con Bolívar.

El poeta y escritor venezolano José Rafael Pocatella, rechazó indignado en un formidable ataque a Chocano, las irreverencias del lirida peruano. "¿Qué le ha pasado? le dice. Yo no lo sé. El nos dice en sus versos últimos que durante estos veinte años "no ha hecho sino cantar". Ojalá fuera cierto; que si ahora está afónico, no es por cantar, sino por estarse de un lado a otro con el Pancho Villa y el Estrada Cabrera y el de más allá.... Llega a Caracas y lo primero que hace es dedicar sus recitales a la consabida tribuna de los Gómez; y así sucesivamente irá de Chamorro a Leguía, y de Saavedra, Dios sabe a quien.... Para ser gran poeta "representativo" o gran escritor de una generación, es menester vivir como vivió Almafuerte, morir como murió Martí. Entre mi compatriota Andrés Bello y el ecuatoriano Montalvo, me quedo con el arcángel de las "Catilinarias" y no con el "buen hombre" sumiso, vejado y hasta maltratado que tuvo que marcharse a Chile, porque si no "los genios de Caracas" lo devoran con Silva y todo".

Y aún resuena en el Continente el grito de combate lanzado a la intelectualidad de América por Vasconcelos, suscitando las maldiciones para Gómez por el encarcelamiento de setenta estudiantes que habían tratado del delito de organizar un Congreso estudiantil. Y en el manifiesto de Vasconcelos al entregar la bandera de la Universidad a los estudiantes mexicanos que organizaron un desfile enorme de protesta, id, les dijo el Maestro "invita a todos los intelectuales de la América del Norte y de la América del Sur, para que ha-

gan presión sobre sus respectivos gobiernos, con el objeto de que se llegue pronto a una solución radical para que Venezuela, nuestra hermana martirizada, torne a ser libre y grande”.

“La Unión Pan-Americana” acaba de inferir un escarmiento al representante de Venezuela en Washington, que se produjo descortés con su colega de México, ordenando que se borre de las actas “las palabras del representante del tirano”, concluyó Mr. Hughes.

Ante esta y otras manifestaciones contra el despotismo de Gómez, el Sr. Villanueva Mata, Ministro de Venezuela, a su paso por Guayaquil en viaje a Lima, manifestó, para cohonestar la tiranía, el hecho de que en el Banco de Venezuela hay actualmente un superávit del presupuesto que asciende a cincuenta millones de bolívares.

Así es como aún se cotiza la libertad en ciertas latitudes de América. Pero bajo el palio inmenso de los cielos del trópico y en las riberas de los océanos, sólo palpita un sentimiento único: la derrota definitiva de los providenciales.

Digo mal, no es un sentimiento único, porque aquí en el Ecuador, en donde aún vibran los apóstrofes del “arcángel de las Catlinarias” aún se reclama un caudillo; se falsea la historia del liberalismo y el sentido de la crisis de la libertad; se añora a García Moreno, se reniega de Alfaro porque quiso ser un tirano radical; y los collares de Gómez, con el Busto del Libertador, se lucen como alta honra en los grandes días de la República.

### XXX

NO RECRIMINEMOS, CONSTRUYAMOS !

En estas crónicas se ha procurado exponer lealmente lo que los aspectos políticos de esta época reflejan como una realidad, y también como urgencia para

la reconstrucción. Detenerse tan sólo en la recriminación, plañir con iracundia, ufanarse de haber conseguido exhibir mejor las desnudeces, importa sólo una puerilidad negativa. Los imperativos de esta hora decisiva en el porvenir nacional, exigen algo más que una admonición de los jeremías de la prensa, exige el optimismo reconstructivo. Deje ya Boabdil de llorar como mujer y ármese caballero para las nuevas cruzadas del honor.

“Cómo levantar la conciencia ciudadana que provoque automáticamente el progreso de los pueblos y su bienestar, sin restaurar la confianza de éstos en sus instituciones democráticas? ¿Cómo convalecer de la postración política sin enmendar yerros y rectificar rumbos?” preguntaba “El Comercio” en su edición del viernes, como planteando un corolario en la polémica sostenida acerca de las responsabilidades históricas,—por haber dejado de hacer—después del triunfo revolucionario del 95.

Lo primero que se necesita, señores de “El Comercio”, es que la prensa sea lo que debe ser: un apostolado. Conformarse con reflejar simplemente la opinión o seguirla, será muy cómodo, de lucrativos rendimientos, de fácil ejecución por cualquier plumario que entienda también de las tijeras; pero eso no es periodismo, sino empresa industrial a base de reporterismo noticioso. Un periódico tiene que ser bandera de color firme y definidos ideales. No niego que una empresa periodística tenga derecho a prosperar económicamente, y obtener con esta la independencia política el respeto general que da toda situación de riqueza; lo que reclamo es, que esa prosperidad sea un medio, no la finalidad. Que los diarios guíen la opinión; no que sean puramente un eco; menos que contemporicen con situaciones por esa finalidad económica que condeno. El escritor que sólo aspire a glosar la vida cotidiana, sin atreverse a plantear cuestiones, como avanzadas de ideas reformadoras que arranquen de cuajo los errores o las preocupaciones sociales; el escritor que sólo sepa destruir pero no organizar ni edificar, ese no es escri-

tor, que sólo de vividor tiene las trazas. Y desgraciadamente, la obra de la prensa ecuatoriana ha sido más bien de porfiada demolición que constructiva. Las campañas sistemáticas contra los gobiernos contienen más odios personales que contribución de ideas. Si la responsabilidad histórica de los partidos y de los gobiernos es grande, ¿se ha pensado alguna vez en la responsabilidad del llamado cuarto poder del Estado?

Y estas ideas no quedan apuntadas por capricho retórico, sino por la verdad que ellas concentran, respondiendo a la interrogación planteada por "El Comercio". ¿Cómo levantar la conciencia ciudadana que provoca automáticamente el progreso de los pueblos y su bienestar, sin restaurar la confianza de éstos en sus instituciones democráticas? Hablando la verdad y nada más que la verdad, en la sagrada tribuna de la prensa diaria. La confianza de los pueblos tiene primeramente que encontrar su base en los escritores conscientes de su apostolado, y luego en la exposición de las realidades democráticas, en su progreso armónico con el período histórico de su desarrollo. Se ha de exigir a los gobiernos lo que tienen que dar en relación con la posibilidad de la época, y a los partidos el cumplimiento de sus fórmulas políticas en la medida de las resistencias que han tenido que vencer. Si se plantea la cuestión del progreso de los pueblos y la responsabilidad de los partidos en términos absolutos, exigiendo siempre el máximum, es imposible llegar también a conclusiones absolutas, frente a la relatividad con que siempre se desenvuelve el progreso de esos mismos pueblos. Esta no es sino una cuestión de lealtad caballerosa en los debates de la prensa.

Así, en lo que al liberalismo ecuatoriano se refiere, es honrado declarar el sano optimismo de la labor realizada, confesar el error en donde se compruebe y creer firmemente que, destruídos los obstáculos cruzados por las deformaciones de los sistemas económicos, por los odios políticos y las resistencias sectáreas, el liberalismo cuenta con un acervo inmenso de cultura ideológi-

en, germinando en los surcos cultivados en la inquietud y la incomprensión de cinco lustros.

¿Que la reforma liberal en la legislatura no ha llegado al terreno de las realidades, con las promesas de eficiencia, y los frutos sazonados que han rendido ya en otros países?

Es de agradecer la inquietud que exige al liberalismo el máximo cumplimiento de sus programas, pues como indica que el ambiente ya permitirá hoy cumplir ciertas leyes, que toda precipitación las habría malogrado.

Hoy ya podría abordarse resueltamente las reformas referentes a las leyes de cultos, de herencias, de abolición de la servidumbre de los campesinos, de la reforma agraria, en fin, del máximo del programa radical, cuyo cumplimiento exige "El Comercio", con muchísima razón, pero cuya impaciencia tiene también un atenuante en la labor deficiente de la propaganda en la prensa doctrinaria.

Y en cuanto a libertades, aunque los tiempos no son propicios para el ejercicio de éstas, en forma irrestricta, como anhela el liberalismo, en todo caso, el Ecuador puede garantizar en una proporción mayor que la que concede el fascismo, tan devotamente aconsejado por "El Comercio".

En la gran revista "La Reforma Social" de Orestes Ferrara, correspondiente a junio de este año, se copia estas declaraciones de una autoridad irrefutable, casi sagrada para "El Comercio", y que rebelan cómo comprende Mussoline el liberalismo: "La libertad no es ya la doncella casta y severa por la cual combatieron y murieron las generaciones de la primera mitad del siglo último. Para la intrépida inquieta juventud que está hoy en los albores de una nueva historia, otras palabras son más fascinadoras, a saber, orden, jerarquía, disciplina.—El fascismo no tiene miedo de declararse liberal o anti-liberal. El ha pasado ya, y si es necerio pasará otra vez, sin la más ligera vacilación, por sobre el caláver, más o menos descompuesto, de la Diosa de la Libertad".

El liberalismo ecuatoriano no atropellará a la Diosa de la Libertad, tiene para ella un culto reverente; y si la limitación de ciertas libertades las impone, como la organización y programas en la instrucción pública y las manifestaciones externas del culto, no aspira como el fascismo a violar las garantías ciudadanas en nombre de una dictadura ominosa.

El liberalismo no trata de perpetuar la recriminación como método político; quiere construir, cueste lo que cueste.

## XX XI

### POLITICA DEL VATICANO

Es un hecho que el clero ecuatoriano hace política activa en todos los confines de la República, y los partidos ya conocen el pensamiento del Arzobispado en esta materia. Es preciso prescindir de la propia opinión en estas cuestiones del derecho canónico, y apelar a las doctrinas novísimas del Vaticano, para apreciar hasta qué punto son atendibles las amonestaciones de la Curia, para que los sacerdotes católicos se conviertan en agentes electorales en los púlpitos y en los comicios electorales.

En diciembre de 1922 se suscitó en Chile la vieja cuestión relativa a definir la actitud del clero en las luchas de los partidos políticos, y aún llegó a acusársele al Arzobispado de Santiago de que amparaba la reacción clerical, sin embargo de que había sido conminado por el Vaticano, para que se abstuviese de toda inmisericordia política.

Monseñor Crescente Errázuriz no desatendió a los requerimientos de la opinión y publicó una Pastoral acerca de "La Iglesia y los Partidos Políticos", el 8 de diciembre, en "El Diario Ilustrado" que tengo a la vista.

Comienza el Arzobispo por desautorizar el rumor propagado en Santiago, según el cual la Santa Sede hubiese desaprobado la línea de conducta seguida por dicha dignidad eclesiástica. Protesta con tal motivo su adhesión a la política del Vaticano, que expone larga y documentadamente, reproduciendo las opiniones de los órganos de publicidad pontificia como "El Observatore Romano" y otros, que niegan la participación del Vaticano en el sostenimiento del Partido Popular. "La Santa Sede ha dicho "El Observatore", autorizado debidamente, está, quiere y debe permanecer completamente ajena a los asuntos de la política italiana, tanto exteriores como internos, del mismo modo que a todo partido de cualquier color que sea".

Y luego transcribe la famosa circular del Papa, de octubre 2 de 1922, en la que se define terminantemente los derechos y deberes de los obispos, como ciudadanos y como prelados, así como con esta oportunidad las instrucciones de los Pontífices León XIII y Benedicto XV, que ratifica Pío XI, reinante, en estos términos: "Nadie negará a los obispos y a los curas el derecho de tener, en cuanto ciudadanos privados, sus opiniones y preferencias políticas personales, con tal que ellas no se aparten de las exigencias de una recta conciencia y de los intereses de la religión; pero nó es menos evidente que, en su calidad de obispos y de curas, deben mantenerse absolutamente extraños a las luchas de los partidos, alejados de toda competencia puramente política".

— "En la práctica no siempre es fácil fijar con precisión los límites de esa distinción, y no será fácil determinar muchas veces en casos particulares, si las circunstancias dan a la acción el carácter de privada o alcanzan al carácter de hombre público. En estos casos dudosos y también en todos aquellos en que la acción del obispo y del cura pudieran comprometer los intereses religiosos confiados a sus cuidados, el esclarecido celo del buen pastor de almas no vacilará por cierto en abstenerse".—

"La Santa Sede está convencida de que los obispos y los párrocos conformarán siempre su conducta a las reglas que acabamos de recordarles y que sabrán subor-



dinar; si llega el caso, sus preferencias personales a los elevados deberes y a las exigencias delicadas de su sublime ministerio”.

En consecuencia, dice el Arzobispo de Santiago: “Ya hemos hablado en otra ocasión de la severidad con que la Iglesia prohíbe que se lleve al púlpito católico las discusiones de los asuntos políticos”.

Y en cuanto a elecciones populares, concluye Monseñor Errázuriz: “A todo eclesiástico queda severísimamente prohibido constituirse representante o agente de un partido político. Su puesto es más elevado y harto más noble su misión: el sacerdote no es auxiliar de un partido; es, bajo el magisterio de su obispo, guía y director de la conciencia de los fieles.—Por la misma que no es agente político, no ha de entenderse con los jefes de los partidos; acudirá a sus propios prelados cuando dude acerca del camino que ha de abrazar. Constantemente recuerde que no tiene en vista mezquinos intereses sino la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo.—Estas instrucciones se leerán, en la misa más concurrida por el pueblo, el domingo que preceda a una elección”.

También le ha preocupado a Monseñor Errázuriz, el peligro que acarrea al catolicismo la defensa oficiosa de esta religión por los partidos políticos y los escritores clericales, y desautorizó esta defensa así: “Por grandes que sean los servicios que hacen a la Iglesia los que en sus programas inscriben, como primordial y en la práctica cumplen generosos la obligación de defender los principios católicos; por grande y justa que sea la gratitud hacia ellos de todos los fieles y en especial de los eclesiásticos, al ejercer el sagrado ministerio no debemos formar en sus filas en calidad de miembros de un partido político”.

Pido cien días de indulgencia por no haber podido evitar las transcripciones anteriores, indispensables para fundamentar el error en que ha incurrido la Curia Metropolitana, al tocar a somatén en su Pastoral de diciembre ya conocida, en momentos de gran peligro para la tranquilidad pública, por el fermento de encontradas

ambiciones que juegan su papel político con franqueza y solapadamente.

Es indudable que ningún país suramericano ha sufrido más graves retrocesos en su progreso, por causa de las guerras de religión, que el Ecuador. El gobierno teocrático de García Moreno alcanzó a desarrollar tan fuertes raigambres en la conciencia nacional, merced a los actos de violencia y terror sustentados en la tiranía, y por la inquisición ejercida por un ejército de frailes y monjas, desde esos periódicos teocráticos hasta nuestros días, que el liberalismo ha tenido que sufrir crisis peligrosísimas para su hegemonía, por no querer desarraigar radicalmente, con violencia, lo que con un feroz despotismo, conculcador de todas las libertades, impusiera García Moreno. El sectarismo garciano no ha sido combatido con el sectarismo liberal o sea el jacobinismo histórico. Si por momentos tuvo que ejercer actos de fuerza para detener las formidables revoluciones que desbarató Alfaro en su primera administración, después ya el liberalismo tomó ese tinte tornasol, liberal-católico, que ha ejercido perniciosa influencia, no sólo en el campo liberal mantenido con una ideología flexible, plena de sofismas que explican tantas claudicaciones, sino en el mismo campo clerical, que, después de haber obtenido el fracaso de las reformas por la mano hábil de ese gran estadista católico que se llamó Federico González Suárez, desconoció los quilates de la política de este austero apóstol, y sigue colmando de inculpaciones al liberalismo ecuatoriano, que no ha alcanzado a depurar la influencia teocrática garciana, que está en la plenitud de su fuerza y amenaza con nuevas reacciones, proclamando el derecho de insurrección en un documento arquiépiscopal.

La política del Vaticano, predicadora, por lo menos, del simulacro de abstención de la Iglesia Católica, en las luchas de los partidos políticos, sólo tuvo en el Ecuador un vocero, González Suárez. Y por esta causa, que rindió a los intereses católicos un triunfo positivo, ante la acción negativa del liberalismo, el Prelado tuvo en vida el odio sectario de los terroristas, y en la

vida y en la muerte la incomprensión de los partidos políticos. Al conservadorismo le dió una iniciación vital deslindándolo del garcianismo, y al liberalismo empujó primero a la pifia con el fracaso de sus reformas, y luego a la pendiente en que hoy rueda, incontenible, deformado como sistema de gobierno, sangrientamente insultado por la misma prensa que liberalizó cuando convenía liberalizar, y hoy acusa olvidando sus complacencias en el pasado.

Las sombras de los inquisidores, de los García Moreno, de los Ordóñez, Andrade, Schumaker, Massia y la clerigalla feroz de la cruzada que sucumbió en Sancajas, se yerguen desafiantes, y tienen su encarnación y su clarín de guerra. ¡Que por lo menos, en esta época, vea claro el liberalismo!

## XXXII

### DEL CERCADO AJENO

La política peruana debe interesarnos tanto, como a los primos de allende el Macará puede interesarles los sucesos ecuatorianos. Cuando dos pueblos mantienen una situación internacional por definirse, no pueden ser indiferentes a éstos los rumbos que la política casera tome en ciertos momentos de la vida nacional.

Así, para el Ecuador, se presenta la cuestión reeleccionaria de don Augusto Leguía, con los caracteres de interés vivísimo, por lo que la reelección de este señor importe al proceso, sino a la solución de la cuestión de límites del Perú con Ecuador y Colombia. Esto es innegable.

Sepamos, por lo tanto, cómo se han planteado las cuestiones de orden interno e internacional, en la plataforma electoral de don Germán Leguía y Martínez, hasta ayer cerebro y brazo de don Augusto, y hoy intrépido candidato anti-reeleccionista, que, refiriéndose

El orden internacional, dice: "Creo de mi obligación exponer que el Ministro de Relaciones Exteriores de 1911, a quien cupo la oportunidad de expedir las fuerzas victoriosas de "La Pedrera" y arrancar el Protocolo de 20 de julio de aquel año, en que la Cancillería Colombiana, consagró solemnemente la soberanía del Perú sobre el río Putumayo, mal puede consentir en la acción lesiva por enorme, que nuestra Cancillería no ha tenido escrúpulo en hacer, en la zona izquierda del Caquetá, en un Tratado de Límites que, según se ha dicho oficialmente, se remitirá bien pronto a conocimiento de la Representación Nacional. — Declaro desde ahora traidores a la Patria, a quienes con su voto sancionaren aquel pacto inicuo; y me comprometo a descargar sobre ellos la sanción condigna de su crimen de lesa nacionalidad."

Si es bien conocido el juego que suelen hacer los políticos con la cuestión internacional sobre límites, para el desarrollo de planes de dominación interna, pudiera ser que don Augusto sólo se propusiera algún simulacro de arreglos con reservas mentales, y que don Germán, juzgando ventajoso para el Perú el Tratado que denuncia e impugna, sólo se proponga explotar el tópico como motivo anti-reeleccionista, también con reservas para el caso de éxito. Y cualquiera que sea el pensamiento profundo y definitivo del arreglo con Colombia, lo efectivo es, en este instante, que el arreglo del Perú con esta nación se basa en la cesión de los territorios que don Germán Leguía indica. De todas maneras, la plataforma de este candidato tiene en el número transcrito, especialísimo interés para el Ecuador.

En lo que toca a la política interna, he aquí los puntos del programa que merecen especial atención:

- a) Rechazo de la inmigración china.
- b) Ley de amnistía.
- c) Reformas a la Constitución, para dar al Estado mayores garantías para el mantenimiento de la paz.
- d) Reforma del sistema electoral para garantizar la libertad de sufragio.

e) "Barreré, dice, con las misiones extranjeras, cuya inutilidad e ineficacia han sido demostradas por una triste experiencia; misiones, desde luego, desvirtuadas por un desconocimiento absoluto de nuestra índole y ambiente; y hasta de nuestro país y de nuestro idioma; y privados en el lleno de su cometido, del acicate supremo del patriotismo; y haré lo que dió por consecuencia el poderío y la grandeza del Japón: es, a saber, el envío sistemático de jóvenes distinguidos a países más adelantados y cultos como premio de su aprovechamiento y consagración al estudio; a fin de que sean ellos quienes nos traigan su conocimiento y experiencia; y no personalidades exóticas ajenas a todo entusiasmo y a todo estímulo."

f) Destruir los acaparamientos de subsistencias y regular la producción para conjurar la escasez.

g) Reforma de la tarifa postal.

h) Derogación de la "Ley Antialcohólica."

i) Adopción del impuesto a la renta.

j) Derogación de la tutela oficial en la Compañía de Vapores peruanos.

k) Abordar las reformas relacionadas con la cuestión social: proletariado, obrerismo, empleados públicos, etc.

l) Ley de participación obrera en las empresas en que el capital se invierte.

m) Solución del problema indígena.

n) Creación de rentas privilegiadas para la instrucción pública.

o) Organización y control de las obras públicas.

p) Atención especial al problema de la irrigación.

q) Destierro del favoritismo en favor del mérito, llámese talento, energía o probidad para utilizarlo en bien de la República.

Los demás puntos del Programa, por su carácter accidental, no tienen la importancia que los transcritos anteriormente.

El conocimiento de este Programa sugiere, naturalmente, la idea ¿cómo se podría concretar un progra-

ma de acción y cumplimiento inmediato para el próximo Presidente de la República?

Porque es preciso distinguir dos programas complementarios: el ideológico y el práctico. El que define la aspiración de una época y el que indica la fórmula administrativa para la ejecución.

El Programa de la gran Asamblea del Partido Liberal, si es verdad que cristaliza una renovación ideológica y fija algunas normas de acción, es tan enorme la finalidad y tan complejas las derivaciones de ese mismo programa, que el desarrollo total de las aspiraciones del Partido excedería a los esfuerzos de un solo período presidencial. Lo que el programa ha definido, propiamente, es el plan general de una labor de colaboración dentro del marco de tiempo apropiado.

Por lo mismo, los programas presidenciales pueden y deben comprender dos partes: la que se refiere a la exposición de principios doctrinarios, de política general administrativa, económica, internacional, y la parte que concreta en cuatro, cinco o diez puntos el programa de acción dentro del período presidencial.

Sin que este ensayo de cronista se tome por eco de tal o cual candidato, quiero sugerir con la exposición de un sencillo programa presidencial, lo que el país necesita, a mi juicio, de una manera inmediata, quiero decir, en un período de cuatro años.

#### POST DATA PARA "EL COMERCIO"

En el diario conservador "El Derecho" de la edición de ayer, se anota editorialmente lo siguiente: "Nosotros que no pecamos de egoístas y reconocemos el mérito y defendemos la justicia, felicitamos sinceramente a "El Comercio" por su triunfo (en la polémica con "El Día"), así como en otras ocasiones le hemos, por justicia, censurado y desaprobado. — Conste hoy, para siempre, que "El Comercio" en su brillante polémica

*ha combatido con nuestras armas y por nuestra causa*; conste, además, que “El Derecho” ha atacado siempre a ese liberalismo, vencido (!!!) por el Decano, con la misma base de justicia y verdad, con la misma entereza y energía, que merecieron en otro tiempo, no sabemos por qué prejuicio, las censuras y rechazos de ese mismo Decano; pero en fin, como ahora no hace al caso otro recuerdo que el de estos últimos días, tenemos la gentileza de felicitarle por su victoria alcanzada en caballerosa y valiente lisa, *tomando desde luego la palabra de “El Comercio” como prenda de convicción y firmeza.*”

Con lo que nos hemos venido a desayunar que “El Comercio” ha estado de triunfo, mediante la repetición y plagio de las mismas armas dialécticas y por la misma causa conservadora-clerical de “El Derecho”. ¡Y nosotros que creíamos haber triunfado de los sofismas de “El Decano”! — Pero lo gracioso del caso es, que “El Derecho” recibe y felicita a “El Comercio” como al hijo pródigo su respetable papá, y se goza en su obra y en su triunfo, porque no sólo ha conseguido la retractación de sus pasados yerros liberalizantes, sino que el retorno a la vieja casona conservadora, la supone plena de convicción y firmeza!

¡Compensaciones de la vida! Si no hemos logrado curar a “El Comercio” de su nacionalismo, de su fascismo, ni convertirlo por la undécima vez al liberalismo, sabemos de hoy para siempre, que el Decano es y será tan conservador como su abuelo “El Derecho”; y con esto hemos ganado, por lo menos, saber con quien discutimos y a quien hay que derrotar o felicitar. Amén.

### XXXIII

#### LAS BASES ÉTICAS DEL PROGRAMA DE LA ASAMBLEA LIBERAL.

Para demostrar el avance ideológico del Liberalismo en el Programa de 1923, sería preciso establecer

comparaciones con los programas del mismo Partido, sustentados en distintas épocas. Si dentro del marco de una crónica no es posible ahondar cuestiones, aspiro a que estos apuntamientos puedan ser desenvueltos, poco a poco, a propósito de los temas que brotan de los puntos de la pluma, en el contacto diario con las realidades de la vida.

Así, recordaré, que el programa del Partido Republicano, publicado en Quito en 1883, y redactado por don Juan León Mera, declaraba como la base fundamental de las aspiraciones de esa época los siguientes principios éticos: "La soberanía emana de Dios, dueño y árbitro de toda potestad y que reside en la Nación. —No comprendemos que pueda haber Estado bien organizado, libre y feliz sin bien cimentada moral, ni ésta sin religión, ni religión sin clero ilustrado y de costumbres austeras."

Sobre esta base netamente clerical, se quiso constituir un Partido Republicano, que si bien, ya difería de ciertos principios del gobierno teocrático garciano, según los cuales, para ser ciudadano del Ecuador era indispensable ser católico, conservaba toda la arquitectura conventual, pese a ciertas declaraciones como ésta: "Protestamos con toda el alma y con indignación y horror contra la salvaje e inmoral doctrina del asesinato político; y queremos que se restrinja la pena de muerte, conservándola únicamente para los crímenes."

Después de esta base ética, se proclamaron ciertas aspiraciones a la libertad, pero con las debidas y clásicas restricciones, capaces de desvirtuar los grandes principios de la Revolución Francesa, aceptados con reservas hasta la época de don Antonio Flores. No habrán olvidado los ecuatorianos que este Magistrado renunció una vez la Presidencia de la República, porque el Congreso le negó el permiso solicitado para acreditar una Embajada en París, con motivo de la celebración del primer centenario de la Proclamación de los Derechos del Hombre.

Prente a esa Sociedad Republicana, pero de fondo clerical, la Sociedad Liberal-Republicana, presidida por



don Pedro Carbo, formuló en 1883 su programa de principios con estos artículos fundamentales: "Reconocemos que la soberanía reside en el pueblo. — Admitimos que la religión y la política, siendo esencialmente diferentes, tienden a muy diversos fines, en distinta esfera de acción, pero ello no obsta para que entre la Iglesia y el Estado haya, como debe haber, la más completa armonía capaz de asegurar, convenientemente, su recíproca independencia y libre ejercicio de sus derechos." En cuanto a libertades se declaraba que: "Es necesario, en el estado de sociedad, la más amplia libertad de industria, sin odiosos monopolios; la libertad de imprenta, con el juicio por jurados; y la libertad de asociación para objetos lícitos."

El estigma clerical ya desaparece de este programa que aún estaba muy lejos de calificarse liberal. Estas aspiraciones liberales de Carbo eran propiamente republicanas, y las designadas por Mera, no eran sino clericales. Es el avance lento, pero seguro, de las ideas libertarias en la conciencia humana, con el disfraz que la cobardía de cada época impone.

Todavía hasta 1888 el liberalismo hace sus avances con el título de "republicano", y los hombres que después intervinieron en la transformación de 1895, no podían suscribir, sin escandalizar, sino los siguientes propósitos, y esperanzas: "Largos años, dicen, la Constitución y las leyes han sido en el Ecuador *insuficientes*, el sufragio ridícula farsa, la imprenta amordazada; tribunales militares han dispuesto la libertad y la vida; hemos presenciado con amarga indignación los frecuentes *triunfos* del cadalso político; la falta absoluta de garantías ha difundido en todos los ánimos intranquilidad, temor, espanto. . . . Llamar al mando a los hombres de bien, haber efectivas las garantías, proteger la instrucción pública, administrar con acrisolada honradez las rentas nacionales; en una palabra, conducir al pueblo por el camino de la libertad en el orden y la paz a la *tierra prometida de la civilización* (las palabras subradas por los autores, significaba "liberalismo") tal

programa es la piedra angular del grandioso edificio de la República." Suscriben este documento o mensaje de la Sociedad Republicana de Quito, los señores Alejandro Cárdenas, Luis F. Borja, Francisco S. Montalvo, Miguel Egas, Ascencio Gándara, Rafael Rodríguez Maldonado, Modesto Albuja y el Secretario de este Directorio, don Belisario Albán Mestanza.

En la administración realmente republicana de D. Antonio Flores, tuvo lugar la reunión de la primera Asamblea Liberal Ecuatoriana, que sesionó en el Teatro Sucre, cedido por el Gobierno para este efecto, bajo la Presidencia de don Pedro Carbo, actuando como Secretario don Modesto A. Peñaherrera. Conozco el proceso para la formación de esta Asamblea, sin que haya podido conseguir el programa publicado en un periódico de esa época.

Son las Constituciones Políticas de Alfaro, las que realmente plantean en el Ecuador el liberalismo doctrinario. Constituciones a las que ha hecho honor la Asamblea Liberal de 1923, en estos términos elogiosos: "La Constitución Política vigente—conquista de la lucha casi secular del liberalismo histórico—contiene los principios fundamentales de la libertad política, sintetiza el espíritu de las modernas democracias y deja abierto el horizonte para la emancipación de la conciencia. —El Partido Liberal, debe mantener esa conquista de la civilización y propender a su eficacia y plena realidad, sin perder de vista las nuevas orientaciones sociales que van reformando el liberalismo antes individualista frente al Estado, hoy en camino hacia la armonía del individuo y de la sociedad. — El Partido mantendrá, así mismo, y procurará arraigar en el alma nacional las reformas que sucesivamente ha ido incorporando en la Legislación, y que representa las conquistas del liberalismo en su evolución ideológica."

Hoy, pues, el liberalismo, quiere construir sobre las bases éticas que el socialismo contemporáneo proclama como realidades en el gobierno de los pueblos, circunscribiendo su acción a los límites que las esencias

históricas en la formación de la patria ecuatoriana imponen, como condiciones de relatividad ambiente, para afianzar mejor los éxitos definitivos.

## XXXIV

### ALGO MÁS ACERCA DE LAS BASES ÉTICAS DEL PROGRAMA DE LA ASAMBLEA LIBERAL

Los programas de todos los partidos tienen, diré así, el fondo común de las aspiraciones republicanas, y sobre esta esquema general trazan esos mismos partidos las líneas fundamentales que dividen los campos de la opinión partidarista, exáltándose en cada uno de éstos las fórmulas de gobierno que se estiman más eficaces para desarrollar e impulsar el progreso de las naciones. Pero ese matiz republicano ha servido también para desviar el criterio popular, ya con la afirmación de que las bases democráticas de la República sólo las ha comprendido y protegido determinada agrupación política, y sobre todo el clericalismo ha disfrazado con la careta "republicana" la derrota de la teocracia, y el liberalismo ha usado de ese mismo antifaz para poder avanzar entre la intolerancia sectaria, sembrando ideales en los surcos abiertos a viva fuerza en la conciencia ciudadana fanatizada desde los tiempos de la Conquista. Por eso se denominó "godismo" al antiguo espíritu conservador, que tuvo en "los insurgentes" o sea en los liberales católicos, genuinamente republicanos, la falange adversaria al estancamiento de las ideas que retardaban el progreso de América. El abolengo del liberalismo es muy claro en este Continente.

En estos conceptos básicos radica el sentimiento republicano común a todos los partidos, y todo exclusivismo de esta aspiración es por lo mismo falso. No pue-

no llamarse con propiedad en una República un partido "republicano" en el concepto de que sólo él interpretará las aspiraciones populares, y por falsear la técnica política, todas las agrupaciones denominadas Partido Republicano han fracasado en Sud-América, siendo el último ejemplo la disolución del grupo que en Colombia encabezaba don Carlos E. Restrepo, y que sólo sirvió de camino para que las filas liberales y conservadoras lucraran en sus registros nuevos, los elementos que elegían excentos de prejuicio, un campo de acción política, sin que se hablara de transfugio! Estas ideas así definidas dicen con claridad que llamarse simplemente "republicanos" en los documentos políticos, es declararse ambiguos y abogar en los programas por las grandes conquistas de la democracia, sin definir por qué fórmula de gobernación—liberal, radical, conservadora o clerical—o para sintetizar la nueva terminología—tradicionalista o socialista, se ha de implantar las reformas, es anunciar en política el peligro inevitable de la irresponsabilidad histórica, de los transfugios y de las traiciones. Todo programa para que sea aceptado tiene que ser definido, es decir, sobre el fondo republicano deben resaltar las líneas rojas o azules que simbolizan las fórmulas de gobierno, y éstas han de explicar no solamente las aspiraciones históricas de una época, sino los puntos concretos de realización inmediata dentro de un período presidencial. Toda vaguedad es signo de incumplimiento prometido o de incompreensión de los derroteros de un Gobierno, y en ambos casos el país tiene en perspectiva un fracaso y el Partido una pérdida de crédito en la opinión, que restringe los derechos a mantener la hegemonía en el Poder. Los partidos sólo tienen derecho a gobernar mientras traducen en realidades la ideología de sus programas. Toda transacción es una renunciación al derecho de gobernar. Sólo los ideales profundamente sentidos pueden agrupar a los hombres al rededor de una bandera, y la eficiencia de los programas dar vida a los partidos. Por eso los católicos han santificado el fanatismo en sus altares, cristalizando sus ideales en un gran martirologio.

Examinando el Programa del Partido Liberal Ecuatoriano, sancionado por la Asamblea de 1923, encuéntrase que las aspiraciones republicanas y democráticas, traducidas por el sentimiento liberal, han encontrado ya la concretación ideológica correspondiente a las nuevas conquistas liberales de las denominaciones más avanzadas. El liberalismo que es evolución, el racionalismo que es acción violenta, ha encontrado en el socialismo el significado novísimo de la sociedad frente al Estado, y ha conseguido con esto las grandes definiciones del derecho contemporáneo, singularmente en lo que toca al derecho de propiedad, base de la riqueza, generadora de la vida.

Ya el Programa Liberal ecuatoriano no se limita a las grandes definiciones de la esencia de esa trinidad augusta, conquista ética del siglo pasado: Libertad, Igualdad, Fraternidad; hoy quiere el programa, compaginando situaciones, ir a fondo, traducir en la realidad, la aspiración, "quiere inquirir con fe profunda, la formación de la patria renovada, las soluciones más eficaces tendientes a la vida práctica constitucional. Y en este momento juzga que las exigencias políticas inmediatas requieren la tolerancia, base de la paz; la difusión de la ciencia, gérmen de la educación y del tecnicismo, que realizarán la grandeza moral y material de la nacionalidad; y, la práctica del sufragio popular, que vaya creando e iluminando la conciencia colectiva, fundamento de la Democracia."

Ya no es la discusión acerca del fundamento de la soberanía lo que inquieta a los espíritus; ya la moralidad de los actos humanos no se encuentra en la austeridad del clero su base sólida; ya la discusión religiosa perdió su prestigio en los debates de la política y se la sitúa en el plano de la vida íntima, en el refugio de las conciencias, que interrogan en sus templos la verdad eterna, sin alterar con su fanatismo el afanar de la vida temporal, única preocupación del Estado; ya los gobiernos de los pueblos no pueden ser teocráticos; ya el liberalismo ha encontrado en la "tolerancia" la solución del conflicto religioso que ha manchado de sangre las

mejores páginas de la historia, ya, por fin, el socialismo, hasta ayer utopía moscovita, encuentra en todos los códigos del mundo la renovación que buscaban en los fundamentos clásicos del derecho de propiedad. Ya la tierra no será sino de quien sepa cultivarla. En esta fórmula estriba la conquista alcanzada por el torrente de sangre vertida en la conflagración europea. Y con esta renovación los principios políticos clásicos, tienen en sus programas fundamentales orientaciones.

## X X X V

### LAS IDEAS SUSTANTIVAS

El liberalismo ecuatoriano quiere la reforma agraria, combatiendo el latifundismo, mediante el sistema más adecuado de repartición equitativa de las tierras entre los no terratenientes, y la expropiación de las incultas en beneficio de familias agrícolas. Con esto la constitución del patrimonio familiar inalienable e indivisible y no embargable será un hecho. La colonización tendrá una base firme, y el progreso agrícola una sustentación formidable.

Se aspira al intervencionismo del Estado, a fin de que éste pueda regular los precios de los artículos de primera necesidad, considerados como indispensables para el sustento del pueblo. Se procurará el establecimiento de cooperativas de consumo y una prudente protección a las industrias, aboliendo estancos y monopolios. La participación de los obreros en los beneficios del capitalista se reconoce como un derecho.

Para afrontar la cuestión social se quiere una legislación obrera que reglamente las condiciones del trabajo, garantice las huelgas y paros, establezca tribunales de conciliación entre obreros y patrones, se preocupe del inquilinato y de la adquisición de casas baratas

e higiénicas, de los seguros obreros, del "Derecho a la Vida", definiendo la obligación de auxiliar al desvalido.

Lo anterior proclama la aspiración hecha ya realidad en otras latitudes, relativamente al reparto de las tierras y a los derechos recíprocos de los patrones y obreros en la reglamentación del trabajo. En el Ecuador sólo existe, propiamente, el proletariado indígena campesino, y si es cierto que el urbanismo, o sea la concentración de la gente de los pequeños pueblos en la vida de la ciudad, ha provocado ya conflictos alguna vez, este fenómeno, en último término no es sino la repercusión de ese mismo proletario campesino, que procura buscar en los poblados el salario y las garantías de que carece en las campiñas. En el Ecuador el obrero urbano impone el salario, y solamente una alteración económica muy sensible, como la producida por la fluctuación del cambio al arbitrio de la explotación judía, que afectó la vida en sus fuentes naturales, pudo forjar una explosión de contornos soviéticos, que en el curso normal de la economía nacional no tiene razón de ser. Esa artificialidad soviética de la jornada de noviembre en Guayaquil, correspondió al artificio de la regularización del cambio. No es exacta la finalidad anarquista que se le imputó, sin negar, desde luego, el fermento político que aprovechara la situación, en vista del retardo del Gobierno para definir una situación, cuyo proceso era conocido por todos. La cuestión social existe en el Ecuador, pero en el proletariado campesino, especialmente.

En lo que toca al funcionamiento del Estado, como supremo regulador jurídico de la vida nacional, el liberalismo aspira a regularizar el funcionamiento de ciertos órganos, a crear otros y eliminar lo inservible en este momento de la historia.

Aspira el liberalismo a la reforma electoral en el sentido de que restrinja y declare obligatorio el voto, anulando las elecciones cuando el porcentaje sobrepase las bases del censo de electores, cuya identidad esté suficientemente registrada. Quiere excluir el voto anónimo, susceptible de la multiplicación por las "máqui-

mas" del Gobierno, reglamentando este derecho de sufragio a los ciudadanos capacitados por especiales condiciones educativas o económicas, para obrar libremente en la función básica de la democracia. Para esto es deber imperioso que se auxilie la organización de los partidos políticos, sin resistencias por parte del Estado, organización basada en sus Estatutos. Además, el voto obligatorio, mediante la declaratoria de incapacidad para el desempeño de ciertos actos en la vida jurídica, sin la presentación de la libreta que atestigüe el cumplimiento del deber de sufragar, daría a la República esa tonificación de que carece por la indiferencia ciudadana en la vida política. La responsabilidad de los partidos quedaría planteada con la representación de las minorías en el Congreso, cuyo Senado debe diferir de la Cámara de Diputados por la representación funcional de los organismos vitales del país, como principales factores de cultura y progreso.

Por este mismo sistema electoral los Municipios obtendrían su autonomía, limitando su acción a los problemas locales y seccionales, creando la opinión pública y el sentimiento de responsabilidad de sus funcionarios.

Naturalmente, todo movimiento cívico no podría operarse sin que entre la educación y la instrucción, como bases incommovibles, que capacitarían a todos los ciudadanos al ejercicio de sus derechos políticos. La educación del obrero y del indio exigen mayor cuidado, para arrancar ese elemento del fanatismo clerical. La autonomía de la Universidad única regularía la contribución de la cultura técnica, sin que degenera en proletariado de levita, parasitaria y circunscrita al funcionario rentado por el Estado.

Imposible llegar a la organización nacional sin que se organice también la hacienda pública, y esta actividad social debe ser ejercida privativamente por el Estado, sin permitir que las oligarquías tomen para sí el control financiero, y menos que la regularización del cambio y el signo representativo de la vida comercial—la moneda metálica o fiduciaria—sea acaparada o falsificada en el porcentaje de la emisión por las institucio-



nes bancarias. Tiene el Estado que recobrar el derecho hoy ya intransferible de la emisión del papel moneda y crear el Banco de la República. La extirpación de todas las excrescencias que han desvalorizado la moneda debe realizarse sin vacilación.

También tiene que aplicar el liberalismo el cauterio al caudillaje, al militarismo y el imperialismo de la plutocracia, las purulencias aún latentes de pasados períodos históricos.

En lo internacional aspira el liberalismo a la solución definitiva de la cuestión de límites con el Perú, por fórmulas compatibles con la dignidad nacional, que reconozcan en todo caso, los derechos del Ecuador como ribereños del Marañón. Esta aspiración no cierra la puerta a los arreglos directos por mutuas compensaciones territoriales, excluye el Arbitraje, por no ser susceptible de esta fórmula internacional, la defensa de derechos que afectan al honor y la vida de los pueblos, y dentro de la posibilidad de arreglos cordiales, queda fijado el Marañón, como linde arcifinio en cualquier Tratado.

Se aspira también a la formación de una Liga de las Naciones Suramericanas, como el tribunal supremo que dirima las diferencias de los pueblos de este Continente.

He aquí en síntesis, las ideas sustantivas del Programa del Partido Liberal Ecuatoriano, según el pensamiento de la gran Asamblea reunida en Quito en setiembre de 1923.

De este gran cuestionario ideológico planteado por la Asamblea, cómo podría concretarse un programa presidencial de realización práctica en un período de cuatro años?

## XX XVI

### LA ACTUALIDAD POLÍTICA ESPAÑOLA

Debo a la amable gentileza de un súbdito español, la lectura de diarios madrileños, correspondientes a la

quincena inmediata a la fecha en que el General Primo de Rivera dió el cuartelazo, que ha puesto en las manos de un Directorio Militar el porvenir de España. Las informaciones da esa prensa que ha pasado previamente por la criba de la censura, invita a poner un paréntesis al estudio de los aspectos políticos ecuatorianos, para contemplar en extraños panoramas, algunas insinuaciones espirituales, que sirvan de guía o consejo para definir las situaciones análogas en la propia casa, tan desvenecijada ya por obra de una política rutinaria y cobarde.

La opinión de los grandes políticos, el análisis de los mejores pensadores, las encuestas de la opinión reflejada imparcialmente en los diarios, la actitud desconsertada de la renovación iniciada por el Directorio Militar, y la pasividad, casi la indiferencia del pueblo español ante la actitud teatral de Primo de Rivera, anuncian que la actualidad política española, no ofrece un espectáculo nuevo en la historia, ni tiene contacto alguno con la acción fascista, producto netamente italiano, inadecuado para la exportación. España asiste al desarrollo de un drama en que el desastre de Marruecos sirve de argumento, y los grandes procesados por responsabilidades evidentes, se constituyen *manu militari*, en árbitros de su propia causa. Los vicios seculares de la política española, de cuya herencia participan los pueblos americanos, justifican una actitud que inscriben en su bandera la aspiración del mundo en este minuto que señala una nueva época en los anales humanos. Si en las pasadas épocas encontramos proclamados los grandes enunciados políticos con las palabras simbólicas: "La Reforma", "El Renacimiento", "Los Derechos del Hombre", hoy, el devenir histórico ha inscrito con la sangre de una inmensa guerra, su palabra cabalística: "Renovación". Y la política de los pueblos ha de renovarse, por cualquier fórmula, con cualquier instrumento y a cualquier precio, porque se ha llenado un ciclo de ideas, y éstas no pueden estancarse sin corromper con su descomposición al mundo.

España que permaneció neutral al margen de una gran guerra, no experimentó en su sangre el sacudimiento vital que imprime el dolor, y mientras los pueblos martirizados han suministrado a los estadistas los datos psicológicos y los valores éticos descubiertos por la guerra, creando situaciones inesperadas en la organización y produciendo hombres geniales comprensivos de una época para guiar multitudes, España, la eterna neutral en el movimiento ideológico y político europeo, sólo ha alcanzado a desempolvar al tipo del soldado revolucionario, en la maniobra cobarde del cuartelazo tramado en la connivencia, para eludir las grandes responsabilidades.

¿Qué espectáculo ofrece hasta aquí el Directorio Militar, como factor de renovación política? Está amputando, está destruyendo, hace entrever la posibilidad de situaciones radicales en el tinglado de los convencionalismos que han eternizado la rutina, acude al consejo ¿de qué?—Quiere cambiar valores políticos ¿con qué elemento?—Entre tanto los viejos buhos de la política derrotada auguran el fracaso, y estrechan en la sombra los tentáculos del gran pulpo—el caciquismo—alma mater de todos los entresijos partidaristas en España.

Los grandes golpes dados por Primo de Rivera para la renovación española consisten en la suspensión de las Cortes, en la disolución de los Ayuntamientos, en los decretos innumerables de cesantías administrativas, en manifiestos dirigidos a los patronos y a los obreros recomendándoles derechos y deberes cívicos y principios generales de economía nacional.

A los obreros les dice: "Lo primero es sentirse orgullosos de ser españoles y de ser bueno, y luego, de ser apto y de ser capaz, cada uno en su profesión. A esto invitamos a los obreros, exhortándoles a desligarse de lazos y organismos que, aparentando proporcionarles bienes, en definitiva les va llevando por los caminos de la ruina. Asociaciones obreras, sí: para fines de cultura, de protección y mutualismo y aun de sana política; pero no repugnancia y pugna con la producción".

Pero el socialismo español no ha capitulado. Se mantiene reservado, sereno. Los atracos no escasean, y el proceso por el asesinato de Dato, puesto en tela de discusión y sentencia en estos días, ha producido el efecto que las ejecuciones por estos crímenes den a los actores un tinte rojo de heroicidad, que la prensa ilustra en sus grandes rotativas.

Mientras el Directorio Militar se preocupe gravemente, con el clásico expedienteo español, de esta renovación por mano de soldados, el gran público no se conmueve, asiste con curiosidad al espectáculo, con la serenidad de quien conoce el tema del drama y le son familiares los actores. De algunas provincias se envían memoriales conteniendo reclamos. Los periódicos registran encuestas anónimas de denuncias contra los políticos caídos, y los diarios y los escritores y los mismos políticos pospuestos, a pesar de la censura, dejan entrever la ironía del golpe de Estado, que talvez valga para sincerar a los regímenes caídos si es que se produce el fracaso que se augura.

Interrogado Maura por la inquietud de la prensa diaria, dice: "He creído siempre, y creo, que nada ni nadie podrá subsistir a la acción política de los ciudadanos; sólo ella puede comunicar al poder político autoridad y vigor para el saneamiento necesario, contra el cual han de apurar las resistencias y las artimañas los interesados en evitarlo y en frustrarlo.—El desenlace del actual orden de cosas y la suerte de España dependen, a mi parecer, del comportamiento que sigan los españoles, optando por hacer respetar como voluntad su deseo o por seguir siendo espectadores de su propia ruina.—Personalmente no tengo motivos para asistir a los hechos presentes de otro modo ni en actitud diversa; permanezco tal como estaba hace quince días".

Gómez de Baquero comentando la alegría de la prensa por "la caída de los políticos", como se quiere denominar a este movimiento, dice: "El problema de la democracia está en esta contradicción: que cualquiera puede llegar a gobernar, pero que no gobierna cual-

quiera. Se ha quitado de las manos el gobierno a los políticos, mas llegará un día en que habrá de entregarse la dirección nacional a los políticos — a otros — precisamente por ser políticos y no otra cosa. Por eso juzgamos un poco pueril esa alegría con que se suprimen cargos y dan y reciben notas detallando las economías por tal concepto, como si fueran a ser eternos”.

Tan cierto es esto, que el mismo Directorio Militar habla en sus manifiestos de que su intervención es precaria, y urge porque no se le pongan resistencias a lo que cree está renovando, con la amenaza de sus armas.

El Conde de Romanones ha sido muy explícito en sus declaraciones al ser interrogado por la prensa, según el relato de un cronista portugués, para un rotativo de Lisboa: “Nosotros, dijo el Jefe de los liberales, no podemos menos de simpatizar con una dictadura militar; pero debo confesar que esos señores tuvieron acierto en la elección del momento. Dos meses antes o después no hubiera sido posible el pronunciamiento. Y la verdad es esta: que la opinión pública no la rechazó. El pueblo está muy descontento con el asunto de Marruecos”.

El periodista preguntó al ex Presidente del Senado cuál era su plan para el porvenir.

—Aguardar los acontecimientos, contestó. Nosotros ya sabemos por la Historia el tiempo aproximado que duran estos movimientos. En todo caso, si los actuales gobernantes consiguen resolver el problema de Marruecos, yo les perdonaría todos los pecados, hasta el original de haber nacido”.

Al despedirse del periodista añadió:

—“Ya lo dijo Napoleón, con las bayonetas se puede hacer todo, menos sentarse sobre ellas”.

Al salir el periodista oyó que el Conde de Romanones, decía al grupo de sus partidarios que lo aguardaban:

—“Decid a nuestros amigos que... más unidos que nunca ¿eh? —Fe, mucha fe, porque el porvenir nos pertenece. Saldremos de este trance más fuertes aún”.

Luis Olariaga, interroga en una de sus crónicas: ¿Cómo reorganizar los servicios del Estado? ¿En dónde están los técnicos?

Ramiro de Maetzu imputa a Cánovas el falseamiento del sistema electoral, causa del entronizamiento del caciquismo de las oligarquías parlamentarias, las dos grandes causas de la corrupción política, porque a Dios gracias, dice, el pueblo español está sano de cuerpo y alma, exento de corrupciones y está sólo aletargado ¿por qué?

En esa misma información de "El Sol" de Madrid, que me ha servido para reflejar esta impresión de la política española de actualidad, encuentro una carta abierta dirigida a Primo de Rivera por un canonista Ripoll, autor de obras teológicas y dedicado totalmente a las lucubraciones metafísicas, y por esta autoridad científica y el hecho de no ser eclesiástico, concreta así su opinión acerca de lo que él cree el mal nacional: "Mi general, dice, nuestra España no tiene regeneración posible si no rompemos las cadenas de la esclavitud espiritual, mantenida deliberadamente por una burocracia eclesiástica inepta, egoísta, anticristiana, en que yacen las conciencias de los católicos españoles, que son la mayoría de los compatriotas".

Y creo que el canonista Ripoll, ha dado en el clavo, superando en su juicio a Maura y Romanones, a Maetzu y Gómez de Baquero, al Directorio Militar y al socialismo expectante: el mal de España es el fanatismo católico, el opio de Occidente, que ha enajenado las conciencias, imposibilitándolas para el progreso.

Y ese mismo cronista ha fallado en el porvenir del movimiento político de Primo de Rivera, naturalmente, augurando el fracaso, porque, ¿será posible que los Marqueses y Condes y la nobleza militar revolucionaria que no sólo trabaja por España sino por su Majestad Católica, consienta en la desfanatización del pueblo, base ética de su poderío?

## XXXVII

### LOS PARTIDOS CLÁSICOS

En la célebre y elocuentísima conferencia dada por Dn. José Ortega y Gasset en el Teatro de la Comedia en Madrid, inaugurando el curso de política activa, que la Liga de Educación Política Española, se propuso establecer para despertar en las almas el afán de mejores tiempos, dijo el gran pensador al tratar de las fórmulas políticas entremezcladas, complejas o simplistas, que han introducido confusión en los criterios: "¿Qué actitud tomar entre las direcciones genéricas de la política al uso? Señores, si yo ahora declaro que los que formamos parte de la Liga de Educación somos liberales, no diría nada, porque el vocabulario político está infestado y todos sus términos tienen que ser sometidos al lazarreto. Las cosas claras. Yo desearía poder llamarme aquí radical. No creo, es cierto, que todas las labores hechas por los radicales españoles hayan sido inútiles; ha habido algunos—que yo llamaría buenos demagogos—en cuya vida particular yo no tengo por qué meterme, que han ejercido una función necesaria en la sociedad: han producido como una primera estructura en las masas; y esos son realmente respetables. Pero esto ocurre a alguno que otro. Los radicales, así, en general, son unas gentes que van gritando por esas reuniones de Dios; y nuestra política es todo lo contrario que el grito, todo lo contrario que el simplismo. Si las cosas son complejas nuestra conducta tendrá que ser compleja. No hay más absoluto que, por ejemplo, pedir que en el espectro de los colores se nos identifique donde exactamente acaba el anaranjado y donde empieza el amarilló, porque es esencial a los colores puros el fundirse unos con otros en transición suavísima, el no acabar aquí o allá. Lo complejo tiene que ser reflejado, en los programas políticos, complejamente; y una de las

cosas más graves que concurren en España es que sólo se dirigen a la multitud esos simplismos radicales o recreacionarios, esos grandes gritos, que convierten la política en un micalfontismo, en obra de denostación y de insulto. Por consiguiente, yo necesitaría mucho tiempo para explicar en qué sentido nosotros deseamos ser radicales, es decir, extremadamente liberales, mucho más liberales que cuantos partidos sienten hoy representación en nuestro Parlamento. Pero es que hay cosas que, a lo mejor, pasan como no radicales y lo son. Yo no puedo olvidar que uno de los intentos de reformas más positivamente avanzadas que se han intentado en la hacienda, fue una ley de impuestos sobre las cédulas personales; y los republicanos fueron los primeros en oponerse a ella. Mientras las cosas no se pongan claras no podremos, sin incurrir en falta de serenidad, declararnos sin más ni mas, radicales: ¿Para qué? ¿Para pedir la limosna de un aplauso?"

No importa que la transcripción haya resultado larga, si ella contiene todas las ideas sustanciales para analizar con la posible claridad la compleja cuestión de los partidos políticos y sus programas en el Ecuador. Que donde el espectro de los colores están confundidos, y no sabemos donde acaba el rojo radical, el azul conservador, el negro clerical, el escarlata liberal, el amarillo nacionalista, el matiz fascista ni el ambiguo de todos los *istas* personales, se necesita fijar el límite de los colores, por la exactitud posible en la enunciación de los programas, no con el simplismo de los gritos de combate, como una tribu amazónica, sino con la misma complejidad con que las ideas se pronuncian en los hechos que es preciso interpretar lealmente. Así para llamarse radical no debe bastar el grito de ¡Viva Alfaro!, ni para afiliarse al liberalismo invocar el testimonio de los Santos Padres, el de los autores contemporáneos—el amor a la libertad—como el simplísimo fundamento ideológico de las doctrinas libertarias, porque estas fórmulas políticas pueden valer también para los espíritus simples, o simplemente trashumantes, que en la cristalización de los programas por las Asambleas de



los partidos se encuentran en el callejón sin salida de definirse por algún color. Este es el secreto de la cólera de los amorfos por las definiciones concretas de los programas. Ya no pueden medrar en todos los campos y tienen que decidirse por alguna bandera.

El conocimiento de los fundamentos de los partidos nos ha de conducir también a juzgar con acierto de la importancia de los líderes, juzgados por sus obras. Nada más pernicioso que la incondicionalidad a los hombres con menosprecio de los ideales. Este es el origen de las *facciones* que producen la dificultad para organizar los partidos, o para destruir éstos, cuando han sido corroídos por los *ismos* personalistas.

Como Ortega y Gasset sentía la necesidad de llamarse radical, extremadamente liberal, para afrontar la situación de la crisis política española; creo lealmente, aceptando la definición de *lealtad* por el mismo autor, como el camino más corto entre los corazones, creo lealmente que la crisis ecuatoriana sólo podría solucionarla el radicalismo, pero antes es preciso definir este concepto, y trazar los grandes planos de los partidos clásicos de todos los colores, para elegir con acierto un derrotero.

Y es preciso también reivindicar previamente el término—política—insultado por ciertos gobernantes, significando como significa la vida consciente del Estado, la dirección de los negocios públicos, el arte práctico del Gobierno.

Y persuadir también a los ciudadanos acerca del deber que existe para no abandonar la política en manos de grupos oligárquicos, y de enfrentarse a estos despotismos sociales afiliándose a un partido político, que bien o mal organizado, representa siempre la personalidad de la Nación, la vitalidad del país, oponiéndose a los desafueros del Gobierno. Los partidos políticos desaparecen en los países oprimidos o embrionarios, por la acción del despotismo o por la incipiente doctrinaria. La nación sin fe, carece de ideales políticos; y sin ideales todos los caminos conducen al fracaso. Auscultemos los ecuatorianos el propio corazón e inte-

proguemos las aspiraciones del alma. Esos sentimientos nos dirán lo que necesita la patria para su renovación. Pero ante todo es preciso ver claro.

### XXXVIII

#### EL ULTRAMONTANISMO

Aun cuando después de Bluntschl se ha utilizado mucho en la literatura política, para fijar los fundamentos de los partidos clásicos, si se ha de preferir la claridad, nadie demarca mejor las fronteras ideológicas en el Derecho Público, que el citado publicista alemán.

Creo indispensable detener la atención en dos puntos previos acerca de la política en general, que se concretan en estas interrogaciones: ¿Son necesarios los partidos en la vida nacional? ¿El Jefe del Estado debe mantenerse fuera de los partidos? — Y responde Bluntschl: Los partidos políticos se manifiestan con tanta mayor claridad cuanto es más rica y libre la vida política, y por eso en los pueblos mejor organizados políticamente, son más perfectas sus formaciones. La historia de la República Romana y el desarrollo del Estado Inglés y de la Unión Norte Americana, sólo se explican por la lucha de sus partidos. El esfuerzo y la rivalidad de éstos es lo que engendra las mejores instituciones políticas y lo que pone en claro toda la riqueza de las fuerzas latentes de la nación. No se crea, pues, como ciertos espíritus apocados, que los partidos políticos sean una debilidad o una enfermedad del Estado moderno; por el contrario, son la condición y el signo de una robusta vida política. El no pertenecer a ningún partido no es ciertamente una virtud del ciudadano, y decir de un hombre de Estado que se halla fuera del movimiento de los partidos es un elogio muy pobre. Los partidos son la expresión y la manifestación natu-

ral y necesaria de los grandes resortes ocultos que animan a un pueblo.

Y en cuanto a la prescindencia del Jefe del Estado en la política de los partidos, cree Bluntschl que en la Monarquía el príncipe representa la unidad no la *parte* del Estado, y debe permanecer sobre los *partidos*; pero en las repúblicas, los presidentes "nombrados por el partido vencedor, no pueden desconocer su origen ni renegar de los principios políticos, a que deben su elevación. Es peligroso para su consideración pasar a otro partido, o simplemente vacilar entre dos de ellos: sin embargo, hállanse también al frente de todo el Estado, y si gobernarán exclusivamente en provecho de una sola tendencia, chocarán contra el sentimiento del derecho y de la justicia de un pueblo sano, y arruinarán bien pronto el crédito político de la mayoría que les hubiese elegido y representa en el Poder, lo cual demostraría entonces que era incapaz de gobernar."

Fijadas estas ideas, tratemos de las características del partido ultramontano, católico o clerical, denominaciones que comprenden al régimen teocrático de los pueblos primitivos. El clericalismo se distingue de los partidos políticos propiamente dichos, en que, poniendo su principio fuera del Estado, se considera esencialmente independiente de este último. "Invocando su fe religiosa y la autoridad de la jerarquía, formula sus reivindicaciones y se esfuerza en hacerlas triunfar: obligado por el Estado a respetar la ley civil, apela de ello a la inviolabilidad de la ley divina y clama contra la opresión de su conciencia; y lejos de querer servir al Estado, quiere que éste sirva a la Iglesia. Es, pues, ante todo, un partido de la Iglesia, y sólo es político en segundo término. Sus ideas religiosas dominan su actitud política." — Bluntschl.

Y en la marcha de la historia, la política clerical tan aferrada al respeto que se debe a su conciencia desconoce ese mismo derecho a los que militan en otras filas, y es la intransigencia el distintivo clerical, que ha dejado a su paso un reguero inmenso de sangre en el martirologio de todas las inquisiciones defensoras del

dogma. Para dar mayor fuerza a sus ideas, une el pensamiento de la política teocrática con toda la historia del cristianismo, y singularmente con la del catolicismo, que triunfa en la Edad Media en el gobierno temporal de los pueblos, hasta llegar a formar el Estado Pontificio derrocado por Garibaldi, para formar la unidad italiana, suceso histórico señalado como la iniciación de la edad moderna, en que el Estado recobra universalmente sus inalienables atributos. De la época feudal, de la influencia científica de los conventos en el Renacimiento, de las grandes aspiraciones a la dominación universal, utopías de Gregorio VII y de Inocencio III, arranca el romanticismo histórico con que el clericalismo pondera la eficacia de su dominio sobre el Estado contemporáneo.

Siendo, pues, el clericalismo, una secta religiosa, mejor que un partido político, el Derecho Público moderno desconoce la aspiración, que pudiera alegar el tradicionalismo, para convivir con los partidos de factura netamente humana; y cuando en la Asamblea Liberal Ecuatoriana se presentó un voto desconociendo el derecho del clericalismo para coexistir como factor político, no hubo ataque alguno al partido conservador, deslindado ya en su esencia del aspecto teológico inaceptable en política, del ultramontanismo.

Porque el clericalismo es aún un poder peligroso para el Estado Moderno. "Sus grandes recuerdos históricos, dice Blunstchl, le dan una autoridad tradicional que atrae y seduce a los espíritus románticos y aún a las numerosas masas populares. La iglesia católica con su jerarquía ordenada, sus sacerdotes sometidos a los obispos y sus obispos sometidos al Papa, sus numerosas órdenes que se ramifican por todas partes, inspeccionando y aguijoneando al clero secular y procurando atraer hábilmente a los seglares, la Iglesia, en fin, con sus medios místicos de gracia y de salvación y su arte de herir las imaginaciones con suplicios aterradores de ultratumba, presta casi en todas partes un apoyo voluntario a las tendencias ultramontanas, y le sirve de refugio contra el encono del Estado. Hábil para excitar

los entendimientos religiosos de los hombres, y sobre todo de las mujeres, el ultramontanismo hecha así sus raíces en las profundidades del alma humana, y saca de aquí abundantes fuerzas. Es difícil de atacar; los argumentos no le convencen, porque pone su fe irrefutable por encima de toda razón lógica; eleva sobre el Estado terrestre la autoridad celestial de la Iglesia, y hace poco caso de los deberes de la moral y de la humanidad cuando contrarían sus intereses, justificándose con una fe real o fingida en su derecho divino, en la autoridad santa de la Iglesia, superior a todas las leyes civiles del mundo, y en la doctrina infalible del Papa, asistido del Espíritu Santo. Este gran partido tiene por principales jefes una secta poco numerosa de hombres, sin patria y sin familia, enteramente consagrada al poder de Roma: los jesuitas, que se introducen en las altas clases sociales, régentan colegios de jóvenes, sugestionan a las damas, y en estas fuerzas, y en la de la riqueza que atesoran y en la disciplina a su jefe—el Papa Negro—residente en Roma, mantienen las últimas y formidables fortalezas del clericalismo, ya muy abatido, pero no vencido; por el espíritu de los nuevos tiempos".

Pero esta misma confusión de los intereses sectarios del clericalismo con los inmortales del sentimiento religioso, ha producido una reacción saludable dentro de la política del Vaticano, que distingue y obliga a distinguir a los fieles, la religión de la política. Y es que la pasión política cuando se enardece ataca al clericalismo en sus trincheras, y entonces los fueros católicos religiosos quedan afectados profundamente; con inmenso daño para la Iglesia y para el Estado, por el desenfreno de las guerras de religión ya sin bandera en este siglo, y por el ataque personal a los jefes y las falanges del Ejército de Roma y sus intereses personales. Por esto es que ciertos verdaderos apóstoles de Cristo, al comprobar que el partido clerical pasa en las conciencias de muchos como la religión misma, con inmenso daño para los genuinos intereses católicos, se han declarado en contra del ultramontanismo, desautorizando sus

crucizadas para la conquista del Estado en beneficio del Papa.

El clericalismo tiene su Código, el "Syllabus", en el que el Pontífice romano declara en el *error* número ochenta, que "no puede reconciliarse con la civilización, el progreso y el liberalismo modernos".

Y el partido liberal doctrinario ha aceptado tranquilamente el anatema.

## XXXIX

### EL RADICALISMO

La teoría de Rohmer que ha encontrado para la explicación de los partidos políticos la similitud de la fuerza vital de éstos, con la infancia, la juventud y la madurez, según determine la irreflexión revolucionaria, el culto de la libertad, la serenidad conservadora de los progresos alcanzados, como la finalidad de los actos humanos, puede admitirse como una tendencia relativa de las inquietudes del espíritu, pero nunca como una verdad matemática.

Cierto, que la niñez es dominada por la imaginación, y que las verdades abstractas tienen en sus sentimientos más realidad que la crudeza misma de los hechos, pero esta concepción radical del mundo, si permite obrar con desenfado, no excluye el conocimiento de las verdades políticas, ni elimina el imperio de las responsabilidades. La teoría radical de la libertad y de la igualdad no reconoce límites, y las fórmulas abstractas de los principios políticos les da imaginativamente consecuencias absolutas, que en los hechos se traducen a veces en trágicas conmociones. En la revolución francesa los grupos de los radicales alternan en el poder en el vértigo fantástico que conquista quimeras y paga con sangre la fe de sus creencias. A los girondinos suceden los jacobinos; luego se divide la Montaña y las

parcialidades se destruyen, se devoran, y del cataclismo moral surge la dictadura sangrienta de Robespierre, quién a su vez sube al cadalso que santifica todos los excesos. El radicalismo del Directorio si detuvo la vorágine no pudo oponerse a la fascinación napoleónica, pero toda esa inmensa inmolación del radicalismo, allanaba los caminos para la reconquista de los Derechos Humanos, si bien la consolidación de los nuevos tiempos dejaba en la base el precipitado químico de la sangre, único material reconocido en la historia, como invulnerable a la injuria de los tiempos y la injusticia de los hombres.

"Las cualidades del radicalismo son indispensables, dice Bluntschl, cuando se inaugura una nueva lucha para sustraerse a un pasado nefasto. Necesario es ABATIR y DESEMBARAZAR, y tal es el gran goce de este partido. Se lanzará sin escrúpulo al asalto del monumento antiguo, y batirá palmas al ver sus viejos muros caer convertidos en polvo. Los verdaderos liberales son a veces muy cuidadosos. El radicalismo ha descuidado a veces bienes preciosos, y ahogado gérmenes fecundos, siendo ésta su más grave falta. Mas se le puede decir también, que sin él, la fuerza demasiado grande de la tradición y de las costumbres inveteradas dificultarían las transformaciones y los progresos necesarios. Frecuentemente, uno de sus furiosos ataques ha dado el aviso a los jefes liberales o conservadores sobre la necesidad de reformas fundamentales." — "El radicalismo presta también servicios reales en la oposición, gusta de contradecir, está siempre dispuesto a criticar a sus superiores, a negar, a disputar; pone en duda las autoridades tradicionales; se burla de ellas con inteligencia; es para él un placer presentar las creencias antiguas como locuras, y predecir una nueva solución de los enigmas de la vida; sabe admirablemente descubrir las faltas y debilidades del poder, y es aventajado en ridiculizarlas; si encuentra difícilmente una verdad nueva, ataca al menos los antiguos errores con una extraña y rigurosa habilidad, mas su ceguedad

impetuosa le impide ver que va a destruir del mismo golpe una verdad antigua."

El radicalismo siendo irrespetuoso y demoledor es por esto mismo constructor, aunque parezca paradoja esta afirmación. Sin la acción violenta radical contra el ultramontanismo secular, cómo destruir las bastillas, como libertar el espíritu, y dejar que vuelen los pensamientos con la majestad de las águilas desencadenadas que se atreven a mirar cara a cara al sol?

El radical es fanático; persigue sus ideales con tenacidad incontrastable, y como para él todas las fórmulas políticas contienen verdades absolutas, no se detiene, siendo Gobierno, en las trabas legales, si es que está convencido que la salvación de una empresa depende de la violencia de sus procedimientos.

El radical tiene el ardor apostólico de los grandes iluminados, y se produce en actos ingenuos, capaces de desconcertar al que teme sus ímpetus; porque cede, y hasta decae cuando alguna quimera ha roto sus alas en el contacto con la brutalidad de las realidades.

En el radical predomina el temperamento del mártir. Ni teme la injuria, ni le conmueven el sacrificio de sus íntimos afectos, ni rehuye responsabilidades, ni cede ante la amenaza de la muerte. ¡Quién sabe si en sus espirituales abandonos, sueña con los primeros cristianos—que fueron los radicales de su época—con la voluptuosidad de morir por su ideal, no importa cómo, si desgarrado por un león en el circo, o en la pira con que los césares iluminaban sus banquetes macabros.

El radicalismo ha tenido en Europa su culminación en la Rusia Roja de Lenine, en ciertos ademanes de Mussoline y en todo el movimiento demócrata que ha demolido los tronos seculares. Cuando Rusia incineró al Zar, bien sabía la Europa católica, que en esta pira se volvía también cenizas el Papa del cristianismo ortodoxo. Y cuando Kemal ha proclamado la República turca, la caída del Sultán implica el derrocamiento del Pontificado de la Media Luna. Si el radicalismo de Garibaldi no hubiese anticipado el golpe, la triple corona del Papa Rey habría rodado en la conmoción



européa, indudablemente. Ya los tiempos no pueden soportar el origen divino de los reyes ni de ningún gobernante. La concepción del Estado moderno que respeta el sentimiento religioso, no permite al ultramontanismo el gobierno temporal de los pueblos.

Frente al clericalismo, se irgue el radicalismo, en su inmortal tarea demoledora, para que el mundo renueve sus programas y dé lustre a sus banderas.

## XL

### LIBERALISMO

Para aproximarse a la esencia del liberalismo, es-timo más aceptable el criterio de don Carlos E. Restrepo, ex-Presidente de Colombia, quien, en sus "Orientaciones Republicanas", estudio sistematizado de las evoluciones partidaristas en su país, dice: "Tan antigua como el hombre es la lucha entre la herencia y la adaptación, lucha que se verifica al mismo tiempo en el campo de la biología y en el de la antropología. Trasplantada por ley forzosa, al terreno político, ella ha creado el espíritu conservador y el espíritu liberal. — La historia constitucional de Inglaterra es la más interesante campaña de aquella guerra secular. Esa historia puede compendiarse en este fenómeno, que debería ser natural, pero que es, infortunadamente, una excepción; las más de las veces sin sangre y sin violencia, libran batalla esos dos espíritus; triunfa el liberal en la defensa de determinado principio, pero atemperándolo a las correcciones que ha podido imponerle el conservador. Conquistado el principio, pasa a ser patrimonio del espíritu conservador, quien continúa defendiéndolo como si hubiera sido siempre suyo, contra nuevos avances liberales; y estos avances también vuelven a realizarse mediante la repetición de los mismos procedimientos combativos y correctivos."

Pero, desgraciadamente, esta lucha entre la herencia y la adaptación en el campo de la historia, cuenta las conquistas por las batallas campales suscritas con sangre, antes que por la evolución serena de los ideales. Y esto resulta así, continúa Restrepo, "porque casi siempre el espíritu conservador se aferra a la tradición sin criticismo y sin piedad, se niega a hacer concesiones, y con la herencia forma una valla que al romperse, devasta; y el espíritu liberal quiere imponerse por la violencia y campar, sin miramientos por lo que el pasado tiene de incommovible y bueno, y por lo que hay en el presente de sólido y valedero."

Y de estas acciones y reacciones políticas han surgido los grandes dramas históricos en los que la tradición ha sido siempre derrotada, ya con el fracaso del derecho divino de los reyes en las monarquías europeas, y en las naciones americanas en la contienda entre el cesarismo conservador de los monarcas españoles y las aspiraciones libertadoras de las colonias que alcanzaron en el tiempo el derecho a la emancipación. Aun cuando se halla en tela de juicio el hecho de la influencia libertaria francesa en la guerra de la independencia americana o si el ejemplo de ésta fue lo que prendió la chispa revolucionaria en Europa, lo cierto es que en los preliminares de la guerra separatista de los pueblos indo-hispánicos, encontramos el hecho significativo de que Nariño hacía el don de un texto español de los Derechos del Hombre, a las colonias insurreccionadas.

Y este es el abolengo del liberalismo en América. La herencia goda, recalcitrante y sañuda, sólo ha podido ser sometida a la adaptación libertaria de cada época, por el empuje formidable de las revoluciones liberales. No importa que al vencer las resistencias de la tradición hayan quedado malferidas algunas libertades, que luego el equilibrio de la estática política y los ungüentos de la paz, han concluído por eliminar las asperezas y hacer posible la evolución por los caminos de la revolución.

De lo que hoy se trata en el derecho público contemporáneo, no es de negar la razón de la existencia de los partidos liberal y conservador, cuya acción y reacción constituye la esencia del progreso y el principio vital en la economía de las naciones, sino de la fórmula política para la convivencia de estas partes o partidos de este todo orgánico, encargado de realizar el derecho de los ciudadanos, que se llama el Estado.

"Los partidos, anota Adolfo Posada, exigen una constitución coherente, a la vez, que amplia y flexible; no pueden considerarse como iglesias cerradas, sino como centros de atracción constante para sumar el mayor número de fuerzas posibles y dirigir las según las tendencias que representan. . . . Es preciso tener en cuenta que el Estado no es patrimonio de ninguna parte del pueblo, ni de clase, ni de confesión religiosa alguna, ni obedece a la imposición de un ideal cerrado."

Esta es la aspiración científica que juzga sobre el concepto de la existencia de partidos organizados y definidos en sus programas, pero en el Ecuador, sobre el que versan estos estudios, hay que empezar por declarar que nunca ha existido el partido conservador, sino el clericalismo. El partido liberal, al que debe el Ecuador todo su progreso, ha luchado durante un siglo contra el ultramontanismo más intransigente que ha existido en América, y que ha encontrado en el trópico su concretación máxima en García Moreno, que seguramente será canonizado, pues que el asunto está puesto en manos de los jesuitas, y ese hecho sirve para probar elocuentemente, el papel civilizador que le ha tocado desempeñar al liberalismo en el Ecuador, que no puede ceder el campo político sino al partido conservador, en la noble lucha republicana, pero al ultramontanismo, jamás.

Mas, la lucha del liberalismo es metódica y serena y carece del ímpetu tumultuoso del radicalismo. La concepción del Estado para el liberalismo es netamente psicológica. "La sencilla idea de la antigüedad, que Dios gobierna el Estado directamente por signos y milagros o indirectamente por sus sacerdotes, le parece

una puerilidad, dice Bluntschl, que la experiencia y la crítica rechazan; pero rechaza igualmente la concepción radical que hace del Estado un sistema abstracto de principios lógicos. El Estado es, según el liberalismo, un organismo vivo, animado por el espíritu y el carácter de la nación. Así, el Estado liberal, es siempre un Estado público, dotado de órganos vivientes que protegen la libertad de todos."

Se ha repetido la literatura política de Posada, para hablar en el Ecuador de una crisis del liberalismo. Refiriéndose a los conceptos generales de las nuevas modalidades de los partidos europeos dice el publicista español: "Puede afirmarse, que los partidos políticos atraviezan hoy una profunda crisis, difícil de resolver.... los moldes clásicos de los partidos, inspirándose en el criterio opuesto para resolver las cuestiones de límites entre el poder y la libertad individual, resultan demasiado estrechos para resolver las complejísimas aspiraciones sociales que en los Estados surgen, y para armonizar las soluciones de las cuestiones de FONDO, de FORMA, de MODO.... No está reducido el problema político a términos tan sencillos que puedan formularse soluciones armónicas y lógicas admisibles, por dos grandes directores de la opinión."

La crisis de que habla Posada no se refiere a las virtudes esenciales del liberalismo, como propulsor vital del Estado, sino a la urgencia de adaptar los moldes clásicos de los partidos, ensanchándoles, haciéndolos flexibles, para que puedan desarrollar los gérmenes de los nuevos ideales conquistados, como resultante del progreso contemporáneo. Ni aun en el sentido, que también le ha dado Posada a la crisis del liberalismo, relativamente a la conculcación de las libertades por efecto de la gran guerra europea, queda alterada la virtud fundamental del partido antagónico—no enemigo—del conservadorismo.

La cuestión de los partidos se estudia hoy, para conseguir el benéfico resultado de la lucha entre la herencia y la adaptación, por fórmula incruenta que aconseja el progreso de los pueblos, ¿cómo resolver esas

cuestiones de *fondo*, de *forma*, de *modo*, a que se refiere Posada?

—¿Con el TERCER PARTIDO que preconiza Faguet?  
Pero antes veamos lo que es el partido conservador.

## XLI

### EL PARTIDO CONSERVADOR

Al delinear los partidos clásicos denominados clerical, radical y liberal, se ha circunscrito también el radio de acción del partido conservador. Porque mientras el clericalismo representa el pasado histórico del derecho divino a la gobernación de los pueblos, y el radicalismo abate inmisericordioso lo que se oponga al progreso, desplazando violentamente lo caduco; mientras el liberalismo ejerce la acción selectiva del pensamiento humano, que busca lo perfecto con el sacrificio de conquistas ya realizadas; el conservadorismo político depurado ya de las intransigencias sectáreas, plantea sus cuestiones en el terreno científico, oponiendo sus resistencias al ímpetu radical en cuanto significa atropello, destrucción, y lucha con el liberalismo por lo que sus principios tienen de irrespeto para lo que la herencia tradicional petrifica, y recoge eso sí las conquistas alcanzadas en el campo libertario, para conservarlas con religioso respeto, enriqueciendo los nuevos ideales con ese tinte romántico sugestivo de todo lo que el tradicionalismo aristocratiza.

El partido conservador, según el símil biológico de Bluntschli, es ya el hombre de cuarenta años, menos ocupado en adquirir nuevos bienes que en mejorar y extender los que posee. "Este hombre tiene su hogar, su familia, su profesión, pero conservándolos, los desarrolla y perfecciona, siendo igualmente viril y activo." La brillante alegría juvenil ya no agita sus cascabeles locos, pero el hombre metido en su traje diplomático;

no mira con odio a los que en la primavera cosechan las flores de sus ensueños, para arrojarlas generosos en los caminos, como el perfume inmortal de la vida.

"El espíritu conservador, continúa el autor ya citado, tiene menos genio, pero más prudencia que el liberal; sus conocimientos y experiencia más extensos le hacen menos entusiasta, no porque desprecie las ideas, sino porque ve mejor las cosas y dificultades que ofrece la realización de un tipo ideal. Aunque menos fecundo en ideas, el conservador sabe comprender el genio liberal, y le apoya con gusto, cuando ve en él designios realizables. Sin embargo, ciertas ideas son específicamente conservadoras, y más generalmente cultivadas por las naturalezas de este género."

Así, en el terreno ideológico, el liberal ama sobre todo la libertad; el conservador el derecho, que sintetiza su fin supremo. Es en el campo legislativo, propiamente, en donde se libra la batalla eterna entre la tradición y la selección, entre el espíritu conservador que quisiera ver inalterados los sistemas y la inquietud liberal que lucha por el movimiento de las ideas. "Y como el derecho da fuerza y estabilidad a las relaciones reconocidas necesarias, añade Bluntschl, asegura el mantenimiento de las cosas, previene las destrucciones y refrena las pasiones, porque la noción conservadora del derecho tiene otro carácter que la idea liberal del mismo. Esta prefiere fundarle filosófica y psicológicamente, partir de los talentos individuales, hacer progresar el derecho, realizar en éste su ideal y proteger el derecho que se está formando. El conservador, por el contrario, fija principalmente su atención en el derecho histórico, explica por el pasado el derecho existente y considera sagrada la forma tradicional."

El liberal es idealista, el conservador, realista; y este criterio aplicado en el campo histórico, en el campo psicológico, y en el puramente moral, explica la diferencia de sistemas, de aspiraciones y de programas. Por esto es que mientras el liberal no pone límites a las aspiraciones humanas y sostiene el derecho de la democracia para alcanzar con sus virtudes todas las ven-

tajas de la vida, el conservador excluye, pone un límite a esa ansiedad, repara en las condiciones de clase, de familia, de fortuna, de rango, distingue las razas, las nacionalidades, tiene banderas de colores inalterables. No excluye el conservador la aristocratización del talento, pero le exige las obras. También el liberalismo cree que la democracia tiende a la selección, y respeta el éxito de los mejores, pero no se detiene a considerar los detalles, que el conservador no perdona.

Las fuerzas liberales y conservadoras de los pueblos, son, pues, complementarias. "La fecundidad viril de los primeros, responde a la también viril custodia de los segundos, y el genio de los unos a la prudencia de los otros. El liberal tiene el ardor del entusiasmo y de la voluntad; el conservador su apego al derecho y el sentimiento del deber. No habrá entre ellos lucha a muerte, sino más bien cuestiones de oportunidad o de personas las que los separan; pueden, por lo tanto, transigir y entenderse sin faltar a sus principios y aún con gran provecho de todos."

Todo esto, naturalmente, en la hipótesis teórica de los partidos ideales, pero la realidad histórica ha coincidido muy pocas veces con esta utopía.

En los pueblos de América se dibujaron desde los días siguientes de alcanzada la independencia, las líneas fundamentales de los partidos clásicos, con líneas profundas, grabadas por la pasión de nacionalidades jóvenes, con la intransigencia de todo espíritu adolescente. Puede decirse que el espíritu radical que unió a todos para separar las colonias de España, prevaleció con igual ímpetu en el conflicto social, mejor que político, de los libertadores, los libertados, y los simplemente libertos de la gleba. Y como la revolución fue de españoles criollos contra españoles ultramarinos, los criollos asumieron los derechos del absolutismo peninsular como despojadores de libertades y de bienes, amparados por el catolicismo, que siempre protegió los despotismos, y surgió el godismo todopoderoso del latifundista opresor y del militar glorioso y dueño incontrastable de la libertad. Este triduo del cacique, el soldadote y el cura,

formaron el bloque ultramontano de América, más oprobioso que registra la historia humana, por haber partido de una reacción liberal contra la España católica.

La acción de esta fuerza política y social de los *godos*, produjo la reacción liberal de los oprimidos, y esta lucha ha durado un siglo, sin que se defina de un modo uniforme. Pero en todas partes, el liberalismo se encaró con los clericales, pues la Iglesia prevaleció y confundió sus intereses con los caciques y con el militarismo, compenetrando de tal modo la política con la religión, que hasta este momento no llega a desprenderse el conservadorismo de la matriz ultramontana, en el parto prodigioso y doloroso de la evolución política en América.

Y esta misma juventud de los partidos liberal y clerical, sumada al fervor místico español, a la crueldad del soldado conquistador, al odio del mestizo libertado, al fermento salvaje afro-indo-hispánico, a la superstición indígena, al ambiente inculto de poblaciones ignoras, se comprenderá mejor, por qué en las luchas civiles de América, hay manifestaciones canibalescas, guerras a muerte sin saber a veces por qué, y siempre por el triunfo de un general, de un cacique, de un tirano, y casi nunca por un ideal.

Los contornos clásicos del radicalismo y del ultramontanismo, se perfilan con claridad en los anales americanos; la aparición del liberalismo ya sin la violencia radical, es también un hecho en el Ecuador. Ya es posible encontrar tipos personalmente representativos del conservadorismo, quizá pequeños núcleos incipientes, pero lo que real y positivamente existe y pretende reaccionar, es el clericalismo garciano.



## XLII

## EL PACTO CLERICAL DEL PACÍFICO

Es más que una suspicacia lo que puede deducirse, en orden al sentimiento liberal en suramérica, si de la consideración de lo que ocurre en la propia casa, se extiende la mirada a lo que pasa en el ambiente político de esta parte del Continente.

¿Se ha liberalizado Suramérica? De las naciones que miran a Europa, como el Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina, indudablemente predomina en éstas el criterio abierto a todas las modalidades del espíritu, y el concepto liberal tiene primacía en el gobierno de esas naciones, saturadas por la inmigración, que impone la tolerancia. Pero si se observa a Chile y al núcleo bolivariano del Pacífico, es indudable que el clericalismo triunfa como gobierno en el Perú, Bolivia, Colombia y Venezuela, y como opinión reaccionaria en el Ecuador, única nación que ostenta en su capitolio el estandarte rojo, entre los pueblos libertados por Bolívar.

Chile se rige por el predominio de las oligarquías aristócratas, y si ocasionalmente concede al liberalismo la representación del Ejecutivo, como en el caso de Alessandri, el sistema parlamentario es el que gobierna, mientras funciona y la Comisión Conservadora en el receso de las Cámaras. En ese sistema casi monárquico, el Presidente reina, pero no gobierna. El caciquismo chileno es uno de los más ásperos del conservadurismo suramericano, y el sentimiento de castas es allí muy pronunciado, según lo denuncian y combaten sus mejores publicistas. Y ya se sabe que todo régimen oligárquico de las aristocracias criollas, se sustenta en el clericalismo más absolutista.

En el Perú simula Leguía el más ardiente catolicismo para amparar su dictadura con el apoyo del Va-

tirano, siempre entusiasta por todos los despotismos. Ya en ocasión no lejana, en una solemnidad cívica, nada menos que en las pasadas fiestas del Centenario, el Nuncio Apostólico residente en Lima—con jurisdicción en la provincia eclesiástica ecuatoriana—dijo en una célebre alocución, que si Leguía gobernaba veinte años en el Perú, este país sería el más famoso del globo. Por su parte el Presidente Leguía preparó su reelección intentando consagrar el Perú al Corazón de Jesús, como lo hiciera nuestro don Gabriel; pero el sentimiento liberal de la juventud limeña, secundada por el pueblo, impidió a balazos, haciéndose matar heroicamente, esa gran farsa del tiranuelo incaico. Y en estos días, el cable ha comunicado con la ironía de su laconismo, que en el recibimiento del Cardenal Benlloch, Leguía ha echado la casa por la ventana en los festejos que terminaron con un abrazo de cinco minutos entre el Cardenal y el despota, sellando así la alianza con el Vaticano. No sé por qué ese abrazo de Benlloch ha tenido en el Perú el carácter de una estrangulación!

En Colombia, la preponderancia del clero es absoluta desde el error o la traición de Núñez. El incidente último entre el Nuncio y el Ministro Arroyo, revelan con claridad la situación. Avisan de Bogotá que el Ministro de Instrucción Pública referido ha iniciado algunas reformas fundamentales, con disgusto de la intransigencia clerical. Habiendo concurrido el Ministro a un acto público en el que se encontraba el representante del Papa, éste se negó a estrechar la mano que le extendiera el representante del Gobierno ante la expectación del público. El Ministro protesta y se retira, y plantea este dilema a Nel Ospina: escoja entre el Nuncio, cuyo retiro se impone, o el Ministro ultrajado como representante de Colombia; es decir, o gobierna el Vaticano o la soberanía nacional: Roma o Colombia. La prensa aplaude al Ministro, pero triunfará Roma.

En Venezuela, el Benemérito Gómez reina como un zar; tiene el gobierno temporal y eterno de sus vasallos y la gracia de Roma le ha colmado con todas sus condecoraciones. Existe en vigencia el Patronato en

términos que el Vaticano sólo concede a los reyes, y por el carácter del gobierno despótico, por el apoyo de Roma y la adhesión obligada del clericalismo como ciudadanos y como sectarios, Gómez ha fundado su tiranía en la incondicionalidad del ejército gomista y en el ejército negro del clericalismo. Esta es, precisamente, la aspiración de Leguía.

Queda, pues, a orillas del Pacífico y en el mundo bolivariano, una sola bandera roja: la que Alfaro izó hace algunos lustros en el Ecuador.

Pero existe expresa o tácitamente lo que la prensa liberal de Colombia denomina: "el pacto clerical del Pacífico", por el que todos los gobiernos ultramontanos se apoyan moral y materialmente para mantener su hegemonía en el Poder. Ya no con la intervención franca con que antes lo hiciera Colombia en el Ecuador, o viceversa, sino por los medios que la diplomacia aconseja en tales situaciones. Así, Leguía no tiene por qué quejarse del Ecuador, que ha cohonestado su apoyo internacional con la querella de límites que prometía una solución inmediata. También Colombia favoreció al clericalismo ecuatoriano, cuando la transformación del 95, y en estos momentos esos ofrecimientos no han sido negados. Desde luego, la cooperación para la perpetuación de Leguía en el Poder ha sido eventual, mejor dicho, personal, sin que el gobierno le conceda toda la importancia que tiene por el concepto expresado y por lo que Leguía ha representado siempre para el Ecuador, un cordial enemigo!

Es indudable y lógico que la entente clerical existe, y, lo que es más, que su influencia es poderosa no sólo en la política interna, sino principalmente en las cuestiones internacionales. Los medios de que dispone para apoyar o desprestigiar a los políticos son incontrastables por el poder civil. Si se aplica este criterio a las soluciones de conflictos y reclamos, se aclararán muchos puntos oscuros, se explicarán algunos fracasos y se desvanecerán también las apariencias de ciertos éxitos dudosos.

La visita del Cardenal Benlloch a los países del régimen clerical en Suramérica, motivada por la invitación diplomática de Chile, sugieren estos pensamientos acerca del pacto clerical del Pacífico, y da también margen para considerar de paso, el alcance de la actividad inusitada del clericalismo en la política electoral que se aproxima, y que señalará una nueva etapa en la historia del liberalismo ecuatoriano que inició el régimen en 1895.

Monseñor Pólit no ha usado de reticencias para lanzar su proclama política electoral. Y de la esfera simplemente idealista se ha lanzado en persona ha recorrer las diócesis en carrera precipitada de Quito a Manabí y luego de Quito al Carchi. Actualmente se halla ya de regreso de Imbabura. Los demás mitrados se mueven también misteriosamente. La prensa conocidamente clerical y la que baila donde está Camacho el rico, ha emprendido en una rabiosa y porfiada labor de desprestigio contra la Asamblea Liberal, el núcleo ya poderoso que contrarrestará con el coraje de los grandes convencimientos libertarios, todo intento de reacción ultramontana. Los polluelos de la nidada de buhos, que empezaron por formular distingos a los principios liberales, por negar su odio sectario, ya se pronuncian con más desenfado y aun amenazan. Lo que se persigue por todos los métodos es un desate revolucionario, que ellos, los clericales, creen poder utilizarlo como ya lo hicieran cuando Montero traicionó el orden constitucional. Lo masacre de los Alfáros fue un éxito de la curia romana, ayudada por la inconciencia de ciertas ambiciones de un elemento liberal-católico.

El pacto clerical del Pacífico exige seguramente que la bandera roja del liberalismo ecuatoriano, no rompa la armonía de los colores de las insignias pontificias, que están izadas al tope en los países ya mencionados. El Cardenal Benlloch habrá venido a emulsionar el espíritu clerical del pacto donde pueda flaquear, y a manifestar su asombro porque en la República protestante por la Unidad Italiana, se mantenga el liberalismo ya

más de veinticinco años, como dicen los diarios de la Curia, en el gobierno de la Nación.

¡Oh, sombra gloriosa de Alfaro, que mantuvo el pensamiento de la hegemonía del liberalismo en América, como la conquista positiva de esta época! ¿Dónde están los continuadores del ideal?

## XLIII

### EL TERCER PARTIDO

Las líneas fundamentales de los partidos clásicos son flexibles, como que cada uno tiene una aspiración, un programa y una bandera definida. Es posible que en los países en donde las organizaciones políticas han llegado a desarrollar una estructura sólida, con perfecta disciplina y gran cultura política en el desarrollo de los programas, todo este amparado por un ambiente propicio a las manifestaciones cívicas por contradictorias que parezcan, es posible, digo, que los partidos puedan unirse temporalmente con fines especiales, que estén en armonía con los fundamentos o bases del programa de acción concreta, pero estas alianzas sólo son efímeras, y planteadas claramente cuando llegan a realizarse.

Pero de estas alianzas no puede deducirse la posibilidad de la unión permanente, y menos la refundición de programas o aspiraciones, para alcanzar a formar un tercer partido. De las aleaciones químicas fantásticas, ésta es, en la nigromancia de la política, la irrealizable.

No se puede eliminar en la vida política el principio de contradicción u *oposición*, de cuyo choque brota el bien, como de la roca inmisericordiosa el agua vivificante, según el prodigio mosaico del Antiguo Testamento. El sentimentalismo unas veces, y la perfidia en otras, ha hecho entrever la posibilidad de la amalgama de los partidos para obtener un nuevo producto político, pero las realidades han demostrado el absurdo

a los brillantes teóricos como Faguet y el mismo Anatole France, políticos líricos de enorme imaginación, y a Rafael Núñez, también poeta, pero condenado como traidor en las jemonías del liberalismo colombiano.

Faguet imagina así la fórmula política que acabaría con la lucha secular de los partidos: "Este tercer partido ... sería una liga contra los partidos, en el sentido de que estaría siempre a favor del partido que fuera inofensivo por estar vencido, y contra el partido que fuese temible y detestable por ser el vencedor. Todos los partidos, cuando son vencedores, se convierten inmediatamente en temibles y detestables." — Y Anatole France plantea así su teoría política para uso de los Pingüinos en su *Insula* admirable: "Persuadido de que los suyos permanecían insensibles mientras que todos actúan de una manera constante, el conservador ya no se opondría a los cambios necesarios, por miedo de acumular fuerzas destructoras en el punto mismo donde hubiera acumulado el obstáculo; y el revolucionario, por su parte, renunciaría a excitar imprudentemente energías que estén siempre activas. El espíritu conservador y el espíritu revolucionario encontrarían en esta teoría de "las causas actuales", esto es, en la resolución de las cuestiones por la lentitud a la vez clemente e incontenible de las fuerzas naturales, un término de conciliación y terminación de la lucha de partidos."

Teorías, dogmatismos intrascendentales, la renovación de las utopías célebres desde Platón hasta Pedro Carbo, el inmortal comentador de "El Hombre Feliz", de Franklin.

De la realidad histórica tenemos el ejemplo reciente de lo que fue el nacionalismo regenerador de Rafael Núñez en Colombia, de ese nacionalismo que plasmó como un trampolín político, para conceder la hegemonía al partido conservador, con el aplastamiento del elemento liberal derrocado traidoramente.

También en Colombia se sostuvo una larga discusión acerca de la manera de llegar a un término o fórmula conciliatoria para evitar las luchas de los partidos que se las consideraba estériles para el progreso. Tam-

bién allí la prensa pronosticó días terribles si no se verificaba una política de fuerza, de regeneración—ésta fue la palabra cabalística—de regeneración o catástrofe. Y tanto se golpeó en la conciencia ciudadana, tan autorizadas fueron las plumas que sostenían la tesis nacionalista, que el mismo liberalismo cedió terreno, y permitió que Núñez enarbolará la nueva bandera de la Regeneración.

“El partido conservador, dice don Carlos E. Restrepo, comentando en sus “Orientaciones Republicanas” el caso Núñez, lejos de exigir que el doctor Núñez y la Regeneración se conservatizaran, rechazó esa idea como absurda, indigna y despreciable en 1883; dos años antes del triunfo regenerador, escribía don José María Samper, uno de los más autorizados voceros del partido, al doctor Núñez, estas opiniones categóricas, acogidas y ratificadas por el último: “Los adversarios de Ud.,—le cantaban las sirenas conservadoras a Núñez—han hecho mil esfuerzos para inculcar en el ánimo de la gente superficial esta especie, que es un puro sofisma electoral o candidatorial: que usted ha sido simplemente el candidato del partido conservador, que ha cambiado sustancialmente de ideas, y que, al llegar a la presidencia, entregará el Poder a los conservadores. — Esto es soberanamente absurdo. Yo, conservador progresista, científicamente liberal (como ahora se llaman los *amplios* en el Ecuador), con esta bandera conservadora: *In Justicia libertas*, he sido ardiente partidario de la elección de usted, precisamente por ser usted liberal, y tal como es. Un presidente conservador traería la guerra, no porque él viniera a hacerla, sino porque se la harían muchísimos liberales; y como anhelo por la paz, yo, conservador, no quiero un presidente copartidario. Si yo le hubiese creído a usted capaz de entregarnos la República, haciendo traición a los liberales, no habría sido favorable a la candidatura de Ud. ¿Por qué? En primer lugar, porque me habría inspirado, a priori, profundo desprecio, y yo jamás voto por los que tal sentimiento me inspiran. Yo necesito que aquellos por quienes sufrago y a quienes sostengo con

mi palabra y con mi pluma, merezcan mi estimación." Y después de todo esto, concluye irónicamente el señor Restrepo, "el partido conservador llegó a ser y continúa siendo, el dueño exclusivo de la República...."

¿Como pudo operarse el desplazamiento liberal?— A base de propaganda doctrinaria sofística, y el golpe decisivo se efectuó en el debate electoral que exaltó a la Vicepresidencia a don Manuel Antonio Caro, líder de la intransigencia conservadora.

## XLIV

### DEL "NACIONALISMO" EN COLOMBIA

"Y la regeneración fue.

El cómo, es demasiado conocido. Parte del liberalismo se alzó en armas contra el gobierno nacional presidido por el doctor Núñez, a quien el partido independiente y el conservatismo habían llevado a la Presidencia de la República en 1884. Los conservadores se unieron, en defensa del gobierno nacional, con aquella fracción del liberalismo, y triunfaron después de sangrienta lucha.

Así quedó coronado el anhelo regenerador, y para fundirlo en sólo haz y borrar antiguas denominaciones, independiente (léase *liberales*) y conservadores renunciaron a sus nombres anteriores y se alistaron con el sugestivo y AMPLIO de *partido nacional*.

Mas, por encima del vocablo nuevo—que al fin era una palabra—subsistió un hecho que no debe olvidarse y que fue decisivo en el futuro de la transformación política que se había verificado: la fracción independiente (liberal) era muy inferior en número, en influencias y, por consiguiente, en fuerza, al partido conservador compacto y armado. Por ley natural, desde un principio, aquella fracción empezó a girar dentro de la órbita de atracción de ese partido, hasta que el conservatismo



fue lo que hoy es, astro único, y los independientes (los ingenuos liberales) se esfumaron como una nebulosa." Restrepo. — "Orientaciones Republicanas", pág. 47 y siguientes.

Sin embargo de todo lo que ocurría al rededor suyo, el doctor Núñez, a pesar de su enorme talento, no veía nada, su ideal de regeneración le había deslumbrado, y continuaba creyendo en el sofisma político denominado "nacionalismo".

Por su parte, los conservadores, en un acuerdo táctico continuaban manteniendo la farsa, cuyos resultados definitivos no debían comprometer por una precipitación imprudente.

Y el partido conservador había llegado al Poder con la ocupación de todos los puestos de prestigio e influencias en la administración; tenía además la fuerza en sus manos con la *nacionalización del ejército*, pero quedaban cerca de Núñez algunas personalidades liberales en atisbo de situaciones para alcanzar la salvación del partido. El General Marcelino Vélez encarnaba esa última aspiración.

"Hay incidentes, no poco significativos, que deben recomendarse, continúa Restrepo en la obra citada: de 1885 a 1891 los antiguos conservadores e independientes trataron de olvidar los viejos nombres, y en sus publicaciones de esa época casi no se registra sino esta expresión: *miembros del partido nacional*. El pudor de no llamarse conservadores lo mantuvieron los más tenaces nacionalistas, como don Marco Fidel Suárez, hasta la concentración conservadora de 1911. El mismo fenómeno pudo observarse de 1909 a 1911, cuando en el fervor de la Unión Republicana se olvidaron entre sus miembros los rótulos de conservadores y liberales, para reaparecer—en una concentración de odios—con los más hirientes de *godos* y de *rojos*."

Núñez sólo pudo ver claro, cuando se reunió el Consejo Nacional de Delegatarios en 1885 para expedir las *Bases de una reforma constitucional*, habiendo prevalecido en último término, cuando la Constituyente de 1886 sancionó el nuevo pacto político, el proyecto

no sólo conservador sino absolutista de don Manuel Antonio Caro. Con cualquier pretexto se ausentó de la Capital y consiguió, por ese medio, que su firma no autorizara el evangelio conservador que, tan ortodoxo y científico como quedó, no era el suyo. El doctor Núñez había dicho, y para cumplir, que él no se embarcaba en nave que se iba a pique. Debe recordarse que con la Constitución de 1863 había usado de un ardid semejante: veinte días después de instalada la Convención, pidió permiso para separarse de las sesiones y se retiró sin discutir siquiera la ley fundamental que iba a expedirse. — El mismo conflicto se iba a presentar, pero más álgido, cinco años más tarde, entre la Regeneración y el conservatismo . . . y también se resolvió en el triunfo de la hegemonía conservadora."

Esta situación política lamentable en que quedó enredado el doctor Núñez, le obligó a alejarse a Cartagena, enfermo de tristeza, al contemplar y palpar el fracaso de su partido nacional regenerador, dejando en el poder al primer designado don Carlos Holguín.

Y empezó entonces el clericalismo intransigente a sacar las uñas de tigre que había guardado bajo el posizio de su piel de oveja. El destierro de Juan de Dios Uribe, la prisión de César Canto, los decretos terroristas que amordazaban a la prensa, probaban ya que el nacionalismo daba sus frutos, pero la hora decisiva, ya no de la regeneración de Núñez que era un fracaso, sino del liberalismo en el poder, en el que no era ya sino una sombra, se produjo en donde debía producirse, en el debate electoral de 1892.

Se trataba de elegir Vicepresidente de la República, y el doctor Núñez quiso sostener la candidatura del General Marcelino Vélez, último esperanza del sentimiento liberal. Los conservadores urgieron como una conquista positiva de la Regeneración, que se declare la libertad de sufragar, estrechando así contra la pared al doctor Núñez con su propia espada. El *pobre regenerador* permaneció neutral y espectador durante los siete primeros meses, hasta que al fin se produjo la crisis moral en el alma de Núñez, pues el fracaso político

ya se había realizado. La situación electoral quedó planteada así: Núñez, aunque impotente sostenía la candidatura del General Vélez, conforme al pensamiento regenerador, o cedía a la influencia conservadora ya en el poder, y la traición al liberalismo era un hecho consumado. Y sucedió lo que tenía que suceder: Núñez se convino al fin con la candidatura de Caro, y concluyó así, claudicante, el partido nacional.

"La oposición reclamaba el cumplimiento de las promesas regeneradoras (la oposición ya era entonces el liberalismo) y se rebelaba contra la candidatura oficial; mas para el doctor Holguín y sus amigos primero era el deber de conservación que cualquiera otros. Entonces, como hoy, el triunfo y la hegemonía del partido debía primar "sobre ideales generosos pero irrealizables" y, antes que el suicidio, había que admitir la intervención del Gobierno en asuntos electorales".—(Restrepo, op. cit.)

Esta doctrina la expuso sin páleativos don Marco Fidel Suárez, en una carta de adhesión a Caro: "Hay que confiar también, decía, en las lecciones de la experiencia. Sería labor desgraciada el anteponer ideales generosos pero irrealizables al supremo deber de la conservación. El Partido Nacional es muy cuerdo para admitir que algún mal puede justificar el suicidio, y sabe que no hay labor más desastroza y digna de las maldiciones del cielo y de la tierra que la de pelear los hermanos dentro de una fosa como Hamlet y Leartes. —Pasaron ya seguramente los tiempos en que el ideal de la dignidad política era la iracunda indisciplina de las democracias furiosas. En Colombia hemos visto ya que a eso es bastante preferible la práctica de los verdaderos partidos que no tienen a mengua seguir la voz de su jefe, ya sea ese jefe Gladstone, ya sea el Presidente honorario (Holguín) de una República".

Y triunfó Caro, y con él el conservadorismo en Colombia.

Después de una tremenda guerra, en la que coadyuvó eficazmente el General Eloy Alfaro, para que el liberalismo vuelva al poder en Colombia, el General

Uribe Uribe alcanzó en el Parlamento la representación de la minoría liberal, como la concesión máxima del partido conservador triunfante, pues que la fórmula electoral de don Marco Fidel está aun en vigencia: "SERÁ LA LABOR DESGRACIADA EL ANTEPONER IDEALES GENEROSOS PERO IRREALIZABLES AL SUPREMO DEBER DE LA CONSERVACIÓN".

## XLV

### NUESTRO SALUDO AL CANDIDATO DE LA ASAMBLEA LIBERAL

Señor doctor Córdova: Séais bien venido, porque vuestro arribo a la Patria en momentos de honda excitación política, en que el estallido de las pasiones pueden herir de muerte a la nacionalidad, por efecto de la crisis económica interna, por el amago de arreglos internacionales que afectan al Ecuador aunque se estipulen por países vecinos; porque el último dique que contiene el desborde revolucionario está minado, por la ambición de arribistas a la Presidencia de la República, por el acumulo de fuerzas clericales dentro y fuera del régimen, por la hidra regionalista que amenaza con hegemonías ya imposibles, y por la hipócrita propaganda nacionalista, que injuriando al liberalismo genuino del Gobierno, empuja con su zalemas al desastre: por todos estos motivos y otros más, vuestro arribo a la patria es de alta significación histórica.

Porque vos, señor doctor Córdova, representeis este momento el abanderado en cuyas manos ha puesto el liberalismo su estandarte rojo, en la seguridad de que sabréis mantenerlo en alto, ahora que vientos de tempestad soplan quedamente en la brasa encendida por la ambición sectárea, y que seguramente será mañana hoguera si con gran entereza no se dirige la nave al mar abierto de liberalismo, salvando los escollos en los que

las sirenas del nacionalismo cantan su canción envanecedora, para provocar la catástrofe.

Sois el candidato proclamado por la gran Asamblea Liberal, y como representáis a un partido, es decir a una parte de la opinión nacional, sería necio hablar de orígenes populares, si con esto se quisiese significar una opinión unánime del país. No, frente a vuestra candidatura existen otras, que es preciso respetar en lo que signifiquen una aspiración justa, y un pensamiento progresista. Pero es bien sabido también que el liberalismo es poder en este instante, y tiene las responsabilidades históricas de quien gobierna y salva o compromete los destinos futuros del país. La hegemonía liberal es un hecho, y tiene que ser también un hecho la conservación de esa conquista de la transformación política del 95, que lenta y dolorosamente ha cumplido y seguirá cumpliendo su rol civilizador en la historia.

La primera incógnita que tiene que despejar este momento político electoral, es el mantenimiento de la paz, como la suprema garantía del Gobierno a la vida ciudadana, que se revuelve inquieta, espectante, en la angustia de que los augures funestos tengan su cumplimiento. Y los factores que conspiran son: el clericalismo redivivo y pujante, con más intransigencia que nunca tuvo la secta inquisitorial; la ambición sin bandera, anónima, que quisiera ser poder, por los caminos del sufragio libre o por las veredas extraviadas de la monotonía descalificada; y, el regionalismo irreductible, que habla de hegemonías y que tiene el estandarte amarillo de las oligarquías, como antigua divisa de este malestar hondo, que afecta a la economía nacional en sus fuentes vivas.

El Gobierno sabrá, si al contrarrestar estas realidades, mantiene la paz dejando que la triple conspiración llegue al filo del abismo, para allí detenerla con cruentos sacrificios, o si pone su influencia al servicio de la causa liberal, en donde está genuinamente representada, y liga a la futura administración con la presente, en la que esta tiene de honrada y serena man-

tenedora de las aspiraciones nacionales, en orden al bienestar común.

El jesuitismo de cierta prensa camaleónica ha encontrado una manera muy ingenua para atacar al liberalismo y sus gobiernos, abogando por el trasplante de sistemas políticos exóticos, como el fascismo; por los golpes de cuartel, como el de Primo de Rivera o por esa invención de los transfugas, que se llamó en Colombia, nacionalismo, y se hundió para siempre con Rafael Núñez, en los antros estigmatizadores de la historia.

Hace tres días dijo a este propósito "El Comercio", refiriéndose al actual Gobierno: "Ese distintivo de su administración, ese sello con que pasará a la Historia su Gobierno, ha sido motivo de aplauso para algunos y de constante censura para otros. NACIONALISMO le han llamado, y como si esa palabra hubiese sido un cargo, un reproche y un insulto, no han cesado en estos tres años de lanzarla a la cara del Jefe de la Nación,—Pero no está por demás que lo recordemos, en estos momentos solemnes, esa peculiaridad de su administración, para que sepa sostenerla hasta el último día de su período constitucional; y más que todo, para que la justifique, le dé un girón más de gloria con el que sería el más laudable de todos sus actos, con la completa libertad de sufragio en los comicios de enero".

Y los que ayer colmaron de injurias a las administraciones liberales, de las cuales ésta del Dr. Tamayo no es sino un eslabón, y que para decir la expresión máxima conminadora se exhumó la frase truncada del General Julio Andrade que obligué a rectificar; los que todos los días hablan del desgobierno a título de defensores, hoy ya pronuncian la palabra gloria, ya pretenden hacerse perdonar, para obtener un pasaporte oficial que dignifique al término "nacionalismo" inventado por los ultra-conservadores y sustentado por "El Comercio", declarado también conservador por su colega "El Derecho". Es falso que en ningún documento oficial ni particular del Sr. Dr. Tamayo conste ese término "nacionalismo" como lema de su gobierno. Que

otros lo hayan usado en la oposición, eso no afecta a quien no lo ha recogido como engendro propio.

Y esta es, Sr. Dr. Córdova, la actual situación, cuya gravedad reconocida hasta por la prensa más insidiosa, obligó a agruparse en un solo bloque al liberalismo, cuya resultante fue la gran Asamblea Liberal, que dictó un programa; que aprobó sus estatutos y eligió su candidato para la Presidencia de la República.

Bien ha estado, por lo mismo, que al aceptar la candidatura, hayáis declarado vuestro el programa de la Asamblea. Pero ese hecho—oídlo bien, Sr. Dr. Córdova—si os liga inquebrantablemente al ideal liberal, si fuese vuestro el éxito, que lo será, no os obliga personalmente a ningún hombre ni a ningún círculo, porque eso destruiría el pensamiento del programa. Queremos un Presidente sin compromisos, sin argollas, desligado en fin de toda trama política que entorpezca su labor. Queremos el respeto al pasado histórico liberal en todo lo que éste tenga de respetable; y queremos también que no se exija la incondicionalidad como signo de lealtad, sino la razonada y culta expresión del pensamiento, como el distintivo de hombres, de amigos si se quiere, pero no de esbirros, producto político con que se fabrican todas las traiciones.

Y porque el liberalismo que reconoce vuestra candidatura como una expresión de la Asamblea, está persuadido que vos encarnáis, Sr. Dr. Córdova, el hombre que sintetiza la urgencia del ejecutor de un programa de acción liberal, henos aquí, dispuestos a cooperar a vuestra exaltación los viejos amigos, los que os combatieron leal y noblemente, los que os fueron indiferentes, y los que un día perdieron la fe en las promesas de los gobiernos, como fieles mandatarios que debían ser de la conservación del liberalismo en el poder, "cueste lo que costare", para usar de una terrible frase episcopal.

Ya la insidia, la baja intriga, os empieza a pedir, Sr. Dr. Córdova, distingos y límites en vuestras amistades. Despreocupaos, vuestros verdaderos amigos, y vuestros partidarios dentro de la disciplina liberal, no

perán el estorbo ni los que os suministren antipatías. Ya nuestro partido político tiene organización, cimenta normas políticas nobles, ajenas a toda baja ambición, a los odios y envidias intransigentes de círculo.

Sr. Dr. Córdova: la hora en que habéis arribado felizmente a la patria es oportuna y solemne. De las decisiones políticas de estos días depende la estabilidad de la paz, don generoso del actual gobierno; la consolidación del liberalismo, ansiedad fervorosa de la concentración que sostiene vuestra candidatura; y la promesa cumplida de mejores días para el Ecuador, aspiración de la conciencia ciudadana, que hace votos porque la sucesión pacífica presidencial, tenga éxito sin los peligros de ensayos generosos, pero irrealizables.

## XLVI

### EL CLERICALISMO: HE AHÍ EL ENEMIGO!

Rouget Deldía, inteligente colaborador de "El Día", escribe en su crónica ibarreña del 28 de noviembre, lo siguiente: "Se ha descubierto—y puedo decir que me consta—que, en la frontera neocolombiana, unos exaltados partidarios de un candidato presidenciable han comprado rifles y cartuchos según se dice, con la complicidad, o por lo menos, censurable indiferencia u omisión del cuidado que deben tener ciertas autoridades fronterizas, para que un vecino y hermano tenga paz en la casa, y no sea expuesto a los horrores de sangre de una guerra civil. Además otro candidato presidenciable—también puedo decir que me consta—dice que intenta y se prepara a desempeñar el papel de Primo de Rivera, y con este fin trata de atraérselos a los principales batallones de nuestro ejército".

"Pero vamos a los hechos, continúa Rouget, y a clamar contra ellos; porque quizá un lloroso clamor oportuno pueda hacerles desistir a los ciegos hermanos



nuestros. No son para ocultar los motivos que los exaltados encuentran, para la amenaza de revolución. Los clericales parece que intentan jugar su última carta; porque creen que otra ocasión más propicia y oportuna no volverán a tenerla, con medio gobierno a su favor, y el apoyo patentísimo y amenazante de ambos vecinos, del norte y del sur, clericales. Mas, para estos hermanos conservadores clericales, debe bastarles la consideración de que la idea religiosa, en ningún caso, es lícito imponerla a balazos; y de que la vida del hombre es sagrada, y está contra el *derecho de insurrección*, negado por todos los verdaderos moralistas, inclusive, hasta ahora poco ha, el señor Arzobispo Pólit... Libraos, pues, ¡oh! hermanos conservadores, de manchar vuestras manos con la sangre de un hermano, por malo o liberal que lo creáis”.

Son demasiado concretas las afirmaciones anteriores, para que no merezcan la atención de un comentarista.

Efectivamente, la campaña del clericalismo para intervenir en las elecciones de enero, ya no es un misterio para nadie. Ni podía ser encubierta, porque en el juego electoral, llega el preciso momento en que hay que arrojar sobre la mesa las cartas de la baraja política, de buen o mal ánimo.

Y ese momento ha llegado.

El clericalismo fue el primero en lanzarse a la propaganda, en la famosa pastoral de hace un año justo, en la que Monseñor Pólit manifestó el deseo de echar abajo el liberalismo, “cueste lo que costare”.

Consecuente con esta proclama, el ejército negro se ha movido en la sombra durante todo el curso de este año, en la propaganda oral y escrita. El último folleto de esta cruzada se intitula así: “Participación del Clero y de los católicos en la política”.—“La voz de Roma”.—Carta pastoral que dirige a sus diócesanos el Ilmo. don Gilberto Fuenzalida Guzmán, obispo chileno de Concepción. Reimpreso en Quito por mandato del Directorio Supremo del Partido Conservador Ecuatoriano”.

En las setenta páginas del opúsculo referido se pretende probar por *a* más *b*, que es preciso extirpar la herejía y hacer prevalecer el dogma, por cualquiera de los métodos aconsejados por el catolicismo fanático, esto es, por una massacre de liberales, por la insurrección contra el orden constituido, en fin, por las purificaciones del agua tefana, el puñal o el veneno de la Mónica secreta. Y como todo ha progresado, hasta las maneras inquisitoriales, ya la propaganda al pasar por los cilindros de la prensa, toma los relieves de la insinuación sociológica, las sutilezas de los distingos del Derecho Público Eclesiástico; y, se puede llegar a la hoguera, convencidos por los métodos pedagógicos, más bien que por las cadenas que ataron al poste expiatorio, las carnes mártirizadas de Giordano Bruno.

Así, la célebre pastoral política de Monseñor Pólit aconsejó el derecho de insurrección si la libertad electoral sufría por la millonésima vez una quiebra en la vida de la República. Eso se llama jugar con *malilla*, Monseñor!

Es difícil inventar la pólvora cualquier rato, porque puede estallar en las manos del alquimista, condenándolo a una merecida mutilación. Todas las maravillosas creaciones de las ciencias prácticas han obedecido a la ley de la eterna gestación natural, que obliga a la lentitud para el perfeccionamiento, que cuaja en las hulleras los diamantes, Monseñor!

Además, los pueblos ecuatorianos han progresado por la acción liberal del tiempo, auxiliada por las fórmulas políticas que garantizan a la conciencia autónoma y todo intento regresivo, si aparentemente triunfa un instante, provoca la reacción que en la revancha no respeta lo que toleró en la paz; y, lo que es horrible, esas acciones y reacciones de la química social, vierten un precipitado que se llama sangre humana, Monseñor!

Por estas consideraciones, permita el apostolado realmente cristiano, que fije en el cayado apostólico una joya histórica, de la rica herencia moral y cívica del egregio apóstol Federico González Suárez.

He aquí este documento inédito que la buena suerte ha puesto en mis manos:

"Telegrama de Tulcán.—Marzo 3.—Señor General Plaza.—Excmo. señor:—Por un telegrama que ayer recibí de Ibarra sé que ha llegado a esa ciudad y que ha de pasar a Quito, con plena autorización de V. E., el Rvdo. P. Alfonso, Superior de los Capuchinos que residen en la vecina República de Colombia. Ignoro el asunto que pretenda tratar en Quito ese Padre; pero si acaso le pidiera a V. E. permiso para que los capuchinos regresen al Ecuador, le ruego a V. E. que no condescienda con semejante pretensión. Si V. E. condescendiera con el regreso de esos religiosos al Carchi o a Imbabura, haría con sólo eso un gravísimo daño a la tranquilidad pública. Esos religiosos no sólo toman una parte muy activa en la política sino que fomentan los odios y ahondan las divisiones de los partidos. Las últimas revoluciones, las invasiones y las guerras incesantes en la frontera a ellos se les debe. No suelen guardar armonía con la autoridad episcopal y por el contrario son factores de cismas escandalosos. Contra mi antecesor en la Diócesis de Ibarra, el ahora digno Arzobispo de Quito, publicó uno de ellos un libelo infamatorio; y contra mí ellos son los que más calumnias han hecho por la prensa en Pasto. Yo no soy enemigo de los religiosos; pero sí soy y seré enemigo de todo lo que contribuya a perturbar la paz y la tranquilidad pública en nuestra nación. ESOS PADRES ESTÁN CON SUS MANOS EMPAPADAS CON SANGRE ECUATORIANA. Puede ser que esta mi actitud me cueste la vida: no importa, me sacrifico por el bien público.—De V. E., obsecuente servidor y sincero amigo.—Federico, Obispo de Ibarra".

El clericalismo, he ahí el enemigo!

De nuevo se rumorea en las provincias del Norte, la efectividad de una conspiración ultramontana, auxiliada por el clericalismo colombiano. Se habla del acumulo de rifles, de cohecho de cuarteles, de un plan tenebroso que se extiende subterráneamente, por todo el Ecuador. ¿Es que en verdad se trata de dar cum-

plimiento a la proclama episcopal? ¿Es cierto, positivamente, que el clericalismo quiere conquistar el Poder cueste lo que costare?

Y lo peor es que la última gira de Monseñor Pólit, está coincidiendo con estos amagos de Guerra Santa?

Pero al fin, ¿cuál es el candidato de Monseñor?— El Dr. Córdova? El Sr. Intriago? El Sr. Lasso?

Porque no es posible creer que la Curia gaste su plata, como la está malogrando, en la esperanza de triunfar con el doctor Arízaga o el doctor Rivadencira, candidaturas de la más pura cepa terrorista. Nó, en el caso en que se halla el clericalismo en el Ecuador, la reconquista puede efectuarse por el desalojamiento o *sacamanteca* administrativo, provocando y pagando revoluciones entre liberales, cueste lo que costare, o yéndole francamente a ejercitar el derecho de insurrección. Estos tres métodos combinados dan un éxito seguro; pero lanzarse candorosamente a querer llegar a ser gobierno a pura máquina electoral, eso no lo consiguen sino los candidatos oficiales, y aunque el *sacamanteca* curuchupa ha sido bueno, no da pie todavía sino para conspirar por mano ajena. ¿Y qué candidato podría acompañar en esta cruzada a Monseñor?

¿El candidato de la Asamblea Liberal? ¡Imposible!

¿El señor Intriago?—Francamente se queda uno perplejo cuando considera que en Quito encabeza el movimiento intriaguista—si es que realmente existe intriaguismo—el Sr. Dr. Borja. ¡Pero el Sr. Dr. Borja no es conservador, ni se jacta de liberal!! ¿Qué va a pasar con el intriaguismo?

¿Será el señor Lasso el candidato de Monseñor? Ya quedó probado en otro lugar de estas crónicas, que por lo que respécta a puntos doctrinarios del programa, el lassismo puede regenerarse con la bendición del Papa. ¡Y además recordamos sus priostazgos, la sonrisa de los curas cuando se habla de esta candidatura! Pero después de todo, sea liberal o conservador el Sr. Lasso, es un excelente caballero, al que parece preocuparle mucho la cuestión económica del Ecuador, y se puede esperar que triunfe o fracase con sus fuerzas,

porque la aceptación de que el clero juegue un papel electoral con su nombre, lo perdería políticamente, en el concepto de tirios y troyanos.

No olvide el señor Lasco la expresión de Víctor Hugo: el clericalismo: he ahí el enemigo!

## XLVII

### ¿CONVIENE QUE HAYA HEREJES?

San Agustín afirma que sí, que es conveniente que haya herejes. Porque si desapareciesen totalmente de la redondez de la tierra, el apostolado que cree estar en posesión exclusiva de la verdad, y declara herejía lo que no coincide con su criterio, cae en caso de inacción, de tedio, y la murria acabaría por hacer brotar el cisma en las propias filas. ¿Qué habría sido de la santa inquisición sin los herejes? ¿Qué haría el catolicismo mañana si desaparecieran por cualquier accidente o método convencedor los disidentes?

Las oposiciones en materia religiosa o política son necesarísimas, porque ellas revelan tantas cosas, agitan tantas opiniones, dá relieve a tantas personas confundidas en el conglomerado social, que sin el choque de las ideas no se condensarían las grandes renovaciones sociales.

Lo que interesa es tener ecuanimidad para la lucha y no dejarse arrastrar por la réplica grotesca o por la insidia alevosa.

Y, personalmente, sigo mirando con profunda indiferencia a los que han colocado frente a mi tienda a una hija de verdulera, para que *menudee* groserías, en la impotencia de la réplica decorosa, o a los que denigran, a los que creen vencer con la insidia, en la carencia absoluta de ideales. Es conocido el apotegma que caracteriza el resultado de los debates en forma polémica: "sólo insultan los vencidos!"

Ha sido de mi particular agrado un hecho exacto, que lo recuerda "Humanidad", diario del lassismo lugareño, relativo a que Petronio, Director de "La Nación", que hizo propaganda por el Dr. Tamayo, cuando el tamayismo era aun pecado, y combatió naturalmente al Dr. Córdova, en el torneo electoral de hace cuatro años.

Porque este recuerdo se asocia a hechos muy significativos que debían denunciarse alguna vez para satisfacción propia.

Pronunciado el diario "La Nación" por la candidatura del Dr. Tamayo, fue invitado su Director a formar parte del Directorio principal de Quito y concurrió la noche de la inauguración, convencido de encontrar allí los elementos políticos que se indicó concurrirían. Y el desencanto fue enorme. Exceptuadas tres o cuatro personas, ese centro carecía de personalidades representativas en la política, en las letras, en la vida social, y el desacierto culminó con la elección para presidirlo, a un buen señor que era una improvisación lamentable en política. Eso reveló claramente que el tamayismo carecía de ambiente.

En vista de ese suceso, Petronio se encastilló en su diario y no volvió más al Directorio. Pero eso no le libró del asedio previsto, y un emjambre de colaboradores espontáneos, borroneaban horrores contra el prójimo, contra la gramática, y contra todo ideal político. Y ese cardumen de cosas iba al canasto de papeles inútiles inmisericordiosamente. Los colaboradores se indignaban, vociferaban, ante la negativa de aceptar para "La Nación" el desprestigio del Directorio. Hasta que un buen día, se reunió éste, y le plantó, así como suena, un "voto de censura", a Petronio, y le denunció ante el Dr. Tamayo como elemento adverso a una propaganda de esas de factura antigua, en que se insulta, se calumnia, se exhuma porquerías, se inventa listas interminables de adhesiones, se falsifican correspondencias de todos los puntos de la República, diciendo maravillas del santo de la devoción, y echando pestes del adversario, pero esa propaganda fue desautorizada

por el Dr. Tamayo, quien escribió que, sino quedaba a discreción de Petronio la campaña electoral por la prensa, preferiría que ésta se suprima.

Esta actitud dejó en paz a la Dirección y Redacción del diario tamayista, y la lucha se sostuvo con decoro, con buen temple y prudente discreción, más bien desviando los golpes, que dándolos; y tan correcta tenía que haber sido la campaña, que al otro día de iniciada la nueva administración y conocido ya el Gabinete, el Directorio del Círculo Liberal-Radical que funcionó en esta ciudad, compuesto de casi todos los adversarios de la política electoral del día anterior, invitó a Petronio y le designó vocal. Y el Sr. Dr. Córdova le siguió honrando con su amistad.

No sucedió lo propio, cuando clausuradas las oficinas de "La Nación", ocho días después de terminadas las elecciones, por manos del mismo Petronio, quien se retiró al silencio de su estudio, sin volver a ver más al Dr. Tamayo, sino tres o cuatro ocasiones en su período presidencial, por asuntos relacionados con una gran utopía patriótica que ha mantenido en medio de la incomprensión o el egoísmo, sin fastidiar jamás al señor Presidente de la República con peticiones o empeños por algo o por alguien, no sucedió lo propio, digo, con los Directores de "El Mercurio", publicación que constituyó un apéndice innecesario y contraproducente de tamayismo electoral, periódico que encendió odios reconcentrados y se cebó en el régimen fenecido. El personal de "El Mercurio" auspicia hoy la candidatura Lasso, con "Humanidad" como vocero.

Pues bien, llamado de este retiro en el que Petronio estaba dedicado a publicar sus libros, sus folletos de propaganda doctrinaria, llamado para formar parte de la Asamblea Liberal, concurrió entusiasta, y en la primera sesión apoyó la idea que estableció el orden en el trabajo, dando toda preferencia al estudio del Programa Liberal y la organización del Partido, posponiendo hasta el fin, la elección del candidato. El Ecuador sabe los resultados de la Asamblea Liberal y su importancia radica en el Programa y Estatutos aproba-

dos. La designación del candidato, como no fue producto de una entente previa, ni de consigna de círculo, no resultó por elección unánime, y el Sr. Dr. Córdova obtuvo la mayoría de votos, pero también otros ciudadanos obtuvieron algunos. Y, pásmense los oportunistas, entre los veinte y siete votos del Dr. Córdova, no está el de Petronio asambleísta.

Y no votó, precisamente, por ese punto de delicadeza, resultante de la anterior campaña electoral. Y cuando los amigos quisieron honrarle nombrándole vocal del Directorio Central Córdovista, Petronio se excusó por razones personalísimas, que no afectan al prestigio del candidato.

Es que Petronio jamás puede traicionar a su espíritu, y por eso prefirió encerrarse en su estudio, antes que ir a tentar oportunidades políticas, después que fue exaltado el doctor Tamayo a la Presidencia, como no ha buscado tampoco un puente para pasarse al cordovismo.

Y como toda mi campaña ideológica había encontrado eco en la Asamblea, y he constatado con inmenso placer que en el Programa del Partido Liberal se han cristalizado muchos de mis grandes anhelos doctrinarios, mi entusiasmo porque ese Programa tenga cumplimiento, no tiene límites ni convencionalismos. Y si nunca abrigué odios para nadie y menos para el doctor Córdova, ¿qué lógica existe en el argumento relativo a que, quien fue alguna vez opositor ha de ser eternamente? Si las incondicionalidades en favor o en contra de una situación tienen que ser inmutables, ¿por qué "Humanidad" combate crudamente al doctor Tamayo, cuando ayer le ensalzó hasta la exageración en "El Mercurio"? El personal de estos periódicos es el mismo, con la única diferencia de que uno de los redactores estuvo en "La Tribuna" con igual fervor que en "Humanidad".

A través de mi lente sólo tienen relieve las ideas. Los hombres son lo accidental. Por eso no tengo empacho en declararle al señor doctor Córdova que como asambleísta no voté por su candidatura. Y que cuan-



do la mayoría exaltó su nombre, y la concentración se ha presentado como un hecho, sin consultar a nadie, ni aún a los más acendrados cordovistas, resolví sostener una campaña en pro de los ideales sustentados por la Asamblea, señalar probables derroteros en la incertidumbre del momento, denunciar la urgencia de mantener la paz ante el peligro clerical evidente, definir los criterios políticos con la posible claridad, y augurar que el hecho de que el Gobierno no se haya atendido a un aspecto regionalista para imprimir una nueva orientación en el país, necesita cohesión, disciplina para ser fuertes y arrancar al Ecuador de las manos de las oligarquías, que obstaculizan las mejores intenciones de los gobernantes; cuando todos estos aspectos políticos han ido desarrollándose por rumbos inesperados y plenos de promesas para la renovación ¿por qué no cooperar a la exaltación del doctor Córdova a la Presidencia, sin otro predicamento que el de liberal? ¿En dónde está la claudicación?

Tan exenta de ambiciones personales ha sido mi labor, que casi todas mis crónicas han merecido el honor de ser reproducidas en la prensa culta de Guayaquil, y singularmente "El Telégrafo" que respeta su tradición liberal y no hace política de campanario, reproduce también mis estudios en sus columnas. Lo que prueba que en esa producción dominan las ideas, no el odio o la simpatía por los hombres, y menos el afán de un mendrugo, que quien tiene dos brazos fuertes y una cabeza sana, no tiene por qué sacrificar su espíritu.

Y todo lo dicho prueba la utilidad de la existencia de los herejes, que, naturalmente, digan herejías. Sin la aviesa intención de "Humanidad", ¿cómo habría podido despacharme en esta réplica?

Pero después de todo, "Humanidad" ha tratado de herir mi dignidad, pero no ha contestado a mi pregunta, sin asomos de injuria: ¿Es verdad que la candidatura Lasso esta apoyada por los ultra-conservadores y propagada y recomendada por el clero?

He aquí un bello motivo para que el señor Lasso exhiba y concrete su programa doctrinario, y no para que ordene que se denigre.

## XLVIII

### LA ALIANZA LASSO-PÓLIT LASO

Permítanme tratar del *lazo* en que está cayendo el Partido Liberal a propósito de la cuestión eleccionaria.

Quiero partir del supuesto de que don Juan Manuel Lasso es real y positivamente liberal.

Además, quiero también creer que sus condiciones de ciudadano reúne todas las exigencias constitucionales, como la de haber nacido en el territorio del Ecuador, para poder ser elegido Presidente.

Y quiero aceptar, finalmente, que además del hecho casual de la posición y la fortuna, adorna también al candidato señor Lasso, la competencia del estadista y los antecedentes históricos del político.

Y en estas condiciones ventajosas para una candidatura, mantengo que la plataforma electoral es falsa para el señor Lasso, peligrosa para el mantenimiento de la paz, y atentatorio a la hegemonía liberal.

La *entente-cordiale* entre el señor Lasso y lo más encopetado del ultramontanismo, lo evidencian ya sin reservas estos mismos elementos que creen haber encontrado la coyuntura que les faltaba para legitimar un movimiento político reaccionario, que viene fermentando lentamente, auspiciado por el fracaso de las administraciones liberales, en lo que concierne a la situación económica, motivo invocado por el lassismo para cohonestar su actitud.

Tampoco oculta Monseñor Pólit y su ejército negro sus simpatías por el éxito del señor Lasso, y dirige personalmente el movimiento electoral.

Todo esto sobre la base de la abstención del gobierno liberal presidido por el señor doctor Tamayo, en el debate y resultado de las elecciones de enero.

El plan clerical queda en descubierto si se considera que, si realmente es liberal el señor Lasso, no se le apoyaría así con tanto fervor como lo está haciendo, para la exaltación a la Presidencia de la República. Si creen los clericales en el liberalismo de esta candidatura, y con todo la apoyan, ¿qué pretenden? La situación oscila entre la verdadera filiación del candidato y el entresijo clerical *in pectore*, para evoluciones posteriores. Y esta plataforma es falsa políticamente para el señor Lasso.

Si esta consideración se une con el plan clerical reaccionario, denunciado expresamente en un documento episcopal, el desarrollo de los acontecimientos puede tener este final. Con el apoyo del clericalismo supongamos que se cumpla el ofrecimiento de la prensa ultramontana, que afirma la posibilidad de levantar a las masas católicas como un solo hombre a ejercer el derecho del sufragio, y que el señor Lasso obtiene la mayoría, ¿podría el liberalismo—no digo el Gobierno—consentir en que llegue a la Presidencia un hombre que debe su triunfo a los clericales? Esto en el supuesto de que ese hombre haya nacido en el Ecuador ¿y si además es extranjero? He aquí el punto en que el conflicto estallaría, primero, en el campo legal y luego en el revolucionario, que es a donde quieren llegar los clericales.

Y como estamos en el terreno de las suposiciones, concibamos también que el señor Lasso llega a Presidente, y contra lo inesperado, se declara liberal doctrinario en el Poder, ya que como candidato no lo ha hecho, ¿podría dominar con el elemento liberal que talvez tenga este momento a su lado y el que por el éxito le llegara, a esa masa del pueblo fanatizada que le presta el clero y el conservadorismo en asecho? He aquí comprometida la paz, única salvación del país en estos momentos de profunda crisis. El señor Lasso, como Monseñor Pólit en su proclama, solivianta el ánimo de

las masas, con el anuncio de resoluciones acerca de la cuestión social, sabedores de que ese resorte es sensible, pero también incendiario, y cuyas consecuencias sobrepasan a todas estas divagaciones imaginativas.

Y como la candidatura Lasso, o sea la favorecida con la sonrisa episcopal, no es la única, sino que el Sr. Intriago persigue también su antiguo afán de gobernar, con justísimo derecho, desde luego, he aquí una conflagración de intereses sectarios y personales, que el cordovismo o sea la expresión del liberalismo en este instante, tendría que contrarrestar violentamente, si por el imperio de elevados ideales no cede alguna de las fuerzas liberales en discordancia.

¿Que el Gobierno mantendrá la paz con el Ejército?

Es indudable que la milicia no es ya la fracción ciudadana mercenaria que vivía de los cuartelazos, y que la oficialidad es culta, ilustrada, y los altos Jefes honorabilísimos. Pero no será malo reparar que esas masas soliviantadas con declaraciones y promesas de un socialismo católico para la exportación, son el alma mater del Ejército, en cuyas entrañas se nutre y se multiplica. También Alfaro, con su prestigio de viejo caudillo, creyó que el golpe podía venir de cualquier parte, menos de sus cuarteles, y el once de agosto fue obra de unos pocos sargentos. Solamente que si se repitiera la trastada en las actuales circunstancias políticas, no sería la caída del Gobierno lo que se produjera, sino la del régimen liberal, para no reaccionar sino después de un siglo, porque la eliminación de los hugonotes liberales sería del Carchi al Macará. El juego electoral de este instante está, pues, comprometiendo la hegemonía liberal.

Y es preciso reaccionar a tiempo. Ya sea de parte de los candidatos si por un sentimiento liberal pudiesen llegar a una entente, ya sea de parte del Gobierno, resolviéndose inmediatamente a dar muestras sensibles de su deber elemental de sostener al liberalismo como poder, cueste lo que costare, a fin de que se forme un ambiente que garantice la conservación de la paz.

## XLIX

### LAS QUIEBRAS DEL PERIODISMO

Todavía en el Ecuador, donde la exaltación de los ánimos tienen la cualidad de enardecerse con la explosión de los trópicos, en un ambiente caldeado para todas las exhuberancias, los escritores recorren el vía crucis doloroso de las incomprensiones sociales, y el periodismo tiene la egoísta petulancia de cualquier empresa industrial, con los colaboradores en el trabajo diario de la prensa.

De las ruidosas polémicas conque Irrizarri mantuvo sus querellas con la no menos virulenta pluma del P. Solano, en los albores de la República, aún no desaparece el eco en las discusiones, que repercuten rudamente en "La Balanza" y "La Verdad Desnuda", que se confunden luego con el estrépito de la lucha de los periódicos de don Juan Sixto Bernal, con "El Zurriago" de don Gabriel García Moreno, los gritos exultantes de Valverde y Proaño contra Veintemilla, las campañas formidables de "El Diario de Avisos" contra "La Argolla", el desigual y prepotente batallar de Manuel J. Calle contra los regímenes liberales, conculcadores de los principios doctrinarios, y toda la erupción volcánica de la prensa panfletaria, tiene su expresión máxima en "El Cosmopolita", "Las Catilinarias" y la "Mercurial Eclesiástica" de Montalvo, el penacho más alto que ostenta la protesta, en la bandera de las Repúblicas americanas, aún convulsas, en los estremecimientos precursores de las grandes estratificaciones políticas.

Pero en esta época heroica de la prensa ecuatoriana, los periódicos son banderas desplegadas a los vientos de las reivindicaciones y restauraciones políticas; los grandes escritores son los que caen y levantan, y van al ostracismo y triunfan o saben morir con digni-

dad; el público se apasiona por los adalides y acude a ellos en los grandes momentos de la patria para apoyar su obra y salvar los principios, y los gobiernos consagran con el martirio, la aureola de los prestigios, de los grandes retóricos, de los grandes panfletarios y de los grandes escritores políticos.

Es la irrupción mercantilista lo que después vino a industrializar la prensa. Y el diarismo encontró una fórmula para justificar sus aberraciones, expresando en el carácter simplemente informativo, la finalidad periodística moderna, a imitación de los grandes rotativos yankees, que en todo ha encontrado la manera de forjar los dólares. Fue el señor Reinel, el empresario de ese sistema industrial, cuyo ejemplo lo siguieron "La Nación" de don Vicente Paz, y "El Telégrafo" de don Juan Murillo, periódicos de color político definido, plenos de ideales, y batalladores por el triunfo del liberalismo. "La Nación" pereció en una asonada y "El Telégrafo" guiado por la experta mano de don José Abel Castillo, ha salvado los escollos y limpiado la roña de sus máquinas, hasta convertirlo en el primer diario liberal—realmente independiente—del Ecuador. Castillo no es un escritor, pero es un gran patriota.

Y mientras en Guayaquil pudo cristalizar el diarismo, con su máximo exponente "El Telégrafo" y los demás diarios porteños se aproximan a la culminación, en Quito, el ambiente de la serranía, aún no permite el progreso franco, y presenciamos las más grandes quiebras del periodismo, por culpa de influencias bastardas en la germinación de los ideales de la prensa.

Los tirajes diarios no corresponden a los esfuerzos de los editores, y éstos no siempre quieren abandonar las prácticas antiguas de la prensa clásica, envenenada, maldiciente, saturada de fórmulas hipócritas. "Fray Gerundio" de Vicente Nieto fundó una escuela tan perseverantemente sostenida, que ha dejado ese sabor de picantería en el paladar del gran público, que se fastidia con la elucubración periodística seria, o simplemente irónica. Se exige a las empresas una nutrición ligera, y la renovación periódica de las campañas personalistas

para animar la lectura. Los que no han querido sujetarse a estas normas suprimieron sus diarios.

"El Comercio" nos amenazó hace poco con restringarnos en los ojos su pasado histórico, muy desigual, no exento de buenas páginas, y pegado a la rutina. Es la empresa que mejor ha prosperado, y que para dotar a Quito de una instalación moderna, pasó por todas las horcas caudinas; y con el éxito, todos auguramos el advenimiento de una nueva época para el diario que precisaba un cambio de derroteros, que permita colaborar tranquilamente a los escritores. Nadie pensó ya en los pecados de la juventud de "El Comercio" y se esperó que la independencia económica garantizaría al público la independencia política. Aspirábamos también a que nuestro decano se coloque en el plano relativo que alcanzó "El Telégrafo".

Error. No es "El Comercio" ni más ni menos de lo que fue en su factura material antes de la adquisición de la rotativa y los linotipos, y lo que es más grave, ideológicamente sigue tropezando con las mismas dificultades que tuvo "Fray Gerundio", cuando arremetía contra algún caballero. Y así, en estos últimos días, con una independencia *sui generis* quiso pontificar la misa electoral como le convenía, y cuando sintió la contradicción, cuando la réplica le reducía a su terreno, asomó de nuevo, rompiendo la armonía de los linotipos, la jeringuilla del "606". Tirabeque se disfrazó de chola para menudear insultos, y el dogmatismo empalagoso quiso imponer sus criterios absurdos.

Y claro, al romperse la armonía algunas aristas han herido a los contendores. ¿De quién la culpa?

Y este criterio de las empresas editoras de diarios afectan de rechazo al crédito de los escritores y al buen nombre de la prensa ecuatoriana en el exterior.

Los escritores, y sobre todo los periodistas, se hallan aún estrechados por prejuicios que es preciso combatir. El escritor soporta aún una suerte perra en toda la prensa diaria del Ecuador. Las empresas prósperas, —pues las que aún no llegan al desahogo económico necesitan de la ayuda— pagan tan mal a sus redactores,

que éstos monjes no podían vivir del propio canto. Y los artículos firmados que ya en las prensas de otros países suramericanos tienen altos honorarios, aquí resulta un privilegio la publicación, por lo que hay que estar eternamente agradecidos. Las empresas no conciben que el escritor sirva al diario, y están seriamente persuadidos que aceptar la colaboración es un favor que obliga al rendimiento.

Lo que para tanto pobre diablo de la fauna burocrática, el desempeño de un cargo es honra y provecho, cuándo éste lo desempeña un escritor, se convierte en el acto en mendrugo de esbirro. Los privilegios de la anonimidad son envidiables.

Del escritor piensan mal las empresas y los gobiernos cuando aquellos le son opuestos. Ya la prensa en el Ecuador ha descubierto el secreto de que el periódico se hace él solo, con sólo aceptar los papeles pintados de cuantos llegan a depositarlos sin responsabilidad alguna.

Si el escritor cobra su trabajo es llamado venal; si colabora, y contradice, y se defiende, es ingrato; si ejerce alguna función administrativa, es esbirro; y si se muere de despecho, es un bruto. Por eso el lamentable fracaso de cuantos escritores se dedicaron al periodismo como única profesión de su vida. Si el gran Manuel J. Calle pudo al menos vivir con respetos y morir con honra para el Ecuador, es porque buscó otro ambiente. Aquí no habría pasado de mantenerse como un hongo venenoso del periodismo.

Y lo peor es que esa estrechez de miras de las empresas, no reparan que en la época actual se juzga a los pueblos por la cultura de su prensa, y que los canjes con el exterior llevan la tristísima impresión de nuestra pobre vida política casera. Para un ojo experto, le bastaría un manojó de nuestros diarios para negarnos hasta el retorno del canje. Somos tan personalistas, tan lugareños, y por esto, tan suspicaces, que honradamente no deberían remitirse ciertos periódicos al exterior. Ya anotó este particular, hace pocos días, el señor Manuel Bustamante, en una de sus correspon-



dencias, y cuantos visitan otros países, tienen al regresar, la queja de nuestro pobre periodismo.

Paciencia y sigamos trabajando, para que la falange de periodistas por venir, no sufran como nosotros, las quiebras del periodismo.

## L

### CARTAS POLÍTICAS

Quito, a 7 de diciembre de 1923.

Sr. Dr. Dn. Pío Jaramillo Alvarado.

Ciudad.

Mi distinguido amigo:

En la Sección "Aspectos Políticos" de "El Día", Sección en la que, desde hace algún tiempo, viene luciendo sus envidiables dotes de escritor, publica Ud., en la edición de ayer, un interesante artículo, que he leído con especial agrado.

Sinceridad, franqueza, lealtad son nobles gestos de caballero, y quien de ellos se sirve, en sus ideas y en sus actos, es acreedor a singular estima.

Como Ud. lo recuerda, es cierto que, en las elecciones presidenciales de ahora cuatro años, hizo en el diario "La Nación" propaganda activa y entusiasta por la candidatura del señor doctor Tamayo y, naturalmente, combatió la mía: pero no es menos cierto que su labor política de entonces ni alteró nuestras relaciones de amistad ni menoscabó, en manera alguna, las consideraciones que Ud. se merece.

Era lógico que así ocurriese. Su oposición, por culta y por honrada, no dejó en mí la más ligera huella de resentimiento, y, por ello, precisamente, elegido ya el actual jefe del Estado, procuré insinuarme con Ud.

y expresarle mi estimación y mis simpatías más cordiales.

En Venezuela, durante el ejercicio de mi misión diplomática, mucho antes de que pensara que pudiese tornar a la palestra mi modesto nombre, por el voto de la Asamblea Liberal, cuando recibí su libro "El Indio Ecuatoriano"—libro vibrante de verdad y de humanidad—me empeñé en ponerle en relaciones con notables literatos e historiadores de la Nación hermana y cuando tuvo a bien encargarme la adquisición de ciertas obras, a cualquier precio, las busqué con todo interés y encontré un gran placer en prestarle en tal forma, modesta cooperación a sus trabajos.

Al hacerlo, cumplía, por otra parte, muy gustoso, con lo que conceptúo, en cierto modo, como una obligación de funcionario y de ecuatoriano. Siempre estimé, en efecto, como un deber servir a mis compatriotas. Así lo hice, cuando Ministro en Washington, con el gran patricio Monseñor Federico González Suárez, mi ilustre maestro, ya enviándole libros que él mismo no había podido conseguir antes en Europa, ya, sobre todo, facilitándole el medio de que, por órgano mío, se defendiese ante Roma de las acusaciones que le valió su admirable labor de apóstol de la paz en nuestras lamentables e inmisericordiosas luchas intestinas. Y así como me puse a las órdenes de tan insigne ciudadano, me puse también a las de la clase obrera. La familia del honorable artesano señor Jesús Baquero, fallecido ya, debe conservar cartas más que lo comprueben.

Perdone usted esta digresión, mi estimado amigo. Lo que he querido es manifestarle que, hoy como ayer, conceptúo que su procedimiento es decoroso y digno. Como Ud. lo afirma, sólo tienen relieve las ideas. Los hombres, en verdad, en la vida de las colectividades, somos meros accidentes; lo sustancial, lo perdurable son los ideales elevados a cuya realización nos debemos todos.

En el torneo electoral de ahora, lo importante es el afianzamiento de las instituciones liberales. Mi candidatura, proclamada por la Asamblea del Partido, no

representa una tendencia personalista; es—así lo comprendo yo—la cristalización de un anhelo de unión del Liberalismo que, fuerte y renovado, debe ejercer una altísima misión histórica en la vida nacional. Y esto es, singularmente, lo que me enorgullece y lo que me obliga más, con graves responsabilidades, a mi Patria y a mis copartidarios, quienes, al trabajar por mi exaltación al Poder, no manifiestan su adhesión a un hombre, sino a una idea y a un sentimiento noble y desinteresado.

Créame su amigo afectísimo y muy atento servidor.

*G. S. Córdova.*

---

Quito, a 9 de diciembre de 1923.

Sr. Dr. Dn. Gonzalo S. Córdova.

Muy distinguido señor doctor y amigo:

Comprendo que el punto sustancial de la carta abierta del día 7, con que se ha dignado honrarme, radica en estos conceptos: "En el torneo electoral de ahora, lo importante es el afianzamiento de las instituciones liberales. Mi candidatura, proclamada por la Asamblea del Partido, no representa una tendencia personalista: es— así lo comprendo yo— la cristalización de un anhelo de unión del liberalismo que, fuerte y renovado, debe ejercer una altísima misión histórica en la vida nacional. Y esto es, singularmente, lo que me enorgullece y lo que me obliga más, con graves responsabilidades, a mi Patria y a mis copartidarios, quienes al trabajar por mi exaltación al Poder, no manifiestan su adhesión a un hombre, sino a una idea y a un sentimiento noble y desinteresado".

Estas declaraciones resumen con absoluta claridad toda la sustancia de mi propaganda, en el presente debate electoral. Y hablo solamente de la mía, porque a ella se refiere usted en su atenta carta. Por lo demás, yo no he hecho otra cosa que interpretar el sentimiento liberal definido en la Asamblea, estudiando la cuestión ideológica en el contacto con las realidades o aspectos de la política activa.

Es indudable, señor doctor Córdova, que el liberalismo ecuatoriano sufre actualmente una gran crisis, que puede afianzar el porvenir del partido o determinar su caída, si al sentimiento de unión se opusiera y triunfara el afán personal, ambicioso y exclusivista. Esa crisis no es la del ideal liberal, como se ha querido sustentar, preconizando la conveniencia de un nuevo Partido, con la amalgama de tráfugas y logreros, sino una crisis de carácter histórico, cuya fase económica sirve para dar sensibilidad a la situación.

Se ha dicho que la transformación política del 95, no solamente ha sido un mal en sus resultados, sino que la supervivencia del Partido Liberal, estéril y caduco en plena juventud, no tiene ya razón de ser; y que su caída se impone, no sólo por haber permanecido algunos lustros en el Poder, sino porque, desorganizado, con los círculos, las trincas, o como quiera llamarse al hecho de gobernar el país por el despotismo oligárquico, son esos círculos los que han anquilozado el sistema de administración liberal, reduciéndole a la rutina y simple empleomanía.

Sí y nó. ¿Que la transformación liberal del 95 fue un mal? El sectarismo puede afirmar ese absurdo, pero el pensador político, cualquiera que sea su criterio doctrinario, no puede desconocer la trascendencia favorable de ese acontecimiento histórico en la vida nacional. ¿Que el Partido Liberal no ha rendido todos sus frutos? Cierto. — ¿Y por qué causa? Porque no se ha organizado científicamente, porque no ha tenido programas ni Estatuto, y esto ha permitido el Caudillaje; y, desaparecido o atenuado el militarismo, las oligarquías se han adueñado del Poder, supeditando el ideal

liberal a las conveniencias financieras de círculos cerrados.

Pero conviene distinguir bien una cuestión. ¿Qué círculos han influido más en el desarrollo administrativo, los de carácter económico o los simplemente políticos? ¿Quiénes han puesto trabas al pensamiento y la acción liberal mejor intencionada, las oligarquías financieras o los políticos decorativos del funcionalismo intrascendental e irresponsable? En fin, el núcleo cortésano, eterno muñidor de los cambios de frente en la farsa política oportunista, o los que tienen en su mano la regularización de la riqueza pública, por trabas artificiales?

Esta es la cuestión.

Y la Asamblea Liberal definió este estado de cosas y deslindó responsabilidades. La designación de un candidato por la Asamblea, significó el desconocimiento de todo círculo imperante, de toda trínca política. La Asamblea reconoció la crisis del Liberalismo histórico ecuatoriano, y para resolverla, planteó en primer término la crisis política, como el antecedente previo para afrontar la cuestión económica. Invertir estos términos es dislocar el planteamiento del problema. Así lo ha reconocido el liberalismo consciente de todo el país, y el movimiento electoral en favor del candidato de la Asamblea, demuestra el afán de encauzar al liberalismo, como fórmula de gobierno, por el terreno firme de la organización del Partido.

Hacia falta saber si el candidato coincidía con este pensamiento, y vuestra declaración al periodismo de Guayaquil, señor doctor Córdova, y vuestra carta que contesto desde las columnas de "El Día", la tribuna más alta del Liberalismo en esta época de indecisiones, dicen al país, que vuestra integridad de liberal, vuestra sagacidad de político, vuestro patriotismo comprobado en largos y benéficos servicios, persuaden que estáis dispuesto a mantener la política impersonal, sin exclusivismos, sin odios ni restricciones mentales. Vuestro programa es el de la Asamblea, y con ello enunciáis también el imperio de la tolerancia religiosa, que el li-

beralismo acata, cuando no conculca la libertad de conciencia ni conspira contra el mantenimiento del orden público.

Por lo demás, señor doctor Córdova, doy a usted las gracias por el concepto que le han merecido mis actitudes de escritor, en las posiciones que las variantes radicales del devenir político obligan a tomar, cuando no es la incondicionalidad, el lema de un escudo.

Soy de Ud. afmo. amigo y atento servidor.

*P. Jaramillo Alvarado.*

## LI

### CON EL CANDIDATO SEÑOR LASSO

El ciudadano que presenta o permite que presenten su candidatura para ser o no elegido Presidente de la República, tiene que pasar por la criba de los comentarios, de los exámenes previos, y de los dimes y diretes de los círculos políticos. Muchas coplas populares y los mejores epigramas se han forjado a costa de las auras de los presidentes en potencia propinqua. De modo que, quien se metió en ese fregado no tiene de qué alarmarse, si se siente al desnudo algún momento, o si otro rato llega a reconocer que eso de la popularidad es tan farsa como cualquier otra.

Y sobre todo, los candidatos tienen que hablar, de lo que no hay remedio. A cualquiera se le permite la actitud silenciosa, pero un candidato no puede hacer de esfinge, porque se quedaría en el arenal político, más solo que el monumento fareónico del desierto.

De los candidatos señores doctor Córdova y don Federico Intriago, tenemos ya sobre la mesa las declaraciones, y el público sabe a qué atenerse. Pero el Sr. Lasso, se nos iba quedando muy callado, siendo un fac-

tor tan interesante como los otros políticos en las elecciones próximas.

Revisadas estas crónicas encuentro que sólo en tres ocasiones me he ocupado de la candidatura del Sr. Lasso: la primera para subrayar el hecho de que su programa es puramente económico, rehuendo toda declaración doctrinaria, pues que el Sr. Intriago pronunció matemáticamente siquiera una vez la palabra "liberalismo", en su programa; la segunda, para llamarle la atención al Sr. Lasso respecto a la circunstancia muy significativa de que el clericalismo estaba gastando la propaganda de su candidatura, y le recordaba la expresión de Gambetta: el clericalismo, he ahí el enemigo; y por fin, me ocupé seriamente de analizar la hipótesis, fíjese Sr. Lasso, nada más que la hipótesis de una Alianza con Monseñor Pólit, quien tiene también exhibida su plataforma eleccionaria.

No puede quejarse el Sr. Lasso de que se le haya tratado mal en estas crónicas. Todo lo contrario. Petronio es el único que ha prestado atención a la candidatura Lasso, en medio de los truenos y relámpagos de las polémicas suscitadas por la sucesión presidencial. No desconozco desde luego la buena tinta que han gastado los conservadores en pró de esta misma postulación, como lo reconoce también "Humanidad".

Decir la verdad no es insultar; es poner a un ciudadano en el camino del éxito. Contra quienes tiene que despedir su ira el Sr. Lasso es contra los que tratan de engañarle: "quien te adula te aborrece" dice el refranero español, y en esta filosofía popular ha de encontrar el Sr. Lasso la advertencia saludable para su gestión política electoral.

Concluido este introito, empiezo por agradecer al Sr. Lasso el telefonema que se ha servido dirigirme por conducto de su diario "Humanidad", previamente repartido en hojas volantes para conocimiento del público. Y dice así: "Petronio, en "El Día" de ayer, lanza contra mí los dardos de su brillante pluma, por no sé qué entrevista o alianza mía con el Arzobispo Pólit, en Ambato. Yo arrojo fuera de mi patria, por falsas y

aviesas, semejantes inmutaciones; porque es del dominio público que jamás quemé incienso ante el altar del dios Exito, ni del becerro de oro, ni ante ninguna mitra, ni banda presidencial; y que, adulador más bien del infortunio y de la Majestad caída, estoy del lado del pueblo ecuatoriano, que, confiado en mi sinceridad, ha puesto en mis manos la hermosa bandera de la democracia, que ondea sobre el mundo, proclamando a los vientos la verdad, que es eterna, y el derecho que es inmortal". (Hasta aquí, el período oratorio, nada expresa de sustancia. Sigamos).

"Lástima grande que la pluma de Petronio prefiera la defensa de los intereses de círculo o de partido—aunque se trate del mío propio—a la defensa de los grandes intereses nacionales; lástima que su pluma brillante empañe su esplendor, *renovando exactamente la campaña conservadora del Noventa y Cinco, contra el noble partido liberal, basada en el infundado temor de desaparición de la Religión Católica, precisamente, como ahora leerá el público con desdeñosa sonrisa, la amenaza de muerte del liberalismo ecuatoriano...*! (No ha subrayado el Sr. Lasso lo anterior). Elévese Petronio a esferas de más amplio concepto liberal y combata sin miedo a los verdaderos enemigos de la Patria, a aquellos que, con los aterradores nombres de Bancos. Asociación de Agricultores, Sociedades de Estancos y otras trincas innumerables, han pisoteado hasta la dignidad del hombre, para saciarse en la agonía del pueblo y hacer de la Nación un sepulcro; destruya esta cabeza de Medusa, entre cuyos cabellos de serpientes somos estrujados y envenenados, liberales y conservadores, curas y no curas, todos los ecuatorianos".

"Inicie Petronio sobre estas bases la defensa de su ilustre candidato, y entonces me verá a mí y a mis partidarios plegar a su bandera; porque, lo repito terminantemente, yo no lucho por el triunfo de ninguna ambición personal, sino por el triunfo completo de mis ideales, que son los ideales del pueblo ecuatoriano".

Para desentrañar lo que hay de verdadero en este documento, y lo que no pasa de réclame electoral, he



revisado sus anteriores declaraciones, y si la literatura populachera irradia con sin igual brillo, la cuestión doctrinaria política, brilla también por su ausencia.

El liberalismo del Sr. Lasso, así como él lo explica, se define por la forma simplísima de—amor a la libertad—que equivale a decir nada, porque el liberalismo como fórmula de gobierno de los pueblos es el pecado que Sardá y Salvani explica a los católicos en su famoso opúsculo. La explicación del liberalismo está ampliamente detallado en el Syllabus. Pero decirse liberal porque se ama la libertad, eso implica un subterfugio de conceptos, inadmisibles.

Porque si el liberalismo es Poder, la sucesión presidencial no es asunto que ha de arreglarse por un programa más o menos fantástico en sus promesas, si no tiene como base precisa, inconfundible, la declaración de principios doctrinarios. Para programas inocuos en el aspecto político, es de mayor fuste como programa económico y socialista el de Monseñor Pólit. Es fácil que alguien compare el programa del Prelado con los de los candidatos llamados populares, y habría que plegar a Monseñor en cuanto a promesas de mejoramiento nacional.

Esta estudiada posición de ese liberalismo indefinido, le ha dado buen resultado al Sr. Lasso, pues el conservadurismo, y sobre todo el clericalismo, ha plegado sin reservas, y realiza una propaganda, cuyo alcance, a lo que parece, ni sospecha el mismo candidato.

Pero no hay que alucinarse señor Lasso por la compañía conservadora de su postulación, porque si resultara un éxito como campaña electoral, no le arriando las ganancias en lo que toca a llegar a ser realmente Presidente. El entresijo clerical es diáfano para quien ve las cosas sin apasionamiento. Si obtuviese el señor Lasso la mayoría en las elecciones, surge un principio de legalidad para reclamar el derecho a la sucesión presidencial; y en esta reclamación, quién le acompañaría? ¿los liberales?—Imposible, si el éxito ha sido obra de los ultramontanos. ¿Los clericales?—Entonces el

liberalismo queda obligado a la defensa de sus principios.

Pues si a pesar de todo, triunfa sobre un charco de sangre de ese pueblo que tanto adula el señor Lasso, el resultado definitivo sería el encumbramiento del clericalismo al Poder.

Esta clara visión es la que tiene en movimiento al clericalismo, con alianza o sin alianza expresa con Monseñor Pólit. Por lo menos, creemos que no negará el señor Lasso la existencia del entusiasmo clerical en acción, que en uso y abuso de su nombre está marcando el avispéro electoral, como una cruzada del socialismo católico.

Luego, pues, es muy ingenuo afirmar que mi humilde pluma está renovando exactamente la campaña conservadora del Noventa y Cinco *contra* (???) el noble partido liberal. Mi campaña no es *contra* sino en favor del liberalismo, y quien trata de auspiciar una reacción clerical exacta a la que combatió a la Transformación, es Ud., señor Lasso, que en su humorismo se ha dedicado a jugar con fuego.

Y es preciso repetir, que la cuestión económica que sustenta el señor Lasso, no podrá resolverse con la revolución, pues ésta nos conduciría a los ecuatorianos al desate anarquista que está en espía de situaciones. Monseñor Pólit y Ud., señor Lasso, auspician concretamente en sus programas el socialismo católico, pero la revolución no distinguirá en sus pasiones, el género de socialismo que ustedes quieren, sino el que dicte el desenfreno anárquico, y si saben ahora los fautores de este movimiento cómo comienzan, nadie sabe cómo puede terminar la tragedia. Fijarse bien, clericales, que ese socialismo invocado es un puñal de dos filos.

Para confirmar las aseveraciones que motivaron mis comentarios, que han obligado al telefonema del señor Lasso, que comentó, se ha derramado ya la primera sangre del pueblo en Alausí, al grito de viva Lasso y vivan los conservadores; en Latacunga se ha pronunciado por el Rector del Colegio señor Varea un discurso netamente clerical y revolucionario, bajo los

auspicios del lassismo; aquí en Quito, son las cofradías de los conventos las que manejan las huestes del lassismo, y los curas no pueden ocultar la consigna en sus parroquias. ¿Y cree sinceramente el señor Lasso que obedece a su exclusiva y gloriosa popularidad todo ese movimiento, todos esos festones y arcos de flores que los feligreses levantan a su paso por los caminos? No señor, si usted es realmente liberal, abra los ojos y vea: el clericalismo, he ahí el enemigo!

Y ahora venga la reciprocidad que le debo a sus galantes adjetivaciones para mi pluma, y el retorno de consejos por consejos.

Creo que Ud. inició sinceramente su campaña para afrontar la cuestión económica, pero que los curas, que no se duermen, como lo hacemos los liberales, comprendieran que la inocuidad de sus declaraciones dejaban a salvo el caso de conciencia del pecado liberal, y han arrimado su brasa, no la sardina candidatural, en el fregado en que Ud. se halla metido. Y si ahora, que Ud. ya conoce la situación, consiente que continúe la farsa, está Ud. concluido políticamente, don Juan Manuel. Créale Ud. a quien, contra su prejuicio, no le quiere mal.

¿Dice Ud., que si se abriera campaña contra la actual situación económica, Ud. y sus partidarios plegarían con su bandera al campo de la concentración liberal, porque no es una ambición personal la que le guía, sino su amor al pueblo ecuatoriano?

Observe Ud. que la nueva situación económica sólo podría plantearse y resolverse, afirmada la especulación política doctrinaria. La divergencia suya con la del candidato de la Asamblea, sólo difiere en el planteamiento del problema. Lo primero es el afianzamiento de las instituciones liberales, dice el doctor Córdova; y usted sostiene que lo primero es la solución de la cuestión económica. El orden lógico está de parte del candidato liberal.

Ya ve Ud., señor Lasso, cómo tratamos los aspectos de su candidatura, con toda llaneza, campechanamente, como le recibiría el liberalismo si Ud. realizara

su ofrecimiento desinteresado, en vista del derramamiento de la primera sangre de ese pueblo, que Ud. y el liberalismo doctrinario defienden.

## LII

### LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

La más espectante de las figuras políticas del mundo, Mr. Lloyd George, ha publicado un estudio acerca de "La crisis de la Democracia", que llama profundamente la atención y pone punto final en la caca-reada cuestión del "fascismo", aspecto novísimo de la política trascendental de la post-guerra.

Afirma el famoso político inglés, que lo que acaba de ocurrir en España es una nueva manifestación del movimiento reaccionario contra las prácticas y sistemas de la democracia. Y del contexto y resultantes del estudio de Lloyd George se deduce que no entiende por democracia al liberalismo, como se afirmó rotundamente hace poco, para aplicarle a esta fórmula de gobierno los augures del político referido, sino que el término "democracia" está afectando al gobierno de los pueblos, por el uso del sufragio y la predominación del sistema parlamentario.

El colapso socialista de la post-guerra ha venido a denunciar la eficiencia de las formas de gobierno, comprobándose la mejor organización de las democracias y la base delesnable de los sistemas absolutistas. La primera de estas organizaciones, por más despótica, la Rusia de los Czares, fue la primera en caer pulverizada por la piqueta comunista; luego Austria y Alemania, y, por fin, Turquía. El absolutismo fue incapaz de sostenerse ante el empuje revolucionario.

Más firmes en la prueba resultaron Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, las más grandes democracias del globo, y las monarquías constitucionales como

Italia y España, han tenido que parar el golpe socialista, renunciando temporalmente al sistema parlamentario, manifestación definida de la esencia del movimiento encabezado por Mussoline y Primo de Rivera.

Hay una aparente antinomia entre el hecho de la democracia triunfante en ciertos países, y el renunciamiento del gobierno parlamentario, expresión democrática, en otros. Y no se puede hablar, por lo mismo, en términos absolutos, de la crisis de la democracia. Por esto, Lloyd George concreta su cuestión, en último término, a la crisis del parlamentarismo, y por este vidrio investiga los antecedentes y consecuencias del fascismo, que reputa sin originalidad, porque es la actitud "cromweliana" la desempolvada por Mussoline. Y recuerda el episodio de la clausura del Parlamento por Oliverio Cromwel, y el aviso que puso para ironía de los siglos: "Se alquila". Lo que demolió Mussoline fue el parlamentarismo, con su complicada máquina electoral. Y lo que ha hecho Primo de Rivera es disolver las Cortes, con igual golpe a los ayuntamientos, madriguera del caciquismo.

"El movimiento actual no se inició en Italia, dice Lloyd George, sino en Rusia. El primer gran fascista del día no es Mussoline sino Lenine. Este fue el primero que sustituyó, por la fuerza, la elección popular, en un estado democrático. El volchevismo no fue una rebelión contra el zarismo y el poder de los grandes duques. Fue una revolución encaminada a derrocar otra revolución que, a su vez, había derrocado al "antiguo régimen".

Ya la Rusia de los Czares no existía cuando Lenine se sublevó contra el flamante régimen parlamentario, del cual era jefe el socialista Kerensky. Lenine miró con desprecio ese verbalismo inútil, esa congestión de discursos, incapaz de gobernar.

"Pero Lenine tenía por la voluntad del pueblo un desprecio tan olímpico como el que tiene el Sr. Mussoline, y alistó a sus partidarios formando un ejército que barrió el sistema parlamentario, sustituyéndolo por un régimen "cromweliano" basado en la fuerza organizada.

Fue el turno de los santos armados del comunismo. El sistema electoral de los soviets es una farsa. Nadie que no sea un incondicional del bolchevismo consigue un puesto en la Asamblea Central. Lenine no se toma la molestia de disimular su opinión de que el pueblo no está capacitado para gobernar. No cree en la democracia y estranguló el ensayo democrático apenas salido de la cuna".

La esencia de estos sistemas "cromwelianos" está en el sentimiento disciplinado que sacrifica todo en aras del nuevo orden de cosas, llámese bolchevismo o fascismo. Y ese espíritu es el que mantiene y da vida al gobierno de la fuerza, transitorio. El movimiento de Primo de Rivera no tiene esta característica: el pueblo español ha permanecido indiferente ante la actitud del Directorio Militar".

"Mussoline no niega que, aunque con propósitos o fines diferentes, el volchevismo y el fascismo tienen muchos puntos de contacto en cuanto a los procedimientos. Unas elecciones recientes, continúa Lloyd George, a base del sufragio universal, le dieron treinta y seis votos en un Parlamento compuesto de cuatrocientos miembros. Según el sistema parlamentario, su fuerza era insignificante, y no representaba, ni mucho menos, lo más escogido de la democracia. Entonces fue cuando asumió una actitud "cromweliana" y ... con cien mil fascistas armados marchó sobre Roma a deponer el Parlamento".

Esta reacción que en Europa, el Continente de las monarquías y los gobiernos absolutistas, se denomina crisis de la democracia, mejor dicho, del parlamentarismo, ha tenido en las tierras americanas del trópico, la explosión de entusiasmos admirativos, para sugerir la imitación de esa actitud "cromweliana", tan repetida en los cuartelazos anónimos, sin beneficio positivo para la nacionalidad, pues que ha sido origen de los caudillajes.

Pero si en las naciones europeas, de un nivel de cultura superior, se ha pronunciado el desahucio del sufragio universal, porque engendra parlamentos, mal

organizados ¿qué podría decirse en América de la libre elección popular, origen del sistema presidencial, como la garantía para el acierto en la designación de los magistrados? Mussoline encontró en las curules a los charlatanes, Primo de Rivera a los caciques, y por el mismo resultado, Lenine comprendió que el pueblo no estaba capacitado para elegir con acierto sus gobernantes. En la disyuntiva que puede ocurrir a una nación, entre garantizar la libertad de sufragio a sabiendas de que resultaría ungido el personaje menos capacitado para gobernar, o la imposición del magistrado con antecedentes conocidos de su saber de mandatario, por qué camino partiría Mussoline?

Es cosa dura reconocer la quiebra de un ideal republicano, y asombra la tranquilidad con que en Europa se comprueba, como un simple caso patológico, la crisis de la democracia, o sea en último término, la crisis del sufragio popular, en aras del bien nacional.

Hay, sobre todo, momentos de crisis tan grandes, que sin supremas resoluciones, el Gobierno caería en la tremenda responsabilidad de que el país se aniegue en sangre por salvar sus principios liberales, antes que consentir en el encumbramiento de falsos apóstoles, por el voto indiscreto de ese otro despotismo, más humillante que el del tirano único, el despotismo de las multitudes.

### LIII

#### FRENTE A FRENTE

En los primeros momentos de la Transformación política del Noventa y Cinco los escritores liberales tuvieron que adquirir alguna versación teológica para sostener la cuestión doctrinaria liberal, ante el empuje sofístico del clericalismo derrotado. Culminaron en este género el doctor José Peralta en su "Casus belli del

Clero Azuayo", y don Felicísimo López en "Teocracia o Democracia", investigación ilustrada para desbaratar la propaganda subversiva del Obispo Schumaker. Y toda la prensa doctrinaria de esa época, y aun la de la primera administración Plaza, está saturada de la controversia dogmática, resultante de la implantación de las reformas liberales.

Ese prestigio de la ilustración teológica y del Derecho Canónico, desaparece en estos últimos tiempos, apapados totalmente por la voz evangélica de González Suárez, apóstol cristiano y árbitro de la paz, en las guerras de religión, provocadas por la teocracia garciana.

Ha sido preciso que el sucesor del formidable comentarista de "Cuestiones Palpitantes", en la emergencia de una reconquista clerical, plantara de nuevo la bandera negra de la intransigencia sectárea en los campos políticos, para que el Liberalismo vuelva a tomar su armadura de caballero defensor del pensamiento cristiano, y empiece a esgrimir sus armas, que demuestren, primeramente, en el estadio de la prensa los imperativos de la razón humana, para no ser esclavizada por los prejuicios de secta, y luego tocar a somatén en el campamento de los hombres libres, para que se apresten a sostener las conquistas liberales, de nuevo amenazadas en la encrucijada aleva de componendas descalificadas, que pretenden usar del estandarte liberal, para entregar las fortalezas al adversario tradicional, que ya tiene dentro de las filas algunas avanzadas.

Hoy es preciso definir la ideología política y religiosa, para evitar las interpretaciones antojadizas de los voceros de la intransigencia clerical. Señalar las líneas divisorias del Estado y de la Iglesia en sus relaciones simplemente humanas, para no ceder sino aquello que la convivencia social obligue, ni permitir las invasiones en el terreno liberal a título de tolerancia concedida ampliamente, pero que en su amplitud, tiene, como todos los derechos humanos, su límite preciso.

La doctrina católica, interpretación parcial de la doctrina cristiana, ha planteado en estos términos las relaciones del Estado con la Iglesia: el Poder eclesiás-



tico y el Poder civil proceden de Dios: el primero por institución directa y expresa de la Divinidad, y el Poder civil, porque es creación ò resultante del Derecho natural, y como Dios es autor de la naturaleza, resulta también el Poder temporal una emanación de Dios.

Estos Poderes son independientes y soberanos en su respectiva esfera, de un modo absoluto el Poder de la Iglesia, y solamente, en términos relativos, el Poder del Estado. Porque la Iglesia es de origen sobrenatural, dicen los teólogos, y el Estado es creación natural. Y claro, entre lo sobrenatural y lo natural, esto se subordina a aquello.

Por este origen divino y semidivino, cuando ocurre un conflicto entre la Iglesia y el Estado, es obvio afirmar que tiene que prevalecer lo divino: "En virtud de este derecho divino, dice el teólogo Francisco Suárez, llamado el Doctor Eximio, si el Poder civil dictare leyes no conformes a las buenas costumbres, puede el Pontífice enmendar esas leyes, o dando otras contrarias u ordenando a las potestades seculares que las revoque o corrijan. Esta autoridad es *indirecta*, que nace del derecho de la Iglesia a procurar los fines supremos; derecho y potestad que sin ser temporales se extienden a lo temporal en virtud de los derechos espirituales."

De estas premisas, deducen los doctores de la Iglesia, a uno de los cuales denominan El Doctor Sutil, por antonomasia, que esa subordinación *indirecta* del Estado, respecto al Poder eclesiástico, no es meramente negativa, es decir, no sólo exige que el Estado nada haga contrario a los derechos de la Iglesia, sino que le obligue a aquel, a prestarle el apoyo que necesita para el cumplimiento de sus fines sobrenaturales.

Lo cual implica el reconocimiento de la Iglesia con un carácter de universalidad, católica, con exclusión de todo otro credo o aspiración religiosa, amén de una condición subalterna de los Poderes del Estado.

Es doctrina contraria a ésta, la que acepta la doctrina de Cristo, como la expresión sociológica más avanzada, bolchevique, en la época de su aparición, como amparadora de los derechos humanos, y niega el

hermetismo divino de la intolerancia, como contrario a la multiplicidad de las manifestaciones espirituales del culto, y declara al Estado como al supremo definidor y amparador de todos los derechos humanos; esta doctrina profundamente armoniosa de todas las aspiraciones espirituales y temporales de la humanidad, es la doctrina liberal, opuesta a las concepciones teológicas de los doctores Eximios y Sutiles de una parcialidad religiosa.

La gran guerra europea de 1914, que ha señalado la época novísima del progreso, ha concluido con el antiguo fantasma político, relativo al origen divino de los reales gobernantes. Los pontificados del Czar y del Sultán, desaparecieron en el oleaje de la convulsión libertaria europea, y sólo queda el Vaticano enclavado en el duro peñón de sus intransigencias, como la última fortaleza de la Edad Media espiritual, que aún no concluye en Europa, y que prevalece con inmenso vigor en las tierras de América.

Esta muerte del derecho divino al gobierno de los pueblos, no afecta al sentimiento religioso, expresión imprecisa de los misterios que circundan a la existencia humana, sino que su culminación más alta—la cruz—el símbolo del cristianismo, sigue arriba desafiando al sectarismo que quiere la exclusiva definición de las aspiraciones espirituales. La doctrina de Cristo, en su inmenso humanismo, producto genuino de las fuentes misteriosas del más allá, es la ley de libertad y reivindicación humana en el presente siglo, como lo fue en los pasados de su existencia, y ninguna infabilidad humana será capaz de enturbiar el agua viva del Evangelio, para los que no se someten a las sutilezas teológicas de una religión que no es universal.

Y la contradicción en las relaciones de la Iglesia y el Estado, sólo sirve, como todo choque de ideas, para iluminar de tiempo en tiempo la oscuridad de las conciencias fanatizadas, por el opio de todos los dogmatismos.

Quiero referirme al incidente más ruidoso de estos tiempos, en lo que toca a los conflictos del Estado con

la Iglesia católica, para descubrir el criterio de gobierno liberal en esta época histórica.

El Papa envió a México, en calidad de Nuncio Apostólico, a Monseñor Filippi, quien resolvió, como su mejor obra, dar al traste con el Gobierno liberal del gran estadista don Alvaro Obregón. El Presidente mexicano llamó la atención al Delegado del Papa, respecto a lo absurdo de su pretensión, y como éste insistiera en su propósito *fascista*, Obregón le concedió pasaporte y le embarcó con rumbo al mar!

Naturalmente, los prelados mexicanos reclamaron por esta despedida, y entonces Obregón suscribió su famoso oficio de 23 de enero de 1923, en el que definía así los derechos del Estado frente a frente de los de la Iglesia: "El Partido Liberal, dice el Presidente Obregón, ha sufrido una evolución completa en su estructura política, dando preferente atención a los postulados sociales, que están llamados, seguramente, a regir las futuras generaciones y que son en su esencia fundamentalmente cristianos, enunciados que no afectan en nada al programa fundamental de la Iglesia Católica, y si no son enteramente paralelos, sí se completan en su esencia. — El Programa fundamental de la Iglesia Católica según nos lo presentan en teoría los encargados de su desarrollo, consiste principalmente en encauzar todas las almas por el sendero de la Virtud, de la Moral y de la Confraternidad, en la más amplia acepción de la palabra, tratando, dentro de estos nobles postulados, de asegurar una ventura infinita para todos en la vida eterna. — Los postulados fundamentales del Gobierno actual, que cree interpretar fielmente los anhelos populares, pueden considerarse así: encauzar a todos los hijos de México por el sendero de la Moral, de la Virtud y de la Confraternidad, en la más amplia acepción de la palabra, tratando de encontrar dentro de estos postulados un mayor bienestar para la vida terrenal, y si los dos programas llegaren a realizarse, sería la conquista máxima del bienestar para todos los que habitamos la Tierra, porque la ventura y el bienestar

quedarían definitivamente conquistados en esta y en la otra vida."

Con lo que ha planteado el Presidente Obregón los cánones cristianos de los ministros, para el fin temporal y eterno de la ciudadanía. Y como el caso de Monseñor Filippi, comprobara la presencia en México de la antigua y caduca doctrina de la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, y su intervención en la vida política: "Yo deploro, dice Obregón, muy sinceramente, que los miembros del alto clero católico no hayan sentido la transformación que se está produciendo en el espíritu colectivo hacia orientaciones modernas, en cuya transformación están perdiendo fuerza cada día las doctrinas afectivas y abstractas y robusteciendo las efectivas-sociales, y que a esta rigurosa solución le estén negando su contingente de cooperación." Y la pugna provocada por el sectarismo es contraproducente; porque en esta época "ya no se trata de un sólo fanatismo metafísico, que monopolizó por más de dos mil años el espíritu de las masas populares, sino de la pugna de dos fanatismos que se disputan ese espíritu: el uno afectivo, y por consiguiente, abstracto, y el otro efectivo, y por consiguiente, material. El primero que nutre el espíritu y lo prepara para el sacrificio; el segundo que nutre el estómago, el cerebro y el espíritu para evitar el sacrificio. Y en esta lucha que tan desventajosamente se presenta, serán muy pocos, indudablemente, los que acepten el primero de los fanatismos."

He aquí, como un Gobierno liberal hispano-americano comprende y define la posición política del Estado, frente al fanatismo católico que pretende invadir todos los terrenos, el espiritual y el temporal.

El liberalismo doctrinario no acepta distincos ni sutilezas. Reconoce al catolicismo sus dominios espirituales, pero su intromisión en el gobierno temporal lo rechaza resueltamente. Y con esto queda cumplido el precepto cristiano: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

## LIV

### LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN EL ECUADOR

Sin la teocracia de García Moreno, los partidos políticos se habrían constituido sobre bases éticas y puramente económicas, con prescindencia de la cuestión religiosa, semillero de grandes divergencias en el campo de la opinión pública.

Contra el gobierno militarista del General Flores, se opuso con la denominación de partido nacional, como lo llama don Pedro Moncayo al núcleo revolucionario de "El Quiteño Libre", la primera manifestación del sentimiento liberal ecuatoriano. La expresión "nacional" denunciaba el concepto de la protesta contra el gobierno de los extranjeros, como calificaban a Flores y su Ejército; pero en el cenáculo político del filósofo inglés Hali, germinaba algo más que el sentimiento nacionalista, y que el gran ideal liberal, lo que compactó decisivamente a la juventud ecuatoriana, en los albores de la República.

No se puede hablar sino con elogio del liberalismo genuino de Rocafuerte, cuya administración comparte enteramente del derarrollo ideológico sustentado en sus libros. No sé que se haya estudiado a Rocafuerte como estadista y pensador, sólo conozco monografías cronológicas de sucesos, sin examen apreciable de las enormes dotes de organizador, filósofo y reformador político.

La oligarquía de Urbina que tuvo como antecedente dinástico a Roca y como consecuente a Robles, para reaparecer seguramente el bastón de mando en las manos del mismo Urbina, se inspiró y tomó su gran influencia en la ideología de Rocafuerte; y sin llegar a la altura de este gran estadista, el pensamiento liberal germinaba francamente en los campos políticos satura-

dos de una gran pasión por el predominio de la libertad sin restricciones de secta.

Después de García Moreno el liberalismo católico de Borrero, de Veintemilla, de Caamaño, de Flores, careció de intransigencias religiosas, y la pugna con el liberalismo doctrinario que aparecía ya con fuertes raigambres en Montalvo, Portilla, Riofrío, Alfaro, Mestanza y otros, discrepaba preferentemente en puntos de respeto a las libertades cívicas, que a las religiosas. Es únicamente en la teocracia garciana que asoma el clericalismo su cabeza de hidra, y el catolicismo, de aspiración religiosa para fines sobrenaturales, se impone como sistema de gobierno temporal, y como partido político lucha por desalojar al progresismo que se inicia con don Antonio Flores, en su aspecto científico, y pretende aniquilar al liberalismo, que ensaya sus primeras armas con esa fusión católica, transición política explicable en un ambiente saturado de fanatismos seculares.

La perspicacia de un observador político puede descubrir en la obra de Rocafuerte el fundamento del sentimiento político liberal, así como la nacionalización de las fuerzas vitales ecuatorianas, y en las oligarquías de Urbina y Caamaño, y en la Dictadura de Veintemilla una cooperación liberal indefinida, vagamente doctrinaria, y en conexión política con la clerecía, según las urgencias de la administración, pero sin ardor religioso contra el liberalismo. En el crisol de la nacionalidad se agitan confundidas las tendencias políticas, pero el liberalismo aparece como el colorido dominante de la aliación, a pesar de la tendencia reaccionaria del ejército romano importado por García Moreno, para perpetuar su teocracia.

El pueblo ecuatoriano se apasionó siempre por el sentimiento liberal, solamente que los estadistas de este partido han descuidado en el Poder, sensibilizar ese anhelo natural, y hacerlo amable, con obras y con ideas que arraiguen en las conciencias, y no limitarse tan sólo a la cultura administrativa y la reforma legal, como el máximun de un programa ideológico. De aquí pro-

viene el desencanto, y la base para provocar la reacción tradicionalista, como la obra sectaria del ejército negro, que dominará al fin, sino se opone el liberalismo a los elementos burgueses y sobre todo a las multitudes, tan impresionables y volubles.

No es el momento de inculpar y probar las deficiencias doctrinarias de los gobiernos liberales nacidos de la Transformación del Noventa y Cinco, pero la reacción netamente clerical, de factura teocrática garciana, que se alza amenazante en estos días, tiene su origen en el olvido del liberalismo como doctrina humanamente civilizadora, que exige toda la atención de los gobiernos personalistas, caudillistas o puramente oligarcas. No es el conservadorismo lo que se confronta como programa opuesto al liberalismo, es la teocracia garciana que renueva sus brotes, en el tronco no del todo podrido, que el clericalismo cultiva en la sombra.

Hasta hace muy poco se tuvo el pudor del disfraz, y en Cuenca se discutió la conveniencia de renegar del nombre de pila garciano y llamar Partido Republicano a la facción reaccionaria; en Quito se dividió la opinión, agrupándose los clericales en el un aprisco, y los conservadores amplios en otro. En este momento en que sienten los pies tocando tierra firme, ya esos grupos arrojan las caretas y se declaran "Partido Católico" sin reticencias.

Dice "El Porvenir" en su edición de ayer: "Ya es tiempo de que los *católicos* ecuatorianos intervengan en la vida política con ardimento y decisión incontrastables, de modo tal que constituyan una fuerza poderosa e innegable y que no pueda ser menospreciada por el gobierno y los otros partidos, cual sucede actualmente. El país ganaría inmensamente con esta renovación, porque los católicos ecuatorianos aportarían a las luchas políticas la alteza de sus ideales, la austeridad de su moral sublime, la probidad de su educación eminentemente religiosa. Durante largos y ominosos años, los católicos ecuatorianos han estado postergados y escarnecidos, proscritos de la legislatura y de la administración, porque no han querido intervenir, dentro de la

esfera de la legalidad, con todos los medios que disponen los partidos modernos para imponerse en los debates cívicos. Pero ya es tiempo de que se inicie una reacción en este sentido. La primera necesidad para llegar a ese desiderátum sería *la unión*, el sacrificio de los estúpidos prejuicios que ahora separan a los católicos ecuatorianos. La fórmula de armonía se encontraría fácilmente con un poco de buena voluntad de una y otra parte, si a las conferencias preliminares se aporta espíritu de generosidad y comprensión clara de las graves necesidades de LA HORA PRESENTE. — Otro de los elementos indispensables para el buen éxito de esta intervención eficaz en los certámenes políticos, sería la adopción de *un programa moderno* en sus aspiraciones y métodos. — No estamos ya en el tiempo de colocarnos en el campo de la tesis pura, y el mundo ha evolucionado mucho para que los católicos dejen de manifestar sus propósitos en la esfera *social*, ahora, sobre todo, que comienzan a introducirse los primeros gérmenes de *socialismo* entre nosotros." — No se habla de ciudadanos, sino de católicos, de organización política católica, es decir, la teocracia garciana sale de nuevo a la palestra, armada de todas armas, y además, socialista ... católica!

Con quien va a medir sus armas el liberalismo, no es con el Partido Conservador, definido por los publicistas, sino con el clericalismo desahuciado, en la historia, por anacrónico y retrógrado. El programa ya lo exhibió oportunamente Monseñor Pólit, quien también ha declarado su ultimatum.

## LV

### LA VERDADERA SITUACION CORDOVISTA

Ayer publicó "El Comercio" una información política relativa a la conferencia celebrada entre los candi-



datos señores Córdova e Intriago, en presencia del Sr. Dr. Tamayo, que obliga a rectificaciones y comentarios. Dice así el diario citado: "Ayer a las cuatro de la tarde, el Sr. Dn. J. Federico Intriago estuvo en el gabinete presidencial con el Sr. Dr. Tamayo, cuando casualmente llegó también el Sr. Dr. Córdova —Los tres expresados personajes departieron con entusiasmo y cordialidad.—El señor Presidente de la República manifestó que no tenía ni tendrá candidato oficial y que su única aspiración, para bien de la Patria, era la unión del Partido Liberal, por el cual tanto había trabajado y seguirá trabajado con ahinco.—En seguida pidió a los candidatos que en la lucha electoral buscaran la forma de hacer efectiva la unión del Partido, haciendo, si es preciso, abstracción de sus aspiraciones personales.—El Sr. Intriago manifestó entonces, que estaba de acuerdo con el señor Presidente de la República, y que para realizar estos propósitos le pedía que presenciara una conferencia que tendrá con el Sr. Dr. Córdova, a fin de que le constase la abnegación y desinterés con que procedía.—El Dr. Córdova a su vez expresó que estaba de acuerdo con el Sr. Tamayo y con el Sr. Intriago.—Se excusó el Dr. Tamayo de tomar parte directa en esta labor e indicó a los candidatos que sería preferible que designasen delegados para un arreglo, dejando la responsabilidad histórica sobre el candidato que pudiese obstáculos para esta labor de conciliación.—Aceptada esta idea, los señores doctor Córdova e Intriago convinieron en que hasta el medio día de hoy nombrarían los delegados para que inmediatamente procuren llevar a la práctica los propósitos del Sr. Dr. Tamayo".

Era indispensable reproducir el texto íntegro de la información, porque cada palabra tiene en estos casos una importancia absoluta.

Y por este método sabemos: 1º que el encuentro de los candidatos fue casual; 2º que el Sr. Dr. Tamayo aspira a la unificación del Partido Liberal; 3º que desea, así mismo, que se busque la forma de que en la lucha electoral se llegue a esa unión como resultado; 4º que

el Sr. Intriago encontró admirable esa insinuación y aun quiso que el Sr. Dr. Tamayo fuese testigo de su desinterés y abnegación; 5º que, naturalmente, el doctor Córdova, expresó su conformidad con esa aspiración unionista, para la perfecta concentración liberal; 6º que el Sr. Dr. Tamayo se excusó de intervenir en esos arreglos, insinuando la conveniencia de que los candidatos designasen sus delegados para la solución política propuesta; y 7º que los candidatos convinieron en que hasta el medio día del sábado, enviarían sus delegados para iniciar la *entente cordiale* previa a la lucha electoral.

Hay dos datos equivocados en la información de "El Comercio". El que se registra en los títulos y subtítulos de la información y que dice: "El Sr. Dr. Tamayo manifiesta no tendrá candidato", particular que no existe en el texto de la misma noticia, y el que afirma que el Sr. Dr. Tamayo insinuó que a la unión debía llegarse "si es preciso; con abstracción de sus aspiraciones personales". (Las de los candidatos).

Estoy autorizado para afirmar que en la conversación casual acerca de las cuestiones electorales, se habló de la necesidad de que éstas se efectúen sin dividir más al Partido Liberal, y si fuese posible unificar la acción frente a la emergencia clerical en descubierto, pero sin que esto significase ni la remota insinuación de una renuncia de candidaturas, a lo menos, en lo que al señor doctor Córdova se refiere.

Y es absolutamente falso que el Sr. Dr. Tamayo haya expresado que tendrá o no candidato en las próximas elecciones. Esta afirmación sólo consta erróneamente en la sumilla de "El Comercio".

Además, hasta el momento en que escribo esta crónica—las ocho de la noche—el Sr. Intriago no ha designado su delegado, y el del Sr. Dr. Córdova estuvo ayer a las doce del día, en punto, en el lugar convenido.

Rectificada la información de "El Comercio" en los puntos equivocados; este incidente sin consecuencias de

ningún género, invita a reflexionar acerca de la verdadera situación política del cordovismo.

Ante todo es preciso recordar que, en la entrevista que tuvo en Guayaquil el Sr. Dr. Córdova con el Sr. Intriago, aquél invitó a éste, a formalizar una lucha leal, culta, que no deje para después el resquemor de todo procedimiento violento, quizá ultrajante a la personalidad de los candidatos, y sobre todo, que produzca la odiosidad que en los partidarios produce todos los "ismos", cuando éstos no luchan por un ideal, sino por aspiraciones personalísimas. El Sr. Intriago contestó —con asombro de todos— que consultaría con sus partidarios esta invitación y que daría su respuesta; pero ésta no llegó nunca.

En esta segunda entrevista proporcionada por la casualidad, para que el liberalismo no se divida como consecuencia de las elecciones en un nuevo "ismo", tampoco el Sr. Intriago ha nombrado su delegado, para ajustar los mutuos respetos cívicos en la lucha.

Pero si esta cordialidad aún no se define, la posición del cordovismo sí está ya sólidamente constituida.

Porque si el Sr. Intriago necesitó consultar con sus amigos para dar garantías de cultura en la lucha eleccionaria, el Sr. Dr. Córdova no es dueño de su situación de candidato de la Asamblea Liberal, para aceptar, ni en principio, transacciones que impliquen la renuncia de la candidatura, como lo dice "El Comercio" en su información. Sería la Asamblea, o su representación, el Directorio Supremo Liberal, el que tendría que ver en esto, y aceptar la renuncia de la candidatura, para abstenerse de la lucha o recomendar otra postulación al Partido Liberal. Este antecedente fundamental destruye el alcance que se ha querido obtener con una información equivocada.

Y por otra parte, el cordovismo es ya en este momento una falange poderosa, auspiciada por la opinión de todo cuanto en el liberalismo ecuatoriano tiene una posición, un prestigio, una fuerza. No se trata de una aventura política, sino de un movimiento cívico, consciente de los peligros de la hora actual, por la reacción

ultramontana, que cree haber encontrado el subterfugio para legalizar su aspiración al Poder.

Y es tan íntima esta convicción, que el mismo Jefe del Estado, no vacila ya en recomendar a los candidatos liberales alguna entente previa, a fin de que, si el peligro para la conservación de la paz y el progreso que garantiza el liberalismo, llegare a comprometer estos elevados ideales, se acuerde la unificación del esfuerzo para rechazar todo conato subversivo, que atente a la hegemonía del Partido.

Pero hay datos muy significativos que evidencian la seguridad del éxito del cordovismo, por obra de la concentración liberal. El partido alfarista que en los prolegómenos de la cuestión eleccionaria, si no manifestó públicamente su pensamiento abstencionista, lo dejó entrever con alguna claridad, el sentimiento liberal que depone todo prejuicio, se ha producido en la forma leal a la doctrina, como lo atestigua este documento aún no conocido por el público:

“Telegrama de Guayaquil, diciembre 15 de 1923.  
—Dr. Gonzalo S. Córdova.—En contestación a su telegrama diré a Ud. que el Partido Liberal-Radical alfarista, ve hoy en Ud. al portaestandarte de la enseña roja que el Viejo Luchador enarboló haciendo triunfar y llevando con ella las nuevas ideas de libertad y progreso para la República. El liberalismo no podrá jamás dejarse arrebatar esas victorias conseguidas con tanta sangre en los campos de batalla. Nuestros amigos y copartidarios en estas horas de prueba, confían en Ud. y en su patriotismo que sabrá mantener siempre con firmeza y en pie nuestros principios doctrinarios. Dentro de pocas horas lanzaremos a nuestros amigos y copartidarios un Manifiesto firmado por Jefes y liberales alfaristas, haciendo ver y aconsejando a nuestro Partido que su candidatura encarna nuestros principios y doctrinas que es necesario se adhieran y trabajen por ella. He hecho trascendental su mensaje al Dr. Eduardo López, Coronel Acevedo y muchos otros amigos quienes han quedado sumamente contentos del contenido

de su telegrama. Su afectísimo amigo.—(f.) *Bartolomé Huerta*".

Todo esto evidencia que el cordovismo no tiene por qué apelar a intentos que impliquen la renuncia de la candidatura de la Asamblea Liberal, y que esa posición política es absolutamente firme.

## LVI

### GONZÁLEZ SUÁREZ, POLÍTICO



Con motivo del sexto aniversario del fallecimiento de Monseñor González Suárez († 1º de diciembre de 1917), la prensa de todos los colores políticos ha consignado sus recuerdos en honor a la memoria del insigne prelado, hombre de ciencia y de gran acción en la vida política ecuatoriana.

Se ha recordado su vida de ciudadano combatiente y combatido, su tarea erudita, pródiga en las investigaciones históricas de la época colonial, preferentemente; su cultura literaria en las facetas del escritor y el orador; su intervención en los grandes acontecimientos nacionales, y en fin, sus virtudes de apóstol y sus bondades de amigo.

Acostumbrado a esta literatura necrológica y esperando siempre el libro que ha de juzgar las múltiples actividades de González Suárez, habría guardado el respetuoso silencio que el ángel de las tumbas impone en estas conmemoraciones, si no hubiesen venido a herir vivamente mi inquietud espiritual, los conceptos bastante dogmatizantes de LABRIOLE, el colaborador asiduo de "El Día". Porque en la vacuidad de la producción periodística, Labriole suele poner una generosa contribución de cultura humanitaria y mística.

De las distintas facetas o talentos de González Suárez, hay una que, a mi juicio, no ha sido estudiada,

quiera sea someramente. Me refiero a González Suárez, político.

Y eso que para mí, es íntima la persuasión que abrigo, respecto a que ante todo y sobre todo González Suárez fue un consumado político, y no así como quiera, sino un político de acción, tal como esotro gran estadista católico León XIII; y la conducta del prelado ecuatoriano no discrepó una línea del programa político del pontífice de la famosa Encíclica "De la libertad humana". Solamente la intolerancia clerical, más que la incompreensión, le proporcionó a González Suárez el noble orgullo de tener enemigos, y la distinción de ser calumniado. Pero él supo aprovechar de esta situación, como de todos los momentos culminantes de la historia ecuatoriana que prefirió hacerla, mejor que escribirla.

La visión política de González Suárez le permitió diferenciar claramente, desde su primera juventud, las líneas que caracterizaban la política ecuatoriana. No aceptó el clericalismo, que había sido derrotado ya por las nuevas corrientes del pensamiento humano en otras latitudes. Ejemplos notables suministraba no sólo la realización de la unidad italiana con la derrota del papado, sino que el abismo infranqueable que estableció el Syllabus de Pío IX, permitió ver muy luego con gran claridad, que ese documento provocó una enorme reacción, que en lo alto de las fortalezas tremolaban las banderas roja del progreso y la blanca y gualda del Vaticano, con anuncios de nuevas y sangrientas guerras de religión, que tanto habían retardado la civilización europea. León XIII, el gran político católico, encareció a sus generales una nueva táctica: deponer la actitud desafiante y provocar una aproximación, cubriendo piadosamente los anatemas del *Syllabus* con el manto de la tolerancia, y por ese camino "tomar parte en la cosa pública, no para aprobar lo malo que hubiere en el modo de regirse los pueblos, sino para trabajar en mejorarlo e impedir que llegaran a implantarse cosas peores". Y para lograr esto era preciso olvidar el pasado, imponerse en los pueblos por los prestigios de la sabiduría y

la virtud por las sugerencias del patriotismo, y sobre todo, dominar por la acción, por la acción y por la acción. He aquí en síntesis la doctrina política de León XIII, que tuvo en Balmes un comentador desenfadado, y en los países de América, en González Suárez, un estratega de primer orden. Ya Montalembert, por otra parte, había dicho aquello de "no se debe sacrificar la Patria por salvar la Religión", expresión jesuítica que obtuvo una fácil aprobación del Delegado Apostólico Gaspari, que encontró injusta la querrela contra el autor de una fórmula política ya sancionada por el Vaticano, ocultada por la emulación del clero, y desconocida por la intolerancia garciana.

Este conjunto de ideas que germinaban en el cerebro de González Suárez, desde que fue un simple clérigo de la diócesis azuaya, le permitió alarmar impunemente al rebaño, cuando con ocasión de la oración fúnebre que pronunció en la misa de requiem de García Moreno, dijo ante el túmulo consagrado al jefe del clericalismo: "No pertenezco yo a su partido político, como es notorio...."

Después, encontró en los estudios históricos el camino para tener la figuración política que necesitaba, satisfaciendo a la vez su curiosidad por el pasado, y sus felices disposiciones de escritor grandilocuente. Y en esos mismos estudios históricos ha trazado su programa de político y el afianzamiento para el éxito en lo porvenir, inspirando la escuela de tolerancia que predicó sin descanso. Porque sólo a favor de la tolerancia podía llegar a destruir el radicalismo como logró verlo ya casi en ruinas en los días anteriores a su muerte. "Argumentos científicos, razones filosóficas, resoluciones de la Silla Apostólica, esas son las armas adecuadas para combatir el radicalismo", recuerda Labriole, que aconsejaba González Suárez a sus discípulos.

En la paz se consigue más que en la guerra, cuando se trata de imponer ideas. Las multitudes sólo asesinan o se dejan asesinar por lo que no comprenden, y una acción destructora inteligentemente dirigida con

unción apostólica, es más eficaz que una carga de caballería en un campo de combate. ¿Verdad, Labriole?

Dos momentos culminantes de la historia ecuatoriana de los últimos treinta años, acreditan la visión y la sagacidad política de González Suárez, que es preciso sea reconocida en su honor.

Triunfante ya el Partido Liberal, la reacción clerical garciana,—de ese partido fracasado en la historia— con el que nunca simpatizó González Suárez, intentó reaccionar apoyado por el clericalismo colombiano— otro santo odio del ilustre político—y en tal emergencia, mientras los invasores corrían a un fracaso definitivo irremediable, y la turbación y el desaliento por divisiones del día anterior, cundía en el liberalismo ya en el Poder, sólo un político vió claro en la confusión: González Suárez. Y se dedicó a una bella y sugestiva predicación de paz, de tolerancia, de patriotismo, las tres grandes palabras de todas sus proclamas en tiempos de guerra y turbación nacionales. Ante tan desconcertante actitud, el liberalismo después que ganó con las armas la hegemonía definitiva, se declaró deudor del apóstol católico; y el clericalismo rugió feroz atribuyendo a sus cartas pastorales líricas su vergonzosa derrota. Pero la verdad fue que:

“Vinieron los sarracenos  
Y los molieron a palos,  
que Dios protege a los buenos,  
cuando son más que los malos”.

Y desde ese momento de la derrota del clericalismo en el Ecuador, ya no encontró obstáculos la labor de aniquilamiento del partido liberal en que emprendió González Suárez.

Cree Labriole que “la transformación del 95 tuvo que verificarse, debió verificarse”, por la sencilla razón de que “no podía darse entre nosotros, el caso especialísimo de que el Partido Conservador quede para siempre, dueño y árbitro único de la Patria. La transformación del 95 fue eminentemente jurídica, vino después



de que hechos *afrentosos* demostraron el agotamiento del antiguo régimen, vino después de que las *argollas* mismas no pudieron impedir el aflojamiento total del histórico partido”.

En la imposibilidad de discutir en un solo artículo las causas complejas de la caída del régimen clerical, añadiré a lo dicho por Labriole, la circunstancia de que los partidos caen porque carecen de programas concretos o porque no los cumplen; pues sin fe, pierden el fanatismo, único poder espiritual que conduce a todos los sacrificios, y entonces los partidos caen en el remanso de la tolerancia sin reservas y buscan en los campos opuestos una colaboración que jamás puede faltar en las propias filas.

Por ese camino de las contemporizaciones, se abrió la brecha denominada *progresismo*, que hundió a los clericales; y por la brecha del *nacionalismo* está zozobrando el Partido Liberal.

Hay que sumar a este hecho, la circunstancia de la división del partido, por obra de esa misma tolerancia y por la ambición del arribismo carente de virtudes y repleto de audacia.

Cualesquiera que hubieren sido las causas que determinaron la caída del régimen garciano, que con leves modificaciones dominó hasta el 95, la revolución liberal fue de fracaso en fracaso en sus reformas, y Alfaro que debió ser el Regenerador anunciado por Montalvo, fracasó por sus contemporizaciones, por sus tolerancias.

En la angustia de afianzar en la paz el régimen liberal, aceptó tácitamente la colaboración de González Suárez, el salvador del liberalismo ecuatoriano ante la invasión de los bárbaros del Norte! Y su voz siguió resonando con autoridad y simpatía en el Gobierno Liberal. Aun no era Arzobispo, pero la insignificancia política de su antecesor le impuso de hecho como el primado de la Iglesia Ecuatoriana. Y Alfaro celebró como un éxito la simple declaración de la tolerancia de cultos y la libertad de conciencia, como las garantías máximas de la Constitución Política; y solicitó a Roma la gracia de un nuevo Concordato y si el Clero de

Quito no le da un puertazo en la cara, Alfaro habría continuado quien sabe hasta cuando en las prácticas de las ceremonias católicas.

La revolución del 95 que anunciaba la reforma radical en las instituciones del país, encontró en Ibarra el apóstol de la tolerancia, que se deja llamar liberal, que produce con el lirismo de una protesta contra las guerras fratricidas, un fracaso que no podía dejar de suceder en definitiva, y que moralmente encabezaba esa revolución radical que ya era incontenible; pero la encabezó para conducirla al fracaso. Refiriéndose a este momento histórico dice Labriole: "González Suárez es entonces el único ecuatoriano que domina la situación y penetra en el momento histórico. La *generosidad* de González Suárez es magnífica: ACEPTA LA LEY DEL CAMBIO, la acoge bondadosamente, y desafiando la *torpeza* de los apasionados, predica la paz, la calma, el amor, en medio de ese fuego de odio, de ese volcán de muerte y destrucción". De acuerdo con Labriolle, solamente que eso de la *generosidad*, huele a una pasada de la mano por todo lo que tiene de larga la cabellera de los liberales.

Aceptada, pues, la ley del cambio del clericalismo y detenido el primer ímpetu de la reforma radical, por las *generosidades* de González Suárez, se encarga este apóstol del catolicismo, de dirigir las baterías contra los globos de papel pintado de las reformas de la primera administración Plaza. Y después de desprestigiar las leyes en los documentos episcopales, se ocupó de poner en juego su enorme influencia nacida de su prestigio de sabio, de sus virtudes de apóstol y sus sugerencias de amigo, para consumar el fracaso de aquellos. Y las leyes de cultos, de registro civil, de incautación de bienes de manos muertas, de prohibición del aumento de frailes extranjeros, de enseñanza laica, etc., etc., son burladas unas, empujadas al desprestigio por el mal cumplimiento otras y condenadas todas a languidecer y morir, porque después de cerca de treinta años de liberalismo, las reformas han sido traducidas al papel de los anuarios de la Legisla-

ción, simplemente, pero no han llegado a las conciencias.

Pero no sólo la obra civilizadora de la tolerancia y la paz preocupó a González Suárez en su acción política, sino que el recurso formidable del patriotismo, tenía que obrar nuevos prodigios en bien de su causa.

Un día, en uno de esos fervorosos entusiasmos de Alfaro, por el progreso del Ecuador, quiso contratar con el Conde de Charnacé un ferrocarril para el Oriente, con la base de una conceción de tierras baldías, en proporción inferior a la que el Perú acaba de celebrar con la firma Dunsmuir, sin que se provoque un conflicto. Pues la oposición contra Alfaro sostenida principalmente por el clericalismo, protestó con inmenso clamor contra ese atentado a la soberanía nacional, como se le calificó al contrato, y consultado González Suárez por los opositores clericales y liberales, este les dijo que era preciso evitar la revolución, pues era apóstol de la paz, y les señaló el camino de la lucha electoral para obtener una mayoría opositora en el Congreso.

“Bien sabido es cómo terminó aquel entusiasmo, dice Nicolás Jiménez, en la mejor biografía de González Suárez, y cómo se ahogó en la sangre de universitarios y artesanos aquel generoso despertar de la juventud de Quito.—Pero esos sucesos dieron dos resultados: fue el uno cavar un abismo entre la parte más noble e independiente del Ecuador y el General Eloy Alfaro, abismo que acabó por devorarlo en espantosa tragedia; fue el otro, el unir desde entonces para siempre al pueblo, al elemento joven y sano, con el ilustre Prelado, en quien veían al más patriota y desinteresado de los ecuatorianos”.

¿Qué añadir a esta declaración?

En esa opereta mal encubierta que nos llevó en 1910 a un conato de guerra con el Perú; en esa guerra en la que ningún hombre sensato del país creía, pero que se dejaba hacer por fines que se juzgaba patrióticos, el apóstol de la paz se declaró un heraldado de la guerra: “si ha llegado la hora, dijo, de que el Ecuador

desaparezca, que desaparezca; pero no enredado entre los hilos diplomáticos, sino en los campos del honor, al aire libre y con el arma al brazo: no le arrastrará a la guerra la codicia sino el honor!"

La predominancia del Arzobispo de Quito en la política del liberalismo ecuatoriano fue completa. Nicolás Jiménez comenta este episodio guerrero de su biografiado, así: "Desde entonces, además de la adhesión de la juventud, que fue suya desde 1906, *conquistóse la del Ejército*, al que siempre había amado y había procurado dignificar".

El vértigo de la última revolución política ensangrentó de nuevo los campos de la contienda civil, y Milagro, Yaguachi y Naranjito, presenciaron una terrible hecatombe. El radicalismo convencido de sus erróneas contemporizaciones intentó recuperar el poder, pero los pueblos ya no creyeron en las promesas de Alfaro, cuyas claudicaciones estaban aun frescas, y por el contrario, la matanza inútil le enfureció. Los Jefes de esta revolución y el caudillo cayeron prisioneros, y su suerte, o sea su sentencia de muerte estuvo echada desde el instante que se decidió remitirlos a Quito. El proceso judicial, en el que intervine como Fiscal, de esta causa histórica, demostró la culpabilidad evidente del Gobierno que presidía el doctor Freile Zaldumbide, pues habiendo sido encerrados ya los prisioneros en el Panóptico, una pequeña guardia habría sido suficiente para impedir todo crimen. Mayormente una súplica o imposición de una gran autoridad como el Arzobispo González Suárez, pero los presos fueron abandonados al asesinato en el Panóptico, y el Ecuador se conmovió ante un crimen tan bárbaro.

Una de las hijas del General Alfaro pidió al Arzobispo su intervención oportuna para evitar el crimen. Cuál fue esta intervención, lo dice el mismo González Suárez en este aparte de una carta dirigida a guisa de relato auténtico del suceso, al Obispo de Ibarra: "Trafan dos cadáveres, dice: el de don Eloy Alfaro y el de Ulpiano Páez: este desnudo hasta la cintura; aquel del todo en cueros, enteramente en pelota. El cadáver de

Páez de espaldas, boca-arriba: el de don Eloy en ese momento (en que los arrastraban frente al Palacio Arzobispal) no iba arrastrado por el suelo, sino que lo llevaban al aire, como columpiándolo: tan apiñada caminaba la muchedumbre, que el cadáver no podía ser arrastrado constantemente”.

.....  
“Yo intenté salir para procurar recoger los dos cadáveres; pero los que me acompañaban me instaron no lo hiciera; resistí un momento, mientras acercándome disimuladamente a la ventana, observaba lo que en la calle sucedía; y luego desistí de mi intento, convencido de que mi presencia, habría sido inútil, para el fin que me proponía, y peligrosa para mi sagrada dignidad; las gentes estaban locas de cólera y frenéticas de furor.”

Esta transcripción no intenta un reproche, solamente narra, y pretende anotar la circunstancia, de que al mismo apóstol de paz, tolerancia y caridad que había contribuido poderosamente al fracaso de la reforma liberal desde el 95, le tocó presenciar disimuladamente, desde las ventanas de su palacio, como pasaban arrastrados por las calles, el caudillo y los capitanes que antes protegiera *generosamente* con sus proclamas líricas en una reacción destinada a sucumbir.

No sé si Labriole anote entre los errores de la biografía de González Suárez, escrita por Jiménez, éste, imperdonable: “nunca fue político, dice, jamás se afilió a ningún partido ni se abanderizó a ninguno de esos casilleros, en que nos trae divididos, con el título de conservadores y liberales, muchas veces no la firme convicción, sino la momentánea conveniencia, cuando terminamos en política.”

¿Pero qué entenderá por política el amigo Jiménez? Si toda la vida de González Suárez se desarrolla dentro de un gran plan político: fundar el partido conservador.

Cuando González Suárez afirma su prescindencia de la política garciana, esto es, del clericalismo, no intentó asombrar con su declaración, porque el partido que dominó, con ligeras variantes, hasta el 95, había

caído ya históricamente. Esa ingerencia del Estado en la Iglesia, a título de defensor del catolicismo, mereció la reprobación del político vidente, que comprendía el peligro de los intereses religiosos, dentro de una estrecha unión, con un partido inilitante. González Suárez quería la separación del Estado y de la Iglesia, como la garantía para el desenvolvimiento de ésta; y la prescindencia del clero en la política, por la seguridad y para el respeto que debe alcanzar la disciplina eclesiástica. Esto no implicaba una inmiscuencia indirecta a título de colaboración en la vida nacional. Se establecía, pues un liberalismo católico, en el que podía afiliarse San Agustín y otros doctores de la Iglesia. Es decir, González Suárez aceptó en el 95 la política que insinuó tímidamente don Pedro Carbo en la Convención de Ambato, y que en ese entonces la rechazó con violencia. Pero los tiempos habían cambiado, y entre aceptar la tutela del Estado para la Iglesia o la Iglesia libre en el Estado libre, la elección no era difícil. La evolución del liberalismo en el Ecuador la explicó magistralmente Juli Moreno, en su conferencia "Liberalismo y Conservatismo" en 1920. Lo que cayó el 95 fue el régimen clerical, insostenible hasta con el barniz del "*progresismo*", y por eso fue que González Suárez, no se afilió al clericalismo, por desacreditado y al liberalismo por incompatible con su estado sacerdotal. Y como no pudo ser soldado de una fracción fue el Jefe de un nuevo grupo: el de los conservadores denominados "*amplios*" para diferenciarse de los clericales impropriadamente llamados *conservadores*.

Y esta formación de un nuevo núcleo conservador, lo efectuó sin aparato, con la prudencia que aconseja la sabiduría y prefirió para la renovación el elemento joven, ilustrado, trabajador, capaz de sostener el nuevo evangelio de paz, tolerancia y patriotismo, tan repetido por González Suárez, con una argumentación laica inspirada por Rodó, por Faguet, por el Maestro Posada. La cita de los textos de los doctores de la Iglesia sería impertinente. No sólo hay que predicar tolerancia sino aparecer como que se la practica. Y penetrar en la

entraña de los regímenes políticos, no para aprobar lo malo sino para impedir lo peor, según el consejo de León III. Y si a mano viene darles el zancadillazo del siglo a los zoquetes que creen en la incompatibilidad del dogma con la fórmula química para tintar zapatos, y predicar la conformidad con el derrumbamiento de los regímenes por ineptos, por desorganizados y contemporizadores.

González Suárez fue, pues un gran político; y triunfa todos los días, por la acción de sus alumnos tan disciplinados; pues mientras unos hacen la historia, los otros la escriben y todos la adulteran. Es tanto el progreso alcanzado que ya se discute en los círculos políticos si por medio del *nacionalismo*, el régimen es todavía liberal, o es ya conservador!

Si González Suárez merece una estatua no es sólo por historiador y por patriota, sino por político.

Y como gran elogio conmemorativo, creo que el que más cuadra a un prelado, es el que he trazado en estas líneas: La reforma liberal del 95 fracasó por el genio político de González Suárez. El conservadorismo, amplio, triunfador, sería injusto si no reconociese a su Jefe en el prelado ilustre. (\*)

## LVII

### LOS SOFISMAS DE "EL PORVENIR"

Insisto en afirmar que los prolegómenos de las elecciones presidenciales, han tenido en esta vez una singularísima importancia, porque coincide con la reacción clerical más desenfadada de estos últimos años.

---

(\*) Este artículo que publiqué en "El Día", el 7 de diciembre de 1922, no corresponde a la serie de "Aspectos Políticos", pero lo incluyo aquí, porque la tesis que desarrolla es congruente con el pensamiento general de estos estudios.

La situación se aclara por momentos, repleta de peligros, en los campos de la más franca conspiración contra la paz pública, y en el terreno ideológico, en el que se plantean los sofismas justificadores de todas las trastadas políticas.

Y para dilucidar esos sofismas de la propaganda ultramontana, empezaré por fijar los límites de lo que las crónicas políticas aspiran, en sus relaciones con la índole del diarismo.

Porque "El Porvenir", diario clerical de esta ciudad, pretende que el periodismo sea en el volumen final de un año, un nuevo tomo agregado a la enciclopedia precursora de la revolución francesa, o la Semana Teológica de Santo Tomás, expresión máxima de la literatura católica. Ni tanto, ni tan poco. Ni la erudición insoportable de los comentaristas del Renacimiento que gastaban cincuenta pesados infolios para explicar las sutilezas dogmáticas, ni la fugacidad del comentario atropellado de las crónicas policiacas del periodismo contemporáneo, desgarradas y pálidas, en la precipitación del producir rítmico con el cascabeleo loco de los linotipos.

Las crónicas políticas y sociales del minuto que pasa, dejando impresas en el papel periódico las inquietudes de la vida, para ser leídas, no han de carecer de jugo y flexibilidad; rehuyendo de la rigidez de los dómines que despachan su sabiduría con la gravedad del que mantiene su postura, como si se hubiese tragado un bastón.

La crónica no es sino una conversación inteligente con el público y los compañeros de la prensa, con algunos puntos de documentación rápida y otro poco de espíritu en la entraña de la obra de vulgarización de ideas, para que éstas no sean recibidas tan vulgarmente!

Reconozco en Porcio Cantón un contendor de buena casta en el periodismo capitalino, y la producción de fondo de "El Porvenir" gustó siempre del buen decir en sus prosas y el guante blanco en las discusiones



¡lástima que sea tan clerical! y el elogio habría rematado nombrándole tolerante, como el mejor lema de su escudo.

Y por esto, acuso a inquina sectaria, el gracejo de esta parrafada de su réplica a uno de mis artículos: "No considero del caso, dice, ir a refutar al *adversario* (*adversario*? no, al compañero en la milicia de la prensa, en el campo opuesto) en el campo de la investigación filosófica a que parece convidar con arrestos de comentarista sutil y erudito. Sería risible, pues sobre inútil y pesada para los lectores, sería labor de romanos (y lo somos ¿verdad?) desenredar la madeja de ideas confeccionada con la receta del cuento: doscientos litros de citas a base de una mediana librería; éter volátil de premisas falsas; extracto fluido de fanatismo radical; jarabe de pico para los de arriba y mortero para los de abajo. Sabido es que esta es la poción con que el médico Petronio quiere salvar al liberalismo ecuatoriano, suministrada por copas en "El Día".

La receta es graciosa y Porcio Cantón, graciosísimo; pero así y todo, rechazo el sofisma que contiene como fórmula de periodismo adocenado, e invito al caballero romano, a conversar serenamente en los atrios florecidos del Forum, sin inquina y con amor sincero a los grandes ideales, por contradictorios que parezcan. Y quien sabe si al final de la plática, advirtamos que el abismo ideológico que nos separa ni es tan hondo como nos habíamos figurado ni de soluciones sangrientas como el vulgo aconseja.

Y ahora que Porcio Cantón se ha dignado oírme, quieran los dioses concederme la gracia de que el Director de "El Porvenir", don Manuel Sotomayor y Luna, caballero cultísimo, deponga su gesto olímpico, limpie sus lentes de todo prejuicio que descomponga falsamente los colores, y con la visión clara de los hombres y las cosas, analice conmigo ciertos puntos de la política, que servirían de base para una conversación interesante.

En la edición del viernes último dijo muy acertadamente "El Porvenir", en su editorial: "Necesidad

Urgente", lo que sigue: "Otro de los elementos indispensables para el buen éxito de esta intervención eficaz en los certámenes políticos, sería la adopción de UN PROGRAMA MODERNO en sus aspiraciones y métodos. No estamos ya en el tiempo de colocarnos en el campo de la tesis pura, y el mundo ha evolucionado mucho, para que LOS CATÓLICOS dejen de manifestar sus propósitos en la esfera SOCIAL (socialismo católico) ahora sobre todo que comienza a introducirse los primeros gérmenes del socialismo entre nosotros."

Y con esta transcripción sabemos, que la agrupación política que representa "El Porvenir" carece de programa moderno, condición previa, indispensable, para intervenir con eficacia en los certámenes políticos o sea en las luchas eleccionarias, porque sin programas la confusión de las aspiraciones conducirá al fracaso irremediable.

Y sabemos también—y esto es lo sustancial del caso—que "El Porvenir" es el vocero del catolicismo que aspira a organizarse en Partido Político, para resucitar, con evidencia, la teocracia garciana, cuyos sombríos reflejos mantienen tintas en sangre las páginas de medio siglo de la Historia ecuatoriana.

Tiene razón "El Porvenir". Necesita un programa modernísimo que excluya toda tendencia teocrática, inadmisibles en esta época; así como también está rechazado en la estructura del Estado contemporáneo, el llamado Partido Católico, excluido científicamente de alternar como poder civil en ningún país de raigambre republicana, preferentemente. El catolicismo es una religión de fines ultraterrestres, y los partidos políticos se ocupan de disciplinar las energías nacionales para fines temporales.

Y tan sin derroteros precisos, inconfundibles, como exige un programa político, se halla la agrupación, cuyo vocero es "El Porvenir", que en una carta que su Director dedica al señor Presidente de la República, dice: "El señor doctor Córdova, en carta enviada al Sr. Dr. Larrea Chiriboga, y publicada en "El Día" de hoy, refiere que el señor Presidente "habló en los términos

más elevados y patrióticos" de asuntos relacionados con las próximas elecciones y la reunión de las facciones liberales, para hacer frente "al enemigo tradicional que, AUXILIADO POR EL CLERO, trabaja activamente por alterar la paz pública." — "No hay traducción libre al decir: el enemigo tradicional, los conservadores."

¡Sofisma! Sr. Sotomayor y Luna. La traducción exacta es esta: el clericalismo, he ahí el enemigo del liberalismo.

El Partido Conservador, es un partido político sin entronques con el ejército del Vaticano, y el liberalismo no le desconoce sus derechos para alternar en el Poder, ni declara enemigos a los conservadores que luchan por su predominancia política sin la añaqaza del catolicismo.

Los partidos liberal y conservador son las dos fuerzas que regulan el equilibrio de las funciones del Estado. El clericalismo es el resto feudal de una dominación extranjera para beneficios sectarios. Mídase la diferencia, y júzguese si ha hecho bien quien ha declarado enemigo tradicional al clericalismo, que en el Ecuador ha causado daños irreparables en el progreso y en la concordia de la gran familia ciudadana.

"Y declarar enemigos, continúa el señor Sotomayor y Luna, a quienes difieren del Gobierno en asuntos de orden político y religioso es—tratándose del Jefe del Estado—un desconocimiento de los derechos ajenos y de las necesidades nacionales; es una alteración profunda de las relaciones entre gobernantes y gobernados, un recurso de fuerza ajeno a la paz."

¡Sofisma! ¡Sofisma! El Jefe del Estado realiza los fines de esta institución política, con la preocupación de un solo concepto político: las garantías ciudadanas. Las cuestiones de orden religioso corresponden a los Obispos: el catolicismo tiene su Jefe: el Papa; y los partidarios de esa autoridad tienen que dirigirse a Roma en sus dificultades doctrinarias.

"No puede ocultarse a la observación del señor Presidente que el pueblo ecuatoriano es conservador,

dice el señor Sotomayor y Luna, en más de un setenta por ciento: declararlo enemigo, es negarle su soberanía, considerarlo como pueblo cautivo sujeto a la voluntad de fieros conquistadores."

¡Sofisma! ¡Sofisma! y ¡Sofisma! Señor Sotomayor y Luna. El Partido Católico es extraño políticamente a la soberanía ecuatoriana; los adeptos de éste son esclavos del cautivo del Vaticano, es decir, doblemente esclavos; y si el setenta por ciento de los ecuatorianos es católico, hacen bien de serlo y practicar en sus templos sus creencias, pero de esto a querer ser gobierno y reducir a esclavitud sectaria, a los que no aceptan al clericalismo con fórmula de administración temporal, hay un abismo insalvable. No se puede confundir conservatismo y clericalismo, hay en ello un error profundo. Hay también una diferencia fundamental entre ser irreligioso y ser anticlerical. González Suárez fue anticlerical y su religiosidad fue edificante. El Ecuador salió ya del período teológico, señor Sotomayor y Luna, y las cruzadas para la guerra de religión ya no tienen prestigio. El pueblo ha descubierto que debajo del disfraz de cada campeón religioso se esconde un ambicioso político. Por eso tiene que explotar simultáneamente la eterna cuestión social, para impresionar a las masas aun no ilustradas del Ecuador.

"La consideración elemental que me mueve a dirigirme al señor Presidente, concluye el señor Sotomayor y Luna, tiene toda su importancia al considerar la existencia de una minoría, por pequeña que sea; la tiene mayor aún tratándose de la gran mayoría del país, MAYORÍA QUE ESTAMOS DISPUESTOS A PROBARLA tan pronto como el gobierno se resigne a respetar la ley y la sinceridad electorales."

Aquí hay un reto y éste sólo puede contestarlo el Gobierno.

## LVIII

### EL ENTRESIJO EN DESCUBIERTO

Ha concluído el período de las ententes previas, de las declaraciones de los candidatos, de las intrigas en las alturas oficiales, y conocidas ya las aspiraciones y programas de los contendientes, los partidarios pueden ir a sus respectivos campamentos con el santo y seña para la lucha.

El cordovismo representa la defensa y hegemonía del liberalismo, según el pensamiento y el programa de la Asamblea Liberal.

El intriguismo es la facción disidente del Partido Liberal, empujada por elementos sin color político definido, aunque enemigos declarados de los regímenes emanados de la Transformación del Noventa y Cinco, a mantener la desunión frente al compactamiento manifiesto del clericalismo reaccionario.

El lassismo pasó del período humorístico, simplemente declamador, a servir de estribo al clericalismo que encontró la situación, para desenvolver las disciplinas partidaristas que agrupen multitudes con miras subversivas, para la restauración del Poder. El entresijo está en mantener al señor Lasso en el convencimiento de su popularidad insólita, con un programa socialista a cuestas, desmentido en hechos por el mismo autor de la superchería. En otro momento le he de explicar al señor Lasso, cómo realizó don Francisco Madero su programa socialista mejicano, entregando previamente sus haciendas a los pobres indios y sus capitales al proletariado obrero. No se puede ya sugestionar al pueblo con simples palabras: ofrecer todo un programa de redención y auxilio popular; y luego suscribirse con una peseta para favorecer a los damnificados por el terremoto de Tulcán!

Evidenciado el plan tenebroso, sólo el clericalismo apoya en este momento al señor Lasso, y el tinte liberal con que se quiso propagar esta postulación, se ha desvanecido, apareciendo en toda su crudeza el fondo negro de la intransigencia, en los periódicos sectarios que apoyan al lassismo.

En el incidente de la conversación casual de los candidatos liberales con el Jefe del Ejecutivo, respecto a una entente para evitar la desunión del único "ismo" que quedaba, para que la concentración del liberalismo sea una hermosa realidad histórica, se descubre una influencia malsana que lleva al señor Intriago a los últimos términos de la intransigencia para la unión liberal, aun después de la lucha, cualesquiera que sean los resultados de ésta. Porque la negativa a la renuncia de una candidatura se comprende, cuando aún palpita la última ilusión por el éxito; pero si la derrota se ha consumado ¿por qué negarse al reconocimiento de los hechos ya incontrastables, y seguir conspirando contra el liberalismo en alianza tácita con el clericalismo en acción? — Final muy triste el que le había reservado el tiempo al intriaguismo ya muy barajado!

Recoira bien sus filas el señor Intriago, y sepárese de lo incoloro, de lo que no garantice a su conciencia de liberal el consejo patriótico, sin reservas mentales, mejor dicho, asesórese de su propia conciencia, y cumpla sus deberes de doctrinario, como la hora política lo exige.

Porque no es que el cordovismo, o lo que es más propio, el liberalismo, dude del éxito, sino que las normas disciplinarias del Partido se quebrantan sin que las consecuencias favorezcan la personalidad del señor Intriago. Pues conocemos sus fuerzas, podemos contar aquí en Quito a sus hombres significativos en los dedos de las manos y sobran dedos. De Guayaquil avisan repetidamente que existe un poco de intriaguismo más o menos conocido en el mundo político, pero que esa base populachera es tornadiza, por lo mismo que no obra por convencimientos espirituales. Y es de Guayaquil que se ha insinuado públicamente la renuncia del

señor Intriago, como la obra indispensable del patriotismo y la unión liberal; pero el señor Intriago no ha querido ni pactar la lucha decorosa ni los respetos al triunfador.

Ya que eso de las renunciaciones de las candidaturas, implica la revelación candorosa de un entresijo que se desbarata con una simple y odiosa comparación de fuerzas, y se descubre la cabeza tonzurada que inspira esa base anarquizante, sin mayor esfuerzo. Ha estado en lo justo el señor doctor Larrea Chiriboga, cuando al rechazar esta sugerencia del delegado del señor Intriago, replicó diciendo: "Si no fuera usted, señor doctor Salvador, el liberal con altas ejecutorias que es y que como tal le reconozco, francamente creería que esta proposición es hecha por un miembro del Partido Conservador (!!!) que anhela dividirnos más." Con lo que se ha definido también el verdadero deseo de los que intriaguizan, con planes análogos a los cofrades del lassismo.

Por su parte "El Porvenir" se muestra sorprendido de que la concentración liberal no intente siquiera una conversación con el señor Lasso, quien, en las columnas del susodicho diario clerical, se despacha a su gusto en la edición de ayer, con la ratificación de su programa socialista en forma de reportaje concedido al señor ISAAC DELGADO (Epaminondas).

Y el mismo diario concluyó su editorial con esta santa invocación de la unión clerical: "Si para lograr este propósito, en este *momento de inmensa gravedad y peligro*, es indispensable el sacrificio de lícitas aspiraciones, listos estamos a hacer esa renuncia, si ella ha de redundar en beneficio del país y de la religión santa, suprema enseña de todos nuestros combates, norte de nuestros amores y programa de todos nuestros esfuerzos."

Y como el señor Lasso es el campeón admirable del clericalismo, tenemos descifrado el entresijo de la mentira convencional del espíritu religioso de los clericales y del patriotismo y la alteza de miras que se atribuye a sí mismo el señor Lasso. Desgraciadamente el

señor Intriago está colaborando sin pensarlo en *la gravedad del peligro* de este lío político, con su ayuda táctica al lassismo.

Y para que no falte nada en el entresijo, no se ha olvidado la consabida historia de los arrepentimientos de los liberales en el Poder, cuando han puesto su simpatía del lado de un candidato de ejecutorias. ¿Se quiere sugerir que el señor doctor Tamayo está por el entresijo, y contra los anhelos de la unión liberal?

Pero la nota hilarizante de la socarronería de ciertos grupos políticos, la han reservado a don Octavio Icaza, Ministro de Guerra, Marina y Aviación, abusando, indudablemente, de su natural afable y campechano. Pues, señor, apenas se sospecha que puede quedar un pequeño hueco en este debate de las candidaturas, en el acto asoma la hojita diminuta postulando al señor Icaza, como el tercero en cualquier combinación.

Y no es que el señor Icaza pueda ver con agrado esa tercería que alguna mala sombra se empeña en acomodársela, pues ya protestó de la especie candidaturazca que deforma indudablemente su prestigio de hombre tranquilo y Ministro simpático, por esa misma tranquilidad, sino que eso del tercero, entra en el juego del enmarañado entresijo que comento.

Felizmente las cosas están ya muy claras y la lucha se resolverá así: de un lado el liberalismo, con su candidato señor doctor Córdova, y del otro lado la entente Lasso con el clericalismo, ayudados indirectamente por el grupo intriguista.

Confrontamos, pues, una crisis histórica, de la que saldrá triunfante el liberalismo renovado y depurado.

## LIX

### LOS DOS FANATISMOS

Mil gracias, señor Sotomayor y Luna, por la cultura de su respuesta. Estamos tan poco acostumbra-



dos los periodistas ecuatorianos al trato respetuoso entre los del gremio, que la hidalguía de un proceder circunspecto e inteligente, obliga la atención. Desde luego, el gran público sufre con esto un desencanto, pues que en lo plebeyo de las frases, encuentra la fortaleza de la argumentación.

Platiquemos nosotros y para nosotros, señor Director de "El Porvenir", que no nos faltará un público de selección, que talvez difiera de nuestro pensar y sentir, pero que nunca nos negará la atención caballerosa.

Y, pues, me he afirmado en el convencimiento de que dentro del respeto a nuestras convicciones, estamos más cerca de estudiar la verdad sin pasión y demarcar nuestro campamento sin enojo, que irguiéndose con la coraza de los fanatismos que encuentra en toda renovación liberal al jacobinista, y en todo principio tradicional una expresión del clericalismo. Son los dos fanatismos, el de la libertad y el de la tradición los que han mantenido la muralla china de todos los progresos, en la obra eterna de la demolición y de la reconstrucción, quedando siempre el acervo de lo perfeccionado en la lucha, en beneficio de la cultura humana.

Soy conservador, y conservador convencido, dice Ud., señor Sotomayor y Luna, y tendría como alto honor y singular dicha agrupar todas las fuerzas conservadoras, si los cooptarios le dieran su confianza y su apoyo; no por satisfacer ambiciones personales, sino únicamente por servir una idea que considera salvadora para la Patria y la sociedad.

Quiera creérme, señor, que siempre consideraré a Ud. el *leader* más digno, más capacitado y más modernizado para dar vida en el Ecuador al verdadero conservatismo científico, profundamente humano, con programas exentos de toda influencia clerical, y sin ese funesto fanatismo católico, que mezcla lo divino con lo humano, para satisfacer su orgullo de hombre y sus pasiones de sectáreo.

El garciamorenismo es ya inadaptable en el Ecuador, convénsase Ud. y toda tendencia para el restablecimiento de una teocracia fracasará necesariamente,

cualquiera que sea el disfraz con que pretendan prestigiarle.

El estado moderno exige fórmulas claras como normas de gobierno, y el derecho divino a la administración de los pueblos concluyó ya su prestigio histórico.

En el Ecuador tiene la política normas inalterables que han llegado a ser convencimiento: nada de hibridaciones político-religiosas: rechazo de todo despotismo.

Fue González Suárez quién planteó en sus doctrinas los lineamientos del verdadero Partido Conservador, al formular elocuentemente el absurdo de los partidos religiosos, llámense católicos o puramente cristianos. Esas doctrinas contienen el rechazo más formidable que ha sufrido en el debate histórico la teocracia garciana. No necesitó nombrar a ésta el señor González Suárez en sus fulminaciones, pero todos los colores vivísimos de sus páginas políticas los proporciona esa época absurda, anacrónica, mezcla informe de dogmas y principios políticos, de cofradías y clubes, de intrigantes de bonete y de levita. Y es claro, de este maridaje imposible brotó el jacobinismo, justificado históricamente en las proporciones en que la opresión exigía la reacción. Fue el choque de dos fanatismos que saturó la atmósfera política y fulminó el rayo en la cabeza de la tiranía.

El desmoronamiento de la teocracia produjo el convencimiento de los males que sufre la religión cuando apoya su eficacia, no en la bondad evangélica, sino en las bayonetas y el capricho de un déspota. Los gobiernos posteriores al régimen garciano, cuidaron de no hacer sensible su clericalismo, y sin ser lealmente conservadores, el barniz liberal no alcanzó a disfrazar el subterfugio. Caamaño, factor de la Argolla, o sea de la oligarquía bancaria y financiera que fracasó en el negociado de la Esmeralda, fue un masón expulsado, con motivo del asesinato de Vargas Torres, miembro de la fraternidad universal. Ya en esa época lejana del progresismo, el pensamiento político se despreocupó de la cuestión religiosa, como bandera de combate, y don Antonio Flo-

dos los periodistas ecuatorianos al trato respetuoso entre los del gremio, que la hidalguía de un proceder circunspecto e inteligente, obliga la atención. Desde luego, el gran público sufre con esto un desencanto, pues que en lo plebeyo de las frases, encuentra la fortaleza de la argumentación.

Platiquemos nosotros y para nosotros, señor Director de "El Porvenir", que no nos faltará, un público de selección, que talvez difiera de nuestro pensar y sentir, pero que nunca nos negará la atención caballerosa.

Y, pues, me he afirmado en el convencimiento de que dentro del respeto a nuestras convicciones, estamos más cerca de estudiar la verdad sin pasión y demarcar nuestro campamento sin enojo, que irguiéndose con la coraza de los fanatismos que encuentra en toda renovación liberal al jacobinista, y en todo principio tradicional una expresión del clericalismo. Son los dos fanatismos, el de la libertad y el de la tradición los que han mantenido la muralla china de todos los progresos, en la obra eterna de la demolición y de la reconstrucción, quedando siempre el acervo de lo perfeccionado en la lucha, en beneficio de la cultura humana.

Soy conservador, y conservador convencido, dice Ud., señor Sotomayor y Luna, y tendría como alto honor y singular dicha agrupar todas las fuerzas conservadoras, si los cooptatarios le dieran su confianza y su apoyo; no por satisfacer ambiciones personales, sino únicamente por servir una idea que considera salvadora para la Patria y la sociedad.

Quiera creermé, señor, que siempre consideré a Ud. el *leader* más digno, más capacitado y más modernizado para dar vida en el Ecuador al verdadero conservatismo científico, profundamente humano, con programas exentos de toda influencia clerical, y sin ese funesto fanatismo católico, que mezcla lo divino con lo humano, para satisfacer su orgullo de hombre y sus pasiones de sectáreo.

El garciamorenismo es ya inadaptable en el Ecuador, convénsase Ud. y toda tendencia para el restablecimiento de una teocracia fracasará necesariamente,

cualquiera que sea el disfraz con que pretendan prestigiarse.

El estado moderno exige fórmulas claras como normas de gobierno, y el derecho divino a la administración de los pueblos concluyó ya su prestigio histórico.

En el Ecuador tiene la política normas inalterables que han llegado a ser convencimiento: nada de hibridaciones político-religiosas: rechazo de todo despotismo.

Fue González Suárez quién planteó en sus doctrinas los lineamientos del verdadero Partido Conservador, al formular elocuentemente el absurdo de los partidos religiosos, llámense católicos o puramente cristianos. Esas doctrinas contienen el rechazo más formidable que ha sufrido en el debate histórico la teocracia garciana. No necesitó nombrar a ésta el señor González Suárez en sus fulminaciones, pero todos los colores vivísimos de sus páginas políticas los proporciona esa época absurda, anacrónica, mezcla informe de dogmas y principios políticos, de cofradías y clubes, de intrigantes de bonete y de levita. Y es claro, de este maridaje imposible brotó el jacobinismo, justificado históricamente en las proporciones en que la opresión exigía la reacción. Fue el choque de dos fanatismos que saturó la atmósfera política y fulminó el rayo en la cabeza de la tiranía.

El desmoronamiento de la teocracia produjo el convencimiento de los males que sufre la religión cuando apoya su eficacia, no en la bondad evangélica, sino en las bayonetas y el capricho de un déspota. Los gobiernos posteriores al régimen garciano, cuidaron de no hacer sensible su clericalismo, y sin ser lealmente conservadores, el barniz liberal no alcanzó a disfrazar el subterfugio. Caamaño, factor de la Argolla, o sea de la oligarquía bancaria y financiera que fracasó en el negociado de la Esmeralda, fue un masón expulsado, con motivo del asesinato de Vargas Torres, miembro de la fraternidad universal. Ya en esa época lejana del progresismo, el pensamiento político se despreocupó de la cuestión religiosa, como bandera de combate, y don Antonio Flo-

res, primero, y González Suárez después, intentaron fundar el Partido Conservador, secularizando las funciones teocráticas que seguían añorando el ademán despótico de García Moreno.

Es claro que tenían que sufrir el rechazo; la libertad sólo se la saborea poco a poco, y lo que en el hombre hay de gregario, quedó apegado a la clerecía, que jugaba a la política, con los provechos que en el siglo XVI extraía de sus complicidades, en el libertinaje de los conquistadores.

Toda esa tara encontró González Suárez en los clérigos de su época y tuvo el asco estereotipado en su gesto, para la farsa político-religiosa que condenó sin reservas.

Esas administraciones pesan como una montaña de plomo sobre los hombros lacerados del clericalismo que tiene aún renuevos que no se sienten con fuerzas para arriesgar un papel político, netamente conservador, con desapego a las fórmulas teocráticas y el franco anticlericalismo de González Suárez. Dejemos en paz a este grande hombre, dicen, sin querer reconocer que todo grande hombre, es precisamente grande, porque sus doctrinas sintetizan una época, cristalizando con valor las verdades. Ciertamente, que las de González Suárez seguirán resonando como latigazos en los hombros del fanatismo que, como la mujer de Lot, se ha petrificado mirando al pasado. Los verdaderos conservadores aceptan los problemas del porvenir, y el liberalismo los realiza.

Es este el pensamiento conservador del señor Sotomayor y Luna?

“Al tratar de un programa moderno, dice, que reuna todas *las fuerzas católicas*, manifestábamos una necesidad que tenemos por imperiosa y nos referíamos a las cosas de orden *meramente político y administrativo*, no de orden doctrinario en el cual permanecemos voluntariamente sujetos a los principios esenciales.”

¡Oh! la desilusión! Y lo que es peor, la contradicción. Si el programa ha de ser meramente político y administrativo, ¿quién va a desarrollarlo? ¿Los ciu-

dadanos conservadores? — No, las fuerzas católicas. ¡Qué diantre! De nuevo en busca de la tutela clerical. A este paso, si así piensa la juventud tenida y respetada por su amplitud de ideas; ¿cuándo va a tener el Ecuador un conservadorismo organizado como Partido?

Esta permanencia en el tiempo del clericalismo como factor político, obliga al jacobinismo a no depone-  
ner sus armas. Son los dos fanatismos que aún no definen su secular inquina.

Ese apego al clericalismo por parte de un partido político es una esclavitud, se afirma por el liberalismo que, al organizarse, cree estimular la aparición del Partido Conservador clásico.

"Esclavos, no, señor Petronio, replica el Director de "El Porvenir", señores de su pensamiento y de su corazón, que *voluntaria y fieramente se doblega*, no ante "el criterio del Vaticano" sino ante lo que tiene por VERDAD DIVINA y ante la augusta autoridad que la representa, define y defiende."

A fojas primera. Esto es lo que se llama clericalismo neto, redondo, y son los "jóvenes amplios" los que se doblegan ante la Verdad Divina, y quieren a la vez hacer programa de fines temporales, meramente políticos y administrativos, pero con las fuerzas católicas como sustentáculo. Es decir, una hibridación imposible, sin realidad política en este mundo ni en el otro.

¡Jacobinos, a las armas! Aún no aparece el Partido Conservador emancipado de las fuerzas católicas, y el país necesita que alternen en el Poder los humanos, no los divinos. Que se enfrenten los dos fanatismos.

## L X

JUANMANUELIZANDO

¡Oh, los nuevos vocablos que surgen de la lucha electoral!, dice Alonso Quijano, el cronista sutil y de

claro ingenio que tiene en "El Guante" levantada su tienda de bohemia bien.

"A los que trabajan por Córdova, por ejemplo, se les dice que cordovizan, ser partidarios de Intriago es intriaguizar. Queda la curiosidad de saber cómo se diría a los que laboran por Lasso. ¿Estos señores están lassizando? Nó. ¡Qué fea palabra! Digamos mejor: juanmanuelizando, que resulta más elegante y más novecentista."

Pertenece, pues, el voquiblo que sirve de título a este articulejo, al inteligente Quijano, cuyas crónicas no tienen, ¡a Dios gracias!, la deliciosa malignidad de Ernesto Mora, ni el aparato melodramático del amigo Méndez.

Quijano se demuestra con personalidad propia, y cuando alcance a dar lastre a sus producciones por el estudio de algo más que las frivolidades literarias, triunfará en toda la línea, entre los cronistas agotados del diarismo soporífero de estos trópicos, exuberante en prosa banal.

Así lo predicen sus primeras investidas al molino de viento de la prensa nacional.

Y vean ustedes, es Quijano, precisamente, el que ha dado en el clavo de la candidatura Lasso, en lo que ésta tiene de interesante, y para regocijo de la propaganda del ídolo popular, copio la siguiente nota fidelísima, de las crónicas de "El Guante":

"Cruzando ideas, dice, con los partidarios del señor Lasso, nos hemos enterado del maravilloso programa que promete desarrollar en su gobierno, y del rumbo festivo, alegre, frívolo que piensa imprimir a la administración y a la política, y casi casi hemos estado a riesgo de declararnos también lassistas. ¡Es tan simpático el Coronel Lasso, y sobre todo, tan campechano y tan democrático!

"Entre la democracia del señor Intriago y la del Coronel Lasso, hemos anotado una diferencia esencialísima: el uno abraza, el otro se deja abrazar. . . .

"Por otra parte, a quién podría recomendar la gente alegre y de buen humor más que al Coronel Lasso?

Su administración, cuatro años de inocentes bailes de máscaras perpetuos, cerveza y salchicha a discreción. Ni Roma bajo el dominio de Nerón. Hasta hemos oído hablar de la creación de un nuevo Ministerio en su gobierno: el Ministerio de Regocijos Populares, y la designación de Manuel Zaldumbide y Silva para esa Cartera!

"Entre las mejoras públicas de seguro podríamos contar con la abolición de la ley seca y de las disposiciones prohibitivas para el ingreso en el país de mujeres solas. Hasta se podría fundar un departamento de fomento a la vida galante y una Sociedad protectora de señoritas que se dedican a las labores propias de su sexo. Se suprimirá el pago de la entrada en los espectáculos públicos y todo el mundo tendría derecho a entrar en las heladerías y los salones de refrescos, para el consumo gratuito.

"Con el Coronel Lasso habría además la ventaja de que se suprimirían los títulos protocolarios, de acuerdo con su carácter democrático, y ya no se trataría al Presidente de Excelencia sino sencillamente de COMPADRE. Los sobres de las comunicaciones oficiales ya no dirían "Al Excelentísimo señor Coronel, etc.", sino "Al Compadre Juan Manuel Lasso A., Presidente de la República". ¿No es esto una delicia? — Hay que ser lassistas, no hay más remedio. ¡Viva el Coronel Lasso! ¡Viva el gusto!"

La semblanza es maravillosa por el ingenio y por las realidades o perspectivas del cuadro.

Y esto que aún no han llegado a las manos de Quijano, los dos últimos fetos del lassismo: un reportaje de Epaminondas (Isaac Delgado) al Candidato en la hacienda La Ciénega, y el "Origen de la Candidatura Lasso", relación ingenua del Director de "Humanidad", que destruye el misterio favorable a todo el que asoma en la política, como un iluminado, para la salvación de las clases populares.

El reportaje empieza así: "Unas veces tendido él en una butaca forrada de terciopelo carmesí, otras paseando a lo largo de la galería, al fin nos encontramos



frente a frente, y . . . . puse mi pie en el campo de lo impenetrable, por donde sólo se atreven a andar los periodistas y le indilgué a quemarropa las preguntas siguientes:

—Es cierto que los clérigos hacen propaganda de su candidatura como sus partidarios?

—¿No hubo curas en la guerra de la Independencia y en las de otras naciones, como México, que por su patriotismo y heroicidad los ha inmortalizado la historia?

—Por qué persiguen a Ud. y sus partidarios con tanto encarnizamiento?

—Por lo original, de mi Programa.

—Qué siente del momento político actual?

—Cuando se tiene plata uno está bien en cualquier emergencia.

—Es verdad que si Ud. triunfara impusiera como norma de gobierno el látigo de los ultramontanos, sobre todo para la disciplina de los cuarteles?

—Soy verdadero demócrata y verdadero liberal, y jamás de los jamases querría confundirme con los del régimen del látigo!

—Pero es cierto que Ud. es *gringo* ecuatoriano?

Casi, casi. Nací en París y me trajeron al Ecuador de dos años de edad.

—Y qué opinan de usted sus íntimos, qué piensa usted mismo de su personalidad?

—Con todo yo no me creo sino un pobre hombre, como muy bien ha dicho un magnate de entre mis parientes (¿el General Plaza?); pero un pobre hombre honrado, desinteresado y sincero, etc., etc."

La verdad, dan ganas de ser lassita!

Pero el génesis del lassismo sólo podía ser narrada por el propio autor del pentateuco político de esta postulación.

Y empieza así: A principios de marzo del año próximo pasado, si el recuerdo no falla, los señores tales y tales nos honraron invitándonos a la oficina de uno de éstos, y resolvimos salvar al país mediante una hoja

socialista que la decomisó la policía; quisimos repetir el ensayo y de nuevo la policía!

Con este fracaso, uno de los nuestros, el más porfiado, dijo: nos falta un Cristo para esta redención, y pensamos: quién más adecuado que don Juan Manuel Lasso?

Y fuimos a él y le invitamos a "La Palmita" del amigo Murillo, y discuriendo en ágape amigable, el más porfiado de los nuestros dijo: ¿Queréis un Cristo? He aquí a don Juan Manuel entre nosotros. Y el Cristo se resignó!

Allí mismo en "La Palmita" trazamos el programa de la redención ecuatoriana, declarando que nuestra Carta Fundamental es la más sabia de todas las del planeta, y de allí salimos a comunicar la buena nueva a otros amigos, y los amigos se multiplicaron ellos solitos, y vino el lanzamiento de la candidatura y

¿Dónde, pues, estimadísimo Petronio, pregunta "Humanidad" el origen clerical de la candidatura Lasso?

Ciertamente, se ha preguntado el público al palpar la intervención de la curia para el éxito del lassismo, ¿por qué se empuja a las cofradías al quebradero de cabeza del fregado electoral de una candidatura socialista que nació con la palmita de la gracia popular?

## L X I

### POR UN PARTIDO CONSERVADOR

Aun cuando, positivamente, la charla iniciada con el señor Director de "El Porvenir" fracasó en los prolegómenos, porque los puntos de vista netamente clericales, sustentados como base de un partido político, entorpecen definitivamente toda la posibilidad de programas para el gobierno temporal de los pueblos, quiero aclarar algunas afirmaciones, por el respeto que merece mi culto contendor.

Al tocar a somatén en el campo jacobinista, que en el Ecuador pudiera—fijarse bien, *pudiera*—encontrar su expresión en el radicalismo alfarista, quise significar la idea precisa de que un fanatismo sólo puede ser sustentado en todos los terrenos, por otro fanatismo: frente al clericalismo está el jacobinismo.

Esta expresión no significa en mi pensamiento la negativa de la eficiencia del radicalismo como actitud política, ni la declaratoria de un entusiasmo fanático por la fórmula roja en el matiz de los enunciados soviéticos. Manifiesto un estado de espíritu que no niega el bien de una dictadura inteligente y generosa, y que rechaza ese mismo bien, cuando en la balanza de los beneficios obtenidos por el imperativo de los fusiles, la cultura humana queda estropeada en las almas, sin embargo de que el brillo de los beneficios materiales invoque una justificación en la historia.

Si la transformación del Noventa y Cinco no produjo todo el bien de un sacudimiento radical que conmoviera el espíritu aletargado por la teocracia y las oligarquías que la precedieron en la administración, fue, precisamente, porque Alfaro renunció a la postura radical que precisaba el cambio de régimen, y entró en el campo de las contemporalizaciones aún después de afianzada la situación en Sanancajas. El único brazo radical que se alzó a la altura de la situación, fue el del General Manuel Antonio Franco. Su escarapela estuvo a tono con el clericalismo que se derrotaba agotando energías preciosas para la vitalidad nacional. ¡Sangría inútil, que apenas alcanzó a fecundar un liberalismo que casi se convirtió en cenizas con Alfaro, dando lugar al nacionalismo, transacción incolora que es síntoma de toda caída política irremediable!

Sólo una fuerte reacción clerical sería capaz de agitar el alma anquilosada del liberalismo, que se enfrentaría en la posición que exige las grandes conmociones radicales.

Pero es preferible la evolución a la revolución, y ya que el liberalismo ha inscrito en sus banderas la nueva conquista política de la última gran guerra euro-

pea, en la que directa o indirectamente todas las nacionalidades participaron: la modalidad socialista como programa de gobierno, después de las purificaciones de esta doctrina en la sangre lustral de una inmensa hecatombe; ya no urge ir de nuevo a reafirmar con las armas esas conquistas, que flotan en el ambiente, aceptadas por los partidos de las derechas, y mantenidas por el desastre económico mundial, mientras las fórmulas socialistas se cumplan lealmente, y no las adopten ciertos partidos con la manifiesta intención de burlarlas.

Explico el jacobinismo invocado en mi réplica, a propósito de un proyecto de Partido Católico, con la sevicia de un doblegamiento a las fuerzas clericales, señor Director de "El Porvenir", en los dos aspectos históricos: como equivalencia relativa del radicalismo en ciertos países, y según el pensamiento de Rodó, que es el generalizado, como el absolutismo dogmático del concepto de la verdad, con su expresión característica: "la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia; incapaz de percibir la parte de verdad que se mezcla en toda convicción sincera y el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que cabe hallar unido a las más palmarias manifestaciones de la ilusión y del error, determinando a menudo una fraternidad de móviles y sentimientos que se levantan por encima de los deslindes de ideas y vincula con lazos más íntimos que los que establece la escuela, el partido o la secta, a los hombres que militan por el mundo en campos distintos". ("Rodó.— Liberalismo y Jacobinismo").

Es por la idealidad y la belleza del sentimiento conservador que usted sustenta, señor Director de "El Parvenir", y por la belleza y sincera convicción del liberalismo que yo invoco, que sigo creyendo que nuestros campamentos no tienen del adversario sino la fórmula, y que a pesar del error del sentido clerical rectificable, que usted persiste en infundir al conservadurismo, estamos siempre más cerca de un estado espiritual para estudiar la verdad sin pasión y demarcar nuestros campamentos sin enojos, que para hacer pre-

valecer la soberbia que es intolerancia, con inmenso daño para los mismos ideales que generosamente acariamos.

Y permítame también que me excuse de contestar como lo hiciera en forma documentada, si no me lo prohibiera la actitud impersonal que me he propuesto mantener en esta campaña de ideas, la invitación que hace "El Porvenir" al liberalismo, cuando al impugnar la frase de Gambetta, concluye así: "Compárese la situación actual con la anterior a la cual empezó a dominar el liberalismo, y se verá que durante los veintiocho largos años corridos, la decadencia del Ecuador ha sido marcadísima, hasta que hoy, con pena nos consta que somos el pueblo menos progresista del mundo bolivariano".—"De la época liberal son las más sangrientas luchas fraticidas que registra la historia del país; obra del maquiavelismo liberal es el desquiciamiento de la armonía nacional, finanza de un gobierno liberal el decreto por el cual entramos en el régimen del papel moneda; por el derroche y el descuido liberal no tenemos un cartucho en los parques de guerra nacionales; las exacciones liberales tienen postrados al trabajo e industria nacionales; la soliviantadora política liberal ha creado el problema social en el Ecuador; la tiranía liberal ha restado al pueblo muchos de sus derechos y garantías, y continuar la reseña de cómo se ha cumplido el programa sería alargarnos demasiado y aumentar la tristeza e inquietud reinantes".

No soy de los que creen que rehuír la verdad sea patriótico; podrá ser cómodo el método, pero absolutamente inconveniente.

Afirmar que los gobiernos liberales de los últimos lustros han sido maravillosos, impecables, sería absurdo. Han cometido, indudablemente, grandes errores, y tienen, por lo mismo, responsabilidades. Pero es también evidente, que el progreso que se ha operado, favorecido por el criterio liberal de los gobiernos, ha sido inmenso.

De las imputaciones hechas por "El Porvenir" al liberalismo ninguna resiste al argumento por pasiva: las luchas fraticidas más sangrientas han sido las susci-

tadas por el motivo religioso, que desquició la armonía nacional; el desastre económico del mundo por efecto de la Gran Guerra, comprometió por repercusión nuestro pobre crédito fiscal, que trae una herencia de ruina desde la fundación de la República, impidiendo un excelente pie de fuerza del ejército o la marina; la depreciación del papel moneda es obra de una oligarquía bancaria; el problema social tiene sus raíces más hondas de lo que el terreno partidarista puede quitar o poner en la siembra de las ideas; el exotismo en la legislación ha producido quiebras legales incontenibles, y el Ecuador tuvo siempre Constituciones políticas de trasplante, sin viabilidad posible en un medio saturado de perjuicios, y además de todo esto, la resistencia de los partidos y las oposiciones a los gobiernos liberales. No es justo que todo el inmenso acervo de las quiebras republicanas que registra la historia se impute a la una sola parte de las que han gobernado el país, al partido liberal.

Las odiosas comparaciones de los partidos, para ser justas, no deben concretarse a saber quién cometió más errores, sino cuál partido hizo mayores esfuerzos para cometer menos errores. Las comparaciones exclusivistas son las que de antiguo sólo han servido para enconar más el odio de las banderías. Es deber de la juventud modernizar el pensamiento político, saturándolo de generosidad, y sobre todo, de verdades científicas que quiten a la vida su amargor eterno, para darles un sentido cuya última expresión se traduzca por la gran palabra que sintetiza el cristianismo! el amor fraternal!! La vida política sólo es pasible sobre la base de arraigadas convicciones morales, y esta peregrinada es la que se olvida a cada instante, para ser justiciero en el reproche, para no aumentar el odio en la lucha de los partidos, para no herir la dignidad humana cuando ésta triunfa o fracasa, para no abusar de los rifles como la expresión de la fuerza convincente, ni esclavizar las conciencias con la religión, para fincar, luego, en el fanatismo, la base de un poderío político.

Si un periodista tiene que ser ante todo un perfecto caballero, un político tiene que ser un hombre, en toda la acepción de esta palabra. Toda mistificación con lo divino, es absurdo, ridículo en la lucha de partidos.

Si nos despojásemos por un momento de nuestros fanatismos, la vida parecería razonable, y la política, como expresión del gobierno de los pueblos, recobraría su prestigio, la cultivarían los buenos, excluyendo a los logreros, y las altas voces de los campamentos no llevarían el eco del rencor, sino la palabra del progreso para todos.

Así es como querríamos ver surgir al conservadurismo ecuatoriano, despojándose de sus pesados y fanáticos dogmatismos, como el más poderoso estimulante para la vida del liberalismo.

## LXII

### DEL CRISTIANISMO

Estuve tentado a escribir algo acerca del pensamiento político del cristianismo, con motivo de la fiesta de Navidad, y recordar la evolución, mejor dicho la transformación que ha sufrido en el tiempo, una religión que fue norma de la política en una época histórica, y cuya influencia se descubre en esta misma época de grandes transformaciones sociales.

Quería significar que el cristianismo ha triunfado porque conmovió el sentimiento humano, necesitado de consuelos espirituales, en los momentos en que la plutocracia militarista romana había aplastado a medio mundo bajo su escudo blasonado de águilas rampantes, y el epicurismo refa en sus banquetes olvidando a la inmensa masa humana que gemía abajo por hambre y por despecho. La esclavitud era una institución del Estado, y el poder de las castas constituía un hermetismo aplastante, excluyente de toda posibilidad democrática.

tica. La filosofía pagana carecía de consuelos para los humildes; las religiones, con sus raíces profundas en mitologías orientales, acentuaban la urgencia de las castas para el goce tranquilo de los magnates que coronaban la pirámide social. La humanidad suspiraba por una palabra de amor cuando apareció Cristo con su doctrina de un esoterismo iluminado con prestigios y promesas para los humildes, y sus grandes voces evangélicas que interpretaban un estado social, cayeron como el rocío, en el sahara sediento del conglomerado sin redención por el despotismo de los césares.

La filosofía cristiana sustentó los principios políticos democráticos insospechados por los estadistas antiguos. Hablar de igualdad a los humildes, de libertad a los esclavos, de fraternidad a las víctimas y los victimarios, fue algo inusitado, desconcertante, mayormente con la añadidura de un origen divino que se atribuía al verbo del Profeta!

Y las doctrinas podían tener éxitos formidables, sin embargo del origen oscuro de los apóstoles, porque no eran exigencias intelectuales ni económicas las de las muchedumbres, sino *afanes de ternura, hambre de amor, sed de justicia*, lo que reclamaban. Por eso el sermón de la montaña tuvo y tendrá resonancias inmortales!

Las complicadas teogonias griegas y latinas necesitaban una simplificación. El Jehová mosaico era el Señor de los ejércitos, la crueldad de la guerra, la purificación por el dolor y la sangre. Júpiter y su corte de dioses significaba la glorificación de los césares. Y el contraste de esta mitología con la leyenda de un suave calor humano, con la leyenda de Belén, tenía el poder de herir al sentimiento, de agitar a los corazones, de infundir la convicción de honradez que debe tener toda doctrina para que sea aceptada sin reservas. Y por eso el cristianismo triunfó, por que simplificó el dogma religioso, porque su filosofía respondió a la urgencia del momento histórico, porque con la promesa del Reino de los Cielos equilibró el fracaso de la igualdad humana, que se rige por la ley de los fuertes, por que el más



allá ya es una esperanza, y "los que no tienen esperanzas son convencidos fácilmente".

Pero una de las doctrinas más trascendentales del Evangelio es, sin duda, la que deslinda el reino de los cielos, del simple batallar del egoísmo humano, en los hormigueros políticos, que traducen la convivencia social. Mi reino no es de éste mundo, clamaba el profeta sin poder ser comprendido. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, aconsejaba a sus iniciados. Y lo que produjo la caída del Imperio Romano, y la exaltación del cristianismo al Poder, fue la enseñanza de la disciplina y la resistencia pasiva al poderío de los césares. Y esta fuerza negativa, al parecer humilde, insignificante, fue la que produjo la caída estrepitosa de toda la civilización que precedió a la Era cristiana.

La sociedad guerrera de la antigüedad tuvo un desquiciamiento con la resistencia cristiana al servicio militar. Muchos soldados entregaba el cinturón y la espada, y pasaban a la categoría del mártir. La filosofía estoica del martirio fue la resultante de esa resistencia cristiana que minó las instituciones públicas, hasta que culminó en la conversión del Emperador, re matando la ornamentación guerrera del casco militar con la cruz simbólica, que mantiene abiertos sus brazos sin cansarse, por los siglos, en un inmenso ideal de la fraternidad universal.

Pero cuando el cristianismo llegó a ser gobierno temporal, ya no existían los apóstoles auténticos, y la doctrina de Jesús el Nazareno, tuvo que sufrir la interpretación de sesenta y tantos doctores de la Iglesia, dando lugar con sus interpretaciones humanas al cisma del cristianismo en inmensas fracciones protestantes, ortodoxas y católicas, que derivando del Evangelio de Cristo la doctrina, han sufrido en el tiempo todas las vicisitudes que las pasiones de un orden temporal, simplemente político, imprimen a las organizaciones cuya finalidad ya no es el Cielo.

Y con la caída del Imperio Romano y la invasión de los guerreros del Norte, llamados bárbaros impro-

piamente, los cauces anchurosos de la civilización se estrechan y se internan por túneles y escabrosidades, para reaparecer en la fragmentación de los estados europeos, absorbidos y regidos por los obispos y príncipes que tienen el tutelaje de éstos. La ciencia se refugió en los conventos. La religión se volvió guerrera, intentando la dominación universal y significó este propósito con el término "católica", pero armada ya no sólo de la Cruz, sino también de la espada, de esa espada sangrienta que Cristo mandó a Pedro envainar, en la noche romántica de la oración en el huerto de los olivos!

Ya el cristianismo hecho poder, no respetó fronteras, y sus conquistas para el reino de los Cielos la realizó a cuchillada limpia en los Países Bajos, y con las hogueras de la Inquisición en todas partes. Los sucesores de Pedro, el humilde pescador, se llamaron Soberanos Pontífices, habitaron palacios y ciñeron a su cabeza tonsurada, la triple corona que la soberanía de los reyes civiles no alcanzaron a ceñir. Las guerras de religión fueron terribles para reconquistar el gobierno temporal de los pueblos para los reyes, obligando al sacerdocio, al gobierno exclusivo de sus templos. La lucha tuvo éxitos desiguales: cuando triunfaba sin restricciones el rey, se establecía con la Iglesia un *modus vivendi* denominado *Patronato*, pues el rey era declarado el patrono del sentimiento religioso y por sus manos se concedía mitras y se distribuía cayados; cuando triunfaba la Iglesia, entonces el Estado suscribía *Concordatos* para evitar rozamientos. Si esos concordatos los dictaba discrecionalmente el Papa, la presencia de un gobierno teocrático era un hecho; si ese *Concordato* era impuesto por el Estado, las aspiraciones liberales podían ser cumplidas.

Fue en plena dominación católica en Europa, cuando la Inquisición aún no apagaba sus últimas hogueras, que América fue entregada por Colón a los Reyes de España, y un Papa español dividió el Continente Atlántico para la dominación pacífica de los reyes. Ese

mismo Papa tuvo la magnanimidad de declarar "hombres" a los indios americanos.

Bajo tales auspicios, la Edad Media europea extendió sus influencias a las tierras de América; la Inquisición ejerció sus oficios; la matanza de los indígenas tuvo una exculpación, extirpar la herejía; el despojo, una virtud, enriquecer a los conventos; y la crueldad conquistadora, un gran fin, imponer el catolicismo.

Y las tierras de América siguen viviendo su Edad Media. Merced a los inventos diabólicos, ya la travesía del mar no es una hazaña de próceres, los ferrocarriles han dominado la pampa y escalado los Andes, el telégrafo mantiene vibrantes los pensamientos del mundo contemporáneo; la imprenta ha democratizado la cultura; la aviación ha sorprendido a los cóndores en sus nidos; y la inmigración aclimatada culturas exóticas que al fin produce una cultura autóctona, y todas estas fuerzas mantienen su lucha con la tradición medioeval sustentada en sus cánones por el catolicismo.

Las relaciones con el Vaticano, tienen en América, la suerte contradictoria de toda política. Cuando el gobierno es fuerte el catolicismo suscribe patronatos como los que heredó de la Gran Colombia, y lo mantiene en vigor Venezuela; y cuando son débiles, los concordatos son más o menos elásticos; y cuando son desorganizados, no hay patronatos ni concordatos y el clero se acomoda siempre con ventaja.

También se han dado casos de teocracias auténticas, consagrando oficialmente la República al Corazón de Jesús; pero estas modalidades han sido raras y siempre derrocadas por el liberalismo, expresión eterna del progreso.

Todo esto y mucho más quería decir a propósito del festival cristiano de Navidad, y saludar con amor evangélico, la conmemoración del advenimiento de Cristo, que aún mantiene extendidos sus brazos, para servir de amparo a los humildes; a los que tienen hambre y sed de justicia, a los que luchan por la libertad, a los que no aceptan trabas para la con-

ciencia, a los que sin hallar consuelo en la tierra tienen fijos los ojos en el cielo, a los que no quieren riquezas sino amor!

## LXIII

### EL DERECHO DE INSURRECCIÓN

Repito, que el proceso de la elección de Presidente de la República en enero próximo, ha tenido todos los aspectos políticos, para obligar al estudio y a la meditación de ciertos vicios que se van incorporando al devenir sociológico, con inmenso daño para el Partido que lo soporta.

Quiero referirme a la manera cómo está abalduñándose el derecho a gobernar, cómo las grandes posiciones para regir los destinos históricos de un pueblo, ya no se conquistan como el resultado de una larga y penosa disciplina en el servicio abnegado para el bien de la República, sino por actos de audacia, de cinismo, de simple asalto bandolero, que reclama el voto o la vida, para llegar a ser Presidente.

Esta ambición de posiciones espectantes que se nombra arribismo, ha hecho su record máximo en la última jornada para la sucesión presidencial. Un cronista de "El Día" llegó a catalogar más de treinta candidatos!

¿Y se ha pensado en lo que esto significa? ¿Acusa un exceso de gente de virtud, sapiencia y patriotismo para regir al Ecuador con el carácter de primer ciudadano? ¿O es que el nivel moral de un gobernante y sus dotes de administrador ha bajado tanto, que ya no se necesita sino audacia para llegar a ser Presidente? ¿Por que se ha roto la tradición así bruscamente, en una como bancarrota republicana y democrática, para candidatizar al primer quídam, al más cínico logrero, al simple ricacho, o al despabilado que explota una situa-

ción social para alzarse a mayores con el reto de su patriotismo y las facultades de gobernante sin comprobaciones previas en la vida política del país?

Yo acuso a la falta de normas políticas el triunfo aparente de los arribistas; a la angustiosa hora crítica de la bancarrota económica, la cotización de las posiciones políticas; al desgobierno por causas complejas, el matonismo erigido en razón de Estado para presionar la opinión pública en favor de tipos sin más importancia que su audacia, para reclamar una posición a la que no tienen ningún derecho por sus virtudes personales. Hasta aquí, la Presidencia de la República siempre fue ejercida por hombres de historia y figuración política, y los candidatos para llegar a este puesto, necesitaron de un prestigio positivo, traducido en merecimientos por obras realizadas. Es cierto que los Ministerios sólo significaron barajas políticas en el juego no siempre limpio de los gabinetes, y por eso, el Ministerio no ha dado honras; mejor dicho, pocos Ministros dieron honor a su posición y merecen un recuerdo. Muchos ciudadanos llegaron a Ministros sin saber por qué, y cayeron del puesto por la misma razón.

Pero si esto no afecta sino en parte a la seriedad de la política del país, las pretensiones a la Presidencia de la República, no pueden, no deben atropellarse, por ningún motivo, ni por razones de simple complacencia, ni por un afán subversivo para dividir un campamento y caer luego sobre los despojos a título de redentor!

Pues vengamos a cuentas: por qué los señores Intriago y Lasso amenazan con la revolución si no llegan a la Presidencia de la República? qué grandes merecimientos cívicos les acredita para gobernar a dos millones de ciudadanos con un derecho excluyente a toda otra postulación? ¿Porque han exhibido un programa? ¿Se podría saber si los demás ciudadanos podemos exhibir también nuestros respectivos programas y lanzarnos, garrote en mano, a convencer a los pueblos de nuestra idoneidad para Presidentes de la República?

Porque éste es el caso, y la cobardía ambiente lo reconoce, pero no se atreve a decirlo.

La candidatura Intriago tiene el origen oscuro de una conspiración tramada a favor del desempeño de la Cartera de Guerra. Es decir, no tuvo un origen leal. Después, todo lo demás ha sido obra de porfía, y gasto de capitales, en una como suscripción por acciones al *affair* presidencial.

Políticamente, el señor Intriago sólo tiene la figuración histórica en la *massacre* de los Alfaro, en su condición de Ministro.

Y en cuanto al señor Lasso, el origen de su candidatura ya lo sabemos, por confesión de parte, que no ha sido sino cuestión de copas alegres en "La Palmita".

¿Y es con estos antecedentes cómo se pretende gobernar al país? Nó, mil veces nó. Cuantos nos propusimos ser meros espectadores en la cuestión electoral presidencial, tuvimos que abandonar la posición indiferente y buscar un puesto de combate, por el honor nacional y por las convicciones liberales, que implican una responsabilidad. La multiplicidad de candidaturas nos alarmó y el aspecto fanático de ciertos candidatos, y la broma pesada de otros, unida a la indiferencia que abandonaba la conquista Presidencial al voto libre en un país sin preparación para el buen uso de derechos políticos, que se regula en su ejercicio por el estado de cultura cívica, decidió nuestro ánimo a ocupar un sitio en la prensa, posponiendo toda preocupación de orden personal.

Y aunque creemos que la actitud resuelta del Gobierno para que llegue al Poder un elemento de cultura política y de antecedentes históricos que llenan honrosamente toda una vida de labor en bien de la Patria y del Partido, pondrá a raya toda sublevación demagógica, es preciso anotar las informaciones que registra "Humanidad" en su edición del día miércoles.

Publica el informe de una comisión que ha ido de parte del lassismo a pedir al Ministro de Gobierno la

suspensión ordenada para las reuniones de carácter subversivo, a pretexto de sostener una candidatura de un súbdito extranjero. El Ministro rechaza con resolución el pedido y ofrece comprobar los planes revolucionarios de quien aspira a que un Congreso *propio* dé validez a la ciudadanía extranjera para gobernar el Ecuador. Y declara que no permitirá que se llegue a otro 15 de noviembre por falta de reprensión previa. Los delegados protestan, y el Ministro se ratifica.

Entonces el periódico que publica el señor Lasso, pone el grito en las nubes: ¡violación del derecho de sufragio! ¡Revolución, revolución!

Y declara seriamente: "que el ciudadano que sea designado por las bayonetas y por la fuerza de la imposición del oficialismo, para ejercer la Primera Magistratura, en el próximo período presidencial, no será reconocido como tal, por los pueblos del Ecuador; que el oficialismo, con estos procedimientos antirepublicanos, ha puesto a la Nación al borde de la guerra civil, la que de presentarse, a causa del conculcamiento del derecho de sufragio, hallaría plena justificación aun en los mismos países extranjeros!"

*¡Antibal ad portas!* La revolución se nos viene encima, apoyada por quién? ¿Por los matones del Sr. Intriago, de los que tanto se envanece? ¡Quíá! ¿Por la opinión liberal que dice representar el señor Lasso? ¿Dónde están esos comités liberales? Suponemos que la comisión que aparece en el Ministerio es la élite del lassismo y eso políticamente es ridículo!

Pero entonces, con qué fuerza cuenta el Sr. Lasso para ejercer el derecho de insurrección que invoca anticipadamente al fracaso?

Con ésta. "Reclamad, no os canséis de reclamar, la sincera libertad electoral, garantizada por nuestra misma Constitución; haced uso de ella, *cueste lo que costare*, en las elecciones municipales, legislativas y presidenciales.—No, no podemos creer que se os niegue el ejercicio de esa libertad, base fundamental de toda República y gobierno democrático, ni que vosotros ni los católicos en general renunciéis tácita y

COBARDEMENTE a tan sagrado y vital derecho".—"Si no se respeta la libertad electoral, fatalmente se excita y promuéve LA REVOLUCIÓN!"

He aquí cómo la Pastoral de Monseñor Pólit, lanzada en diciembre de hace un año justo, coincide con "Humanidad"; Pastoral publicada cuando germinaba precisamente el lassismo en los ágapes cordiales de "La Palmita".

Y esto concluye de desentrañar ese lío tejido en la Curia para soliviantar a las masas contra el liberalismo, sobre la base del incumplimiento seguro de ofertas arrancadas acerca del gran principio teórico de la libertad del sufragio. Había que buscar el hombre para provocar el conflicto y el hombre ha sido el Sr. Lasso.

¿Conque el derecho de insurrección, Monseñor? ¿Simpatiza en verdad con una conmoción socialista?

Bien. Aceptamos los liberales el guante que se arroja a nuestro campamento, pero cumplimos con recordar al clero que a la autoridad hay que obedecer aun cuando sea díscola, según los términos evangélicos, y que esta proposición del "Syllabus" está condenada por la Iglesia: "Negar obediencia a los príncipes legítimos, y, lo que es más, rebelarse contra ellos, es cosa ilícita".

¿Conque se puede saber al fin, señores Intriago y Lasso, por qué vamos a morir en la revolución?

¿Qué gran ideal representáis para imponernos tan cruento sacrificio?

¡Que dejéis de ser Presidentes! Creédmelo, no vale la pena hacerse matar por tan poco!

¿Que el liberalismo necesita consolidar su situación y mantener la dignidad nacional con un Jefe del Ejecutivo digno por sus méritos de gobernar al país y representarlo en la comunidad internacional?

Adelante, señor Ministro de Gobierno, que su actitud merece el apoyo unánime del liberalismo.



## LXIV

### EL PODER CIVIL.

Es sabido que el actual gobierno colombiano en el poder es netamente clerical. Hasta el Ecuador llega, en la frontera del Norte, el rumor de ese poderío del catolicismo que tiene en sus manos la conciencia pública de nuestros hermanos en la Gran Colombia de Bolívar, y si ya no existen escisiones como en la época del obispo Moreno y el doctor Schumacher, están frescos los recuerdos de ciertas tendencias intervencionistas de Monseñor Pueyo del Val, Obispo de Pasto, y son de ayer los avisos acerca del retorno de los capuchinos a las tierras imbabureñas, de esos capuchinos que González Suárez denunció como conspiradores de la peor especie, pues tienen, dijo, tintas en sangre humana las manos consagradas para los sacrificios eucarísticos.

La intervención del clero en la política colombiana es tan aplastante, que el gobierno se siente cohibido por esa fuerza que tiene en un concordato la fuerza de sus operaciones.

Y no sólo es aplastante, sino también ultrajante, como llegó a culminar en un desacato al Ministro de I. Pública, doctor Arroyo Diez, como significación de lo que acontece en las provincias, ciudades y villorrios, donde el Poder Civil está abatido por el Clero.

El doctor Arroyo Diez, que fue Ministro Plenipotenciario de Colombia con residencia en esta capital, se había propuesto modernizar la enseñanza, contratando para el efecto a una misión pedagógica extranjera, pero que de acuerdo con profesores nacionales emprendiesen en la obra de una reforma escolar.

La prensa católica tronó contra el Ministro Arroyo, quien sostenía con entereza la aprobación de su proyecto por el Congreso.

Finalizaba el año escolar en los días precisos en que la campaña referida se acentuaba con el fanatismo propio de toda intransigencia de secta, y el Ministro Arroyo tuvo de concurrir a un certamen escolar en uno de los conventos de Bogotá. El Nuncio Apostólico, Monseñor Vicentine, acompañado de otros prelados y eclesiásticos ocupaba un estrado sobresaliente, en el que también tenía su asiento el Ministro del Poder Civil. Al presentarse éste en el acto público, los prelados que acompañaban al Nuncio saludaron de pie y estrecharon la mano del Ministro, quien a su vez presentó sus respetos al Nuncio que se mantuvo sentado, y al extenderle su diestra el señor Arroyo, el Nuncio le negó la correspondencia de estilo. El desaire fue observado y sentido por todos los presentes.

Parece que el doctor Arroyo protestó en ese mismo instante por el desacato, pues tan pronto como se retiró, el Nuncio quiso satisfacerle por una carta privada que el Ministro rechazó, obligando con esto al Plenipotenciario del Papa a dar una satisfacción plena al Ministro de Relaciones, por su incultura con el representante del Poder Civil.

Toda la prensa colombiana sin distinción de colores políticos se ocupó del incidente, y los canjes del último correo traen el detalle del éxito completo que ha tenido el señor doctor Arroyo Díez.

Pues dicho incidente sólo valió para que el proyecto fuese aprobado y obtenga sin restricciones la sanción del Ejecutivo.

Y en la tarde en que los grandes carteles de los diarios bogotanos daban cuenta de la sanción del Decreto acerca de la misión extranjera para modernizar la enseñanza en Colombia, se improvisó una manifestación enorme, en honor del Ministro Arroyo, quien, al agradecer el honor desde los balcones de su casa, no vaciló en decir desenfadadamente: "Vuestra hermosa actitud, hija sólo del amor a la patria y superior a todas las *divisiones*, constituye la mejor reparación al ultraje que se me infirió a mí, y más que a mí a la dignidad del Poder Civil y del Gobierno. Vosotros estáis demos-

trando que la opinión colombiana está siempre lista y de pie cuando se trata de defender la dignidad y la soberanía de la nación."

En la concurrencia grandiosa que desfilaba frente a la casa del Ministro Arroyo, y que pasó también por la del Nuncio, pudo apreciarse, dicen los canjes, la mezcla armoniosa de todos los partidos, que vivaban porque el Poder Civil sea respetado por los representantes del Papa, sean éstos nacionales o extranjeros.

Conocido el clericalismo que reina en Colombia, el movimiento político anotado, sirve para realzar el concepto moderno del Derecho Público, y para deslindar radicalmente el campo de acción de los dos poderes seculares: el civil y el religioso. Y para diferenciar también el anticlericalismo del sentimiento místico de los pueblos.

La intervención del Poder Eclesiástico en los negocios políticos del Poder Civil, exige la regularización por concordatos, y donde éstos no existen, el divorcio está consumado de hecho.

Hace poco, en una de mis crónicas recordaba algunas disposiciones pontificias acerca de las cuestiones político-religiosas, condenatorias de esta hibridación. A propósito de la misma propaganda que se hace en el Ecuador, con las declaraciones del Obispo chileno Fuenzalida de Concepción, que impugné en su día, el señor doctor Cesáreo Carrera en una reciente carta abierta, publica esta nueva amonestación del Vaticano:

En la circular del 23 de abril se lee: "El infrascripto Cardenal (Gasparri) tiene el honor de participar a U. S. I. y Rdma., que el Padre Santo, refiriéndose a la circular enviada por esta Secretaría a todos los Ordinarios de Italia con fecha 2 de Octubre de 1922, *vuelve a recomendar su observancia*. Su Santidad desea que todos aquellos que en cualquier momento o medida representen los intereses de la Religión, se atengan a la regla de la más estricta prudencia, EVITANDO HASTA LA SOLA APARIENCIA DE ACTITUDES Y DE FAVORECIMIENTOS DE PARTIDOS POLITICOS."

Y añade el señor doctor Carrera: "La visita del Cardenal Benlloch, puso término a la difícil situación creada por el Ilmo. señor Fuenzalida; y para poder darse cuenta de la importancia del triunfo del Ilmo Sr. Errázuriz (Arzobispo de Santiago), basta saber que el mencionado Cardenal, a pesar de haber sido invitado insistentemente, se abstuvo de concurrir a un Congreso Mariano que se celebraba en la ciudad de Concepción, en los días de su permanencia en Chile, y que su concepto favorable a Monseñor Errázuriz lo expresó sin reticencias en un reportaje de "El Mercurio".

El incidente de Colombia y el ocurrido en Chile, manifiesta que se halla latente en los países suramericanos del Pacífico, la antigua querella entre los poderes civil y eclesiástico, pronunciándose siempre la opinión, por el rechazo de toda preponderancia de la Iglesia en el Poder Civil de las naciones.

Aquí en el Ecuador estamos confrontando en estos instantes, la anarquización de guerra religiosa declarada en el subterfugio electoral, en un documento de la Curia. Y no solamente como simple exhortación expectante, sino como proclama de política activa, según declaración expresa a la autoridad de Policía.

En la prensa diaria se registra este telegrama del corresponsal señor Luis Gabela, siempre bien informado y atento a la inquietud del minuto que pasa, según la característica del periodismo moderno: "El Telegrafo". —Guayaquil.—El Intendente de Policía se acercó al señor Arzobispo doctor Manuel María Pólit a prevenirle a nombre del Presidente de la República la abstención de los clérigos en los asuntos políticos del país, si quieren continuar gozando de las actuales garantías y tolerancia. El Jefe de la Iglesia le ha contestado que ignora la labor asistida de los curas; que no puede impedir que se predique desde el púlpito, y que la participación de los católicos en las elecciones de Presidente de la República les atañe también desde que son tan ecuatorianos como los demás.—El Coronel Santos se ha retirado, según versiones, diciendo que queda cumplida su misión

oficial y que ni él ni sus compañeras de armas permitirán que el clero atente contra la paz pública.—GABELA."

Esta comunicación es del 12 de diciembre, y como la versión ha sido, efectivamente tan pública, no ha podido ser contradicha.

Hé aquí un cisma entre las disposiciones concluyentes, clarísimas del Vaticano, y lo que dice Monseñor Pólit en su pastoral política de diciembre de 1922, ratificada a la autoridad de Policía, un año después, en el Palacio Arzobispal.

¿Prevalecerá en el Ecuador, como en Colombia y Chile, la preeminencia del Poder Civil?

## L X V

### EL LENINISMO CRIOLLO

Al fin vamos a saber con precisión lo que el lassismo ha significado en la política de este momento. Y los que han sostenido que era un nuevo *ismo* liberal el que aparecía han sido desmentidos por los hechos, en los que no aparece el elemento liberal apoyando al Sr. Lasso; los que afirman que es pura y llanamente el clericalismo con antifaz rojo, van palpando las contradicciones del susodicho candidato; el dicho aquel sustentado con los testigos del caso, relativamente a que el lassismo no es sino una alegre farra política, sin seriedad ni consecuencias para el candidato, empiezan a tomar en serio la broma y defiende ya una situación que creen propia. Ha sido preciso que "Humanidad" defina excátedra, lo que es el lassismo como modalidad política y religiosa, para que nos desayunemos todos con el alcance monumental de la candidatura Lasso.

En la edición del viernes dice así el periódico mencionado: "El *lassismo* o sea el Partido del Coronel Lasso, no es católico, pero ni siquiera cristiano (peor que masón, porque éstos creen en Dios y en la inmor-

talidad del alma) sólo es simple y esencialmente socialista; es el grupo de los desheredados, de los que tienen hambre de pan y de justicia, de consuelos y de esperanzas; y muerden el fierro de las rejas, y rugen al verse impotentes, Y SIGUEN A UN CUALQUIERA QUE OFREZCA RENOVACIONES, compensaciones y felicidad de cualquier clase y duración."

¡Con razón la inusitada popularidad del *lassismo*, al que no se han resistido ni los clérigos, conventos y cofradías! Estamos ¡oh ecuatorianos! frente al más exaltado *Leninismo*, y muy pronto tomaremos cada uno por nuestras propias manos las compensaciones para salir de la pobreza, y las gangas de los afortunados para ser felices aunque sea por cinco minutos. Eso de la duración de la felicidad no importa al caso, la cuestión es juanmanuelizar aunque sea un día, y luego que venga el diablo y cargue con todos!

Es cierto que la situación económica es violenta, sobre todo por aquello de la moratoria, pero no es más ventajosa la que soportan países tan clericales como Colombia, pues los reportajes de los diarios bogotanos tienen notas desesperantes, y a los arbitrios de la Comisión Técnica que se ocupa de arreglar las finanzas, a esos arbitrios desesperados, denominan los escritores "la cortina de humo" para cubrir la crisis. Y mal de muchos consuelo de todos!

Pero lo interesante es que el socialismo tiene entre nosotros el apoyo del clericalismo, y como el gobierno liberal sólo está representado en el país por la burocracia, y ese liberalismo popular sigue siendo aún descamisado, he aquí, que el socialismo práctico va a estallar apoyado por la gente adinerada. Monseñor Pólit inclusive, y que en el día de la ira, de las venganzas y de las compensaciones, lo primero que habrá de caer en las fauces de los que están mordiendo el fierro de la reja, y rugiendo en la prensa socialista del señor Lasso, al verse impotentes para trastornar el orden público, serán cuantos tienen que perder dinero. Y es bien sabido que en los Bancos hay más dinero de la Curia que de ningún otro capitalista!

Si el *lassismo* no resulta en último término sino un *leninismo criollo*, adelante con la conspiración contra el capitalismo, contra el latifundismo y contra todo cuanto significa riqueza. La sublevación tendrá de su parte a la gran masa proletaria, que se dice católica como podría llamarse mañana budista, si el budismo se impusiera como religión oficial, con la misma instrucción superticiosa y fanática, que tiene en los sentidos el instinto místico y en la conciencia y en las almas la más negra ignorancia religiosa!

Y ahora se recuerda la propaganda taimada de cierta prensa equívoca que abogó por el fascismo, por la dictadura militar, por el derrocamiento de los regímenes nacidos de la Transformación del Noventa y Cinco, por la revolución social capaz de anular los valores políticos antiguos y poner en circulación otros nuevos, por el reparto equitativo de las granjerías del Poder. . . . ¿Sería esa propaganda la precursora del *lassismo*?

¡Porque el intriguismo sólo representa a la oligarquía bancaria de Guayaquil!

Pues, no, señores, esa prensa ya dá pie atrás, aterrada del *lassismo* socialista, y se pronuncia así: "Querramos ocuparnos también del señor Lasso, porque ya ha figurado como candidato, aun cuando, de todos los que aún quedan en pié y de los que sonaron un día o dos como probables, él sea *el único que no puede* abrigar esperanzas de ocupar legalmente la Silla Presidencial. — Supongamos, en efecto, que sean auténticas las trescientas mil firmas de sus adherentes, y que esos partidarios consigan depositar sus votos en las *sagradas urnas* y que lo saquen triunfante con abrumadora mayoría ¿podrá decirse que le estaba ya allanado el camino a la Presidencia y que la ocupará algún día? De ningún modo." ("El Comercio").

Y hace eco el decano de la extranjería del señor Lasso y del apotecma suramericano: el que escruta elige.

Refiriéndonos al socialismo *lassista*, añade el Decano: "La triste situación que actualmente nos abruma

es demasiado compleja. No obedece solamente a causas locales; ni éstas, en la parte en que contribuyen a ese malestar social, son tan fáciles de remediar, que basten unos cuantos decretos o leyes para una transformación completa. — El señor Lasso puede tener, de hecho tiene, buenas intenciones (¿quién las tuvo mayores que el señor Tamayo? Lo que prueba que no sólo bastan las buenas intenciones para gobernar!), pero esa misma facilidad con que promete cosas imposibles, manifiesta que no se halla penetrado de la amplitud y complejidad de las cuestiones sociales que se propone remediar."

Y prueba enseguida "El Comercio" que el señor Lasso como dirigente del Municipio de Quito, resultó un perfecto fracaso.

Con lo que, en términos escolásticos deja probada la proposición mayor. ¿Qué será el socialismo lassista gobernando el Ecuador?

La lógica se impondrá siempre sobre el capricho de los hombres, es lo indudable.

Y por eso a nadie extrañará que al final, examinadas sin pasión las candidaturas de los señores Lasso e Intriago, se concluirá por eliminar estas dos postulaciones, que prometen un profundo trastorno social, con la única compensación de que alguno de ellos llegue al honor de ser Presidente.

Pero todo esto es explicable, menos que el clericalismo, la burguesía ultramontana, apoye el socialismo lassista, ya que ellos pagarían, seguramente, los platos rotos, en un desenfreno anárquico. El liberalismo no tendría que hacer otra cosa que encauzar ese movimiento para que sea lo menos cruel posible, y lo menos destructor de la honra y la propiedad.

La oferta lassista relativa a devolver a los conventos los bienes de manos muertas nacionalizados, es el anzuelo que tiene la carnaza más gorda en este timo del leninismo curuchupa del señor Lasso.

El juego es peligroso. Felizmente ya se afirma que el Gobierno no vacila en sus determinaciones liberales. Y es lo justo: El mayor bien que el país quiere



deber al señor doctor Tamayo es la paz, y por lo mismo, en estos instantes, toda vacilación significa una complicidad en la revolución.

## LXVI

### EL CASO DE MONSEÑOR D'ANDREA

Dos ideas contradictorias que flotan en el ambiente político de este momento, exigen algún comentario, en lo posible documentado. En cuestiones ideológicas el testimonio de autoridades es indispensable.

Las ideas antitéticas se plantean así en nuestra prensa: "La política no puede prescindir de las realidades de la vida sin fracaso lamentable: el sentimiento, la idea religiosa son un hecho; preciso es tenerlo en cuenta y darle todo su alcance. De lo contrario la acción sería estéril y la resistencia, pasiva casi siempre, activa a veces, debilitará las fuerzas nacionales y quebrantará las ciegas iniciativas". . . . "El Partido Liberal desconoció esa verdad evidente de las cosas, y acaso ese error es una de las causas principales de su fracaso político aquí como en otras partes".

El planteamiento de esa faz de la cuestión pertenece a don Manuel Sotomayor y Luna, *leader* conservador.

El otro aspecto lo traduce esta expresión del colaborador de "El Comercio", Rix-Rax, en sus apuntes que denomina "Rápidas", y dice así: "Las doctrinas políticas modernas, amigo Petronio, ya no sufren los duelos y quebrantos del odio ancestral ni se sustentan sobre la base de las creencias religiosas: allá cada cual prenda su cirio a Beltzebú o a San Martín de Porras. Tanto dá! Los partidos políticos son hoy síntesis, programas económicos para el fomento de las industrias, para el desarrollo de la riqueza. Radicarlo en otro fundamento, es como el esteta famoso que,

viendo a un mendigo pedir limosna, se preocupa de vestirlo elegantemente, antes que de alimentarlo. Los partidos políticos persiguen reformas (*ammendments*) a leyes arancelarias, contributivas, de protección al esfuerzo individual, etc”.

Y concluye indicando a los Estados Unidos del Norte de América, como el modelo en la política, con elogio exaltado.

Coincido con el criterio del Sr. Sotomayor y Luna, porque traduce una realidad, y me aparto de un modo absoluto de las sugerencias del inteligente Rix-Rax, porque en ellas radica el desquiciamiento de las democracias suramericanas, imitadoras simiescas de culturas inadaptables en ambientes históricos de distinta procedencia étnica.

Desde luego, ambos criterios son sustentados en términos absolutos en el campo político, y era indispensable estudiarlos.

Por mi parte, sostengo que la diferencia fundamental de los programas de los partidos políticos, en el primer siglo de la existencia republicana, está basada en el criterio religioso, reflejado en la constitución, leyes y desarrollo político administrativo de los gobiernos ecuatorianos. Y esta característica no sólo es nuestra, sino continental. En estos mismos días, en que merced a la reunión de la Asamblea Liberal, la ideología doctrinaria ha tenido un renacimiento, provocando la discusión de programas e ideas, la prensa de la Argentina, Chile, Colombia y Bolivia, sostienen por su parte el acalorado debate de la cuestión político religiosa, con mayor espíritu que el que anima a la prensa del Ecuador. El eterno problema místico sigue preocupando a las almas, sin embargo del contraste con las inmensas conquistas materiales de los países prósperos. Solamente que, en los países de culturas incipientes, el problema religioso domina casi totalmente el pensamiento político, con la saturación de grandes intransigencias, y en las naciones ilustradas, el retorno a la espiritualidad, tiene las proporciones de la satisfacción delicada de quien interroga a su conciencia, para afirmar el convencimiento, de que

la prosperidad material no ha matado ese sentimiento de lo divino, que presta sus alas para la comprensión armoniosa de la vida.

En algunas de mis crónicas me he ocupado de las cuestiones político-religiosas de Chile y Colombia. Quiero anotar hoy el caso de Monseñor D'Andrea, preconizado por el Gobierno argentino, en uso del patronato vigente, Arzobispo de Buenos Aires, postulación realizada por el Papa, con violación de ese mismo Patronato. Y con este motivo, concluye así Luis Campos Aguirre, su investigación en este conflicto: "¿Hasta cuándo durará la equívoca situación de la Iglesia Católica en el país, que, por una parte permite ser sostenida por el presupuesto nacional y por otra le faculta para violar por caminos oblicuos el derecho de Patronato? ¿Deberemos al naufragio arzobispal de Monseñor D'Andrea un feliz despertar de la conciencia y del patriotismo de los argentinos contra las seculares intrigas que desde el extranjero maneja el Estado Pontificio? ¿Quién manda en la Patria de los argentinos? ¿El Presidente o el Papa?

Y el conflicto se ha suscitado así, según el resumen que publica "Renovación", boletín de ideas editado por los universitarios bonaerenses.

Ha existido en la capital de la Argentina una antigua rivalidad entre la Curia Eclesiástica y la Compañía de Jesús, motivada por la disputa, no por secreta, mejor conocida, de la primacía en la influencia política, en el prestigio mundano, en la obra educacional y en las asociaciones de beneficencia. Esta escisión llegó a complicarse con la presencia de un tercer grupo católico que intentaba empujar a la Iglesia en una acción de carácter político-social, bajo la jefatura de su líder iniciador del movimiento Monseñor Miguel D'Andrea. Y nació la Unión Popular Católica Argentina, mirada con desconfianza por la Curia y por los jesuitas, temerosos de conflictos futuros entre la Iglesia y el Estado.

El programa de Monseñor D'Andrea es amplio y trata de organizar las huestes católicas en círculos de acción, sociedades sindicales y centros de estudiantes.

Es decir, convertía al catolicismo en factor político militante. Y cobró tanta fuerza la institución, que en 1916, por ciertas circunstancias electorales, el Partido Radical necesitó recurrir a los votos de la Unión Católica Popular para impedir al Partido Socialista la mayoría del electorado en la Capital.

Otra manifestación de la fuerza del Partido Católico de Monseñor de D'Andrea, fue la manera como pudo quebrantar la Revolución Universitaria de Córdoba, flanqueando con alumnos egresados de los jesuitas la actitud triunfadora del anticlericalismo cordobés.

Y todo marchaba favorablemente al socialismo católico de Monseñor D'Andrea hasta el momento de la "Gran Colecta Nacional" para reunir fondos y combatir al maximalismo invasor en América, aun cuando luego hubo de comprobarse que sólo se trataba de reunir fondos para la propaganda católica. Este entresijo mereció el honor de que el dramaturgo Martínez Cusíño, denunciara el negociado en su obra "La Santa Madre" y quedó desacreditada la Gran Colecta.

Pero mientras en Buenos Aires germinaba el complot contra Monseñor D'Andrea, para destruir su prestigio, obra secreta del maquiavelismo clerical, el Papa Benedicto XV le elevó a la categoría de Obispo, con asombro general. ¡Política interna del Vaticano, exclamaron los sabidores!

Elevado, pues, Monseñor D'Andrea al pináculo de una gran popularidad; reconocida su influencia por el mismo Gobierno argentino al que ayudó en las cuestiones eleccionarias, no obstante el radicalismo del Presidente Irigoyen, la situación del Obispo elegante e influente en las esferas sociales y políticas de Buenos Aires, tenía a la vez el odio secreto de la Curia y los jesuitas que levantaban formidables oposiciones al triunfante Partido Católico.

Y como se esperaba desde hacía algún tiempo la muerte del Arzobispo Espinosa, afectado por una enfermedad crónica, apareció la candidatura de Monseñor D'Andrea, frente a la de los Obispos Duprat, Alberti y Bazás. Así las cosas, falleció Monseñor Espinosa, y la

candidatura de Monseñor D'Andrea para el Arzobispado de Buenos Aires, figuró en primera línea en la terna que el Senado elevó al Ejecutivo para la designación del Metropolitano, según lo estatuido en la Ley de Patronato argentino. Y Monseñor D'Andrea fue designado Arzobispo por el Presidente Alvear, el 4 de julio de 1923, proponiéndolo a la Santa Sede "para que ésta se sirviera conferirle la investidura canónica con todas las prerrogativas que corresponden" al Arzobispo de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

Entonces estalló fulminante la conspiración contra Monseñor D'Andrea, y se vió desfilas a Roma, por distintos caminos, comisiones de los jesuitas, embajadas de los obispados, influencias de distinta procedencia. La confirmación del nombramiento de Arzobispo propuesto por el Gobierno argentino, sufrió un aplazamiento que se palpaba indefinido, y todas las gestiones para descubrir el pensamiento de la política del Vaticano, no alcanzó una solución, hasta que Monseñor D'Andrea fue requerido por el Nuncio de Buenos Aires, para que renunciara su candidatura arzobispal, según instrucciones pontificias. Y el arzobispado de Monseñor D'Andrea naufragó por su renuncia obligada!

Mientras tanto el Presidente Alvear ha declarado a "La Prensa": "El Poder Ejecutivo envió a la Santa Sede en fecha oportuna la presentación de práctica. En consecuencia, para nosotros, el Arzobispo de Buenos Aires es Monseñor Miguel D'Andrea. Es cierto que el prelado necesita para desempeñar sus elevadas funciones la investidura canónica, que debe conferirle el Papa. El Gobierno de la Nación esperará la palabra de la Santa Sede y cuando esta llegue definirá su situación. Por ahora mantendrá la designación de Monseñor D'Andrea, y no aceptará la renuncia de éste, formulada ante las autoridades de la Nación."

¿Qué reservará un futuro inmediato a las relaciones de la Iglesia con el Gobierno argentino? ¿Quedará burlado el Patronato? ¿Quién mandará al fin en la Patria de los argentinos, el Presidente o el Papa?

Con lo que se prueba que las doctrinas políticas modernas sufren duelo y quebranto, por la cuestión religiosa palpitante en el fondo de las resoluciones vitales del Estado.

El caso de Monseñor D'Andrea suscita la reflexión confirmatoria, relativamente a que el Gobierno no soluciona nada, establece conflictos continuos en los campos políticos, y compromete su propios éxitos en la administración para el progreso del país, abandonando la cuestión religiosa como tema sin importancia, y negando la atención a un estado de conciencia nacional que tiene que ser estudiado si quiere hallar correspondencia entre las realidades de un programa de acción liberal, y la realidad del pensamiento religioso de un pueblo. Abandonar la cuestión como lo han hecho los gobiernos liberales del Ecuador, es imposibilitar el desenvolvimiento armonioso de las tendencias liberales y comprometer en la opinión pública el prestigio de una doctrina que debe cumplirse por el convencimiento en las conciencias y no por el imperativo de la fuerza.

Cierto que las intransigencias clericales imposibilitaron todo intento de Concordato, resolviendo la intransigencia liberal la dificultad con un Patronato sin cumplimiento efectivo. Y por eso es falsa la situación del Clero en sus relaciones con el Estado, y falsísimas las reformas liberales fracasadas en la realidad de los hechos.

De todos modos, el caso de Monseñor D'Andrea, ha probado una vez más la inconveniencia de un Partido Católico militante en la política, desahuciado por la centésima vez en el Vaticano.

## LXVII

### EL GOBIERNO DE LOS PARTIDOS

No asistimos en este torneo de cultura cívica, dijo el señor doctor Agustín Cueva, en su discurso político

del “Edén”, en representación de los comités cordovistas, a la exaltación de un caudillo, ni a la consagración de una nueva oligarquía. Asistimos a la organización histórica del Partido Liberal Ecuatoriano.

Porque hasta aquí han gobernado las facciones, las banderías, las oligarquías, el caudillismo; hasta aquí hemos exaltado al Poder a políticos liberales, la doctrina la han sustentado pensadores liberales, han tratado de organizar la vida funcional los estadistas liberales, pero un Partido Liberal propiamente dicho, no ha existido. Lo mismo puede decirse de los congéneres conservadores.

Desde luego, un partido no se improvisa y su nacimiento obedece a las leyes de la necesidad cultural, cuando el sentimiento de la responsabilidad histórica clarea ya con fulguraciones vivísimas en la conciencia ciudadana. Es en el momento en que el caudillaje ha perdido su prestigio, cuando las *montoneras* de guerrilleros ambiciosos son rechazadas por la opinión, cuando las balas caen inanimadas para siempre, paralizadas por la fuerza de las ideas, con qué los partidos iniciaron su organización.

“El partido político, dice el señor doctor Cueva, es organismo espiritual, viviente y dinámico, que coordina, concentra y armoniza en un momento histórico las soluciones que una gran parte de la conciencia social encuentra adecuadas para la pacífica convivencia política. Una concentración, un dinamo poderoso de creencias, intereses, deseos y aspiraciones comunes hay en el fondo de los partidos políticos. — El partido político es hasta hoy el invento supremo de la civilización para darnos el milagro del equilibrio y de la armonía en la vida social. — El partido político es organismo de severa disciplina de inteligencias y voluntades. — El partido político es una parte de la conciencia social que manda. Por esto los partidos señalan, dirigen y encauzan la acción política de los gobiernos.”

El liberalismo, que no maldice a los caudillos que llegaron en los momentos críticos de la historia, que sembraron el bien a su manera, y que impulsaron el

progreso con recursos extraordinarios; el liberalismo que ha sufrido la acción disolvente, anarquizante de las facciones; el liberalismo ya consciente de su fuerza ideológica y de sus responsabilidades históricas, rechaza el caudillismo aun en lo que tiene de genial y organizador con sus facultades extraordinarias, y anatematiza a las facciones, que han sembrado con sus "ismos" el germen de la anarquía, del antagonismo matador de toda organización social. El liberalismo ecuatoriano quiere el gobierno de los partidos, la extinción de todo personalismo en el Poder, la anulación de todo círculo o trínca oligárquica. Solamente la organización del liberalismo como poder emanado de su propia virtud, garantizará el aparecimiento de otros partidos, sean conservadores, sean socialistas, pero siempre organizados, es decir, responsables.

Y ese liberalismo que se organiza como partido, y gobernará como alta aspiración ideológica, no entiende el gobierno de la nación como una caprichosa y lucrativa situación de mando por la vanidad del mando, sino que ese liberalismo se define, según la feliz expresión de Ortega y Gasset: "como la emoción radical, vivaz siempre en la historia, que tiende a excluir del Estado toda influencia que no sea meramente humana, y espera siempre, y en todo orden, de nuevas formas sociales mayor bien que las pretéritas y caducas."

Por lo mismo, el liberalismo, dice el Sr. Dr. Cueva, según este nuevo concepto de su esencia "no es ni quiere ser inquisidor de creencias religiosas; ve en las religiones una eterna elaboración espiritual de la humanidad y respeta esa eclosión misteriosa de las almas como algo intensamente humano y social."

En fin, el liberalismo quiere ser poder como gobierno, para realizar sus ideales de conformidad con las realidades de los problemas sociales que asedian al mundo en esta hora de la gran crisis histórica universal.

Y el liberalismo cree y espera que esta inauguración de un Partido, por el imperativo de las ideas, y la exaltación de un candidato a la Presidencia de la República, como expresión del pensamiento de la gran



Asamblea, inicia la era del gobierno de los partidos en el Ecuador, y la derrota de todo personalismo y la muerte de toda oligarquía.

Tal es la síntesis del discurso del doctor Agustín Cueva, pronunciado en el Teatro "Edén" a nombre de los Comités que trabajan por el triunfo del Candidato de la Asamblea Liberal.

Y este ideal del gobierno de los partidos, lo ratifica así el Sr. Dr. Gonzalo S. Córdova:

"Por fortuna, para no arredrarme con la visión de las responsabilidades, allí estaba alentándome y estimulándome, el fecundo significado del hecho de la organización formal del Partido Liberal entre nosotros. Gracias a esta organización, desaparecerá el vicioso sistema del *presidencialismo*, en que se concentran todas las atribuciones, pero también todo los deberes y todas las responsabilidades. Al Gobierno presidencial en que se pretende que el Gobierno lo haga todo y responda por todos, sucedería el gobierno colectivo, el de los partidos, en la apreciación de rumbos de la dirección del país."

"Necesitamos una política liberal que adquiera por su comprensión, la autoridad necesaria para mantener el equilibrio de las diversas fuerzas en pro del bienestar común, para favorecer el adelanto de este nuestro país de pobre industria, de quiebra económica, de meneguada higiene, de mezquina existencia social, de educación ajena al verdadero sentido práctico."

He aquí la base de una situación política que por sí sola implica una nueva orientación nacional: el gobierno de los partidos.

¿Qué dificultades ofrecerá en la práctica? Podrá realizarse una verdadera disciplina en el liberalismo, capaz de convertir en una fuerza política poderosa el Programa del Partido?

¡Oh, porvenir, trae en tu seno las promesas realizadas!

## LXVIII

### "CUESTE LO QUE COSTARE"

Hay frases que condensan el pensamiento político de una época, reflejando un estado de espíritu y las normas de acción que obligan la defensa de un alto ideal.

Para expresar la manera cómo ha de recuperarse un prestigio político y quizá la hegemonía de un partido en el Poder, le ha tocado a Monseñor Pólit definir la fórmula precisa en su tan conocida pastoral política sobre lucha eleccionaria, para el triunfo del clericalismo con esta frase: "cueste lo que costare".

Y esta frase ha tenido la resonancia de una clarinada de guerra civil, y ha encontrado, como era natural que sucediera en un país de cepa fanática y propenso a las convulsiones revolucionarias, las repercusiones que anuncian el derramamiento de sangre humana, coonestando la revolución con el reclamo del cumplimiento del programa máximo del liberalismo: la libertad sin restricciones!

Y la ambición personalísima de los señores Intriago y Lasso, ha expresado también su ultimátum contra la paz pública y el orden constitucional, con la misma frase diocesana, que es el lema revolucionario de este momento.

Al despedirse el señor Intriago dice en su comunicación del 3 de enero a "El Comercio": "Voy pues resuelto a que se cumpla y respete la orden del señor doctor Tamayo, "cueste lo que costare". Por su parte, el señor Lasso ha expresado su determinación de llegar a presidente, aunque sea "con el sacrificio de su fortuna y de su vida", expresión equivalente a "cueste lo que costare".

Pero en respuesta a la frase arzobispal, el Jefe del Ejecutivo ha pronunciado ayer la aceptación del reto de

las ambiciones sectarias y bastardas contra la paz de la nación. “Estoy resuelto, ha dicho el señor doctor Tama-yo, según la información política de “El Comercio”, estoy resuelto a defender en todo caso al Partido Liberal, aun yendo hasta el sacrificio”. Con lo cual queda definida la situación política del Gobierno.

“Cueste lo que costare”, tal es la fórmula política de este momento.

Por su parte “El Comercio” ha estudiado en estos días, con gran ecuanimidad de espíritu, dejando a un lado sus prejuicios fascistas y nacionalistas, las posibilidades revolucionarias de cada una de los pretendientes, y ha encontrado que ni el señor Intriago ni el señor Lasso triunfarían en sus propósitos subversivos, por una razón elemental: la falta de apoyo en la opinión nacional.

Y tiene razón el Decano, pues como ya lo expresé claramente en otra ocasión, ¿qué motivos poderosos invocan los señores Intriago y Lasso para amenazar al país con la revolución?

El señor Intriago en su circular del 31 de diciembre habla del derramamiento de sangre, como si se tratara de algo de que puede disponer con derecho propio. “Hay que prevenirse y luchar, dice a su gente, aunque corra sangre, y esa sangre caerá sobre los traidores y farsantes”. Este es ya un caso patológico, mejor que una cuestión política. Y si el “caso” de don Juan Manuel tiene en el estudio clínico anotadas las taras que le candidatizarían a un tratamiento médico sin equivocar el diagnóstico, la manía “sanguinaria” del señor Intriago, ya pasa de raya para justificar ese como derecho divino a gobernar a los ecuatorianos, que padecen estos dos enfermos de importancia política!

¡Cómo se reirá Mehistófeles, autor de la fórmula “cueste lo que costare”, de la situación en que ha culminado su afán de dividir para reinar!

Y es también muy significativa la porfía de los que franca o solapadamente han tratado de mantener en la prensa una situación de alarma en el ambiente político, respecto a la candidatura que podía merecer la simpatía

del Gobierno, conservando la tradición de todos los gobiernos, que han garantizado la paz y el progreso, en países sin una cultura cívica generalizada. Porque es conservadora y tradicionalista la usanza antigua de ungir una postulación con la simpatía oficial, cuando ésta representa una garantía para la estabilidad de las instituciones; y la educación lenta y dolorosa para el ejercicio de los derechos políticos ciudadanos, con plena conciencia de la responsabilidad que implica toda elección, en América aun no alcanza, en las prácticas democráticas un desarrollo sin limitaciones oficiales. Esta es la verdad. Aquello de la libertad irrestricta, aún pertenece al género de las grandes aspiraciones!

Pues concretando estas generalizaciones a la postulación sustentada por la Asamblea Liberal, es preciso significar que, nunca como en esta vez, se ha podido palpar la eficacia de un gran ideal, cuando éste es planteado con sinceridad, mantenido con fortaleza, y propagado desenfadadamente.

La candidatura Córdova, es la candidatura oficial de la Gran Asamblea del Liberalismo Ecuatoriano, que, además, sancionó un programa doctrinario.

El Gobierno podía o no adherirse desde el primer momento a esta postulación; pero el Jefe del Ejecutivo quiso consultar la opinión dominante en el país, y prefirió que los hechos condensen la situación anómala creada por el apareamiento de un exceso de candidaturas. El compás de espera abierto para pronunciarse en un sentido conveniente, no indicó vacilación, sino reflexión previa indispensable a las grandes resoluciones.

Y el tiempo que contiene el desciframiento de todos los enigmas se ha encargado de eliminar sin esfuerzo toda esa flora tropical candidaturesca, que tiene la vida de todo lo efímero, y cristalizó los núcleos que responden a realidades del sentimiento nacional, en tres agrupaciones representativas de este momento histórico: la organización del liberalismo con el apoyo de todo el elemento consciente y vital de este partido histórico, expresado por la candidatura Córdova; la intriga cleri-

cal persuadida de las dificultades del Gobierno, por la crisis reflejada en la nación, por obra del desquiciamiento de la economía mundial, que exige soluciones en la cuestión socialista, empujando a las masas a la captación del Poder, con el nombre del primer ambicioso, y surgió entonces el *lassismo*, en una hibridación de ideas y de hombres inaceptables como gobierno; la permanencia en la historia del afán caudillista, de la jefatura de facción, de la lepra oligárquica aún no eliminada del organismo nacional, tiene su símbolo en la candidatura del señor Intriago. ¿Por cuál de estas agrupaciones debía decidirse el Gobierno, para no expresar un interés personal, sino el bien general en sus determinaciones?

La candidatura de la Asamblea ha logrado prestigiarse hasta el punto de operar la casi total concentración del liberalismo, con la adhesión del alfarismo; esa candidatura que ha vencido por la eficiencia de su programa, por los altos ideales que sustenta, no pudo avenirse a una entente en un mismo plano de valores políticos con el intriguismo, que no alcanza talvez ni a ser facción, y menos con el lassismo, ya sin barniz liberal y claramente apoyado por el clericalismo; esa candidatura de la Asamblea que se ha impuesto en la opinión nacional, podía ser propuesta honradamente por la simpatía oficial, en la comparación de valores con el intriguismo y el lassismo? La respuesta no es sino cuestión de sentido común.

Y este mismo análisis comprueba dos cuestiones: 1.<sup>a</sup> que el gobierno al dejar el libre desarrollo electoral, para decidir al fin su influencia por la candidatura que signifique un factor político positivo, capaz de garantizar la paz y el progreso por las fórmulas del gobierno liberal, ha procedido con acierto; y 2.<sup>a</sup> que todo intento revolucionario por facciones personalistas, o simplemente encubridoras de la reacción clerical, que como Partido Católico, no puede alternar en el Poder, debe sufrir el rechazo enérgico del Gobierno, obligado tam-

bién a mantener la hegemonía del partido que representa, según la fórmula sustentada en los campamentos revolucionarios, es decir, "cueste lo que costare".

## L X I X

### POR LA LIGA DE LA PAZ INTERNA

Después de la guerra sangrienta de los partidos liberal y conservador colombianos, en la que no se discutía propiamente un ideal sino la ambición personalista de los caudillos, se produjo un sentimiento positivo de la realidad de la situación que destruía irremediablemente las energías vitales de la nacionalidad, sin que la revolución sangrienta garantice al país, cualquiera que sea el éxito de los partidos, la solución de las cuestiones económicas, base sólida de toda renovación ideológica.

Y refiriéndose a la horrible carnicería que culminó en Palonegro, con una pirámide de cráneos, como un obelisco bárbaro de los tiempos de Nambrod, apunta Carlos Arturo Tarres, en su famoso libro "Los Ídolos del Foro", un dato desconcertante de la psicología revolucionaria en los países del trópico.

Es el caso, dice, que alguna vez, en el campo de la matanza, después del vértigo de una hecatombe inmensa, de una de esas interminables batallas de las guerras civiles colombianas, un médico filósofo preguntó a uno de los heridos que retiraban, destrozados los miembros, de en medio de un montón de cadáveres, ¿qué motivo supremo, qué indiscutible santidad de causa le había impuesto en forma tan cruel, el abandono de su hogar a la miseria, la matanza de sus conciudadanos, y últimamente la ofrenda de su propia vida, por qué iba a morir?—"La defensa de los principios de mi partido", dijo el moribundo con noble y fiero gesto de convicción.

— ¿Y podría usted decir en qué consisten esos principios?, insistió el cirujano.---Quedóse el interrogado tal si como por vez primera confrontase su inteligencia semejante cuestión, y luego dijo embarazado y amargamente: "Es verdad, no lo sé, y nunca había pensado en ello".

Piénsenlo bien los hombres que se disponen a hacerse matar en las guerras civiles, y descubrirán que, de cien combates uno quizá significa la defensa de los ideales que afirman el bien nacional, y en los noventa y nueve casos restantes, sólo se trata del encumbramiento político de un fulano. ¿Defensa de la religión?—Mentira, la religión no propaga sus doctrinas a balazos, ni necesita del odio sectario para prevalecer en las conciencias. ¿Los programas que ofrecen el advenimiento de una edad de oro, en la que el Gobierno se encargará de suministrar la felicidad a domicilio? --Mentira, toda revolución es peor que cualquier mal gobierno. Sólo la paz puede garantizar el desarrollo de las energías para el bien particular. Es dolencia de países enfermos exigir y esperar todo de los gobiernos.

Estas verdades descubren la impostura de los reudentores y apóstoles falsos de la causa del proletariado, que felizmente no existe en el Ecuador, país despoblado, que pide el contingente de brazos con salarios que fluctúan ya sin la ergástula de concertajes infamantes, y cuyo malestar económico actual se puede atribuir en parte a la desnaturalización de los sistemas bancarios, y en proporción máxima al desequilibrio del mundo, por efecto de la inmensa guerra europea que ha desquiciado todos los basamentos de la vieja arquitectura económica. En Colombia están gobernando los conservadores, y su situación ha sufrido todas las fluctuaciones de la prosperidad momentánea y la miseria efectiva, según las indicaciones del fiel de la balanza internacional. No está la fiebre en las sábanas, sino en el ambiente caldeado por conflictos múltiples y complejos, los que están conmoviendo al mundo financiero, y cuyas repercusiones se sienten en los trópicos ilumi-

nados por la imaginación, que busca víctimas y no razones filosóficas, para explicar sus males.

Pero, en fin, es muy explicable que la gente no acostumbrada a la reflexión serena, se exalte con las promesas no siempre realizables, que se exhiben como plataformas electorales. Lo que entristece el ánimo, lo que invita a renegar de los mejores prestigios del mundo intelectual obligado a guiar, no a extraviar el criterio público, es la campaña porfiada para expresar con sangre, para empujar a la matanza a la clase obrera, y declarar que se persigue un ideal, cuando sólo se trata de encaramar en el poder a un hombre, inferior a veces, en virtud y en saber, a los que han precedido en el gobierno sin resolver la crisis, que sólo alcanzará la solución por el sacrificio colectivo, la paz siempre fecunda en bienes, y el desinflamiento de la situación económica del mundo, próxima a reventar, sino interviene a tiempo lo inesperado, que trae siempre las grandes soluciones.

Las dificultades financieras del Ecuador, que complican o resuelven la vida social y política, se ha pretendido que las resuelvan los gobiernos exclusivamente, sin considerar que éstos son casi siempre la expresión del medio en que se desenvuelven los problemas. Entre nosotros la crisis es, en primer término, fiscal, porque las fortunas particulares, singularmente las que se apoyan en la agricultura, encontraron en la emergencia de la guerra, un motivo singular para aumentar la riqueza. Se han improvisado fortunas durante la crisis a que se refieren estos apuntes. La industria y el comercio han sufrido alguna paralización por los artificios del cambio, pero no ha llegado a producirse en el Ecuador el *krac* que han sufrido otros países, incluyendo entre éstos a Colombia y Chile, por la quiebra del negocio cafetero y el paro en las explotaciones mineras. El abuso mismo de la moratoria desnaturalizado como suspensión de la entrega de circulante metálico, ha llegado a comprometer en tal forma el crédito de los mismos bancos, y a descubrir la ficción de las ganancias comerciales, que concluirá pronto imponiendo la normalidad, porque esta



situación y no la ficticia del papel fiduciario desvalorizado, representa el verdadero negocio de los que han usado y abusado de la moratoria. Sospecho que las dificultades innegables de la hora presente en los aspectos económicos, están agravados por la imaginación, que la exaltan los muñidores de la política oportunista.

Uno de los hombres representativos en el país, poseedor de un gran talento y amplísima ilustración, el señor doctor Luis F. Borja, ha declarado a un repórter de la prensa quiteña su criterio respecto a la situación del Ecuador, en su relación con la urgencia de mantener la paz.

“Creo, ha dicho, como nadie, que es absolutamente necesaria la paz; porque la guerra civil convertiría en cadáver a este pobre enfermo que se llama Ecuador. La situación económica es desesperada; la agricultura está en ruina por las heladas y sequías; el comercio se debate en medio de la más espantosa crisis; nuestra moneda está siguiendo el mal ejemplo del marco alemán; hay un grito de angustia en todos los ámbitos de la República y un sello de inquietud en todos los semblantes, y si a todo esto se agregara la guerra civil, no habría sino que preparar el sudario para amortajar un cadáver, el cadáver del pueblo ecuatoriano”.

Debe el país, al señor doctor Borja, una gran verdad. Entre el asesinato del Ecuador por una guerra civil, por ambiciones a la Presidencia de la República, y el bienestar futuro de ésta por la conservación de la paz, la elección no es difícil, si deponemos nuestras cuestiones personales, si tenemos la abnegación de sacrificar el fulanismo, de no conceder importancia exagerada a la ruindad de los círculos políticos, resolviéndose mejor a combatir a éstos desenfadadamente por la prensa, si hay motivos razonables para ello.

Es posible que el señor doctor Borja, que tan alto concepto tiene del General Uribe Uribe, como político de alta talla, coincida con este manifiesto del ilustre caudillo liberal.

Cuando el General Uribe Uribe dedicó todas sus grandes energías a reconquistar para el liberalismo las

garantías a que tenía derecho para asegurar su ingerencia en el gobierno del país, se le insinuó que volviera a ser el guerrillero antiguo, y obtuviera por las armas lo que por el convencimiento de escritor no alcanzaría, y replicó ante la expectación de Colombia: "Hemos ensayado la guerra, hemos ensayado la revolución, hemos ensayado hasta la anarquía, y todo ha fracasado para el bien nacional; ahora, creo que es preciso ensayar la paz".

Y la paz fue la que volvió a Colombia la valorización de su moneda depreciada, y la paz ha dado al liberalismo la prestancia en la opinión pública, que no pudo alcanzar en la guerra.

¿Por qué no ensayar la paz en el Ecuador?

## L X X

¡PAX VOBIS, DOMINE!

Ciertamente que era indispensable que no concluya la lucha electoral, sin que se defina el alcance de las palabras de la pastoral política de Arzobispado, que sintetizaba el género de acción a desenvolverse para llegar al poder, con esta fórmula que declara la guerra a muerte: "cueste lo que costare".

El documento arzobispal ha sido preciso citarlo, repetirlo, y desentrañarlo en su origen y alcance, por estar suscrito por quien lo suscribe; por haber sido lanzado a la publicidad sobre los restos humeantes del desastrado suceso de Guayaquil, que costó lo que costó, aún no esclarecido históricamente, y bendecido ya por Monseñor Pólit; por haber expresado con claridad un programa de acción social y político, sin reticencias; por haber invocado el derecho de insurrección con palabras inequívocas; por haber incitado a deponer toda cobardía o transacción con el liberalismo, y recuperar

el poder para las mayorías católicas, "cueste lo que costare".

Por su parte, la prensa católica ha ampliado suficientemente el pensamiento político de la Pastoral, llegando a lanzar personalmente el desafío al Poder Civil, afirmando el hecho de la caída del régimen si se llegase a conceder la libertad irrestricta electoral, merced a cuya eficacia se demostraría, el poder del clericalismo, que tiene aún en sus manos el máximo del porcentaje del electorado, para dar al traste al Gobierno en cualquier ensayo de libertad absoluta, jamás concedido por los gobiernos liberales o conservadores que han alternado en el Poder, desde 1830 hasta nuestros días.

Esto en el terreno de las teorías, pue en la práctica, ha coincidido,—nada más que ha coincidido—la visita arquidiocesana de Monseñor Pólit, a las diócesis de Ibarra, Pichincha, León, Tungurahua, Chimborazo, Guayas y Manabí. en los precisos momentos en que se intensificaba la lucha de las agrupaciones políticas, para el éxito en las elecciones que designarán el sucesor del señor doctor Tamayo. Posteriormente a estas visitas, el clero se ha declarado por la candidatura de don Juan Manuel Lasso, y en los comités de esta postulación prevalece el elemento anodino, sin colorido político, y visiblemente actúan los conocidos corifeos del más ciego fanatismo católico. Esta actitud ya sin emboso, ha producido en el liberalismo el rechazo absoluto, de la candidatura del señor Lasso, quien por el hecho de haber aceptado el concurso del clero, renunció, por lo mismo, a la simpatía que pudo tener su empeño, sino por la propia capacidad política y civil, por su programa socialista. Resultaba el caso insólito de un cacique latifundista, de un accionista de bancos y empresas industriales, sustentando una plataforma de renovación social, con el ataque al caciquismo y al capitalismo, al que el candidato pertenece por ley de herencia, y por convicciones irrenunciables; pues para ser apóstol del proletariado, ya indicó el profeta el camino, "carga tu cruz y sígueme", dijo el Nazareno; pero otros apóstoles de

pega han cambiado la fórmula evangélica, con esta: "coje tu botella y charla".

Desde luego, se necesitaba ser ciego para no ver el enredo a que conducía ese apoyo del clero a una candidatura que tenía que empezar por probar su ecuatorianidad, y presionar para esto un doble éxito en la opinión, en la lucha para la presidencia y en la nueva lucha para la formación de un Congreso lassista. Esfuerzo doble en que la tensión política tenía que reventar forzosamente, en una crisis revolucionaria. Esto, sin contar con el hecho seguro de que el liberalismo debía repudiar a un candidato del clericalismo, disfrazado de rojo, para el paso por las horcas caudinas de las elecciones.

Por este cúmulo de circunstancias la propaganda de la prensa fascista, nacionalista y netamente clerical, adoptó un lema para la lucha, triunfar, cueste lo que costare. Y por otra coincidencia, este lema lo enunció como arriete eleccionario la Pastoral de Monseñor Pólit, tan conocida!

Pues bien, si la antedicha frase ha sido repetida todo el año electoral de 1923, y nadie reclamó por los justos términos de su alcance político, es en estos días anteriores a las elecciones, en los que va a sortearse la paz o por la revolución la ruina del Ecuador, que la prensa adicta al Arzobispado, define lo que significa "cueste lo que costare" en lenguaje de los curas de almas!

"La frase cueste lo que costare, bien así como puede significar un llamamiento a la abnegación y al sacrificio, dice Porcio Catón, en "El Porvenir", no implica por fuerza derramamiento de sangre en luchas fratricidas ni un reto a los poderes constituidos.— "Cueste lo que costare" es frase que lo mismo puede aplicarse a la autoridad y a los gobernantes, a los tiranos y a las víctimas y a los vencidos".— "En dónde pues los síntomas de furor que Petronio cree encontrar en esa frase, ni la renovación de lucha sangrienta en aras de la ambición de cuatro demagogos? ¿En dónde el toque a somatén en ese pensamiento, que al fin y a la postre

no es sino el grito de la conciencia herida, el deber de consejo saludable a un pueblo que padece, la voz que llama a las luchas *incruentas* y salvadoras del más puro patriotismo?"

Los *distingos* resultan forzados, Porcio hermano en el revoltijo de la prensa diaria, y en todo caso la frasesita tiene un valor recíproco, porque si una situación es declarada costosa y sin embargo se la afronta, ese costo tiene que pagarlo alguien. ¿Quién? ¿Los vencedores? Imposible, ya se dijo una vez en la historia ¡ay de los vencidos!

Y aquí está el azar de la jugada; en un desbara juste revolucionario ¿quién pagaría los platos rotos?

"La voz cueste lo que costare ES TEMIBLE, continúa Porcio, no en los labios de un pastor de Jesucristo, sino en los de quienes profieren insultos contra el pueblo llamándole fanático, (¡Oh Porcio! eso no es insulto, es la repetición de una triste realidad de la vida nacional), esclavo de la soberanía de Roma (otra evidencia), esclavo del patrón (hablad, si podéis, peones conciertos) y esclavos del cura (murmurad priostes y *pongas* inocentes de las casas parroquiales).

Y aquí llegamos a coincidir Porcio Catón y Petronio, como la pastoral política de Monseñor Pólit con la candidatura Lasso. Ni más ni menos. Petronio denunció la frase cueste lo que costare de Monseñor, como una clarinada de guerra civil, y Porcio Catón declara que es TEMIBLE. ¿Por qué? Sencillamente, porque en el Ecuador, esa frase equivale: ¡A las armas, guerra sin cuartel! Y nada más TEMIBLE que una guerra así, sin cuartel, cueste lo que costare!

Dice también Porcio, que esa frase comentada es temible pronunciada por los liberales, por qué en labios de un Pastor, significa una simple y dulce llamada del rebaño al aprisco.

Conformes ¡oh Porcio, que extremas la injuria al final de tu réplica, como un derrotado! conformes otra vez, porque, vamos a cuentas, la lucha electoral, así como la ha planteado el lassismo es peligrosísima. Es lucha de clases. La lucha del proletariado contra el

capitalismo. Se empuja a la masa obrera y campesina contra quién ¿contra el Gobierno? ¡equivocación! contra los patrones y capitalistas. El Gobierno en este caso no expresa en último término, sino una entidad que no ha podido o no ha sabido defenderse de la explotación de los banqueros y de los monopolios de los industriales. Quiénes han presionado la situación hasta hacerla insostenible, son los burgueses del Senado con la aprobación de los impuestos; la presión del capitalismo que ha jugado con el cambio un juego malabar que hace creer al público sin ilustración, aunque niegue Porcio esta realidad, que es el Gobierno el único responsable; los ricachos hacen lo que alzan el precio de los víveres con cualquier pretexto, porque llueve o porque no llueve; y como la Curia es la entidad banquera que representa el mayor accionista, igualmente que las comunidades religiosas y la flor y nata del curuchupismo, contra quién convergería al final cualquier movimiento revolucionario, que por la situación económica actual se convertiría en furor socialista? Contra el conservadurismo, representado por banqueros, industriales y agricultores. Y en la Costa, donde no existe la superchería lassista, contra el que tiene dinero, contra los explotadores, que no satisfechos con haber succionado la riqueza al país, quiere también gobernar, para eternizar la explotación, ¡Al fin vamos entendiéndonos!

Y por eso dije, que evitar a una lucha con la TEMIBLE FRASE "cueste lo que costare", pasa de imprudencia si quien la pronunciaba es un Arzobispo. Y comprobé también, como esa frase ha encontrado eco en el intriguismo, y forzosamente en el Gobierno, obligado a mantener la paz por encima de todas las farsas políticas, sin consideración de círculos, y con la vista firme en la defensa de los intereses generales de la Nación.

Y porque subrayé con claridad el alcance de la temible frase diocesana, me dice "El Porvenir": "¡qué quiebra más evidente del buen sentido, de las nociones de dignidad republicana y de la libertad bendita!, oh Petronio, heraldo del liberalismo actual!"

Gracias por lo del heraldo, pero la quiebra formidable sobrevendría, contra todo buen sentido, si se atizara el clero para una guerra santa, con la careta del lassismo o con cualquier otra, a la revolución social del capitalismo contra el capitalismo, caso único inspirado por el odio sectario, en la historia del bolchevismo con bonetel

¡Pax vobis, dominé!—¿Queréis la paz, señor?

No tenéis sino que reproducir las pastorales de vuestro ilustre antecesor, y la paz será un hecho.

## L X X I

### LAS BASES DE UN PARTIDO CONSERVADOR

Corresponde a don Manuel Sotomayor y Luna el honor de haber planteado con claridad los lineamientos que servirían de bases para la organización de un partido conservador ecuatoriano. Antes que este señor asumiese la Dirección del diario tradicionalista, sólo se ha tratado de la defensa católica, de los derechos católicos, del partido católico y de la ciudadanía católica. Manera política esta, que sólo ha servido para confirmar en el tiempo el concepto político clericalista, que tiene en la teocracia garciana el espejo del buen gobierno y en el odio sectario la coraza invulnerable de toda reforma política, con perspectivas a la formación moderna y científica de un verdadero partido conservador, presentido ya como urgencia nacional por González Suárez y don Antonio Flores.

El clericalismo garciano, ya un tanto modificado en la segunda etapa histórica comprendida desde la Restauración hasta la caída de Cordero, por una especie de conservadorismo denominado progresismo, tuvo un momento de regresión violenta a la teocracia garciana, regresión sintetizada en la frase central del discurso del Presidente doctor Luis Cordero, en el mo-

mento de la consagración de una Basílica Nacional al Corazón de Jesús. Dijo el doctor Cordero: "El alguna vez fuese posible que los intereses de la Iglesia estuviesen en conflicto con los de la política, yo *sacrificaré* los mezquinos intereses de la tierra a los de la Religión". Y con esta base de gobierno temporal, ya se ve que el clericalismo reafirmaba su poder en el progresismo fracasado, y el garcíanismo tenía ya su líder en don Camilo Ponce, para la sucesión al gobierno de Cordero, cuando aquel cayó hecho pedazos, sin consistencia en la tierra, porque la intervención oportuna del poder divino, se derrotó ante el empuje ideológico de los *chapulos* de Alfaro! Es indudable, ya los ángeles no gustan de combatir en esta época al lado de los israelitas, y a Santiago el Apóstol que tuvo sus últimas intervenciones en las guerras de la conquista en América, se le ha cansado el caballo! Hoy el mundo ya no se gobierna por los mitos, sino por las ideas.

Fue en 1918 que el ultramontanismo azuayo quiso reorganizar un partido tradicionalista, y el intento fracasó, porque aun en Cuenca, la ciudad blasonada por su lealtad católica, por su ambiente doctoral, galante y espadachín, la juventud opuso reparos matadores a todo retardamiento en la evolución partidarista.

Y el señor doctor Rafael M. Arízaga, se expresó así en el discurso inaugural de las sesiones para el estudio de un programa: "Pongámonos, pues, a la obra de reorganizar el Partido Conservador, con firmeza y entusiasmo. "LOS SAGRADOS INTERESES RELIGIOSOS, tanto como los sociales y materiales de la República nos lo imponen".

Al empezar la discusión, lo primero en que se pensó fue en adoptar un nuevo nombre para el partido. "El partido político que hoy se organiza no es el anterior al Noventa y Cinco. Si éste, como el nuevo, están basados en los mismos principios religiosos, son distintos en el personal, compuesto hoy de hombres completamente nuevos que no actuaron en la política activa antes de 1895.—Hemos declarado muchas veces que aceptamos la herencia de nuestros mayores, conclu-



ye don Remigio Crespo Toral, en "El Progreso" de Cuenca, *pero con beneficio de inventario*".

Con lo cual se formuló a la vez, la acusación más formidable al clericalismo imperante por más de medio siglo, como gobierno en el Ecuador.

El mismo señor Crespo Toral opinó porque se cambiara el nombre *conservador* por el de Católico-Republicano, y otros sostuvieron la denominación "Partido Católico". La discusión fue larga, bastante agria, que tuve el honor de comentarla en "La Nación", y a todos repugnó llamarse conservadores. Algo más, miembros prominentes del antiguo partido, como el doctor Alberto Muñoz Vernaza, se negaron a formar parte del Directorio, y le tocó al gran periodista don Ricardo Cornejo, sostener la mejor impugnación contra la denominación "Católica" del partido en proyecto. "Aun que no pretendemos levantar cátedra de maestros, dijo en "El Ecuatoriano", ni de entendidos en achaques de disciplina eclesiástica, ello no embargante, se nos viene a la memoria, que el inmortal León XIII dejó sentada la *prohibición* de que un partido político se distinguiese con el dictado de *católico*; declaración que, desde luego, produce en nosotros algo más que el efecto de *magister dixit* en el ánimo de un discípulo.—En buena lógica, la *voz católica* se ha de considerar, en países como el Ecuador, término general, dentro del cual se comprenden las especies o denominaciones políticas, caso de que ninguna de éstas estuviese ceñida con la moral; así los políticos de la Madre Patria denominados *carlistas* o *alfonsistas*, todos son católicos, sin que ninguno pretenda la exclusiva del nombre.—En nuestra República, donde todos los individuos del Partido Conservador somos hijos de la Iglesia Católica, y, a Dios gracias, queremos vivir y morir en el seno de tan Santa Madre, el cambiarnos a estas horas de nombre, valdría tanto como declarar que, por no haber sido antaño bautizados los conservadores ni comprendídonos, por ende, en el seno del catolicismo, solicitamos ogaño la gracia regeneradora del bautismo. . . ."

En la época de esta discusión anoté la incongruencia que existía entre el concepto azuayo del conservadurismo, que implica una protesta del pasado, rechazando toda solidaridad histórica, y la simple cuestión denominativa que anota el señor Cornejo. Y en cuanto a la herencia histórica que requiere la aceptación con beneficio de inventario, y a organizar un Partido Católico, como la milicia civil del Vaticano, el criterio de Crespo Toral es exacto, y la doctrina del Pontífice Romano, la sustentada en el Ecuador por Gonzáles Suárez.

Pero todo el empeño del ultramontanismo azuayo fracasó, por el sectarismo que se plantea en el capítulo fundamental del programa aprobado, que dice así: "Conformidad de la política con las enseñanzas y preceptos de la Iglesia Católica", con lo que el clericalismo del doctor Cordero retoñó vigoroso del tronco podrido de la teocracia garciana, que exige el beneficio de inventario histórico, para aceptar ese abolengo conservador.

En Quito no corrió mejor suerte ese intento de organización de un Partido Conservador, aconsejado por Gonzáles Suárez, por esa misma intransigencia clerical de los viejos godos, que viven en cisma abierto con todo intento de reforma, cualquiera que sea la *amplitud* de ésta. Por eso la invitación repetida de los jóvenes conservadores para unirse en oportunidades como la motivada por las actuales elecciones presidenciales, sigue fracasando por el fanatismo garciano, elevado a dogma religioso, por Monseñor Pólit, en sus documentos diocesanos, que son verdaderos autos de fe, de los tiempos que ya pasaron!

Y en estos días, ya lo dije al empezar este artículo, corresponde a don Manuel Sotomayor y Luna el empeño de plantear con claridad, condición precisa para el éxito, las bases de la organización conservadora. "No queremos, dice, en su "Charla con Petronio" del 27 de diciembre próximo pasado, no queremos mezclar lo religioso con lo político, queremos que cese el agravio a la conciencia católica, la injusticia inscrita en las leyes del país y que, restablecido el orden, el partido conserva-

don, como el liberalismo y cualquier otro, olvide el pasado, se perdonen mutuamente los errores y emprendan en la organización de la República, aprovechando de las lecciones de la experiencia, atendiendo a las aspiraciones populares, consultando la geografía del país, dando mayor flexibilidad y eficacia a la administración del Estado; con vida amplia, generosa y audaz para todos los problemas propios de la época actual; respetando todo lo que de respetable haya en la herencia del pasado y en el acervo del presente, todo para la preparación de un porvenir más humano, noble y bello.— Esa es labor de un partido político; no la querella permanente, menos la oposición tenaz al alma nacional."

¡Respiremos, ya clarea la verdadera conciencia de los partidos políticos; ya el conservadorismo depone sus viejas intransigencias: aspira a dilucidar y realizar una fórmula de gobierno temporal, con el respeto a lo religioso, pero sin declararse falange de la milicia celestial!

Estos conceptos que tanto le honran al señor Sotomayor y Luna, capacitado como muy pocos para dirigir el verdadero y científico movimiento conservador, me recuerda y obliga a reproducir las bases de un partido conservador, según el criterio de don Marco Fidel Suárez, quien, en 1917, decía lo siguiente en una Carta Política dirigida al Centro Conservador Universitario:

"El Partido Conservador no es, pues, según la luminosa idea de ustedes que estoy explanando, un partido estacionario ni regresivo, sino un partido de progreso racional y cimentado sobre la experiencia. Mira hacia el porvenir, pero sin olvidar las lecciones del pasado; y experimenta los estímulos del movimiento, pero sin salir de la senda ni desechar el freno.— Una de las consecuencias de este concepto es que todos debiéramos aspirar a que la República poseyera una Constitución propiamente nacional, aceptada y definida por la sociedad como el compendio de las bases de la legislación política y civil. Descartado de este estatuto todo lo accidental y discutible, los partidos quedarían identificados en una grande obra conservadora y formarían

sus programas sobre puntos relativamente accesorios, lo cual aseguraría la paz, mitigaría las discusiones, y las reemplazaría con una soluble emulación de progreso y mejoramiento. — Entendida así la Constitución, como arca de paz y justicia, sería en cierto modo irreformable, o reformable en casos raros y excepcionales, que era lo que aconsejaba a sus conciudadanos Jorge Washington, cuando al despedirse de ellos, les recomendaba no escuchar a quienes quisiesen cambiar la base y cambiar aquellas instituciones fundamentales."

Y la organización del Partido Conservador con bases precisas, acerca de su sometimiento a la Constitución Política del Estado, como estatuto común a todos los partidos, y la expresión de la suma de tolerancia religiosa, para la convivencia armoniosa de todas las civilizaciones y razas en su aporte cultural inmigratorio, una organización del conservadorismo con prescindencia del factor clerical, plantearía los programas de los partidos en diferencias de criterios científicos para la adopción de las reformas, producto de cada época, con mayor o menor amplitud, eliminadas ya de las almas el fanatismo religioso, origen de grandes perturbaciones sociales.

## L X X I I

### EL LIBERALISMO GOBIERNA EL MUNDO

He aquí como una gran doctrina política ha llegado a gobernar el mundo, sirviendo de sustentáculo a la civilización en crisis, por efecto del desmoronamiento de los viejos sistemas de gobierno.

Una vez más el liberalismo inscribirá en sus anales, que la prodigiosa fuerza de su idealismo ha salvado a la cultura humana de una quiebra irremediable. La actualidad histórica de este instante así lo prueba.

Conmovidas las viejas normas administrativas por efecto de las múltiples causas que precipitaron la conflagración guerrera en el continente europeo, los sistemas conservadores del mundo se denunciaron como fórmulas sin eficacia suficiente para la reconstrucción social y económica, pues si el respeto a la herencia del pasado es una fuerza de conservación histórica, la obra positiva del aquilataamiento de valores políticos para nuevas y grandes organizaciones, pertenece de modo incontrastable al liberalismo.

Porque el liberalismo en sus fórmulas novísimas señala estas grandes aspiraciones, como las bases insustituibles en la arquitectura política: *la seguridad de la vida*, como la primera función social que garantiza a la especie la seguridad de su existencia y al Estado su razón de ser; el respeto al *propio poder*, (self-mastery), mediante el cual se garantiza a todo hombre el libre ejercicio de todas sus facultades; *la autonomía política* individual (self-government), por la que se establece, juntamente con la libertad de opinión, el sentimiento de de la responsabilidad histórica; el derecho a gobernar (leader-ship), que garantiza a todo hombre, capaz de imprimir alguna dirección eficaz política y social, cualquiera que sea su procedencia, la jefatura (leader) de ese movimiento ideológico, con lo que ha caído la muralla de los prejuicios para la soberanía del talento y la virtud cívica.

Estas bases preconizadas por el liberalismo inglés, son las que en estos días han devuelto al liberalismo la dirección de la más grande democracia de que puede ufanarse la cultura de esta época.

Y no podía ser de otra manera; la derrota del liberalismo en la persona de Lloyd George, tuvo que ser momentánea, porque el espectro del sovietismo no podía ser un motivo de temor para Inglaterra, que ya había ensayado el *cromwelismo*, fuente remota de la surgeniente fascista, por los hilos subterráneos que llevan las aguas vivas de todos los grandes evangelios a las tierras sedientas de reformas.

El triunfo de las ideas liberales en Inglaterra, durante las elecciones de diciembre pasado, para la renovación del Parlamento, se caracteriza con la siguiente proporción de asientos ganados por el derecho de sufragio: Conservadores, 259 puestos; laboristas, 185; liberales, 148; independientes, 10. Según la información del cable los conservadores han perdido más de 80 puestos que han ganado liberales y laboristas (expresión liberal-socialista), en proporciones casi iguales, pues cada uno de estos partidos ganó al rededor de cuarenta curules. — En las últimas elecciones, antes de la guerra, liberales y laboristas unidos obtuvieron 298 curules y los conservadores 288. En las actuales elecciones liberales y laboristas tendrán 333 puestos y los conservadores 259. La caída del gobierno conservador inglés es, pues, un hecho.

Mientras tanto ese mismo parlamentarismo que en Inglaterra sufre una renovación radical, en varios países de Europa ha sido disuelto para obtener la variante inglesa, por métodos latinos, es decir, con golpes de Estado, que en Italia se llama fascismo y en España simplemente militarismo. Pero la finalidad de estas dictaduras, como las de Lenin y Kemal y la revolución alemana, aspiran en definitiva a imponer las fórmulas liberales como las únicas capaces de resolver la crisis de las viejas normas de gobierno, que por la inflexibilidad misma de sus ideas clásicas, necesitan que una gran presión del pensamiento político contemporáneo obre con eficacia, para el desarrollo de los nuevos programas obtenidos al rojo resplandor de un gran cataclismo político, iniciador de una nueva era.

La revolución francesa que inscribió en las nuevas tablas mosaicas el decálogo de los Derechos del Hombre, fue un gran paso histórico para quitar a las monarquías el despotismo y hacer posible la vida constitucional en la que gobierne el pueblo y sean los reyes simples figuras decorativas. Y en lo social, la burguesía fue propiamente la triunfadora con la ruina de las viejas aristocracias. Las ambiciones populares alcanzaron el reconocimiento de preciosas prerrogativas, pe-

ro todo como razón teórica de sus grandes anhelos. La práctica de las funciones políticas quedó siempre en manos de la burguesía. Y a la conmoción popular de las comunas sucedió el Imperio Napoleónico, y otros imperios continuaron gobernando por derecho divino.

Fue preciso que de las estepas rusas, donde el mujik vivía su vida gregaria, como un rebaño para las esquilas en beneficio del zarismo, se alzara la protesta y tuviera el apostolado rojo a sus grandes precursores como Kropatine y Tolstoy: que el verbo se hiciese carne en Kerenski y Lenin, para que el socialismo infundiera al liberalismo el soplo reaccionario, para imprimir una nueva modelación a los clásicos Derechos del Hombre ya estratificados y venerados por el conservadorismo, como las fórmulas definitivas de las conquistas ideales de la política positiva.

Solamente ante la formidable reacción soviética, despertó el Occidente aletargado por el opio católico, a la reconquista de posiciones, y apareció el fascismo, como la reserva industrial y burguesa que defiende al país de la invasión del morbo moscovita, pero justificando su actitud con renovaciones vitales, con irrespetos al clasicismo político de los parlamentos decrepitos, y con la poda radical a la complicación de los artificios burocráticos, que huyeron de las grandes simplificaciones de toda obra genial.

Y los viejos partidos clásicos, el ultramontanismo apegado al derecho divino, el conservadorismo avaro para la modificación de todo progreso, el liberalismo anquilosado por supersticiones políticas democráticas, y el radicalismo ya sin nervio para cortar lo podrido, cauterizar las llagas superficiales y modelar con mano de hierro a las nacionalidades según los dictados de los nuevos programas revolucionarios; todos los viejos partidos, tuvieron que sufrir su crisis, con mayor o menor resistencia en el continente europeo, y en América se inició también esa misma lucha espiritual. Y ese socialismo moscovita desacreditado hasta ayer como destructor ciego de todo principio de autoridad, puede gloriarse ahora de encontrar en todo el movimiento po-

lítico del mundo la saturación de su ideología, y constatar en todos los programas liberales sus grandes enunciados, sobre todo en lo que toca al nuevo sentido del derecho de propiedad, base de todas las libertades, con la condenación del latifundismo. Por eso la renovación de todos los programas de los partidos clásicos, no es obra arbitraria de los políticos, sino imperativo inaplazable del tiempo presente.

Y por eso también la caída estrepitosa de ese aparato inflado de farsa y de ineptitud que se llama Congreso en los regímenes presidenciales y Parlamentarismo en las monarquías y sistemas políticos de ese mismo nombre.

No hay que extrañar que el primer acto de Mussolini y de Primo de Rivera haya sido disolver los parlamentos. Crisis de la democracia ha llamado con propiedad a ese acto Lloyd George. Porque el sufragio, base del parlamento es la primera gran farsa derivada de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa, hoy defendidos por los conservadores. Se aspira a vivir de realidades y hacer gobierno de responsabilidades, según los predicados políticos de este momento. ¿Cómo?

Por la dictadura si es preciso, como en Italia; por la revolución desde arriba, como en España y Chile. Las revoluciones plebeyas están con igual descrédito que los viejos parlamentos burgueses. Constituyen los dos extremos de una misma corrupción: la farsa democrática erigida en razón de Estado. Y lo que la nueva política quiere es salvar a los pueblos del gran mal que azota a los gobiernos: el plebeyismo. Se quiere la gallardía del gesto, la belleza de las formas, la elegancia en las determinaciones. Si el mundo político ha de sufrir el mareo de los programas, que éstos sean de gran aspecto; si las ideas han de dominar como factores de fuerza en la vitalidad nacional, que no discrepen de todas las arrogancias varoniles y palpiten con amor su época; y si hay que volcar los regímenes caducos, que no sea con el pacto oscuro en las encrucijadas plebe-



yas, sino a la luz del sol, con el valor de las grandes responsabilidades históricas.

Y de esta renovación audaz, que tiene en la Nueva Rusia el germen, en Inglaterra la forma griega, en Italia la audacia romana resurrecta, en España la espada toledana y en Chile el ejemplo heroico para las democracias indígenas de este continente; esta renovación social y política, sólo puede realizarla el liberalismo, capacitado por su fuerza ideológica para gobernar el mundo.

## LXXIII

### LA SITUACIÓN DE MÉXICO

Los que seguimos con admiración el desarrollo modernísimo que imprimió don Alvaro Obregón al progreso de la nación mejicana, siguiendo las inspiraciones de Vasconcelos, en lo tocante a la instrucción y educación de las clases populares, preferentemente, hemos deplorado la nueva revolución provocada por la ambición de mando, y que compromete toda una gran obra civilizadora.

La paz auspiciada por el Gobierno de Obregón, parecía iniciar con sus renovaciones y respetos democráticos, una nueva era de cultura, extinguido ya el *porfirismo* reeleccionista y sancionadas importantísimas leyes agrarias, motivos, los dos, inscritos en la bandera que flameó triunfante sobre los restos abatidos del feudalismo que demolió Madero, el apóstol leal de las reivindicaciones socialistas.

El mal de México carece de un diagnóstico preciso. La no reelección que se impuso como base de los nuevos gobiernos, en oposición a las prácticas porfiristas, ha sido respetada, y Obregón se ha negado terminantemente a la reelección que sus partidarios le han propuesto. Lo que motivó la caída y el asesinato de

Carranza fue la imposición oficial de una candidatura, la del señor Bonillas, y Obregón queriendo aparecer leal, con el motivo de su ocupación del poder, declaró su absoluta neutralidad en el debate para la elección del que debía sucederle en la presidencia, y esta iniciación de una práctica republicana, ha encendido la guerra civil feroz que compromete el progreso nacional y la vida del gobernante respetuoso de los principios democráticos y la de sus colaboradores. Ya se cuentan algunos fusilamientos de gobernadores y generales leales a la libre elección garantizada por don Alvaro.

Ni la *no reelección*, ni la imposición oficial de un candidato, ni la libre elección presidencial garantizan la paz en México: ¿qué enseña esta situación a los demás países indo-hispánicos de este continente?

Porque los dos pretendientes a la presidencia que se han lanzado a disputarla con las armas, fueron hasta hace poco, nada menos que Secretarios de Estado del Gobierno de Obregón. El General Plutarco Calles, fue Ministro del Interior y don Adolfo de la Huerta, Ministro de Hacienda, reinando entre estos dos altos funcionarios la mayor cordialidad garantizada por una antigua amistad. Fue Calles el primero en plantear su postulación separándose del Gabinete, y aún llegó a merecer el apoyo de su compañero de la Huerta, quien pactó un compromiso para garantizar la libre elección prometida por Obregón.

El anuncio de la libertad electoral despertó la ambición de mando y aparecieron múltiples candidaturas, entre otras, las de Raúl Madero, hermano del Presidente mártir; la del General Angel Flores, antiguo gobernador de Sinaloa, y la del licenciado Carlos Zatina, industrial de la ciudad de México.

Fue la divergencia de programas lo que despertó en la opinión pública las corrientes de simpatías que han concluido por producir la revolución, inevitable aún por el hecho de la amistad personal de los contendientes. Calles lanzó un programa en que se solidarizaba con las actuaciones de Obregón respecto a las cuestiones agrarias, financieras y obreras y proponía además

medidas mucho más radicales en materia social. En gran parte, el programa de Calles es netamente socialista y provocó la adhesión popular. En el Partido Cooperatista causó mala impresión que Calles no se limitara a adoptar el programa de ese partido constituido por la Revolución, sino que lanzara uno propio, que en muchos puntos se apartaba de aquel. Comentando este hecho, "El Universal" de México, dice que él indica una lamentable regresión a las campañas electorales que giraban en torno a la popularidad del candidato y *no a la política del partido que lo sostiene*.

Aquí aparece ya uno de los motivos de la revolución: guerra al personalismo, y la exaltación de la política disciplinada de los partidos.

La actitud de Calles, que se apartaba del Partido Cooperatista al que también se había afiliado de la Huerta, provocó la reacción de los cooperatistas que formaron inmediatamente clubs eleccionarios en todo el país y lanzaron la candidatura de la Huerta, que aceptó esa posición política renunciando el Ministerio, y quedó planteada la lucha para la sucesión presidencial entre dos Ministros de Gabinete de Obregón, señalándose como civilistas los huertistas y como militaristas los partidarios del General Calle, nueva modalidad que ha influido también en el ánimo de los electores para escoger su campamento.

Parece indudable que la popularidad de la Huerta en México es muy grande. Refiriéndose a este candidato dice: "El Demócrata" de México: "De la Huerta es el único estadista que ha producido la Revolución. Entre sus principales obras está el arreglo de la deuda externa y la negociación que acaba de celebrar para establecer el Banco Nacional de Méjico, que rehabilitará completamente las finanzas mejicanas. A la caída de Carranza gobernó el país, en época excepcionalmente difícil, con tacto y habilidad insuperables y prestó entonces a Méjico los más grandes servicios. Todo esto y la autoridad y prestigio de que goza por su labor en la Secretaría de Finanzas hacen de él un candidato prominente".

Calles tiene para el éxito el apoyo del militarismo mejicano, y de la Huerta los elementos liberales que desean para Méjico el civilismo, la tranquilidad y una era reconstructiva.

Rotas las hostilidades en el campo revolucionario, la candidatura de Calles está resueltamente sostenida por el elemento militar y el socialismo populachero; y a de la Huerta no le han faltado valiosas adhesiones militares y el apoyo del Partido Cooperativista.

Frente a esta emergencia revolucionaria parece que la neutralidad de Obregón se ha quebrantado con el apoyo oficial a Calles, candidatura militarista única, capaz de sofocar la revolución y asegurar la paz en Méjico, por las armas y por la oposición socialista exaltada por las ofertas de este candidato.

La situación en Méjico había mejorado económicamente y las estadísticas relativas al año pasado, demuestran un progreso inusitado sobre todos los anteriores. Refiriéndose a esta situación dice la "Revista de Revistas" de Méjico: "Durante los diez años de la última guerra civil, de 1910 a 1920, la sociedad mejicana y los extranjeros relacionados en nuestro país, quejábanse amargamente de las pérdidas materiales sufridas en sus intereses, lamentando no sólo la destrucción de propiedades, maquinarias, industrias, bancos, sino los "perjuicios" causados por la revolución, es decir, lo que dejamos de ganar, sobre todo durante el conflicto europeo, que fue sin duda una cifra que eleva a muchos millones — Si Méjico conserva la paz y el orden, si en lugar de los métodos de violencia, el porfirismo se hubiese liquidado en forma evolutiva y sensata, sería el nuestro el país más floreciente del mundo, y el bienestar económico de todas las clases sociales habría traído el sosiego a las conciencias, que es el secreto de la paz orgánica".

Y todas las nuevas esperanzas de progreso, vuelven a tener en Méjico un gran retroceso por obra de la revolución que ha estallado con esos caracteres de guerra a muerte, que ya un día espantó a todas las barbaries revolucionarias, creando un mito legendario de las re-

vueltas mexicanas en la figura interesante y grotesca de Pancho Villa.

Lástima que toda la obra civilizadora de Obregón, inspirada por la fe poderosa y el cerebro de Vasconcelos, tenga un desquiciamiento por no haber consultado las conveniencias generales del país, con prescindencia de todo prejuicio democrático, en un país sin cultura cívica recién nacido a la vida republicana.

No es el porfirismo lo que motiva la revuelta. Obregón no ha querido reelegirse. No es la imposición oficial de una candidatura sin aceptación de la opinión del país ni de partido alguno, como en el caso de Carranza. Es un ensayo de libertad de elecciones que fracasa en países nuevos, indisciplinados, sin conciencia de la responsabilidad republicana, sacrificando hermosos ideales como los sustentados por el civilismo, en estas tierras azotadas por el militarismo despótico.

Obregón, que al final de su gobierno había obtenido el reconocimiento de éste por los Estados Unidos, que se negó a relacionarse con un gobierno de hecho, lucha en estos momentos por asegurar a Méjico la paz, sobre todos los convencionalismos democráticos.

## LXXIV

### EL PRESIDENCIALISMO

En estos días en que el parlamentarismo sufre una crisis en Europa y en América, en que las dictaduras han llegado a ser aceptadas como único correctivo de las degeneraciones políticas, y en que, por otra parte, el *presidencialismo*, es declarado también nocivo, urge concretar algunos conceptos, ya que el señor doctor Córdova se pronunció en su discurso del "Edén", sobre esta materia, en estos términos: "Por fortuna, para no arredrarse con la visión de las responsabilidades, allí están alentándome y estimulándome, el fecundo signifi-

cado del hecho de la organización formal del Partido Liberal entre nosotros. Gracias a esta organización, desaparecerá el vicioso sistema del *presidencialismo*, en que se concentra todas las atribuciones, pero también todos los deberes y todas las responsabilidades. Al Gobierno presidencial en que se pretende que el gobierno lo haga todo y responda por todo, sucedería el gobierno colectivo, el de los partidos, en la apreciación de rumbos en la dirección del país”.

Nadie ha tratado con mayor autoridad y gran fuerza de conceptos, el alcance del término político *presidencialismo*, que el señor General don Leonidas Plaza, en su tan discutido Mensaje al Congreso de 1915, en el que proponía la reforma de la Constitución para establecer en el Ecuador el sistema parlamentario. Cedo al señor General Plaza la dilucidación del tema de esta crónica política, reservándome el comentario posterior. Dice así:

“La experiencia que he obtenido, H.H. conciudadanos, en dos períodos de gobierno, como Jefe de la Nación, me ha brindado convencimientos indestructibles, libres de todo prejuicio, ajenos a toda pasión.

Y de esta experiencia he deducido esta conclusión: el régimen presidencial ahoga nuestra libertad política, se opone a nuestra educación cívica, esteriliza la acción de los partidos, impidiéndoles organizarse, y es fuente inagotable de conspiración y revoluciones.

Voy más lejos, sostengo que el régimen presidencial, por más excelsamente inspirado que obre el Jefe de la Nación, nada puede ya dar de sí, porque todo lo ha dado; y porque, después de haber experimentado en todas las pruebas imaginables, ha caído en la sima de un desprestigio absoluto, tanto, que el ciudadano más ilustre y más virtuoso, elevado por los pueblos a la primera Magistratura del Estado, perderá en el ejercicio del poder todos los títulos que antes tuviera en la consideración pública.

Por qué? Simplemente, porque en la orgía política en que hemos vivido durante casi un siglo, hemos perdido o no hemos adquirido la noción del bien públi-

co, ni hemos aprendido a practicar la virtud cívica que enseña a subordinar discretamente los intereses particulares a las conveniencias comunes; y, en cambio, hemos concluido por reconocernos con derecho perfecto a poner en servicio exclusivo de nuestras aspiraciones personales, los más caros, permanentes y vitales intereses del país.

Y como es imposible que un Presidente de la República pueda dar gusto a todos y ni siquiera a sus amigos, resulta inevitable la desintegración diaria de las fuerzas políticas o personales que lo exaltaron al Poder. Pensadlo bien, conciudadanos; cada rechazo de una pretensión insólita, cada fracaso en alguna gestión administrativa inaceptable, cada postulación no lograda, cada dádiva negada, cada medida disciplinaria, cada sanción, cada acto de justicia, cada rectitud, significa para el Presidente de la República, para él sólo, uno o varios amigos o partidarios menos y algunos cuantos enemigos más!

En el orden social, los pueblos rara vez se preocupan de averiguar de donde vienen los beneficios que reciben, pero siempre buscan la entidad o persona responsable de los males que los afligen. Y de los desengaños y contrariedades públicos, el culpable es el Gobierno, y, en nuestro país, el Gobierno es el Presidente de la República, solitario, aislado, enhiesto, en la ciudadela de un régimen político que ha concluido por hacer del Jefe del Estado un supremo dispensador de bienes y males!—Pregunto: ¿Qué reputación de Jefe de Gobierno pudiera resistir a semejante concepto de lo que es y debe ser un gobierno?

Si el Presidente es el todo de la Nación y si a su voluntad arbitraria está subordinando todo, es natural que para derribarle, se fragüe diariamente una revolución; y es también muy natural que el brillo tentador de ese poder autocrático despierte ¡ay! tantas y tan siniestras ambiciones de ejercerlo.

Y ved, cuan fácilmente se explica que de tal régimen nazca irremediabilmente *el personalismo* infecundando. ¿Cómo no ha de nacer, si la vida nacional se cris-

saliza en la voluntad de un hombre, y los ciudadanos que repudian a ese hombre, por cualquiera causa, andan presurosos a la busca de otro caudillo, para formarle campamento, escolta y prestigio?

Repasad nuestra historia, conciudadanos, y decidme si en sus páginas no está escrito este hecho característico de nuestra malaventurada democracia: hemos derribado dictadores, francos o encubiertos, para reclamar Amol!—Y hemos despedido a éstos, para caer nuevamente en aquéllos!

El observador de criterio superficial está expuesto a equivocarse en el diagnóstico de esta enfermedad política que nos viene siendo casi exclusiva. Se pudiera atribuir los orígenes del mal a solamente la naturaleza moral del Jefe del Estado. Y al discurrir a base de ese prejuicio, no se estaría en lo justo, porque si es verdad que muchas de esas dictaduras que culminaban en nuestra historia, fueron la resultante de la complexión cesareana de algunos de nuestros presidentes, también lo es que esas tendencias no hubieran triunfado sin el medio ambiente que les ofreció nuestra postrísima y detestable educación física.

Yo no os hablo con la autoridad de innegable experiencia, y no vacilo en declararos que el Presidente de la República ha de ser un virtuoso a prueba de todas las tentaciones diabólicas, para no caer insensiblemente en la convicción aquella del Gran Rey, que sintetizó las prerrogativas del poder real en la célebre e histórica frase: El Estado soy yo!

Sí, en nuestro país, a través de un siglo, el Presidente de la República viene siendo el Estado. Todo se subordina a la voluntad del Presidente, a él se le pide todo, se le consulta todo y se le atribuye todo; y de él se espera todo; como de su Mesías el alma judaica.—Quiéralo o no, el Presidente debe ser providencial.—“Como él lo quiera”....Dicen las multitudes—“Como usted lo quiera!”....Le argumenta el pretendiente a algo.—Y grandes y chicos; amigos y enemigos; ciudadanos activos y pasivos; individuos y masas; todos, todos, conscientemente unos, inadvertidamente otros,



co, ni hemos aprendido a practicar la virtud cívica que enseña a subordinar discretamente los intereses particulares a las conveniencias comunes; y, en cambio, hemos concluido por reconocernos con derecho perfecto a poner en servicio exclusivo de nuestras aspiraciones personales, los más caros, permanentes y vitales intereses del país.

Y como es imposible que un Presidente de la República pueda dar gusto a todos y ni siquiera a sus amigos, resulta inevitable la desintegración diaria de las fuerzas políticas o personales que lo exaltaron al Poder. Pensadlo bien, conciudadanos; cada rechazo de una pretensión insólita, cada fracaso en alguna gestión administrativa inaceptable, cada postulación no lograda, cada dádiva negada, cada medida disciplinaria, cada sanción, cada acto de justicia, cada rectitud, significa para el Presidente de la República, para él sólo, uno o varios amigos o partidarios menos y algunos cuantos enemigos más!

En el orden social, los pueblos rara vez se preocupan de averiguar de donde vienen los beneficios que reciben, pero siempre buscan la entidad o persona responsable de los males que los afligen. Y de los desencantos y contrariedades públicos, el culpable es el Gobierno, y, en nuestro país, el Gobierno es el Presidente de la República, solitario, aislado, enhiesto, en la ciudadela de un régimen político que ha concluido por hacer del Jefe del Estado un supremo dispensador de bienes y males!—Pregunto: ¿Qué reputación de Jefe de Gobierno pudiera resistir a semejante concepto de lo que es y debe ser un gobierno?

Si el Presidente es el todo de la Nación y si a su voluntad arbitraria está subordinando todo, es natural que para derribarle, se fragüe diariamente una revolución; y es también muy natural que el brillo tentador de ese poder autocrático despierte ¡ay! tantas y tan siniestras ambiciones de ejercerlo.

Y ved, cuan fácilmente se explica que de tal régimen nazca irremediabilmente *el personalismo* infecundo. ¿Cómo no ha de nacer, si la vida nacional se cris-

taliza en la voluntad de un hombre, y los ciudadanos que repudian a ese hombre, por cualquiera causa, andan presurosos a la busca de otro caudillo, para formarle campamento, escolta y prestigio?

Repasad nuestra historia, conciudadanos, y decidme si en sus páginas no está escrito este hecho característico de nuestra malaventurada democracia: hemos derribado dictadores, francos o encubiertos, para reclamar Amo!—Y hemos despedido a éstos, para caer nuevamente en aquéllos!

El observador de criterio superficial está expuesto a equivocarse en el diagnóstico de esta enfermedad política que nos viene siendo casi exclusiva. Se pudiera atribuir los orígenes del mal a solamente la naturaleza moral del Jefe del Estado. Y al discurrir a base de ese prejuicio, no se estaría en lo justo, porque si es verdad que muchas de esas dictaduras que culminaban en nuestra historia, fueron la resultante de la complejión cesareana de algunos de nuestros presidentes, también lo es que esas tendencias no hubieran triunfado sin el medio ambiente que les ofreció nuestra pobrísima y detestable educación física.

Yo no os hablo con la autoridad de innegable experiencia, y no vacilo en declararos que el Presidente de la República ha de ser un virtuoso a prueba de todas las tentaciones diabólicas, para no caer insensiblemente en la convicción aquella del Gran Rey, que sintetizó las prerrogativas del poder real en la célebre e histórica frase: El Estado soy yo!

Sí, en nuestro país, a través de un siglo, el Presidente de la República viene siendo el Estado. Todo se subordina a la voluntad del Presidente, a él se le pide todo, se le consulta todo y se le atribuye todo; y de él se espera todo; como de su Mesías el alma judaica.—Quíeralo o no, el Presidente debe ser providencial.—“Como él lo quiera”.... Dicen las multitudes—“Como usted lo quiera!”.... Le argumenta el pretendiente a algo.—Y grandes y chicos; amigos y enemigos; ciudadanos activos y pasivos; individuos y masas; todos, todos, conscientemente unos, inadvertidamente otros,

contribuyen a formar este ambiente azfixiante de la omnipotencia presidencial, que achata todas las energías políticas de la masa ciudadana y deprime caracteres a millares. ¿Qué suerte le está deparada a un Presidente, en tal atmósfera de vida política?—La de ser víctima, siempre víctima: de sus pasiones, si cede a la fuerza tradicional que le empuja al absolutismo; y de su rectitud, si, contra viento y marea, quiere mantenerse en su simple condición de mandatario del pueblo!

Y hay aún más.—El sistema presidencial ha hecho inútil si no ha impedido la actuación racional de los partidos políticos, eficientemente organizados. Si obraran los partidos, con sus directorios y asambleas, en ellos nacieran los aspirantes a la Presidencia de la República y los que ambicionan puestos de primera fila en la vida política del país. Mas, como en el banquete de nuestra democracia no tienen puesto los partidos políticos en que necesariamente se divide la opinión pública, es de rigor que aquellos aspirantes se consagren por sí mismos conductores de pueblos, gracias al concurso que fácilmente encuentran en los más descalificados elementos sociales y políticos, siempre anhelosos, como los antiguos mercenarios, de hallar capitán, bandera y soldada!—Y de aspirante a caudillo, a caudillo indiscutible, hay sólo un paso. Suponed fracasada esa ambición de hacerse elegir Presidente, y ese paso estará dado, de un brinco, sin extrañeza de nadie y con la conformidad de todos.

Es nuestra historia.

El Gobierno presidencial nos ha deprimido hasta perturbar todo concepto de sana vida política y hasta hacernos olvidar la historia que escribieron los fundadores de la República. Los creadores de la Independencia americana, que se rebelaron contra los semidioses de esa epopeya y negaron obediencia y vasallaje a Bolívar y San Martín, a Sucre y Páez, a Santacruz y O'Higgins, y a tantos otros, nada más que porque odiaban todo gobierno absolutista, cualquiera que fuera su origen, jamás se imaginaron, seguramente, que, cien años más tarde, en una de esas nacionalidades que ellos

crearon, existiría un régimen político de gobierno caracterizado por la omnipotencia del Jefe de la Nación, que debiera ser un simple administrador de los intereses de la misma!

Excusadme la franqueza que gasto, conciudadanos, en obsequio a la sinceridad de las convicciones íntimas que os confieso. Me enferma el servilismo de esta que juzgamos democracia, no importa que en ese servilismo se hayan apoyado los gobiernos de Juan José Flores, Urbina, García Moreno, Veintemilla, Caamaño y Alfaro. Para mi conciencia republicana, el mal es uno y unas las consecuencias. Me repugna que el ciudadano acuda siempre al Presidente de la República en demanda de gracia, cuando debiera alegar derechos. Me desanima el hecho notorio de que hombres, círculos y partidos, nada hagan ni nada proyecten, sin inquirir previamente la voluntad del Jefe del Estado. Me entristece nuestra pobreza de altivez cívica, no como entienden esa altivez los poseídos del delirio revolucionario, que es otra forma de la abyección política, puesto que entre nosotros no hay revolución sin caudillo—sino como la comprenden quienes quisieran ver a nuestros presidentes, ministros, legisladores, hombres públicos y luchadores políticos, pendientes del veredicto popular, que levanta y aplasta reputaciones, y esclavos de la ley, que ampara y castiga a grandes y pequeños. Me abate el triste espectáculo de nuestra anémica vida política, que no tiene más altos relieves que los de la revolución, erigida en sistema por la sola fuerza de los intereses personales contrariados, y los de la lisonja, el servilismo y la indiferencia, actitudes que conspiran a porfía por el imperio del gobierno personalista!

De descenso en descenso, hemos llegado a perder la brújula de las orientaciones. Nuestra vida política se ha corrompido. Todo lo vemos al través de cristales empañados y bajo el influjo de pasiones calcinantes. Nadie hace justicia a nadie. Y cuando se quiere interrogar a la opinión pública, la opinión no tiene quien

conteste por ella. Estampo una verdad solemne, porque basta observar la negativa desconsoladora del 95 % de nuestra sociedad culta a participar en nuestra vida política, para que nos demos cuenta de cómo hemos llegado insensiblemente a la más completa perplejidad en cuanto a la manera de conocer los objetivos de las aspiraciones nacionales y los anhelos de la opinión pública.

¿Quiénes son los heraldos de esa opinión?—¿Lo serán acaso las facciones en armas, que, a título de reivindicación, vienen cometiendo no ya solamente los crímenes que registran los códigos de la penalidad humana, sino todos aquellos que escaparon a la fantasía de los criminalistas?—¿Lo pueden ser, por ventura, los dirigentes de esas facciones, ayer no más repudiados por el país a causa de su conducta inaceptable en el manejo de la cosa pública?—¿Lo serán talvez esos elementos maleantes, anónimos, que pululan en calles, plazas y tabernas, comentando las crónicas chismográficas de la política personalista, y a la espera de alguna confortante invitación a constituirse en club político, en favor de cualquiera, fuere Dios o el diablo?—¿Lo serán, acaso, los órganos de la prensa diaria, que ya, desgraciadamente, no representan más opinión que la de sus escasos redactores y que, por otra parte, en fuerza de haber abusado infinitamente la mayoría de ellos, de las garantías de la libertad de imprenta, se han descalificado en el concepto social, hasta el extremo de que a nadie convenzan, y en nadie inspiren fe, y nadie se crea ni se sienta representado por ellos, porque no supieron sobreponerse a las pasiones personales, o porque injuriaron sin medida, o porque, al amparo de esa libertad, fomentaron la revuelta, perjudicaron los intereses externos de la República, atizaron la discordia de la familia ecuatoriana y nunca ofrendaron en aras del bien público ningún tributo apreciable, ni siquiera la propaganda de una fórmula salvadora en el desconcierto de nuestra vida interna? ¿Dónde está, pues, la voz de la opinión pública, la voz de la inmensa mayoría de nuestros ciudadanos honrados, serenos, justos y amantes de la

patria, con ese amor que se traduce en tolerancia y benevolencia para juzgar al adversario, en respeto a la autoridad y la ley, en noble adhesión a la paz pública, en acatamiento al derecho ajeno, por natural apego a los derechos propios, y en razonada y decente propaganda en favor de las reformas que cada cual anhela para el mejor y más rápido progreso de nuestra tierra? ¿Dónde está esa brújula, conciudadanos?

Sírvanos de experiencia nuestro pasado. Guéenos el ejemplo de otras nacionalidades. Nuestra historia registra todos los matices del presidencialismo. Honesto y puro con Rocafuerte, Borrero y Antonio Flores; sombríamente dictatorial con Juan José Flores, Veintemilla y Alfaro; autocrático con Urbina; teológico, hasta la tiranía y la tragedia, con García Moreno; férreamente reaccionario, con Caamaño; tímido y semi-laico con Cordero; indefinible, con los demás. ¿Y qué nos han dado en organización política, a través de esas mutaciones? Nada, absolutamente nada. Estamos como estuvimos al iniciarse nuestra vida independiente: esclavizados al gesto arbitrario de un autócrata, con nombre de Presidente, sin partidos orgánicos, sin comicios, sin luchas de opinión, sin válvulas de escape a la opresión revolucionaria, ayunos de educación cívica y en casi una barbarie política!

Rehagamos la República. Dejemos al Jefe del Estado como primer funcionario del país y por sobre todos los partidos políticos, pero subordinado, en su acción política y administrativa, a las decisiones de las mayorías parlamentarias. Fomentemos la organización estable de los partidos, creando la necesidad evidente e inmediata de que se organicen. Hagamos sinceramente efectivo el derecho de sufragio. Provoquemos las luchas pacíficas de la opinión pública en la tribuna, el comicio, la prensa y el libro. Y matemos las revoluciones, con la adopción de un sistema de gobierno que ofrezca lealmente a todos los partidos si no el exclusivismo en la posesión del poder, a lo menos la seguridad de que influirán decisivamente en el ejercicio

del mismo, fuere desde el Gobierno, fuere desde la oposición parlamentaria.

No hemos conocido las asambleas o convenciones políticas que, dentro de cada partido, eligen por candidato a la Presidencia de la República al ciudadano más digno de ese alto honor. Y han llegado a tan deplorable extremo nuestras malas prácticas al respecto que, en 1905, hubimos de asistir al espectáculo de una asamblea formada por los delegados o representantes de tres personajes políticos, que se creyeron autorizados para elegir ellos solos al ciudadano que debía ser el candidato del Partido Liberal a la Presidencia de la República, y para expedir ellos solos el programa doctrinario del mismo Partido! ¿A qué equivalía esa asamblea? Al reconocimiento explícito del poder dictatorial de esos tres ciudadanos para representar la idea y la fuerza liberal! Eran, simplemente, tres caudillos que disponían de la suerte del país. El ideal no es ese. Y el concepto de la democracia, choca abiertamente con semejante exclusivismo y con cualquiera otro que no implique la manifestación franca y categórica de las autoridades y elementos dirigentes de los partidos. Y es tan profunda mi convicción en la materia, que juzgo del caso declarar el patriótico afán con que me interesé en los trabajos que se efectuaron a principios del año en curso con el fin de obtener que la designación del candidato liberal a la Presidencia de la República en el próximo período constitucional se hiciera en una gran asamblea del partido, en la que se proyectaba que tuviesen representación todos los elementos sobresalientes del liberalismo. Y análoga hubiera sido mi situación, si los mismos trabajos se hubiesen hecho en el seno del Partido Conservador. Desgraciadamente, y no obstante el aplauso general que mereció esa iniciativa, la idea no ha sido llevada a la práctica, por dos sencillas razones, que conviene no olvidar, como enseñanzas para el futuro: no hubo autoridades, dentro del partido, que se encargasen de organizar los trabajos consiguientes a ese propósito; y la idea se estrelló contra los intereses creados de postulaciones a la Presidencia, ya trabaja-

das (con carácter netamente personal. Conceptúo el fracaso de esos nobles y bien intencionados propósitos, como positiva desgracia, porque, sintiéndome ciudadano amante de mi patria y de mi partido, me hubiera sido profundamente grato ver adaptada a nuestra vida política esa práctica electoral, de sana y vigorosa democracia, que pondría un dique a las ambiciones personales, permitiría reconocer la voluntad de los partidos políticos y contribuiría eficazmente a mantener unidos y compactos sus respectivos elementos.

El Gobierno presidencial, con los caracteres que ha tenido en la América española, se instituyó en nombre de la suprema necesidad de establecer un poder central personal fortísimo, que refrenase los avances de las facciones en desesperada y permanente lucha, y que permitiese la organización política y administrativa de los países recientemente salidos de la tutela española, los cuales, por lo mismo, no tenían la menor práctica en el uso de la libertad.

Se quiso evitar que los manumitidos cayesen en la licencia anárquica, por exceso en el uso de las regalías del nuevo régimen.

Y bien, ese período ha pasado, pasó hace ya mucho tiempo; y, mientras tanto, nosotros hemos conservado el gobierno personalista creado para otras épocas.—Suprimámoslo.—Ese sistema engendra el descontento y la resistencia.—Crea para el Jefe del Estado, responsabilidades y atribuciones incompatibles con nuestro modo de ser.—No responde a ninguna conveniencia.—No satisface a nadie, aunque muchos no se expliquen el por qué de nuestra eterna Vía Crucis.—Y ni siquiera armoniza con el carácter de la raza latina, y especialmente de la latino americana, que se desespera en regímenes que no sean ampliamente liberales y democráticos, manifestación genuina de la voluntad de las mayorías”.

He aquí la voz autorizada de un Magistrado que es preciso recordar y estudiar con serenidad, para aprovechar los frutos de una experiencia ilustrada, en beneficio del país.



## LXXV

## EL PARLAMENTARISMO

Ya expresé en otra ocasión que la característica del movimiento político de la post guerra, es la crisis de la democracia, entendiéndose por democracia la creación del parlamentarismo, como la expresión suprema del querer y pensar del sentimiento popular.

Complicada la organización social por la multiplicación humana y las aspiraciones espirituales, el régimen patriarcal de la intervención directa del ciudadano para resolver en las ágoras o en el foro los grandes intereses nacionales, fue preciso modificar e inaugurar el sistema de las delegaciones que simplifiquen y coordinen todo anhelo de mejoramiento social, por organizaciones de diputados o mandatarios del pueblo. Son, pues, los parlamentos la expresión democrática por excelencia, y toda quiebra de éstos afecta a la democracia, concepto político anterior a todo sentimiento liberal o conservador.

De esa tradición que autentica el hecho de la acción directa del pueblo, en sus propios negocios, sobrevivió hasta los días de la independencia, el *cabildo abierto*, que sancionó en muchos pueblos de América el movimiento separatista de la Metrópoli española. Fueron las nuevas Constituciones las que reconocieron la independencia municipal, pero borrarón toda ingerencia directa de los ciudadanos en las resoluciones del antiguo cabildo. Fuimos, pues, los americanos al sistema parlamentario, aunque no con la amplitud que esta organización concede, sino con las restricciones del presidencialismo, y el falseamiento histórico de la institución misma, resolviéndose el parlamentarismo en una caricatura de la expresión democrática, con el pomposo nombre de Soberano Congreso Nacional.

Y la falsificación radica en un concepto elemental: en América hispana no ha existido democracias sino oligarquías, generadoras del caudillismo. Y es claro, bajo regímenes despóticos inspirados por el militarismo o el clericalismo, los Congresos de origen popular, por el libre ejercicio de prácticas democráticas, tenían que degenerar y convertirse en un simple artificio gubernativo, practicado en igual forma, y con igual desprecio del concepto democrático por liberales y conservadores, cuya diferencia de programas estuvo confundida en los orígenes de la República, y en países como el Ecuador, ahora empieza el liberalismo a concretar el suyo, y el partido conservador carece de fórmulas civiles de gobierno, pues no alcanza aún a emanciparse de la tutela clerical, alma mater de los partidos tradicionalistas.

Quiere decir esto que deben suprimirse las representaciones democráticas, sea en la forma parlamentaria que tiene gobierno sobre los ministerios, o en la forma de congresos en regímenes presidenciales, en los que son mero instrumento del Ejecutivo, por el falseamiento del sistema electoral?

¡Imposible! El parlamentarismo armoniza con la complejidad de la actual cultura política y el mecanismo de la organización social. El idealismo que entraña la democracia es insustituible, y podrá arbitrarse maneras de llegar a las prácticas puras de la expresión popular, pero renunciar al ideal, por el fracaso histórico del desenvolvimiento democrático, jamás!

Ya en algunas naciones como en Suiza, se ha introducido ciertas reformas tendientes a quitar el absolutismo en que culminan las Cámaras, dictando leyes arbitrarias. Se ha establecido la consulta plebiscitaria en ciertos casos; el derecho ciudadano de la iniciativa para presentar directamente proyectos de ley en el Congreso; y por fin, el derecho de revocación de las leyes, por la misma forma plebiscitaria. Naturalmente, todo esto es posible, donde el derecho de sufragio ha llegado a tener toda su eficacia y todos los respetos políticos.

También en América se ensaya ya en el Uruguay, una fórmula mixta de gobierno parlamentario, por el que sólo pueden ser censurados ciertos Ministros nombrados por el mismo Congreso, y declarados invulnerables los designados por el Ejecutivo, quien sólo responde por limitados servicios administrativos. El Poder en el Uruguay está repartido entre los dos poderes: Legislativo y Ejecutivo, con un control recíproco, que tiende a eliminar las demasías del Ejecutivo (presidencialismo) y el despotismo y nulidad del Congreso (parlamentarismo).

La evidencia de la esterilidad del parlamentarismo, comprobada en los hechos, ha ocasionado la aparición transitoria de las dictaduras, toleradas aún en los países más liberales como los europeos en general, por la esperanza de ver anulado el fárrago de la legislación enrevesada por tantas nulidades alzadas a la categoría de poder, y por alcanzar la depuración de las aguas vivas de la democracia, envenenadas en sus fuentes, por las oligarquías, el caciquismo, el militarismo, el clericalismo, y el judaismo plutócrata, gran constrictor que provocó la guerra, negoció con la guerra y vive de los restos de la guerra.

El parlamentarismo había enredado en sus mallas a todas las fuerzas positivas, convirtiendo al Estado en el responsable de la gran farsa denominada democracia, y el pulpo insolente pretendía seguir succionando todo el jugo vital sin responsabilidad y con grandes provechos. La obra de todos los fascismos, para usar este término comprensivo de la actualidad política del mundo, es la de cortar los tentáculos de ese pulpo.

Se debe al genial Mussolini el apuntamiento de una de las bases críticas del parlamentarismo, o sea el desprestigio de éste, por obra del incremento del periodismo.

“El parlamentarismo, dijo el *duce* en su célebre discurso ante el viejo parlamento cuando la ocupación fascista de Roma, el parlamentarismo ha sido grave-

mente herido por dos fenómenos típicos de nuestro tiempo: el sindicalismo y el periodismo. El sindicalismo agrupa en ciertas clases u organizaciones a los que tienen intereses especiales y quieren sustraerlos a la incompetencia manifiesta de las asambleas políticas. El periodismo es un parlamento cotidiano, una tribuna diaria, donde hombres procedentes de la Universidad, de la industria, de las profesiones, con preparación científica y experiencia de la vida real y vivida, examinan los problemas del día, con una competencia que se encuentra difícilmente en los bancos del Parlamento."

Esta apreciación exacta de Mussolini no afecta a toda la crisis del parlamentarismo según sus observaciones; sino a la faz típica de esta época; porque, en efecto, el periodismo ha pasado de simple auxiliar informativo del régimen constitucional de los pueblos, a influir tanto o más que los mismos Congresos, formando la opinión pública; sobre todo los diarios desligados de todo personalismo, que tienen vida independiente, y no exhiben la producción literaria periodística dentro de la vieja anonimidad del periódico primitivo, sino con la firma o pseudónimo de los escritores responsables de sus campañas o producciones ocasionales. Es tan fuerte la presión del periodismo sobre el parlamentarismo, que un simple compromiso de los directores de diarios para callar absolutamente todo lo que se dice y se hace en un Congreso, ha bastado para anular a éste y producir hondas crisis en los campos políticos. Lo que fue, pues, relación informativa de los parlamentos, merced al desarrollo inmenso y el prestigio del diarismo serio, ha llegado a constituir la verdadera vida y acción influyente del parlamentarismo. Suprímase mentalmente la información y discusión del periodismo acerca del Congreso, y éste queda asfixiado como bajo la camina de una máquina neumática.

## L X X V I

### LA SITUACIÓN DEL SEÑOR ALESSANDRI

Hice reminiscencias rápidas del parlamentarismo chileno en crisis, al tratar de la quiebra de este sistema en muchas naciones, y hoy quiero concretar el caso del Presidente Alessandri, cuya situación es violentísima, por los obstáculos que para el cumplimiento de su programa de gobierno le opone el Senado con una hostilidad temeraria.

El cable comunicó el hecho dictatorial de la disolución del Parlamento realizado por el señor Alessandri, y se sospechó un caso "fascista" en la América del Sur, ya prevenida de la eficacia de los gobiernos de fuerza, cuando son impuestos por temperamentos ilustrados y prontos a deponer ambiciones personales, que pudieran llegar a comprometer el bien general de la nación. La noticia no ha sido ratificada y los canjes ofrecen algunos antecedentes que pueden dar la clave del conflicto.

Es el caso que la exaltación del señor Alessandri a la Presidencia de la República de Chile, constituye el hecho insólito del arribo de un elemento joven, democrata y radical, casi socialista, a la silla que siempre fue ocupada por el gamonalismo constituido en Poder, por obrade grandes y férreas oligarquías, que constituyen la aristocracia del dinero, de la sangre y alguna vez del talento, organizando un sistema de gobierno de líneas y pretensiones monárquicas. Hace poco, y como una invitación a la resistencia que se ejerce contra el Ejecutivo de la escuela radical, el señor Alberto Edwards, desarrolló en una conferencia pública muy aplaudida este extraño tema: "La monarquía absoluta como régimen del gobierno del país", conferencia que finalizó con esta afirmación: "Se puede ser buen monarquista, sin querer por ello cambiar las formas externas del gobier-

no. Amar la fuerza y unidad de mando, no su dispersión e impotencia; tener más fe en el sentimiento de las altas responsabilidades individuales que en el instinto ciego de colectividades irresponsables, amorfas que, por el hecho de ser colectividades y no por su mayor o menor grado de cultura, *son incapaces* de pensamiento y acción."

Es frente a este prejuicio del gobierno oligárquico "de las altas responsabilidades individuales" que el Presidente demócrata Alessandri tiene levantada su tribuna para inculcar la renovación social chilena y prestigiarla con la elocuencia de los hechos realizados. La Alianza Liberal de todos los partidos de la izquierda opone el valor de sus convicciones a los ataques del Partido Unionista, expresión de todas las fuerzas conservadoras, que tienen en el Senado su baluarte formidable. Y en la mayoría de la Cámara de Diputados, cuenta Alessandri con el apoyo para sus reformas liberales.

Desde el instante mismo de la ascensión al Poder, el Presidente Alessandri sintió la opresión del círculo de hierro de las oligarquías, y la política parlamentaria ejerció su actitud desafiante, que anula toda actitud, que no concuerda con la tradición secular del gobierno insolente de la riqueza y la preponderancia social. Y como Alessandri llegó al Poder por el prestigio incontrastable de su programa liberal que prometía ocuparse de las cuestiones sociales palpitantes en estos tiempos de renovación política mundial, el Senado obstaculiza o niega todos los proyectos del liberalismo erigido en Poder Ejecutivo, pero anulado por el querer despótico del régimen parlamentario. El Senado censura ministros cada veinticuatro horas, y los gabinetes se deshacen como en un tablado de titiriteros y vuelven a aparecer para sufrir la caída irremediable. A las oligarquías no les importa la suerte del pueblo chileno relegado en un ambiente nada propicio para alcanzar la conciencia de los derechos cívicos. Las cantinas políticas de los caciques influyen en el derecho electoral, con la eficacia no alcanzada por los novísimos sistemas pedagógicos!

Sabido es cómo se cotiza en Chile el voto ciudadano en las elecciones libres!

Esta situación violenta del Senado contra el Ejecutivo y la discrepancia de las dos cámaras legislativas, tenían que tocar el límite de resistencias, y éste ha llegado a colmarse en forma estallante, como en un duelo a muerte entre dos fuerzas históricas: la del liberalismo que representa Alessandri, con la inquietud por desplazar a la tradición oligárquica adueñada del gobierno del país, y la de esa tradición que hace la defensa resistiendo con sus mil tantáculos adheridos a la posesión de la tierra, de la que extrae la riqueza para comprar el poder en las subastas de las ficciones democráticas electorales.

Desesperado Alessandri ante la terquedad del Congreso que se ha negado a toda renovación propuesta y aún a despachar la ley de presupuestos, sin la cual toda gobernación es imposible, apeló repetidas veces a la opinión popular, que le exaltó al Poder, por medio de mensajes y publicaciones oficiales, denunciando los atropellos del parlamentarismo, y esa opinión consultada no respondía; pero al fin ha despertado y fue el 12 de diciembre, en gran comicio aliancista, que el pueblo ha interrogado en el propio Palacio de la Moneda, la ratificación verbal de las denuncias ya hechas por el Gobierno.

Sería preciso reproducir todo el formidable discurso de Alessandri para apreciar en su valor toda la virilidad de esas frases, toda la gravedad de las acusaciones contra el parlamentarismo, toda la santa indignación que fulmina contra las oligarquías, y la santidad del apoyo popular que pide para salvar a Chile de las garras de sus antiguos explotadores.

“Estoy de acuerdo con vosotros, dice, en que la actual ley electoral es un escarnio para la democracia, es una institución legal que no puede mantenerse, es una burla a los ciudadanos de este país, porque entrega a un grupo reducido de capitalistas la generación del poder electoral, arrebatada, mediante subterfugios, el derecho sacrosanto que todo ciudadano tiene para inter-

venir en los destinos de la República por medio del sufragio."

Y refiriéndose a la actitud del Senado, dice: "Yo he presentado al Congreso proyectos de ley que consultan todos, absolutamente todos los puntos de mi programa presidencial, pero esos proyectos se obstaculizan deliberadamente para engañar a la opinión pública, diciendo que el candidato del pueblo no ha cumplido sus promesas, y mis ideales cristalizados en un proyecto de ley duermen el sueño de los justos entre el pudridero insondable de la resistencia que se opone en una de las ramas del Congreso."

Las leyes propuestas por el Presidente Alessandri son: el impuesto a la renta, la jubilación de los empleados ferroviarios, el Código del Trabajo o sea un compendio de las garantías del proletariado y otras leyes y reformas de gran trascendencia. Y todo fracasa ante la rigidez de las prácticas del parlamentarismo.

"Y yo pido al pueblo, dice Alessandri, y pediré al país entero, que haga un supremo esfuerzo para mantener el orden público y la paz social dándome dos Cámaras homogéneas, un Senado que concuerde con la Cámara de Diputados, porque si esta solución no llega, por mucho que amemos a este país no podremos evitar el trastorno y el desorden que tiene que existir forzosamente mientras impere en las altas esferas de los poderes constitucionales la anarquía blanca que es peor que la anarquía negra."

Y concluye: "Desde el momento en que sé que el pueblo está conmigo, desde el momento en que sé que el pueblo cubre mis espaldas, yo quiero decirles también que el Presidente de la República está con vosotros. A la provocación cabe responder: "no doy ni pido cuartel."

Es que la resistencia del Senado prepara la caída del liberalismo, ya sea no permitiendo reformas de carácter social, ya produciendo una situación de miseria en el país, al negarle al Gobierno los recursos tributarios y presupuestarios; ya en fin, anulando registros de inscripciones electorales, para que, en las próximas elec-



Sabido es cómo se cotiza en Chile el voto ciudadano en las elecciones libres!

Esta situación violenta del Senado contra el Ejecutivo y la discrepancia de las dos cámaras legislativas, tenían que tocar el límite de resistencias, y éste ha llegado a colmarse en forma estallante, como en un duelo a muerte entre dos fuerzas históricas: la del liberalismo que representa Alessandri, con la inquietud por desplazar a la tradición oligárquica adueñada del gobierno del país, y la de esa tradición que hace la defensa resistiendo con sus mil tantáculos adheridos a la posesión de la tierra, de la que extrae la riqueza para comprar el poder en las subastas de las ficciones democráticas electorales.

Desesperado Alessandri ante la terquedad del Congreso que se ha negado a toda renovación propuesta y aún a despachar la ley de presupuestos, sin la cual toda gobernación es imposible, apeló repetidas veces a la opinión popular, que le exaltó al Poder, por medio de mensajes y publicaciones oficiales, denunciando los atropellos del parlamentarismo, y esa opinión consultada no respondía; pero al fin ha despertado y fue el 12 de diciembre, en gran comicio aliancista, que el pueblo ha interrogado en el propio Palacio de la Moneda, la ratificación verbal de las denuncias ya hechas por el Gobierno.

Sería preciso reproducir todo el formidable discurso de Alessandri para apreciar en su valor toda la virilidad de esas frases, toda la gravedad de las acusaciones contra el parlamentarismo, toda la santa indignación que fulmina contra las oligarquías, y la santidad del apoyo popular que pide para salvar a Chile de las garras de sus antiguos explotadores.

“Estoy de acuerdo con vosotros, dice, en que la actual ley electoral es un escarnio para la democracia, es una institución legal que no puede mantenerse, es una burla a los ciudadanos de este país, porque entrega a un grupo reducido de capitalistas la generación del poder electoral, arrebatada, mediante subterfugios, el derecho sacrosanto que todo ciudadano tiene para inter-

venir en los destinos de la República por medio del sufragio."

Y refiriéndose a la actitud del Senado, dice: "Yo he presentado al Congreso proyectos de ley que consultan todos, absolutamente todos los puntos de mi programa presidencial, pero esos proyectos se obstaculizan deliberadamente para engañar a la opinión pública, diciendo que el candidato del pueblo no ha cumplido sus promesas, y mis ideales cristalizados en un proyecto de ley duermen el sueño de los justos entre el pudridero insondable de la resistencia que se opone en una de las ramas del Congreso."

Las leyes propuestas por el Presidente Alessandri son: el impuesto a la renta, la jubilación de los empleados ferroviarios, el Código del Trabajo o sea un compendio de las garantías del proletariado y otras leyes y reformas de gran trascendencia. Y todo fracasa ante la rigidez de las prácticas del parlamentarismo.

"Y yo pido al pueblo, dice Alessandri, y pediré al país entero, que haga un supremo esfuerzo para mantener el orden público y la paz social dándome dos Cámaras homogéneas, un Senado que concuerde con la Cámara de Diputados, porque si esta solución no llega, por mucho que amemos a este país no podremos evitar el trastorno y el desorden que tiene que existir forzosamente mientras impere en las altas esferas de los poderes constitucionales la anarquía blanca que es peor que la anarquía negra."

Y concluye: "Desde el momento en que sé que el pueblo está conmigo, desde el momento en que sé que el pueblo cubre mis espaldas, yo quiero decir también que el Presidente de la República está con vosotros. A la provocación cabe responder: "no doy ni pido cuartel."

Es que la resistencia del Senado prepara la caída del liberalismo, ya sea no permitiendo reformas de carácter social, ya produciendo una situación de miseria en el país, al negarle al Gobierno los recursos tributarios y presupuestarios; ya en fin, anulando registros de inscripciones electorales, para que, en las próximas elec-

ciones obtengan los unionistas el éxito, y con esto la elección de un Presidente de la oligarquía.

Consultado en el plebiscito el señor Alessandri si podía disolver legalmente el Parlamento, dijo que nó en el período ordinario, siéndole potestativo en los congresos extraordinarios.

De suerte que la disolución de las cámaras en el Congreso Extraordinario, según anunció el cable, sería legal.

Asistimos, pues, a la lucha del pueblo chileno, representado por el Presidente Alessandri, contra el poder de las oligarquías plutócratas amparadas por el parlamentarismo, ¿Triunfará el liberalismo?

## L X X V I I

### ¿HA MUERTO LA REPÚBLICA?

Qué tal noticia la que nos había tenido reservada el intriguismo en sus ya exhaustas alforjas, para el final de lo que siempre se ha llamado la farsa electoral. ¡Ha muerto la República!, dicen. ¡Viva la República!

Y como en las sucesiones monárquicas se decía: ¡Ha muerto el Rey! ¡Viva el Rey!, el intriguismo saluda el advenimiento de una nueva época, que sepulta el pasado. Que toda esperanza frustrada fue siempre una muerte espiritual dolorosa.

Lo que ha muerto no es la República por una farsa realizada en mejor o peor forma—pues todos los diarios coinciden en que siempre fue el poder electoral una farsa en el Ecuador, solamente que el “nacionalismo” precipitó los sucesos en la peor forma—sino que, lo que ha muerto en esta vez, definitivamente es el intriguismo, y también el lassismo, dos aspectos de una sola farsa. Mejor dicho, han muerto todos los “ismos”. Porque es mejor estudiar las cuestiones de frente, sin emparapetarse en las frases hechas, ni usando de cir-

cunloquios que sirvan de disfraz a la verdadera intención.

Investiguemos el punto de la farsa electoral. ¿Es posible en países incipientes la libertad electoral absoluta, cuando aún no existen partidos organizados por férreas disciplinas cívicas? En toda la América, y quizás con la única excepción del Uruguay, el mito electoral es un hecho. Las más fuertes democracias como Chile no han podido conceder sin restricciones el derecho de sufragio, porque de concederlo, no resultarían elegidos los mejores, sino los audaces, los que elaboran para el éxito programas que son una farsa. Para mí, la mejor prueba de que es todavía impracticable el ejercicio del sufragio sin limitaciones, es lo que acaba de pasar al olvido, quiero decir el lassismo, que ha entrañado una doble farsa. Porque la idoneidad que se le ha atribuido al candidato para salvar al Ecuador es farsa, y porque el apoyo clerical denunciaba una doble farsa. Si el clericalismo hubiese reputado idóneo al lassismo para que presida con éxito la continuación del régimen liberal, no le apoyaba nunca. Es, precisamente, porque el lassismo significa una gran mascarada política, llamada a fracasar al día siguiente, produciendo un río revuelto de pasiones en el que sólo podían ganar los pescadores solapados, que el clericalismo arrió su fuego para freír, mejor dicho, para guisar la gran farsa electoral, que, producida en forma adversa, dejaba por lo menos lugar a la teatralidad de una protesta. Esta es la verdad.

Y esa farsa habría sido tolerable si por lo menos el lassismo no hubiese pretendido corromper el Ejército ni aliarse con el clericalismo. Pero la audaz aventura llegó a soliviantar a las masas con promesas irrealizables, dada la complejidad de la política ecuatoriana. No se puede negar que el programa lassista hiere a las realidades apremiantes de la vida nacional, y este desconocimiento sería peligroso para la paz pública y el futuro del liberalismo; y, por lo mismo, afirmo, que ese

programa debe ser estudiado y adaptado en lo posible al programa presidencial de acción en el espacio limitado por el período constitucional de cuatro años. El Programa de la Asamblea Liberal es puramente ideológico, para desenvolverlo en un período de tiempo mayor. En él se han consignado los principios que informa la renovación liberal de esta época, pero de realización lenta, históricamente lenta. Todo atropellamiento produciría un fracaso.

Esto por lo que toca al lassismo; que el fenecido intriaguismo, ese simpático "caso" de obsesión personal a la Presidencia, guiado por una especie de derecho divino al pastoreo temporal del rebaño ecuatoriano, se presentó en esta vez ya casi sin prestigios propios, y había tenido que recurrir a ciertos apoyos muy discutibles como elementos genuinamente liberales, si era en verdad liberal la candidatura de Intriago, quien se habría convertido al islamismo con tal de ser Presidente. ¡Qué tal chifladura la del agradable don Federico! Hay males que se curan con baños fríos, y es posible que se haya curado con el que recibió últimamente, el alegre y confiado intriaguismo, que murió estoicamente gritando como en los funerales de un monarca: ¡ha muerto el Rey! ¡Viva el Rey!—que ¡viva! le habrá contestado el cordovismo ya triunfante!

Y si el lassismo y el intriaguismo sólo han sido los dos aspectos de una sola farsa, ¿a qué negar que las simpatías del Gobierno hizo triunfar al Dr. Córdova con la repetición de la eterna farsa electoral?

Y farsa por farsa, al menos la candidatura del Dr. Córdova, corresponde al pensamiento de una mayoría liberal que tuvo en la Asamblea su representación; a la urgencia de impedir un trastorno social, imperativo que construyó al Gobierno en los últimos reductos en que sostenía la posibilidad de que se efectúe una elección libre sin consecuencias anárquicas; y por fin a la comprobación evidente de la farsa que jugaba el clericalismo, empujando al país con el pretexto lassista a una guerra civil sangrienta.

Luego, por qué producirse en ese tono elegíaco lleno de reproches, con amenazas de niños engañado y con exigencias descomunales a la administración ¿vendrá? Si a lo menos se tuviera el valor de las convicciones, y se planteara la cuestión política en el terreno de una discusión sin embozos, sin aparecer asombrados por la repetición de viejas prácticas democráticas, ya se adelantaría al menos en el crédito de una propaganda sin segundas intenciones, para adular al pueblo ni regañar al Gobierno con debilidad femenina.

Bien sé que en este momento en que la adulación estará rompiendo los tímpanos del candidato triunfante habría sido bueno seguir el uso antiguo y empeñarse en probar que la farsa electoral no ha sido farsa y que el doctor Córdova ha triunfado por su exclusiva popularidad; pero Petronio se debe ante todo a la integridad de su espíritu, y haría muy mal en iniciar una propaganda que convence fácilmente a los hombres que llegan al Poder. ¿Acaso no hemos visto y oído a Presidentes que llegaron a convencerse de su popularidad sobre esta base falsa desarrollar administraciones absurdas?

No, compañeros de la prensa liberal, procedamos sobre el reconocimiento de las realidades, que éstas guiarán las situaciones políticas por resolverse, con gran expectación del país en favor o en contra de los ideales liberales; procedamos como hasta ayer, depositando toda nuestra fe y toda nuestra confianza en la organización del Partido y en los trabajos magnánimos del Directorio Supremo. ¿Que ya triunfó el candidato de la Asamblea por la virtud de los ideales que encarna y la concurrencia de factores esperados e inesperados? Muy bien. Pues ahora a procurar la reconcentración total, a llamar con lealtad a los liberales que no cordovizaron, para que colaboren en la obra de afianzar el Partido con la organización efectiva, definitiva, sin "mos" y con el olvido de todos los rozamientos de la lucha pasada y que pudo haber producido rencor.

La lucha electoral de estos días ha descubierto su desnudez las amenazas sospechadas. Hoy saben

que el clericalismo guiado por el propio Pastor conspira sin escrúpulos, sin rechazar cualquier lassismo, para conseguir la caída del Partido Liberal; sabemos que la ficción nacionalista es pernicioso para los gobiernos, aunque éstos los rija el Presidente más puritano y el patriota más exaltado. Ser o no ser liberal en las realidades de la administración práctica, esta es la cuestión. Sabemos también que el liberalismo no ha llegado a la conciencia popular que se halla en manos del clero, porque el liberalismo ecuatoriano sigue siendo una creación oficial para uso y abuso de círculos estrechos, de prestigios de papel pintado. Es preciso una intensa propaganda cultural en el país, en consonancia con un programa simplificado de obras urgentes para la realización inmediata. Las cuestiones de orden económico y social no admiten más aplazamientos ni con temporizaciones. La presidencia del doctor Córdova, es por sobre todas las eventualidades electorales, expresión de la Asamblea Liberal, y se juega, por lo mismo, todo el prestigio de una prometida renovación liberal, que si como lo esperamos tiene éxito, el liberalismo entrará resueltamente en una nueva éra vital, o el fracaso quedaría sumado a otros inexcusables, comprometiéndolo sustancialmente la hegemonía del Partido. Porque no hay que olvidar que los partidos sólo tienen derecho a gobernar, mientras corresponden a las realidades de la vida nacional, produciendo con esto una opinión favorable.

¡Imprudencia! dirán los oportunistas al recorrer estas afirmaciones. Lealtad, repite el sentimiento liberal, único guía de esta campaña por el éxito del Candidato de la Asamblea.

Si hemos de vivir de las farsas, denunciémoslas, para alcanzar días mejores. Y sobre todo coloquemos las cuestiones en su verdadero punto de vista, sin exagerar los fracasos. No digamos como los intriguistas: ¡Ha muerto la República! ¡Viva la República! Sino que, persuadidos de que el éxito del Candidato de la Asamblea Liberal, afianza la organización del Partido,

anulando todo personalismo, matando todo "ismo" disociador, disolvente, digamos los liberales augurando una nueva éra: ¡Ha muerto el cordovismo! ¡Viva el "beralismo!

## LXXVIII

### SEMBRANDO VIENTOS

Cuando en el libro nacional "El Indio Ecuatoriano" se planteó desenfadadamente la existencia de la cuestión social como un sentimiento que despierta de la vaga inconsciencia de un derecho, a la vida de las realidades, que plantean ya sus reclamos perentorios, en lo que se refiere a la extinción del latifundismo señaladamente, la prensa burguesa acostumbrada a resolver la situación nacional en la apoplejía de una digestión adormitada en la silla de Director de un diario para la exportación, sindicó a ese libro como el sembrador de la simiente socialista en las tierras ecuatorianas, que la fantasía tropical ha declarado un Edén perdido entre las breñas y las punas áridas de las sierras andinas, o bajo el cielo inclemente de los grandes pantanos semilaborables, en las orillas de los esteros palúdicos de tierra baja. Se afirmó la candidez de que los conflictos sociales pueden quedar sepultados si nadie los denuncia, y que el estudio acervo de las realidades para la difusión entre el escaso núcleo pensante y dirigente, basta por su sola eficacia ideológica para sembrar el virus socialista en las campiñas, donde sólo existe la dicha paradisiaca perpetuamente en cueros, porque el árbol del bien y del mal se ha esterilizado, produciendo tan sólo el jugo amargo de la ignorancia eterna!

Y el autor del libro referido dijo a este propósito: "Pero en este punto salta el argumento burgués. El reparto de las tierras implica una política socialista, y el socialismo es una importación exótica a los países ame-



ricanos escasos aún de población y abundantes en tierras baldías.—Error gravísimo. Las actividades sociales son la resultante de los hechos, en primer término. La fuerza de los ideales es poderosísima, pero éstos no germinan sino cuando encuentran una repercusión en la realidad de la vida. El socialismo es un sistema político que lo encontramos palpitando en todos los siglos pasados de la historia, y en todos los lugares del planeta. Y la anarquía no es la invención de los bolcheviques de este siglo. Nos inquietan las palabras de los vocabularios introducidos por los sistemas políticos en perpetua renovación, pero los hechos son permanentes. El sistema político incaico resolvió la aspiración socialista que todos los *societs* actuales son incapaces de consolidar. La cuestión agraria es el problema irresoluble desde la época romana hasta nuestros días”.

Y en la réplica a la impugnación que hizo la crítica ilustrada a ciertos capítulos de “El Indio Ecuatoriano”, dijo el autor: “Es superficial conceder a las palabras, signos de las ideas, todo el sortilegio del ideal, pero sin fijarse en que el hecho determina la creación del vocablo. Se dice *socialismo*! para aterrar a la burguesía, y se desconoce la iniquidad social o económica perpetrada, que contiene por ese desconocimiento voluntario el peligro. Puede la flexibilidad y la vida de los idiomas inventar palabras para hechos determinados, y el cambio filológico no conjura el peligro del hecho inícuo latente. Llámese como se llame la denegación de justicia al proletariado, éste se defenderá: este es el hecho. ¿Socialismo? ¿Comunismo? ¿Bolchevismo? No importa el nombre; lo radical es el hecho injusto que definen esos signos verbales. No nos asuste el *socialismo*!, asombrémonos de la injusticia. La reclamación del patrimonio familiar para el campesino constituye la aspiración universal, que habrá de triunfar por la lenta infiltración de la justicia en las leyes, y este hecho constituye la fuerza del ideal; o triunfará también por el supremo derecho a la conquista de la vida, por la fuerza del propio brazo, y, esta es, la cuestión social”.

De modo que preguntar como amenazante imputación ¿cuáles son en el Ecuador los verdaderos socialistas?, resulta una interrogación de fácil respuesta. En el Ecuador, en la hora presente, plantean las reivindicaciones socialistas, los liberales y radicales de un modo sistemático, y los conservadores y clericales por la inconsciente exaltación de los odios políticos. El liberalismo ha inscrito en su programa novísimo las grandes conquistas del Derecho Público contemporáneo, según los dictados de la jurisprudencia de la post-guerra, y el clericalismo soliviantando a las masas obreras y campesinas en favor del programa leninista del Sr. Lasso, contribuye al éxito del socialismo, no sólo con teorías, sino con hechos, y con hechos de sangre, que valen para realizar una conquista ideológica, más, mucho más, que la mejor cártilla doctrinaria de propaganda popular bolchevique.

¿Qué esperan del lassismo los afiliados a esta candidatura? Es preciso oírles a los obreros y campesinos para darse cuenta del alcance de esa propaganda: creen que si triunfara el lassismo volvieran los tiempos en que el pan se vendía a ocho por un real, las gallinas a peseta y las tierras al precio de hace veinte años y que pasó a la leyenda. Creen que la botella de aguardiente se venderá a veinte centavos, que los arrendamientos serán casi de balde, que se suprimirá todo impuesto y que las tierras de los ricos se repartirán entre los pobres. Los campesinos ahogados por el latifundismo, explotados por los patrones, en estos días de elecciones han asumido su verdadera personalidad, y ha sido caso ordinario el faltamiento a todos los respetos que tuvo para el amo. El gamonalismo rural, que se creyó siempre el dueño de las parroquias, no ha podido en la mayoría de éstas contrarrestar el lassismo campesino, absolutamente persuadido de que había llegado la hora de reivindicar sus seculares derechos a la propiedad de los huasipungos o a dividir las haciendas para repartirlas gratuitamente en parcelas. En algunos pueblos del Norte y especialmente en Latacunga, Tungurahua y Chimborazo, enormes indliadas han asomado con sus

gritos de guerra, y como en los siglos coloniales, confiaban vencer con el tumulto inconsciente. ¿Y qué piden esos campesinos, la derogación de la moratoria, la explicación filosófica del programa de la Asamblea, que Córdova mande o deje de mandar? No, lo que piden los indios es tierras, tierras y tierras.

Y empujando a esas masas obreras y campesinas aparece el cura, y la disciplina impuesta por el episcopado se denuncia claramente en todas partes ¿es que el mestizo urbano y el indio campesino siente heridas sus creencias religiosas? ¿El indio, religioso, cruzado heroico del catolicismo? ¡Qué sarcasmo! Si el clericalismo fuese sincero encontraría que las obras de Las Casas, el P. Arriaga, la de los seglares Jorge Juan y Ulloa, y las de todos los que denunciaron al mundo la idolatría grosera de los indios americanos, que como mistificación del catolicismo, es peor que la misma ignorancia religiosa, encontrarían que esas obras son de palpitante actualidad con haber transcurrido tantos siglos.

Y aquí asoma de relieve la incongruencia política del clericalismo, metido a factor activo del socialismo agrario.

La pasión política que oscurece a las más altas mentalidades, cuando no han alcanzado el dominio de sus sentimientos, se ocupa en despertar a la verdadera gleba socialista, creyendo cándidamente que la empuja contra el liberalismo, y que una vez desplazado éste del poder, reducirá de nuevo el rebaño ahito ya de sangre, a la santa tranquilidad de los apriscos. Error monstruoso! Ya no son ovejas secularmente esquiladas las que regresan a rumiar su hambre de tierras, es la jauría humana que hincó ya sus dientes en la carne de los detentadores de sus tierras, y éstas las obtendrá matando y haciéndose matar. Y como el clericalismo no afrentaría jamás la cuestión agraria, como lo está haciendo el liberalismo en México, esa indiada pasiva, maltratada, humillada; ese campesino embrutecido al igual que en México, y del cual ya no se esperaba una reacción, reclamará sus tierras al que las posea y ple-

gará tumultuosamente al partido que pueda afrontar la cuestión social con valor. Posiblemente para esa época no lejana, ya el Ecuador que copió de Colombia sus primeros programas políticos y aun las denominaciones clásicas de los partidos, habrá copiado y organizado el programa y el partido socialista, ya deslindado de los otros partidos de la izquierda, en el país de Santander y Uribe Uribe.

Cierto que el catolicismo en su sabia organización no podía permanecer inflexible ante la reclamación socialista, y fue León XIII en su Encíclica *Rerum Novarum* quien planteó las primeras cuestiones del socialismo católico, abogando por los derechos obreros; cierto que en este momento la bibliografía socialista católica es abundantísima y Ketteler sigue siendo una gran autoridad en la materia; cierto que en el Ecuador ya no es extraña esa literatura usada por grandes dignidades de la Iglesia; pero la innegable política lassista desarrollada por el clericalismo en esta emergencia electoral, discrepa absolutamente de lo que se entiende por socialismo católico, avanzada de paz cristiana para solucionar, no para provocar conflictos, entre el capitalismo y el proletariado, entre el latifundista y el campesino despojado de sus tierras.

Si el catolicismo se aparta de su misión de paz, anula su programa político-religioso, muy fuerte cuando señala el cielo como la compensación de los atropellos de la tierra; pero si el campesino empujado por el clericalismo a la guerra civil entiende que es mejor poseer la propiedad de la tierra que la incertidumbre de la gloria celestial, ¡oh ilustres terratenientes, no dudéis que el campesino preferirá ser propietario, y no renunciará a este derecho por más que aconseje el cura la miseria para evitar las tentaciones del pecado!

Sabemos, pues, quienes son los verdaderos socialistas en el Ecuador.

Y ya podemos tratar, con el conocimiento de los hechos, y engolfarnos en las teorías, por ahora sin consecuencia, en las teorías del socialismo romántico de la Asamblea Liberal.

## LXXIX

## DE LAS DORADAS ESCLAVITUDES

“Me enferma el servilismo de esta que juzgamos democracia, dice el Presidente Plaza en su Mensaje especial de 1915, acerca del parlamentarismo; no importa que en ese servilismo se hayan apoyado los gobiernos de Juan José Flores, Urbina, García Moreno, Veintemilla, Caamaño y Alfaro. Para mi conciencia republicana, el mal es uno y unas las consecuencias. Me repugna que el ciudadano acuda siempre al Presidente de la República en demanda de gracia, cuando debiera alegar derechos. Me apena que hayamos concluído por subordinar toda la vida nacional al gesto caprichoso del Presidente. Me desanima el hecho notorio de que hombres, círculos y partidos, nada hagan ni proyecten, sin inquirir previamente la voluntad del Jefe del Estado. Me entristece nuestra pobreza de altivez cívica, no como entienden esa altivez los poseídos del delirio revolucionario, que es otra forma de la abyección política, puesto que entre nosotros no hay revolución sin caudillo, sino como la comprenden quienes quisieran ver a nuestros presidentes, ministros, legisladores, hombres públicos y luchadores políticos, pendientes del veredicto popular, que levanta y aplasta reputaciones. Me abate el triste espectáculo de nuestra vida política que no tiene más altos relieves que los de la revolución, erigida en sistema por la sola fuerza de los intereses personales contrariados, y los de la lisonja, el servilismo o la indiferencia, actitudes que conspiran a porfía por el imperio del gobierno personalista”.

Estas declaraciones del General Plaza tienen mayor actualidad cada día. El grave mal de los gobiernos personalistas ha producido consecuencias desastrosas que están afectando a la vida misma del Partido

Liberal, para referirme concretamente al tema cotidiano de estas crónicas. El horrible mal de este país es el personalismo. Nos horroriza el pensamiento de que puedan prevalecer las ideas sobre las conveniencias de los hombres; y la organización misma de una Asamblea, de un Partido, no puede trazarse sino sobre la pauta de intereses netamente personales. Y por eso, los que estamos advertidos de este mal, apoyamos la conveniencia de discutir ante todos los principios doctrinarios del Partido con anterioridad a la designación de un candidato, a pesar del desagrado de muchos, que no piensan en los ideales sino en los hombres.

Es un lugar común en la prensa la conminación contra los actos del Poder Ejecutivo, y nadie ha concretado cargos más comprometedores contra el presidencialismo, que el ex-Presidente General Plaza. Pero el examen atento de los hechos descubre que los regímenes personalistas serían imposibles, sin la complicidad del servilismo disfrazado de incondicionalidad, a título de antiguas devociones personales. El presidencialismo es el producto de la convergencia de muchas dolencias sociales y políticas, que pudiera librar al país del agachamiento espiritual, pero que sin servir ese imperio de la voluntad de un hombre para regenerar el ambiente, acentúa el servilismo denunciado por el General Plaza, con una responsabilidad mayor en el criterio histórico.

¿Es verdad que un presidente en el Ecuador resulta un Luis de Francia capaz de poder formular aquello de "el Estado soy yo", sino fuera un varón virtuoso?— Creo que como tesis general la afirmación es insostenible. En las naciones los rumbos del progreso son señalados por los grandes caracteres del gobernante, y en el Ecuador la administración resulta un gran ensayo de republicanismo sin temor de llegar al despotismo como en el caso de Rocafuerte; un absurdo teocrático cohonestado con algo de progreso material como en García Moreno; un arriete del progreso con la gafa instintiva de hacer, aunque sea imperfectamente, como en Alfaro; y es tan sólo el valor personal de un hombre e

que acentúa una situación de gobierno lindante con el despotismo, pero el castigo ha sido cruel con el presidencialismo que por su sola fuerza pretendió aplastar la opinión y alzarse insolentemente con las libertades públicas, para anular en los hombres la alegación de sus derechos, abandonando al servilismo la obra de los encumbramientos políticos.

Y más bien por falta de prestancia personal hemos visto las más ruidosas quiebras del presidencialismo, que ha convertido al primer ciudadano de la República, en el esclavo de factores inferiores, que por la influencia del propio servilismo concluye por anular, por aplebeyar todas los órdenes de la administración, y, lo que es peor, desconceptuar al Poder Legislativo que, servil y todo, llega a supeditar al Gobierno con sus despotismos de mayor trascendencia que los que pudiera ejercer el Ejecutivo. Para mí, el congresismo o sea el desenvolvimiento anárquico del Poder Legislativo, ha ejercido en la historia ecuatoriana mayores conculcaciones de las leyes y derechos ciudadanos, mayores dictaduras injustas para el bien nacional, que muchos presidentes indicados como reos de altas responsabilidades.

No creo un mal en los países de rudimentaria organización política el ejercicio transitorio de las dictaduras responsables. Los regímenes de las anonimidades en forma de congresos son inaceptables porque giran como ruedas locas en el mecanismo nacional, entorpeciendo todos los planes de administración, desquiciando las bases fundamentales del sistema legal, exaltando sobre el pabés de la prensa inescrupulosa, que en su afán informativo no rechaza la farsa, a tipos de opereta convertidos sorpresivamente en líderes de la mesnada, que luego reclaman arrogantes una Cartera de Ministro o el mismísimo sillón presidencial, que ya no infunde respeto al arribismo.

Pero el presidencialismo y el congresismo, los dos vicios exhuberantes en las tierras del trópico, respetan su locura, y soportan la esclavitud de lo que el General Plaza llama "el veredicto popular", o sea el impe-

rio de la opinión pública, falseada también en su esencia según la denuncia del mismo eminente General?

"De descenso en descenso, dice, hemos llegado a perder la brújula de las orientaciones. Nuestra vida política se ha corrompido. Todo lo vemos a través de cristales empañados y bajo el influjo de pasiones calcinantes. Nadie hace justicia a nadie. Y cuando se quiere interrogar a la opinión pública, la opinión no tiene quién conteste por ella. Estampo una verdad solemne, porque basta observar la negativa desconsoladora del noventa y cinco por ciento de nuestra sociedad culta a participar en nuestra vida política, para que nos demos cuenta de cómo hemos llegado insensiblemente a la más compleja perplejidad en cuanto a la manera de conocer los objetivos de las aspiraciones nacionales y los anhelos de la opinión pública".

De modo que en definitiva ¿quién gobierna en el Ecuador según las prácticas denunciadas por la elocuencia pavorosa de los hechos? Los presidentes sólo alcanzan a serlo cuando lo merecen por sus capacidades o degeneran en un simple empleado de categoría. Los congresos sin idoneidad y sin una organización que compagine la jurisprudencia parlamentaria, si es independiente se estrella con cuanto encuentra en su camino y si es servil no vale para nadie, ni para el amo que les eligió ni para el pueblo que los soporta. ¿Quizá gufe la opinión pública? ¿Y quién es la opinión pública entre nosotros? ¿Dónde está la opinión pública? En los clubs políticos? ¿En el periódico? ¿En dónde?

Y sin embargo el presidencialismo, el congresismo, los concilios políticos, el periodismo, se juzgan unos pequeños Luises de Francia, en capacidad de imponer su yo con el imperativo de un déspota, y la verdad es que todos esos factores sólo son las doradas esclavitudes de nuestra incipiente democracia.

Desde luego, esta es sólo la opinión de un escritor, y una golondrina no hace el verano; quizá sólo alcance a preludiar la proximidad del invierno.



## L X X X

### LA REFORMA ELECTORAL

He resuelto concluir en la presente semana mi campaña en favor del liberalismo, iniciada con motivo de la crisis política que produjo la sucesión presidencial en favor del candidato de la Asamblea Liberal.

Volverá Petronio ocasionalmente a pedir un minuto de atención para sus crónicas, pero hoy se retira a su amado silencio, a continuar el estudio de los precursores y apóstoles del liberalismo. Pronto publicará los juicios críticos relativos a la personalidad histórica de don Juan Benigno Vela y el doctor Luis Felipe Borja, en su aspecto político, tan importante como su faz de sabio jurisconsulto. Y entiendo que esta obra no es sino la continuación de la campaña ideológica sustentada en las publicaciones anteriores, prolongada como actualidad histórica en "ASPECTOS POLITICOS" y continuada en los estudios que se anuncia.

Pero antes de finalizar el análisis de los "Aspectos Políticos" de esta emergencia tan singular, urge dilucidar algunos temas relacionados con la pasada lucha, en lo que toca exclusivamente con los altos principios de las reformas liberales y con las esperanzas fincadas en el gobierno que vendrá. Pues si no ha sido posible evitar el choque, cuerpo a cuerpo, con los personalismos, en lo que han afectado a la clara exposición de la doctrina y a la urgencia de despejar situaciones ambigüas, nunca han influido en mis pensamientos los prejuicios, y es el bien general del país estudiado en sus finalidades por el criterio liberal, lo que ha inspirado toda la obra del periodista.

Y como en todas las luchas por los altos ideales políticos, confío que en mis estudios quede constante el desinterés que los inspiran.

Voy a tratar de la reforma electoral, como la base de la estabilidad de nuestros ensayos democráticos.

Ha sido "El Telégrafo" el primero en tocar la conveniencia de una reforma para evitar esos cuatro días angustiosos de las elecciones parroquiales, que pudieran reducirse a las ocho horas del primer día. Y cita a varias naciones americanas que han introducido esta reforma.

También deplora el Decano de la prensa nacional que los comités electorales no sean centros de cultura cívica, en los que los candidatos y los propagandistas de los programas de éstos, se encarguen de inculcar las virtudes cívicas políticas sustentadas como plataforma para llegar al poder ejecutivo o al poder legislativo, sino organizaciones conquistadoras de votantes, y lo terrible, organizaciones de matones, manejadores del insulto procaz, del palo y la pistola!

El Decano ha señalado la reforma en lo que toca a la paz de las poblaciones en los días del ejercicio del sufragio, y su deseo de una variante electoral, ha despertado en muchos espíritus la angustia de ver adaptada una reforma integral de la Ley de Elecciones a las realidades políticas de este momento de la vida ecuatoriana.

El reproche agresivo, el insulto, la amenaza o la paladina confesión de lo que se llama por todos la farsa electoral, no remedia nada; y la permanencia del error que motiva esa inquietud, que a veces se transforma en revolución, desacredita en la conciencia social el prestigio de principio de autoridad pregonado ilegalmente por el fracaso democrático del derecho de sufragio, con inmenso daño para la paz orgánica, constructiva, capaz de impulsar el progreso nacional.

Las dos batallas, la que organiza la farsa, y la que producida, se satisface con la protesta, son dos escenas de un mismo sainete. Y las dos batallas deben librarse para alcanzar una reforma electoral que traduzca la realidad política, por elemental y pobre que ésta sea.

Y para llegar a las reformas políticas con éxito hay dos métodos, observa Agustín Álvarez, gran ensa-

yista de la psicología política argentina: graduár sucesivamente las lentes que produzcan la visión perfecta según las necesidades del órgano, y éste se reconoce como el método inglés; o, colocarse ante los ojos, convenga o no, la lente de mayor potencia, que aumenta las dimensiones visuales, y da, por lo mismo, una falsa interpretación del paisaje exterior, ocasionando con este error originario la falsa comprensión de las realidades; y éste se preconiza como el método francés.

No hay para qué probar que las lentes que se han empleado para la formación de las leyes ecuatorianas, corresponden al método francés, exageradísimo en el aumento, con el poder imaginativo del trópico.

Si se revisa nuestra legislación vigente, y si esa revisión bastara para juzgar de la cultura política de un pueblo, habría que declarar que el Ecuador marcha a la cabeza de toda cultura política contemporánea. Poseemos una legislación ideal, y de aplicaciones prácticas desastrosas.

Nuestra Constitución política garantiza las libertades y derechos humanos sin límite alguno. En ella se ha copiado cuanto las leyes fundamentales de otros pueblos han llegado a sancionar después de grandes fracasos históricos y tremendas convulsiones políticas. La Constitución de Washington tradujo todas las grandes luchas por la libertad realizadas en Inglaterra, y consagradas por la Revolución Francesa. Los libertadores trasplantaron esa literatura libertaria a países incultos, poblados por razas sin analogías con las anglosajonas. Y ya se ve, mientras que el modelo apenas ha sufrido alteración, los países americanos cambian de Constituciones como de camisas, y todas resultan de once varas, quiero decir, exóticas.

La raíz de todas las farsas de las democracias indo-americanas, se nutren de la gran farsa de la legislación exótica que hemos adoptado con la infantilidad de un *yumbo* que viste levita sobre la indumentaria para-disiaca! Es muy dura la realidad, pero es preciso reconocerla, para mejorar la situación.

Y aún el modelo de las naciones que han recibido una segunda colonización, y que han acimatado culturas por la gran corriente inmigratoria que fertiliza y hace germinar las nuevas corrientes del progreso político, como la Argentina, el Uruguay, Brasil, cuya cultura es ya muy respetable, no puede aceptarse sin reservas sus modelos de legislación, sino observando lo que hay en ellos de autóctono y lo que importó la población inmigrante.

El Ecuador precisa de reformas urgentísimas en su Constitución y Leyes, singularmente la electoral, base del desarrollo democrático. Pero esa reforma debe consultar los caracteres esenciales de la nacionalidad, espigando en otras legislaciones los lineamientos generales, y respetando la base indígena de nuestra manera de ser política, mejor dicho, impolítica.

El pensamiento esencial de la reforma debe referirse al porcentaje inculto, analfabeto, de la gran mayoría ecuatoriana compuesta de mestizos, indios y mulatos; al hecho real de la no existencia de partidos políticos organizados para la responsabilidad histórica; a la crisis de hombres, mejor que de elementos económicos, para encabezar las reformas administrativas, casi siempre en manos de arribistas o farsantes; al factor clerical y burgués que mantiene el fanatismo de las masas en toda su colonial intransigencia; al jacobinismo así mismo intransigente, más por formulismo burocrático que por convicción sincera de los sentimientos radicales; a la existencia de oligarquías bancarias y regionalistas empeñadas en convertir al Gobierno en instrumento de sus especulaciones y egoísmos lugareños; al servilismo creado por la persistencia histórica de regímenes personalistas; a la existencia de un Ejército mercenario en oposición al servicio militar obligatorio, aspiración cívica de esta época; y, por fin, a la abstención y la indiferencia ciudadana para el ejercicio del sufragio.

Para la realización del sufragio libre, sin restricciones de ningún género, como cree garantizar teóricamente la ley de la materia, es preciso dominar todas las dificultades de orden social y político esbozadas en la

enumeración anterior o la farsa electoral se perpetuará en la República auspiciada por liberales y conservadores adueñados del Poder.

Y como es preciso iniciar de alguna manera la reforma, hay que renunciar en primer término a la farsa legal; reconocer la incapacidad de ciertos grupos ciudadanos para ejercer sus derechos sin la influencia, la sugestión y el mandato de los grupos políticos interesados en sus triunfos personalistas, y restringir el voto, adoptando una forma cíclica del ejercicio del sufragio, partiendo del elemento culto al ignorante. Es absurdo, políticamente, el supuesto de la ley actual que concede igual capacidad al campesino y al obrero, que al científico y profesional, para elegir gobernantes y representantes en las legislaturas y en los municipios.

Además, los gobiernos tropicales remontan su origen a la fuente impura de los gobiernos de hecho, justificados en el tiempo y aún elogiados por el prestigio de sus obras. Sólo se conocen dos maneras de llegar al Poder: por la traición militarista o por la revolución popular triunfante, y los gobiernos constitucionales son hijos de los anteriores. La alternabilidad de los bandos políticos opuestos por el sólo ejercicio pacífico del sufragio aún carece de ejemplos en esta parte del continente americano. Y como los partidos caen del Poder por el desprestigio inherente a todo desgobierno y aún por el cansancio de los pueblos que concluyen por odiar a los círculos políticos adueñados del Poder, sin renovación posible de valores gubernativos, por el egoísmo excluyente de las trincas, es inútil porfiar la entrega del Poder por sólo la eficacia del sufragio, y es más real todo procedimiento jurídico para obtener la representación de las oposiciones o sea el derecho de las minorías. Por no querer reconocer estos hechos en el terreno legal, se sanciona en términos absolutos el derecho de sufragio, con la evidencia del fracaso en la práctica de ese derecho.

Es exiguo el marco de una crónica política para plantear una reforma electoral, empresa que requiere un libro, pero juzgo que la esquema de esa reforma po-

dría plantearse así para la discusión: Establecimiento del Registro Electoral sobre la base del Registro de inscripción militar; organización de las Juntas de Sufragio y Excrutadoras; obligación ciudadana de presentar la Libreta de Filiación individual para el ejercicio de los derechos políticos y civiles; obligación del voto ciudadano; restricción del voto según el índice de la cultura y la renta; elección de los concejos municipales por el voto de todos los avecindados en la circunscripción con prescindencia de la restricción anterior; elección de representantes al Congreso según esa restricción; elección de Presidente por el Congreso; y señalamiento del sistema electoral—voto incompleto o proporcional—para asegurar el derecho de las minorías. Estas bases tendrían todos los matices indispensables de una reglamentación adecuada al carácter, costumbres y peculiaridades geográficas de los electores.

Y con esto no se llegaría a la perfección, pero se atenuaría la injusticia política que hoy perpetran los gobiernos, amenazados por la alteración del orden público, en el abuso de la ley actual utópica, realizado por las oposiciones, no diré por los partidos que aún no se organizan para ejercer sus derechos con responsabilidad.

En algunos capítulos de estos ASPECTOS POLITICOS, expuse las quiebras del sufragio en Colombia, Perú y Chile, como significación de la complejidad del derecho electoral. Debo a la gentileza de un distinguido amigo argentino la lectura de la Conferencia sustentada en julio de 1923, en el "Ateneo del Centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires" por el famoso orador, Profesor de la Universidad de La Plata y líder socialista, don Alfredo L. Palacios, en cuya Conferencia se expresa así del ejercicio del derecho de sufragio en la Argentina, gran modelo de la legislación contemporánea en los pueblos de América. Dice así:

"Defiendo el sufragio universal que es la base esencial de la democracia y que en nuestro país está lejos de haberse realizado, lo que no impide que se declare su fracaso por los partidarios de la dictadura. —

El voto, desgraciadamente, continúa siendo en muchas partes de la República, una entidad despreciable. De las formas violentas características de una época ya lejana y siguiendo la ley de la evolución en materia de criminalidad, llegamos a las formas fraudulentas que se incrustaron en nuestras costumbres políticas hasta el extremo de que aún después de sancionado el voto secreto y obligatorio, que libertó el comicio en Buenos Aires y en otros centros urbanos, subsiste en las provincias del interior un política bárbara cuyos profesionales desnaturalizan el sufragio, lo que no les impide hablar de la soberanía nacional que antes de la ley creyeron encontrar en los votos comprados por cualquier agente del Poder Público, y hoy, en el silencio de los pueblos, pensando que del hecho de la obediencia, deriva para ellos, el derecho de mandar. — No se conoce todavía, en algunas regiones de la República, el ejercicio del derecho del voto que exige una acción cultivada. ¿Y vamos a renegar de la democracia, cuando todavía no se ha practicado en gran parte del país? — La democracia sigue siendo para nosotros un anhelo. — La democracia es algo más que una forma de gobierno. Bernstein, la ha considerado como la supresión del gobierno de clase, aunque no sea aun la supresión de las clases, indicando con ello una condición social en que los privilegios políticos no pertenecen a una clase contra el resto de la comunidad, de donde resulta que toda corporación monopolizada, es en principio, anti-democrática. — Con una clase obrera poco desarrollada en número y en cultura, el sufragio universal puede aparecer, según el escritor citado, como el derecho a escoger "el verdugo", pero con el desarrollo de la cultura, se convierte en instrumento para transformar a los representantes del pueblo, de amos en servidores. — Hay que aprender a votar. El sufragio universal en Alemania sirvió a Bismark, de instrumento, pero al fin hizo un instrumento de Bismark. — El sufragio, según Bernstein, es sólo una parte de la democracia. Esta va mucho más despacio de lo que se desea, pero avanza sin cesar y la democracia social ocupa un puesto sin reser-

va en la teoría de la democracia, en el terreno del sufragio universal, para mejorarlos, para completarlos."

No se le ha ocurrido al gran publicista Palacios, al constatar la quiebra del sufragio en la Argentina, gritar como un simple alarmista: ¡Ha muerto la República! sino que aconseja como filósofo: ¡hay que aprender a votar!

## LXXXI

### DE LA VIEJA POLITICA

Con el prurito de imitarlo todo, se ha repetido en estos tiempos de la sucesión presidencial, la literatura política europea relativa a lo que se llama la "vieja y nueva política", especialmente las innovaciones fascistas y la comedia española de capa y espada de la que es protagonista el General Primo de Rivera.

Y aplicando esa influencia mediterránea a nuestra política casera, se auguró la regeneración ecuatoriana merced a la exaltación de un Mussolini criollo y se dijo horrores de los círculos políticos concéntricos, que han girado al rededor de la transformación del Noventa y Cinco. La campaña fue tenaz y plena de insidia. Fue una manera de expresar la tendencia nacionalista, ya sindicada de ultramontanismo puro. Y el fascismo resultó a la postre una falange de la burguesía que mereció la bendición del Papa y la sonrisa paternal de los reyes.

Vino después la *sargentada* de Primo de Rivera, y de nuevo la tradición fortalecida en la prensa azul y la amarilla oportunista, repitió el clamor por el advenimiento de un caudillo, se pedía que algún *primo* de los nuestros se alzase a mayores y matase de un golpe de cuartel al liberalismo del Noventa y Cinco, declarado reo convicto y confeso, de todo lo que ocurre de malo en el Ecuador.



Todas las objeciones a la importación fascista, como inadaptable, tuvo rechazos inverecundos; toda advertencia al peligro de los cuartelazos y el recuerdo de que el mal del Ecuador ha sido la permanencia de la gestación revolucionaria, se desechó con rabia no encubierta. Era que el fascismo y la sargentada española sólo significaban reacción clerical, y pronto pudo verse encabezar el movimiento a la mismísima Curia Metropolitana, movimiento que repercutió con la disciplina del caso en el ejército negro que se oponía a la acción de la Asamblea Liberal, que asumió la defensa doctrinaria en vista de la manera equívoca o por lo menos desorientada de los poderes públicos, encaprichados en dar a los adversarios una arma de combate en la libertad irrestricta del sufragio para elegir Presidente de la República.

Planteada ya la discusión sin la máscara fascista, ésta se produjo con mayor violencia, y poco a poco, la discusión de principios chocaba en el contacto personalista, inevitablemente, porque en último término desaparecía el prestigio ideológico, quedando en descubierto el afanar ambicioso de los hombres ganosos del Poder. Y querían llegar a él por la suscripción de acciones, como en la subasta de una cosa para la explotación, o por el entresijo clerical que se presentaba con un nombre adoptivo y una escarapela falsa a la lucha fortalecida subterráneamente con el apoyo clerical, que empujaba a la guerra civil, para en ella jugar todas las cartas, inclusive la del cohecho del Ejército.

Minada así la paz pública, amenazados los grandes intereses de jefes de círculos políticos, en descubierto la mascarada por el esfuerzo de la prensa liberal, la candidatura de la Asamblea Liberal que había sufrido diversas alternativas, encontró al fin la convergencia de varios apoyos, que dieron en definitiva el éxito, devolviendo a la vida nacional esa tranquilidad que le había obligado a suspender sus actividades vitales.

Definida la situación por los antiguos métodos de nuestra democracia incipiente, vuelve otra vez lo que fue en diversos momentos el tema de la argumentación

tradicionalista: hay que acabar con los viejos políticos, hay que renovar las prácticas administrativas ya gastadas por los hombres del Noventa y Cinco, hay que concluir con todas las trincas y gobernar con gente nueva.

De todos los argumentos de la propaganda de oposición contra la Asamblea Liberal, en la que se ha creído ver reconcentrada la oligarquía política sindicada de haber estancado el progreso nacional, la teoría de la renovación de valores políticos es el más fuerte de los argumentos y tiene todos los aspectos de una verdad incontrastable.

PETRONIO ha coincidido en este y otros puntos con la oposición a la Asamblea, pero no en forma absoluta, pues todas las afirmaciones absolutas son siempre vulnerables por la ley de la relatividad en la vida, que *Einstein* ha comprobado también en la existencia sideral. PETRONIO ha repetido la acritud de los anatemas para las trincas, ha maldecido la permanencia en el Poder de esos figurones que llamó de papel pintado, y ha pedido la renovación en los hombres, como el camino que permitirá la realización de aspiraciones nuevas, brotadas de la inquietud eterna de la ambición humana.

Pero quedó flotando la duda. ¿Es que sólo precisamos una obra de eliminación de políticos viejos para mejorar la vida ecuatoriana? Luego, uno de los corifeos del intriguismo concretó así la acusación y el remedio heroico: "Desgraciadamente, dijo, el doctor Córdova no podría salirse del férreo círculo que le rodea, círculo funesto a quien debe el Ecuador todas sus calamidades. Desgraciadamente no podría dedicarse a los grandes problemas, como el económico y el internacional, y atendería solo a la mezquina política partidista impuesta en el peligroso programa de la Asamblea....." Y la receta para salir del paso es esta, según el mismo político opositor: "Con razón decía un ingenioso quiteño: Yo sería cordovista si el doctor Córdova hiciera fusilar el noventa por ciento de sus partidarios....., y si después renunciara su candidatura."

La ocurrencia macabra, digna en verdad de piadosa sonrisa por lo exagerada, traduce esa protesta vaga contra los antiguos muñidores de las fiestas presidenciales, y revela también la manera como tratamos en el trópico los más serios problemas nacionales. Después de las más grandes conmociones políticas y sociales que alteran la apatía cotidiana que bosteza en los mentideros públicos, quien espere producirse las grandes soluciones que ruedan anónimas para encarnar luego en los hechos, se equivoca. La solución la da el chistoso de moda; el público ríe del epigrama, y el mundo marcha! Esta es una de las terribles modalidades del ingenio trágico en estos países frívolos, modalidad de la que no escapan nuestros más ilustrados hombres, que suelen comprometer su crédito político, muy útil para el bien del país, por no privarse de decir cosas que asombren!

Esa duda relativa a que la eliminación de unos cuantos políticos, no resuelve el problema de vida nueva para el Ecuador, y que no sabía cencrétarla diáfana-mente para exponerla al público, la encuentro solucionada por Ortega y Gasset en su famoso artículo publicado en "El Sol" de Madrid, "Sobre la vieja política", que ha dado en qué pensar al propio Directorio Militar, que ha sentido minada la base de su prestigio, y ha producido en el mundo intelectual una reacción llena de clemencia para los viejos políticos, tan culpables como los viejos españoles.

"Yo he de confesar, dice el autor mencionado, que desde el primer manifiesto lanzado por el General Primo de Rivera mi simpatía y mi adhesión a su obra arrastran una grave inquietud. Cada nuevo decreto, cada nueva nota oficiosa vienen a engrosar este inicial desasosiego. Temo, en efecto, que la vieja política contra la cual dispara sus rayos el Directorio sea un ente muy distinto del que yo quisiera ver aniquilado.— El espíritu de aquel manifiesto y de cuanto ha seguido, pudiera, sin tergiversación, ser resumido así: las desdichas de la nación proceden de que unos centenares de hombres sin moralidad ni competencia, se han adueña-

do astutamente del Poder Público, y, usando de éste en beneficio propio, sin atender a los deseos de la masa nacional, impiden toda obra fértil en lo público y en lo privado, anulan las iniciativas juiciosas, favorecen sólo a los cínicos y mantienen un puro desorden en todas las funciones del Estado. Si esos hombres son eliminados del Poder, España por sí misma sanará."

¿Es, ésta, la cuestión ecuatoriana eliminadora de los viejos políticos?

Pues en España como en nuestra patria los escritores han coincidido con la opinión pública, y a pesar de esa coincidencia del sentido común, vulgar, precisamente, por ser común, Ortega y Gasset, fino espíritu de selección, desconfía del sentir común de las gentes, y desentraña así la tesis: "Los viejos políticos fueron creación entrañable de una época española. El pueblo los ha hecho, los ha seleccionado, los ha dirigido, los ha modelado. La mayor falsedad que se ha dicho—y se ha dicho innumerables veces—era calificar de "ficción" y de "farsa" el régimen que ahora quisiéramos aniquilar. Mirando bien las cosas, se viene al convencimiento de que la política de los últimos cincuenta años ha sido la expresión más exacta del sentimiento colectivo español. No conozco país en donde en esa época haya gobernado tan plenamente la opinión pública."

"No es lo importante castigar los abusos de los gobernantes, sino sustituir los usos de los gobernados. Exactamente los mismos defectos que al aparecer en las funciones de Estado atribuidas a la "vieja política", los encontramos en todas las operaciones privadas de los ciudadanos. La economía de los particulares adolece de los mismos vicios que la finanza pública. La incompetencia del Ministro y del parlamentario, su arbitrariedad, su caciquismo, reaparecen en el ingeniero, en el industrial, en el agricultor, en el catedrático, en el médico, en el escritor. Por eso es el mayor "quid pro quo" que cabe cometer, imaginarse el caso de España como el de un país donde una sociedad sana sufre los vicios y errores de unos cuantos gobernantes, de suerte que bastaría con desterrar a éstos para que las virtudes

nacionales den su lucida cosecha. Desgraciadamente el caso de España es más bien inverso. Con ser de testables los "viejos políticos", son mucho peor los viejos españoles, "esa gran masa inerte y maldiciente, sin ímpetus ni fervor, ni interna disciplina."

"No; la curación de España es faena mucho más grave, mucho más honda de lo que suele pensarse. Tiene que atacar estratos del cuerpo nacional mucho más profundos que la "política", la cual no representa sino la periferia y cutis de la sociedad."

"Llevamos cincuenta años en que derechas e izquierdas, altos y bajos, por activa y por pasiva, no hacen otra cosa que halagar a la gran masa de españoles, verdaderos responsables de la mengua histórica nacional. Para rehacer España es forzoso resolverse a no contar con el español medio. Sólo una concentración de todas las minorías selectas que formen *una legión sagrada* y arremetan contra la masa—por supuesto, sin otras armas que la nuda y pura voluntad—, puede hacer de la materia corrompida, que es nuestra raza, un nuevo Poder histórico."

¿Ha escrito Ortega y Gasset para España o para el Ecuador? Es fuerza que la queden obligados los "viejos políticos" de los dos países. Mejor defensa, imposible!

Las palabras de justicia y verdad transcritas, han traído a mi memoria una escena del Congreso memorable, por selecto y eficaz, de 1912, al que me honré concurriendo como diputado.

Aún estaban achicharradas las gramíneas del "Ejido", que soportaron el incendio de las piras que consumieron el holocausto del liberalismo, quemando los restos profanados de los mártires inmolados en un auto de fe por la intransigencia política; se discutía en el seno del Congreso la responsabilidad de ese crimen, cuando un día, Belisario Quevedo, nervioso, ágil, acusador, respondió lacónicamente a un discurso pleno de amor por las viejas glorias del liberalismo, pronunciado por el patriarca del Senado, el doctor Juan Benigno Vela, eterno enamorado de su leyenda de luchas y martirios

por el triunfo de su ideal democrático, respondió Quevedo con frase lapidaria:

"Sí, mucho agradece la juventud el sacrificio de los viejos liberales, y para ellos tienen un Panteón histórico, pero nada más que un Panteón." Y calló.

El silencio de la Cámara que convergió su mirada hacia el pupitre del orador, fue interrumpido por la voz sonora de Vela, quién, enterado por un vecino, pues era ciego y sordo el prócer, de las palabras de Quevedo, "díganle al ingrato, rugió, que sin esos sacrificios de los viejos, no estaría de diputado sino de proscrito." Y también calló.

Fue el pasado glorioso y el porvenir prometedor que se enfrentaban, reclamando una migaja de gloria. Quevedo, irónico y despiadado, tenía razón cuando los viejos políticos anquilosaban con su consagración el progreso; Vela, de los precursores y fundadores del Partido Liberal, tenía razón, cuando reclamaba el respeto al pasado heroico y una tribuna para colaborar con los nuevos en esa obra inmortal, realizable sólo por el concurso armonioso de todos.

Pero el silencio del pueblo ecuatoriano interpretado arbitrariamente por el interés de los políticos de todas las banderías, aún no ha sido traducido en sus grandes responsabilidades por ningún pensador ecuatoriano, siendo como es un gran responsable de la situación nacional.

Y se ha ensayado la anarquía, la revolución, el liberalismo, el clericalismo, el nacionalismo, y todo ha fracasado; ¿habrá que fusilar el noventa por ciento de los "viejos políticos liberales" para que el Ecuador resurja a la verdadera vida? ¿Habrà que hacer asesinar a las masas incultas de obreros y campesinos por ideales que no entienden, para que gobiernen los "viejos políticos clericales?"

No; pensemos con Ortega y Gasset: que sólo una concentración de todas las minorías, de la gente culta de todos los partidos, formando una Liga de Acción Cívica, capaz de infundir la verdad en la conciencia popular, sin la influencia fanática de los dogmatismos par-

tidaristas, será capaz de provocar reacciones espirituales en bien de la nacionalidad.

Los liberales creemos que esa cultura popular favorecerá la filiación a nuestro programa; los conservadores creen que beneficiará al suyo; pues a trabajar lealmente; porque mientras los partidos constituidos por grupos reducidos, continúen como hasta aquí señalando al campo opuesto, como a herejes que hay que extirpar y traga hostias que hay que odiar, seremos trogloditas, pero políticos viejos o nuevos, jamás.

Es preciso modernizar programas y sistemas, y hacer política de realidades. Las banderías han caído en el narcisismo de encontrarse perfectos a sí mismos, y repudiar a los demás.

Y los demás forman el pueblo, la gran masa incolora, huraña, que se guía por pasiones personales y se hace matar por Alfaro o por Monseñor Pólit con la misma ignorante indiferencia. Es preciso llegar al alma popular y regenerarla, que de hecho quedarán regenerados los viejos y nuevos políticos.

## LXXXII

### LOS GOBIERNOS FANTASMAS

Si se examina la administración política del Ecuador, estudiando con independencia de espíritu la legislación vigente, en lo tocante a la organización y funcionamiento, a lo que las leyes le permiten hacer al Presidente de la República y a lo que realmente acontece en la administración en el contacto con las realidades, se encontrará que sólo existe un fantasma de Gobierno.

Y lo que caracteriza al actual sistema de gobierno es la irresponsabilidad.

El Presidente de la República, si es un hombre de personalidad acentuada, sin miedos al qué dirán, y toma por el camino del medio para realizar una obra cons-

tructiva, tiene primeramente que proceder a anular todas las trabas legales puestas a su alrededor, *influyendo*, esta es la terrible palabra, influyendo para que el Congreso, el Consejo de Estado, y las infinitas Juntas que administran, aconsejan y ejecutan, es decir, realizan el Gobierno de la Nación, estén compuestas de personas adictas, *incondicionales*,—otra palabra cabalística,—para que el Presidente no sucumba bajo el peso de un andamiaje complicado, que no es el edificio gubernamental ni deja serlo relativamente.

Y en esta posición, si el Presidente vacila, si se demuestra legalista, si quiere alejar de sí toda recriminación por despotismo, ha caído en la red y tendrá que hacer política de contemporizaciones, y será esclavo de sus esclavos, en una paradoja intraducible, según la cual, ni el Ejecutivo manda, ni las Juntas dejan también de mandar. Es decir, el fantasma, el gobierno de nadie.

Esta complejidad ha producido el caso de que un Congreso, que se elige según las prácticas usuales del palanqueo, el esbirrismo y rara vez el propio valer, se alza a mayores cuando funciona como Poder Legislativo, y si personalmente los representantes no ocultan su apego al Jefe del Gobierno, como organización congressional anulan toda la obra que cae en sus manos, por simple capricho y por ignorancia. Sobre todo por irresponsable. Y cuando el Ejecutivo ha tenido la candidez de anunciar su respeto a la independencia del Congreso, éste devuelve el respeto con el más franco proceder arbitrario, despótico en el fondo, y de apariencias humildes ante el Gobierno. Y este fenómeno se repite igualmente en el Consejo de Estado, supuesto Poder moderador del Ejecutivo.

Los Ministros de Estado no son para el Ejecutivo unos colaboradores responsables, sino simples secretarios para el despacho de órdenes, acuerdos y decretos, pudiendo ser censurados por el Congreso, como un reproche al Jefe de Gobierno, mejor que como sanción penal, por mucho que esa censura envuelva la aplicación de una pena.



Porque esta irresponsabilidad ministerial, está respaldada por el subterfugio de las Juntas, creación de la desconfianza en el Poder Ejecutivo, y que tienen en sus manos todo el mecanismo de la administración.—Hay Juntas de Obras Públicas generales y locales, y aun para obras especiales. Y no son solamente técnicas y consultivas, sino que tienen la gerencia absoluta de todas las actividades, juntamente con el manejo de los fondos. La descentralización del poder administrativo se quiebra en mil fracciones sin control posible. Los caminos, los ferrocarriles, el embellecimiento de las ciudades, el dragamiento de los ríos, la construcción de un puente, de una casa, el saneamiento de las poblaciones, todo está a cargo de juntas irresponsables.

Hasta la dirección espiritual de los negocios jurídicos, como los referentes a la defensa nacional, al sentimiento patriótico, a la regularización de las leyes económicas independientes del capricho humano, pues son fenómenos de la convivencia universal, tienen en la Junta Consultiva de Relaciones Exteriores, en la Junta Patriótica Nacional, en la de Incautación de Giros comerciales para el señalamiento del tipo oficial del cambio, el control del pensamiento del Gobierno.

La instrucción pública es un Poder aparte. El Ministro es simplemente decorativo. Tiene la tutela del Consejo Superior, fortalecido en su pujanza por todo el ejército escolar, que en las provincias reaparece en el depotismo de las Juntas Escolares, listas a anular la acción de los Directores de Estudios. Cuando el Consejo Superior se alza a mayores, el Ministerio del Ramo desaparece, se eclipsa totalmente, desde luego, imputando toda la responsabilidad al tutor.

El Ministerio de Guerra es un apéndice de gran lujo del Estado Mayor General, verdadero árbitro de los destinos del Ejército.

Por esta descentralización de servicios, energías, iniciativas, responsabilidades y hasta de simples pensamientos inofensivos, la irresponsabilidad ministerial es completa, y el control administrativo imposible. La economía nacional está dividida y subdividida en cien-

tos de tesorerías y miles de colecturías, que marchan por su cuenta y están seguras de la impunidad cuando al rendir las cuentas a dos tribunales sin inteligencia entre sí, llegan a ser declarados deudores del Fisco. Se han denunciado casos de descubrimientos de cantidades oscurecidas en ese laberinto de la contabilidad fiscal, y el Congreso ha decretado un porcentaje por el descubrimiento!

Las leyes económicas vigentes pertenecen a épocas históricas ya lejanas. Así la Ley de Bancos que permite emitir papel moneda a quien tenga cierta cantidad de oro en su caja, tiene sesenta años de atraso y ha motivado fraudes escandalosos. Lo mismo puede decirse de la ley de tierras baldías, y otras que son pedidas por los inmigrantes que desean saber cómo se gobierna el país que quisieran adoptar, si el capital fiduciario, metálico, y el capital tierras tienen garantías suficientes. Pero un solo dato, suministrado a un inmigrante experto que quisiese invertir sus capitales en este país, le obligaría a reembarcarse en seguida: el Ecuador se gobierna sin presupuesto que regula el Congreso a ojo de buen cubero, porque se carece de estadística.

Por eso he dicho que en el Ecuador sólo existe un gobierno de fantasmas,

Y además carece de orientaciones y un plan de desarrollo orgánico. Gobiernan los prejuicios. Se ha convenido que la Cancillería tiene que ser desempeñada por sabios desempolvados de los archivos seculares, y se olvida que hoy la diplomacia no es ya de sorpresas, sino de cartas francas. Se necesita al gentil caballero ante todo, para quien el mundo no termine en el Machángara; y para la jurisprudencia internacional, cuya literatura en lo que toca a la cuestión de límites es tan abundante, agotada y manoseada, basta un experto inteligente en materia jurídica, en el personal del Ministerio, para que la Cancillería sea un Portafolio decorativo. En el ramo de Hacienda se ha convenido que sólo puede ser desempeñado por gente ocupada en negocios, aunque sea en el tráfico de géneros, en la im-

portación y exportación portuaria. Para otros ramos de la administración es indispensable ser viejo.

¡Los fantasmas! ¡los fantasmas! El Ecuador, señores y amigos, se gobierna por fantasmas!

Y esta desorganización es la causa primera del fracaso de las administraciones. Es muy vulgar decir, no es leyes lo que faltan, sino hombres. Error. Faltan hombres de gobierno y leyes que salven al país del caos administrativo que padece. Se necesita gobiernos responsables. Y sólo es posible exigir la responsabilidad, cuando las normas de gobierno se basan en el principio político que sustenta todo el engranaje de la administración: la confianza pública en las autoridades.

Un hombre sólo tiene derecho a gobernar, mientras los gobernados tienen depositada en él su confianza; cuando ésta falta, expresa o tácitamente, es principio político y de dignidad humana, que la autoridad tiene que ser transferida a otro hombre. Porque la confianza es libertad de acción, y solamente quien desenvuelve sin trabas sus actividades, puede ser llamado responsable. ¿Es que el país ha retirado su confianza a los gobiernos, por la expresión legislativa de los congresos? ¿O es que los congresos, interpretando el sentido común lugareño, han moldeado con criterio aldeano el sistema de gobierno nacional, en el que ha puesto su alma egoísta, plena de un regionalismo bárbaro que sacrifica todo por su bien particular, y que quisiera todo para sí aunque la comunidad perezca? ¿Y en el temor de no ser preferido en sus deseos, entraba el mecanismo para que nadie haga nada, como en el caso de la construcción de los ferrocarriles?

Y vuelve a producirse espontánea la terrible interrogación: ¿quién gobierna en el Ecuador de una manera responsable?

¡Los fantasmas! ¡Los fantasmas!

Es precisamente por esta convicción en los hombres dirigentes, o la intuición en el gran público, persuadido ya del desorden administrativo, de la irresponsabilidad de los gobernantes, que ha sido posible discutir con tranquilidad, la conveniencia o inconveniencia

niencia de un gobierno de fuerza, tiránico, fascista, que derribe a golpes de piqueta todo el vetusto edificio, y plantee un nuevo sistema de gobierno, devolviéndole a éste la confianza pública que la perdió por el miedo de obrar y por las consagraciones de la rutina.

"Nada más ocioso que estas divagaciones de nuestro tiempo si es un bien o un mal una dictadura, dice Luis Araquistain, refiriéndose a la sargentada española. Todo depende del dictador, continúa, pero éste depende de las circunstancias. El dictador es siempre producto de la sociedad que él luego conduce y ahorrja, ya porque ella lo crea y llama como a un cirujano de urgencia, ya porque se deja sorprender en absoluta inacción de gobierno por el primer condottiero decidido. Sobrevienen las dictaduras por sorpresa allí donde nadie vela por la democracia, abandonada de gobernantes y gobernados, y los despotismos por asalto allí donde nadie cuida de la común libertad. Y hay algo peor que la dictadura de un Mussoline en Italia, y es la de los militares en Grecia. Pero la culpa no es tanto de los dictadores, como la de un estado de decadencia política, que justifica su aparición".

Y eso es lo que debe pensar y combatir el liberalismo, la decadencia política que está justificando la aparición de los providenciales, pues se discute tranquilamente el tema fascista, aun por los más celosos de las libertades públicas.

González Suárez aconsejó a Alfaro la tiranía radical para acabar con la teocracia garciana, el gran cáncer nacional; pero los liberales, sin desconocer el caos administrativo que denunciarnos, el gobierno de fantasmas que hemos creado, para después atribuir los fracasos a los presidentes legalistas, no podemos aconsejar las dictaduras; nosotros queremos la revolución desde arriba; la organización férrea en la paz; la reconstrucción impuesta sin violencias, pero fuertemente impulsada, justamente realizada, con el brazo de un Rocafuerte, el cerebro de un Antonio Flores y el patriotismo de un González Suárez. Queremos que se devuelva al Gobierno la confianza a que tiene derecho; pedimos la

centralización del Poder, distinta del presidencialismo responsable por inepto y egoísta. Un Gobierno democrático, con amplitud de facultades, exento de despotismos ni claudicaciones, por el control moral del Partido organizado, eso es lo que los liberales preconizamos como un imperativo

¿Que a esto se llama radicalismo? Muy bien. No nos asusta la etiqueta. Lo que queremos es que el país no siga padeciendo un gobierno de fantasmas.

### LXXXIII

#### POLÍTICA ECONÓMICA

Ya la política ha concluido en el mundo su período romántico. Hoy, los discursos sonoros de los líderes no tienen importancia si no entrañan las resoluciones económicas, las únicas capaces de despertar interés en el alma de las multitudes que ya no se apasionan por las cuestiones religiosas, que antes absorbían totalmente su atención.

Hasta los pueblos más remotos, acostumbrados a vivir sin organización elemental, han sido sacudidos violentamente y llamados a tomar una posición en la lucha por el abaratamiento de la vida, la valorización de la moneda y el equilibrio comercial en el intercambio de las negociaciones, con la pena de arruinarse si dejan a la casualidad la solución de esta cuestión impostergable. Esa sacudida la imprimió la guerra europea, y cada país lleva la suerte de sus previsiones, mejor dicho, de las previsiones y responsabilidades de sus gobernantes.

Y la guerra sorprendió al Ecuador en su secular desorganización. Seguía viviendo comercialmente de su cacao, como los záparos se proveen de indumentaria con el cambio de los productos espontáneos en su selva. Y además, de su deuda interna en constante crecimen-

to y de su abandono de las fuentes de producción a la eventualidad de la industria sin protección y de la agricultura rudimentaria en sus métodos. El sistema bancario tenía la base primitiva empleada en las colonias para atraer capitales con concesiones extraordinarias, como la emisión libre de billetes, con el depósito de un cincuenta por ciento de metálico para garantizar esa emisión doble. Los sistemas fiscales de recaudación e inversión entregados al azar de sistemas rutinarios, y el gobierno sin ningún plan financiero, y con la eterna esperanza de un empréstito para invertirlo en operaciones improductivas, particular que, juntamente con el descrédito del país en el exterior, ha imposibilitado la negociación.

Y el cacao, es decir el oro único de que se disponía para la realización de las importaciones, fue entregado a una Sociedad monopolizadora del producto, que llegó a acaparar también las letras de cambio, como lógica consecuencia de esa concesión monstruosa, coonestada con la oferta del alza de precio del cacao a los agricultores de la "pepita de oro"; alza ficticia, porque el monopolio de las letras de cambio elevó el precio de éstas, y la eliminación de la competencia en el comercio exportador del cacao, puso el precio de este fruto a merced de los especuladores. Además, el sistema de consignaciones del cacao en los mercados extranjeros por cuenta de la Asociación de Agricultores, produjo la baja del precio, por el abaratamiento del artículo; y en esta situación estalló la Gran Guerra, que impidió el transporte, reglamentó los consumos y prohibió la salida del oro. El comercio ecuatoriano, la renta fiscal, el país entero sufrió inopinadamente un paro brusco en sus transacciones, en el incremento de la renta, en la vida económica abandonada desde ese momento a las eventualidades de una guerra que la envolvía en sus efectos desoladores.

Todos los países se preocuparon de cambiar inmediatamente los rumbos de su vida financiera, en consonancia con las modalidades de su vida. En algunas partes el Gobierno incautó la producción agrícola, en

otras se decretó la moratoria para el arreglo de las deudas, otros países abandonaron ciertas industrias para dedicarse a trabajos que la guerra pagaría en oro, y todos procuraron producir y exportar intensamente. Si la guerra reflejaba su incendio en todo el mundo era preciso ponerse en guardia para tomar algún partido.

Y como siempre, el Ecuador se abandonó a la casualidad que rige sus destinos. Algo peor, efectuó operaciones contrarias a sus intereses. Prohibió, primeramente, la exportación y luego la limitó dejando al arbitrio de ciertos negociantes el manejo de esa limitación. En cuanto al oro, que la guerra asaltó en los sótanos, el Ecuador prohibió su desencaje, y declaró inconvertibles los billetes de banco, que debían ser aceptados sin respaldo metálico cambiabile al portador. Es decir, se declaró la circulación del papel moneda, no en beneficio del Fisco como era lo racional, sino en beneficio de los mismos bancos. Naturalmente, los billetes se multiplicaron, el oro y la plata desaparecieron huyendo a donde la moneda tiene respaldo metálico, y el Gobierno en su eterna finanza "de apuro" recibió en préstamo millones de esos billetes desvalorizados ¿para pagarlos algún día en oro? A esta operación se llamó Moratoria.

Y muchos creímos que esa ley era necesaria y aun la apoyamos, pero en el supuesto de que sería tan precaria en su existencia, y no exenta de peligros, que para salvar y corregir abusos, se dejó en manos del Ejecutivo la potestad para suspenderla cualquier momento, y por lo mismo la responsabilidad del mantenimiento de esa ley en vigencia.

Pero luego se denunció el error, con absoluta claridad, por uno de los mismos bancos, que protestó de la ley, y probó poniendo su oro a disposición del público, que no lo retiró, sino que puso toda su confianza en ese banco que recogió de la circulación todos sus billetes y los particulares los cotizaban también como oro.

Pudo suspenderse la Moratoria un año después de aprobada, pero luego se han creado intereses, y lo que se presentó como operación precaria, constituye hoy un

problema nacional, que unos juzgan pavoroso y otros estiman que puede solucionarse de una plumada.

Renuncio a esta indagación que exige más espacio, y anoto solamente algunos efectos de bulto: la depreciación de la moneda ha concluido por envolver en sus redes a los mismos pescadores en el río revuelto de la Gran Guerra: las operaciones que se realizan tienen balances ficticios como resultado. Quienes formaron una sociedad comercial con cien mil sucres en 1915, a favor de la Moratoria, han constatado ocho años después, que el volumen de los billetes ganados queda reducido a una cantidad inferior de la que pusieron para iniciar el negocio; porque, mientras los socios trabajaban, el billete ha bajado al valor de veinte centavos, y el dollar, tipo oficial del cambio en el mundo, ha llegado a valer más de lo que valió en 1915. Se ha negociado en falso.

Por su parte, el Gobierno ha aumentado su deuda interna de seis millones que era en 1911 a treinta y dos millones y medio en 1922. Y el Presupuesto del Estado que en 1917 tenía un déficit de tres millones en 1922 tiene el de cinco millones. El Banco Comercial y Agrícola ha prestado el mayor porcentaje al Gobierno en billetes depreciados del valor de cien centavos al de veinte, y el país no consentirá que se le pague esos papeles sino con papeles de valor equivalente. Porque los bancos son los únicos que han ganado, no porque haya entrado riqueza en los negocios con el exterior, sino porque se transformaron en pulpos de succión: 1º porque negociaron con papeles depreciados que no tenían respaldo alguno, y 2º porque esas ganancias se invirtieron en la adquisición de tierras, por embargos y quiebras producidas por la Moratoria, ya que la tierra representa en este momento el único valor real, en la inflación de las operaciones con papeles depreciados. Y con esta situación, los bancos se convirtieron en poder político, para defender su negocio.

La propiedad ha llegado a tasarse en cantidades fabulosas, falsamente, y los menesteres de la vida ordinaria ha aumentado el valor en proporción del alza del



cambio. Los agricultores y los rentistas soportan la ficción protestando; pero quien ya no puede con la situación es todo aquel que vive de un salario, llámese empleado público, profesional, obrero o campesino, porque el salario no ha seguido la curva de las fluctuaciones del cambio!

Y todos preguntan: ¿quién ha ganado con la Moratoria? ¿Dónde están los nuevos ricos que la guerra ha improvisado en todas partes? ¿Por qué no se vuelve a la moneda su valor afectivo? ¿Hasta cuándo viviremos en la ficción?

Porque aquí surge una tesis que preocupa al mundo en estos instantes. ¿Somos más pobres o más ricos que en 1914? ¿No es un hecho que vencedores, vencidos y neutros están endeudados?—Y por otra parte, ¿cómo es que los gobiernos han elevado sus presupuestos (hablo de los gobiernos que tienen presupuestos) y las gentes viven con igual y mayor confort que en 1914? Menos riqueza y más gastos, tal es la tesis, que grandes economistas y pensadores como Guillermo Ferrero dilucidan, pero sin convencer con su argumentación.

Por otra parte, el gran problema que tienen que resolver en la actualidad los financieros yanquis se concreta así: ¿qué hacer con el oro acumulado y que aumenta en cifras fantásticas cada mes? Todo incremento de las reservas de oro, dicen, tiende a estimular la expansión del crédito, y la expansión del crédito trae el alza de los precios, situación que debilita la competencia en el comercio mundial. Hay que tener en cuenta que los Estados Unidos reciben el pago de las deudas por los empréstitos concedidos a las naciones europeas y por el comercio de exportación, y el pago exige oro en los mercados deudores, que lo buscan por medio de las importaciones, abatiendo al industrialismo yanqui, con detrimento de sus grandes factorías. Y como el oro sólo es riqueza mientras es signo del cambio, cómo movilizar los tesoros de Creso sin desquiciar el equilibrio económico?

Altas cuestiones que dilucidan los millonarios, pero nosotros que soñamos con la Ethelburga fantástica-

mente, como en la promesa mesiánica los judíos, ¿qué haremos con nuestra situación económica hasta que llegue o no llegue el *mandá*?

Si por lo menos nos convenciéramos de que tenemos una legislación babélica, ineficaz, absurda, ya ganaríamos algo. Pero no es así. Nuestro orgullo infantil mantiene fijado en los periódicos las afirmaciones piramidales: tenemos la mejor legislación, nos faltan hombres que están siempre en las oposiciones, y que llegando al poder fracasan!

—Otros países curados ya de ese primitivismo no piensan así y buscan el concurso técnico para reformar sus sistemas. La misión financiera de Colombia ha presentado al Congreso de ese país las siguientes reformas aprobadas con pequeñas variantes, aceptadas por los técnicos: Creación de un Banco de la República o sea un nuevo Banco Central de Emisión y Redescuento, incluyéndose en este proyecto la reforma monetaria; la revisión completa de las leyes internas de rentas; nueva ley de presupuesto nacional; creación de un Departamento de controlería que comprende el plan de reorganización de los sistemas de contabilidad nacional; nueva ley general de establecimientos bancarios; ley que organiza la recaudación e inversión de los impuestos nacionales; ley reformatoria de la organización interna de los ministerios; impuesto a la renta, derogando la que existía, basada sobre mejoras teóricas y prácticas modernas.

He leído el informe del Jefe de la Misión financiera yanqui, Mr. Kemmer, acerca de la manera cómo ha colaborado en su obra todo lo que Colombia tiene de pensante, y la abnegación con que se ensayan las reformas poniendo todo para el éxito, que francamente la admiración se produce sin reservas, con los votos porque prospere ese país en el que predomina el buen juicio. "Acerca de la obra llevada a efecto por el Congreso extraordinario, dice, el técnico citado, afirma el Ministro de Hacienda en su informe: "Jamás en la historia de Colombia, y acaso en la de ningún otro país se ha realizado en tan corto tiempo una labor legislativa tan

intensa, tan honda, y tan trascendental en su significado”.

Este es el secreto del éxito: un Congreso de gente conocida, que posea inteligencia, practique el patriotismo y tenga repugnancia de la teatralidad. Mientras esto no ocurra, y lleguen a las Cámaras los incondicionales y no los idóneos y racionales, toda reforma pasará por las horcas caudinas por las que ha pasado la Comisión Permanente de Legislación y Mr. Hort, que no podrá decir a su regreso lo que sus paisanos han dicho del Congreso colombiano.

Así, pues, la política económica, que en esta época es toda la política, mantiene las características y todas las dificultades que se esbozaron con la Gran Guerra, más la gravedad que el tiempo acumula en toda situación de ruina.

Y esta situación sólo podrá salvarse con grandes sacrificios, con verdadero patriotismo y sin el veneno de los odios de las banderías.

## LXXXIV

### CHILENIZANDO

Mientras mi querido amigo don Rafael Coronel G. dedicó su talento y energía a la noble cruzada de la regeneración nacional por la educación, seguí apasionado tan bella labor, que, además de necesaria, encuadraba en la profesión del educacionista.

Pero esta mañana he leído en “El Comercio” un artículo del señor Coronel, en el que se digna aconsejarnos a los ecuatorianos la urgencia de salir a la calle a gritar ¡viva Chile! Y justifica este pensamiento con esto: “Es que en el Ecuador, con razón, debe haber en el pecho de cada ciudadano un profundo cariño para Chile.” Y encarga esta manifestación de cariño a los universitarios y a los obreros.

No discuto al señor Coronel los motivos por los que debemos estar felices del cariño de Chile, ni le niego que en las fechas clásicas, en Santiago como en Quito, han desfilado ante las legaciones manifestando ese cariño internacional, los ciudadanos chilenos y ecuatorianos, pero sí le observo que la cuestión internacional ecuatoriana está muy por encima de esos actos sentimentales, y que no es en la calle gritando viva esto o aquello, como ha de resolverse el problema vital del Ecuador: la defensa del solar patrio. Un problema político tan complejo que ha conmovido a las cancillerías todas de América, suscitado por la revolución de Bolivia, exige prudentes reservas, cordura absoluta y absoluta confianza en la Cancillería, única entidad llamada a dirigir las negociaciones y encauzar el sentimiento nacional.

El problema de Bolivia es el problema de América. Estudiando el publicista José de Astorga esta cuestión, dijo en 1912: "En todo caso, el grave problema planteado por los anhelos expansionistas de Bolivia hacia el Océano exigen un profundo estudio de parte de los hombres de Estado de esta República, de Chile y del Perú. Es indispensable encontrarle a breve plazo una solución cuyas dificultades aparecen más grandes cuanto más se analizan los complicados elementos de la cuestión. A mi modo de ver la paz de la América del Sur depende de cómo se despeja esta incógnita: dar a Bolivia una salida al Pacífico sin que sufran los intereses esenciales de Chile y del Perú y sin que se altere la amistad de las tres Repúblicas."

Y sin embargo de que se agota y sigue agotándose cuanta fórmula indica la diplomacia para despejar la incógnita, el problema permanece insoluble, a pesar del cambio radical de la situación boliviana, por obra de la revolución.

La intervención de los universitarios de América, cuando fue invocada por motivos de paz en el Congreso Internacional de Estudiantes que tuvo su sede en Lima en 1912, fue para provocar el advenimiento en las relaciones diplomáticas rotas entre las cancillerías de

Santiago y Lima. Entonces se operó el milagro de la juventud, relativo a oír en las calles de Lima el grito de ¡viva Chile! y en las de Santiago el de ¡viva el Perú! Esa, Sr. Coronel, esa obra de cultura internacional es la que hemos de pedir a nuestra juventud, y no la actitud belicosa, la *pose* ridícula por la cual "los ecuatorianos debemos estar todos con los ojos hacia Chile y con las manos prontas a iniciar una acción común." Seamos amigos de Chile, pero no vasallos.

Además, ¿quién nos dice que esta emergencia habrá de tener soluciones inesperadas? Los contendores son fuertes, relativamente, y los fuertes se respetan. Bolivia está perfectamente militarizada; sus arsenales han inquietado a sus vecinos por lo bien provistos; su política ha girado en torno de programas definidos y con hombres preparados, sin otra alteración del orden desde 1899, que la revolución actual del doctor Saavedra. El Perú tuvo en 1910 la población de 4'900.000 habitantes; el comercio exterior tuvo un valor de 100'400.000 soles; el presupuesto fiscal, con una suma de ingresos de 27'960.000 soles, se saldó con un superávit de 1'424.000 soles; la deuda pública ascendía a 7'000.000 de soles; y el cambio estaba a 24 peniques. Don Aníbal Maúrtua, en su libro "El Porvenir del Perú", afirma que la situación del Perú cuando la guerra del Pacífico fue la siguiente. Población. 2'704.998 habitantes; comercio exterior 39'500 000 de soles; presupuesto 22'000.000 de soles; arrojando un déficit de 4'600.000 de soles; la deuda pública externa e interna subía a 419'419.728 soles y el cambio estaba en 22 peniques. Compare el señor Coronel la situación y deducirá que no importa ir a la guerra con cualquier desenlace, pero fiados en las propias fuerzas. El mayor desastre que le puede ocurrir a un hombre, como a un pueblo, es abandonarse a vivir en la confianza de los amigos.

Si pues, Chile es fuerte y lo son también Bolivia y el Perú, y la paz de América está pendiente de este conflicto, no se buscará la forma diplomática para detener la conflagración? Y entonces, cuando todos los paí-

ses de América guardan la necesaria reserva, en qué predicamento quedaría el Ecuador, con sus alharacas callejeras? En el ridículo, señor Coronel.

Y esa forma de conciliación aparecerá. Ya la intentó Billingham después de reanudadas las relaciones, a raíz del Congreso Internacional de Estudiantes. El General Montes agitó en estos últimos años todos los hilos diplomáticos para dar a Bolivia un puerto en el mar. La revolución boliviana cambia la situación con la misma finalidad. Chile explota el sentimiento de los pueblos que tienen diferencias con el Perú y se arma, y confía en su brazo, sin dejar de buscar la fórmula pacífica para el avenimiento definitivo. En todo caso, cada pueblo vela por la propia seguridad y tiene fijos los ojos en la propia conciencia de su nacionalidad. Y las demás naciones, singularmente Colombia, guarda absoluta reserva, y su situación internacional es análoga a la nuestra, sin embargo de estar preparada para la paz y para la guerra.

Lo que toca, pues, al Ecuador ante la nueva situación de Bolivia, es guardar prudente reserva, no provocar situaciones falsas y pensar en la dignidad nacional. (\*)

## LXXXV

### PARA UNA BIOGRAFÍA CLERICAL

Con motivo de la celebración del aniversario de la independencia ecuatoriana, publicó en Chile un escritor que firma R. H. un interesante artículo, que se ha dig-

---

(\*) Este artículo, así como el que sigue publiqué en "El Día", en 1920, y porque expone el criterio del autor de este libro relativo a la política internacional, así como porque exhuma documentos no conocidos acerca de García Moreno, los incorpora en este libro el autor.

nado reproducirlo "El Comercio" de esta ciudad, en la conmemoración del 18 de Setiembre, y en la cual, a vuelta de variadas consideraciones acerca de la simpatía y amistad que siempre ha reinado entre los pueblos del Ecuador y Chile, se hace la transcripción de algunos fragmentos de memorias ministeriales, con los que se llega a la evidencia de que García Moreno, cuando estalló el conflicto americano que tuvo por consecuencia la ocupación de las islas peruanas de Chíncha, por la armada del Gobierno español, traicionó dicho Presidente la libertad de América, según se comprueba por los siguientes datos:

"Cuando el 14 de Abril de 1864 el Almirante Pinzón, dice don Pedro Moncayo en su Historia del Ecuador, se apoderó alevosamente de las islas Chíncha, declarando todo lo que llamaron tregua de cuarenta años, corridos desde la victoria de Ayacucho, se miró esa declaración por los gobiernos y todos los patriotas americanos, no sólo como un ataque a la soberanía del Perú, sino como una ofensa y una amenaza a toda la América independiente. Así lo consideró también el entonces Presidente de la Municipalidad de Guayaquil, Pedro Carbo, y fue por esa convicción que presentó e hizo aprobar a ese Cuerpo una Manifestación contra tan insolito atentado. Manifestación que por poco no causó un atropello a su autor, pues el Presidente García Moreno que se había declarado neutral en la cuestión entre Perú y la España, decretó el destierro de Carbo, lo cual no tuvo al fin lugar, porque interpusieron su influencia varios amigos del tirano."

Sin embargo, García Moreno dió cumplidas satisfacciones al Encargado de Negocios de España, señor Mario del Prado, cuando éste, en nota del 15 de mayo de 1864, dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, le dijo—entre otras cosas—lo siguiente: "Que juzgando lamentable el extravío que está sufriendo la opinión pública en este país acerca de la cuestión pendiente entre el Gobierno de España y la República del Perú, el infrascrito espera que el Gobierno del Ecuador dictará medidas a fin de que no se reproduz-

can manifestaciones análogas a la publicada por la Municipalidad de Guayaquil."

El 18 del mismo mes de mayo del año citado, el doctor Pablo Herrera, contestó al Encargado de Negocios de España, lo siguiente: "El Gobierno del Ecuador ha deplorado que el Ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil hubiese publicado una Manifestación ajena de su incumbencia y de sus atribuciones legales; pero ha dictado las medidas oportunas para que no se repitan actos de igual naturaleza."

¿Y cuáles eran esas medidas oportunas que adoptó el señor García Moreno para favorecer a la causa de España? En circular de 14 de mayo de 1864, dirigida a los Gobernadores de Guayas, Manabí y Esmeraldas, el Ministro de lo Interior doctor Pablo Herrera, dijo: "El Presidente de la República ha dispuesto se faciliten a los buques de guerra españoles que se presenten en el puerto de esta provincia las provisiones y combustibles que puedan necesitar, debiendo Vuestra Señoría hacer otro tanto con los buques de guerra peruanos en el caso de que igualmente necesiten de las mismas provisiones y combustibles."

En vano las grandes voces de don Juan Montalvo pedían la adhesión de América para la defensa común, pues el atentado contra el Perú era un atentado contra la libertad del Nuevo Mundo; en vano repetía con clamores poderosos: "Ciegos podemos ser, pero en tanto extremo que no columbremos peligro tan patente, nó: de muy atrás ha preparado España la guerra que mueve a la América Latina: Chile no le había dado aún el menor pretexto, y ya en su mente ordenaba la guerra a Chile: al Perú no le había irrogado la menor injuria, y ya ella hacía en sus proyectos guerra al Perú; España ha puesto en pie una gran flota, ha consagrado a la marina gran parte de su ejército, y el de tierra lo ha hecho numeroso, le tiene en punto de batalla."

Y sin embargo García Moreno seguía aferrado con increíble necedad a una neutralidad imposible, a una neutralidad que en este caso no podía calificarse de tal,



sino simple y llanamente de traición a la libertad de América.

Ardua fue la tarea que tuvo que efectuar el diplomático chileno don José Nicolás Hurtado, para convencer al Presidente ecuatoriano lo grave del procedimiento; y hablándole el lenguaje de la amistad, le dijo: "U. se pierde, porque va a quedar aislado entre las Repúblicas del Pacífico; U. tiene poderosos enemigos en su Patria; y aprovecharán de este extravío para levantarse contra usted invocando el apoyo de las demás Repúblicas; y yo, agregó, le digo con un sentimiento sincero que Chile y el Perú apoyarán cualquiera resolución en este País, para echar por tierra a un Gobierno anti-americano."

Solo entonces, y cuando comprendió García Moreno el peligro en que ponía la estabilidad de su despotismo, se convino, a su pesar, a la celebración de un Tratado con Chile y el Perú para la defensa común, ante las tentativas de España.

Cogido en la traición a la libertad de América, García Moreno no supo explicar su conducta ante el Congreso del Ecuador y cayó en contradicciones lamentables, como lo comprueban estas palabras de su Mensaje a la Legislatura de 1875: "Para hablaros del estado de nuestras relaciones con el Perú y España, necesito recordaros los acontecimientos que desde abril del año último, pusieron a prueba la moderación y firmeza de nuestro Gobierno. El jefe de las fuerzas navales españolas en el Pacífico procedió, sin formalidad previa, a posesionarse de las islas peruanas de Chincha; y en justificación de aquel acto DE ABIERTA HOSTILIDAD INVOCO, entre otros motivos, un derecho de reivindicación y una tregua completamente quiméricas e inadmisibles. Pero aquel Jefe declaró al mismo tiempo que procedía sin instrucciones y por su propia cuenta, lo cual quitaba a sus palabras y a su conducta la fuerza amenazadora que habrían tenido en caso de estar conformes con las órdenes de su Gobierno. Juzgué, pues, que mientras el Gobierno español no desaprobaba, debíamos observar una conducta de prudente es-

pectativa, guardando estrictamente neutralidad en las hostilidades que de hecho se habían iniciado, y reservándonos el obrar de acuerdo con los demás Estados hermanos, cuando por el peligro de uno se hallase amenazada la existencia de todos."

Y más adelante dice en el Mensaje en referencia: "Las antiguas y amistosas relaciones con la España, *no tuvieron interrupción durante aquel conflicto*, pero posteriormente 'a fragata española de guerra "Blanca" *no saludó a la plaza de Guayaquil*.—Este incidente inesperado será sin duda improbadado por la noble rectitud del Gobierno de S. M. Católica."

\* \* \*

El anterior capítulo demuestra de una manera concluyente que el doctor García Moreno se pronunció en contra de los intereses de América, favoreciendo a España en sus afanes de reconquista, y a no haber intervenido oportunamente la diplomacia chilena, el Ecuador habría representado el tristísimo papel de una traición a los intereses libertarios de América.

Para cohonestar la deslealtad de su procedimiento, García Moreno recurrió a una de esas farsas muy frecuentes en su política, y en vez de salir por los fueros de la libertad de América, tuvo el desplante de ofrecer la mediación del Ecuador para dirimir las dificultades ocasionadas por el atentado español. Es claro, esa mediación fue desechada, y pasó a enfilarse en el grupo de los desaciertos internacionales que tienen en el ofrecimiento de la intervención ecuatoriana para restituir al Papa sus Estados Pontificios, un fracaso inicial, y en la locura de Guaspud y Tulcán el triste final del sainete que representó el Ecuador con García Moreno, restableciendo un sistema político de la Edad Media, en los tiempos modernos.

Pero si es verdad que la exactitud histórica de los datos que quedan apuntados es incontrovertible, la pa-

sión banderiza imputa a desafecto lo que es dolorosa realidad. Para robustecer el concepto que los escritores ecuatorianos han tenido siempre, relativamente a que García Moreno traicionó a la América cuando España pretendió sojuzgarla nuevamente, viene en colaboración los conceptos de los internacionalistas extranjeros, que en su afán de demostrar al mundo su influencia en los países amigos, dejan también en descubierto las lacerias de una Nación azotada por malos gobernantes.

“Las relaciones entre el Ecuador y el Perú se hallaban seriamente comprometidas—dice la Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile correspondiente a 1865,—y esto no sólo obstaba a que el Gobierno ecuatoriano no secundase la acción diplomática que teníamos en mira, *sino que amenazaba acrecentar con nuevas y lastimosas dificultades* las complicaciones ya bastante ingratas de la política americana.—*Los oportunos pasos de nuestro Ministro en el Perú*—continúa la memoria—pudieron restablecer la buena inteligencia entre las dos Repúblicas desavenidas; y el Ecuador no tardó en asociarse, por medio de un Agente Diplomático, a los esfuerzos de los Representantes americanos reunidos en Lima, y abrazar con decisión la defensa de los intereses del Continente. *A este resultado contribuyó también la Legación que acaba de enviar el Ecuador.*”

Esto es lo que afirma la diplomacia, que a pesar de todos sus velos deja en descubierto el hecho inequívoco de que sin la intervención oportuna y la amenaza de revolución de parte de los Delegados de Chile y el Perú, García Moreno empujaba al Ecuador a la traición, y no habría podido suscribirse el Tratado de enero de 1876, por el cual se efectuó la alianza ofensiva y defensiva contra los intereses piráticos de España.

El reproche de Chile, contenido en el fragmento de la Memoria preinserta, por la actitud desleal de García Moreno, está corroborado por el siguiente informe reservado de don Manuel Montt, Plenipotenciario chi-

leno, residente en Lima, quien refiriéndose al Ecuador, ha dicho: "Yo por mi parte, interin recibo instrucciones sobre el particular (la resolución del Perú de derrocar a García Moreno, para que el Ecuador entre con las demás Naciones en la lucha por la libertad de América); empenaré todos mis esfuerzos para desviar a este país de semejantes propósitos que, en mi opinión, lejos de contribuir a quitar a la España un asilo para sus naves, puede acelerar este resultado ofreciendo al Ecuador *un pretexto para desertar de la causa americana* y ABRAZAR ABIERTAMENTE la española. No reputo tampoco compatible con la dignidad y lealtad del gobierno peruano abstenerse de obrar contra España, si le ocupa sus islas, y emprende operaciones contra el Ecuador por el temor de que pueda favorecer aquel atentado." (\*)

Los datos que han suministrado nuestros historiadores nacionales respecto a la traición de García Moreno, quedan robustecidos con los que han suministrado nuestros amigos de Chile con motivo del recuerdo que se nos ha dedicado el 10 de Agosto último, en el artículo reproducido por "El Comercio" de esta ciudad, firmado por R. H., autor que se demuestra sumamente versado en los achaques de la política internacional de América, y que no obstante el tino y la sagacidad empleados para hacer aparecer la inmiscuencia del Ecuador en el conflicto del Pacífico, como un acto de confraternidad americanista, ha puesto en evidencia que, real y positivamente, García Moreno, traicionó a la libertad de América, favoreciendo a España.

## LXXXVI

### UNA OPINIÓN ILUSTRADA

Refiriéndose al estudio "Don Abelardo Moncayo y su época", el ilustre Presidente Baquerizo Moreno, dirigió al autor de este libro la siguiente carta:

---

(\*) "El Comercio" Setiembre 18 de 1921.

Sr. Dr. Dn. Pío Jaramillo Alvarado.

Quito.

Muy estimado doctor y amigo:

Siempre ha de afirmarse que el liberalismo nada hace, que el liberalismo es un fracaso y que el liberalismo se acaba. No tengo tal pensamiento. Me parece que así como en el Código Civil, viejo de suyo y necesitado de no pocas reformas, no cabe ni puede haber toda la vida *civil* de un pueblo tan complejo en sus relaciones, tan sorprendente y nueva en hechos y *casos* diarios, y desborda y rebasa de ese número, determinado de reglas y artículos que han de mantenerse inmóviles y fijos, al decir de algunos; así el liberalismo, no obstante lo que hace y lo que realiza, tiende siempre con una fuerza y expansión a nuevas formas, a nuevos procederes y nuevas conquistas, sean o no éstas verdaderamente fundamentales.

El ideal de 1923, no puede ser el mismo que llegó a culminar en el movimiento de 1895. Hoy nos inclinamos de preferencia a una acción social; antes esa inclinación era principal y naturalmente al objetivo de las garantías individuales; y como el avance en la realidad de aquella acción, ni es fácil, ni deja de tener en la tradición, y aun en el vivir actual, resistencias y obstáculos graves y difíciles de vencer y allanar; y quedamos por ello casi paralizados, siguiendo a tientas, y a las veces detenidos como en busca de aliento y meditación, acude luego la queja, cuando no la terrible imprecación airada.

Derrocar un Gobierno, remendar o rehacer una Constitución, son hechos que se han ejecutado por obra y gracia de un hombre, una espada, un prestigio personal; pero echar los cimientos para la renovación o evolución económica y social en que está hoy empeñado el mundo entero, no es cosa de un sólo hombre, ni

de un prestigio personal y menos todavía de la hoja afilada del acero toledano. El liberalismo, lo creo sinceramente, ni ha sido *incapaz*, ni ha fracasado. Cumple y cumplirá su obra, obra de demolición—de machete—que expresó alguno, en sus comienzos; de afirmación y reconstrucción después, lenta en parte, pero segura y de progreso siempre. A mi ver, y a pesar de todo, entre 1895 y 1923, hay más de un siglo.

El liberalismo nos ha dado una Constitución en consonancia con los ideales que proclamó y sostuvo de palabra y con las armas, con desinterés doctrinario y sacrificios personales; nos ha asegurado la libertad de pensar, de creer, de escribir y de hablar por manera tan amplia, que parece imposible, por lo menos en cuanto a la palabra hablada y escrita, el ir más allá. El liberalismo ha secularizado el Estado. Ese Estado sin Dios, de Combes y Walkeer Rousseau, existe entre nosotros y lo insinué en el Senado desde 1902. La separación de uno y otro poder, se ha establecido de hecho y me negué a presentar candidato para el Arzobispado de Quito. No hay subvenciones a la Iglesia. Que el Estado ha secularizado su enseñanza, es cosa innegable. En sus escuelas, colegios y universidades es completamente laica y la aprovecha numerosísimo personal de alumnos que no llevan ya a la vida activa del ciudadano todo ese bagaje de preocupaciones, recelos y temores religiosos que formaban, por lo general, el *equipo* de las generaciones anteriores al 95. En las universidades, donde principalmente se moldea el espíritu de la juventud para las necesidades, las luchas, los esfuerzos de la vida civil, la doctrina era de pura substancia conservadora, con honda raigambre católica; y si de tal enseñanza tuvimos liberales, se explica esto por rebeldía natural en algunos individuos, por tradiciones de familia o por sugestión casual de amigos y lecturas; así como ahora no faltarán tampoco espíritus conservadores—acaso más amplios y tolerantes—que resisten al medio y al ambiente liberal en que se educan.

Y en fin ¿para qué esta *Apología*? Ni Sócrates la quiso, ni el Liberalismo la necesita. Los tiempos

cambian, y con ellos cambia también, o se modifica, el Ideal de la acción. Hoy es la sociedad más que el individuo, la que está en espera de cosas, reformas y *evoluciones* que presentimos y anhelamos y hasta procuramos; pero sin dirección fija y cabal todavía, ni luz que nos alumbre francamente, en el "valle de sombras" que atravesando vamos!

Creo, desde luego, con Antonio Caso, que el rase-ro sería un mal y no una flor de civilización, el orden y la armonía; pues esto, vaya si sería de desear.

Se habrá cansado usted de oír tan largo monólogo; hubiera preferido yo el diálogo, y le pongo punto, no sin acordarme que en la inconstancia de las cosas se nos revela la constancia del amigo.

.....  
Concluyo deseándole toda prosperidad; y para los libros que publica, un éxito completo y duradero; de librería en lo posible, y siempre, de justo aplauso y merecida honra, que pueda decir usted como Dante:

"Después de cada paso  
Las plumas me crecían para el vuelo."

Y no desesperemos, por mucho que nos mueva a esto el espectáculo de las cosas exteriores; por el contrario, confiemos en aquello que ni vemos ni palpamos, en aquello que será la sorpresa de algún día, cuando se nos muestre colmada de bondades, abnegaciones y heroísmos la urna sagrada de las virtudes de un pueblo; de esas virtudes que ni desaparecen ni mueren; que están libres de la corrupción de lo alto, y prontas a la sacudida de la acción, madre de los héroes y madre de los mártires también.

De usted atento servidor y amigo.

A. BAQUERIZO M.

Guayaquil, setiembre 8 de 1923.

## LXXXVII

### DEL PROGRAMA PRESIDENCIAL

Y este es el momento de tocar, al finalizar la campaña, una de las cuestiones más complejas, si no para resolverla, por lo menos, para plantearla aunque sea en lineamientos generales, lo cual cabe dentro del sistema de estos estudios, mejor que estudios, sugerencias: un glosario sincero de las realidades de la vida política, para el desarrollo lento en crónicas múltiples.

¿Cuál será el programa presidencial del señor doctor Córdova? ¿El de la Asamblea? Muy bien en lo que significa declaración de principios políticos y económicos en general; pero el programa concreto para desarrollarlo en el término perentorio de cuatro años, ¿cuál será?

Esto es lo que ha de saberse, indudablemente, en el discurso inaugural del gobierno, en setiembre, como es de uso, y para esa emergencia es preciso que la opinión pública colabore, con la amplitud que exige el acierto, para que la próxima administración tenga éxito. Además, un programa determinado, exige en el gabinete un personal asimismo bien escogido y selecto, que sea armónico, capaz de compenetrarse sin reservas en el pensamiento del gobierno, y que, en todo caso, no se sienta flácida y desconfiada la unidad de acción, por alguna falla heterogénea.

“No carece de importancia para un príncipe, aconseja Maquiavelo, la elección de Secretario, que es o no es bueno, según la prudencia de su señor. Lo que primeramente sirve para formar juicio del príncipe y de su entendimiento, es ver de qué hombres se rodea, y cuando son capaces y fieles le tienen por sabio, porque supo escogerlos y sabe mantener su fidelidad. Si son de otra manera, el juicio que se forma del príncipe no



le favorecerá.—Porque la comprensión humana es de tres clases: unos disciernen por sí mismos, otros comprenden lo que se les demuestra, y otros no entienden por sí ni por ajena demostración. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros inútiles.—Hay un medio infalible para que el príncipe conozca a su ministro. Cuando le veas pensar más en sí que en tí, y que en todos sus actos procura su utilidad, no es buen ministro ni puedes fiarte de él, porque quien tiene en sus manos la gobernación de un Estado jamás debe pensar en sí, sino en el príncipe, ni recordar a éste lo que no sea propio de su rango”.

Lo que en buen romance pudiera traducirse así: no es posible improvisar un gabinete ni dejar su elección al círculo de amigos, porque si no hay acierto en la elección, el gobierno cae en menosprecio desde el primer día, y es claro que la opinión pública no favorece al Presidente, quien debe preferir a los sobresalientes, sin menospreciar a los buenos y no elegir jamás para ministros a los inútiles. Tampoco los Secretarios de Estado deben ser escogidos de entre los presidenciales o candidatos de profesión, porque pensarán más en conquistar simpatías para su futura exaltación, que en servir lealmente al gobierno. Y para ser leal con un gobierno es preciso estar compenetrado del espíritu de éste y en perfecto acuerdo con su programa doctrinario.

Así son los grandes principios políticos, tan sencillos, que parece no se necesita ser un Maquiavelo para descubrirlos, y, sin embargo, por el olvido de esas reglas precisas, hemos visto fracasar gobiernos que han tenido en su apoyo la opinión del país, pasando por sobre todos los errores originales!

Quedamos, pues, en que el número uno de un programa presidencial es un buen gabinete.

Número dos. Un congreso sobresaliente. Personalmente siempre he creído que la venganza del antecesor del doctor Tamayo la ejerció, dejándole el Congreso que le dejó, y que luego, no se procuró mejorarlo, sino que la renovación de la Cámara de Diputados fue

peor que la primitiva, con cuatro o cinco salvedades que sólo sirvieron para confirmar la regla de que los Congresos van de mal en peor en cada renovación. Que el Presidente actual y el electo mantengan su armonía. No hay razón para que así no sea, y que ambos recomienden al país la elección de un Congreso de gente de primera línea en todas las actividades nacionales. Desde luego, son preferibles los intelectuales con inteligencia, voluntad y dignidad, que otros factores preponderantes por el casual oficio de ricos.

Luego viene la organización hacendaria, incluyendo en ésta la valorización de la moneda. Es indispensable una comisión técnica que trabaje en colaboración con la Comisión Permanente. La falta de un plan de trabajo estudiado previamente por el Gobierno y defendido en las Cámaras por los Ministros, causa el fracaso de las Legislaturas. Se preconiza la centralización de las rentas como el signo de la confianza devuelta por el país al Ejecutivo. Centralizar, en nuestro caso, es administrar.

Ferrocarriles de realización a toda costa: de Quito a Esmeraldas, de Sibambe a Cuenca, de Guayaquil a Santa Elena y de Puerto Bolívar a Loja. Formación de un Sindicato para la realización de esta red, a base de un empréstito, pignorando para la amortización las rentas de estas obras.—Nacionalización del ferrocarril de Guayaquil a Quito, por la compra de acciones que den al Gobierno la mayoría en el Directorio de Nueva York.—Compra de los terrenos del Pailón al Sindicato inglés.

Supresión de legaciones excesivas y organización del servicio consular y de propaganda, para favorecer la exportación de productos, la afluencia de capitales extranjeros y el arribo de inmigrantes por cuenta de empresas concesionarias de terrenos baldíos.

Incremento de la agricultura, principalmente del cultivo de artículos de exportación, como caucho, cacao, arroz, azúcar, bananos, frutas. Protección a la ganadería. Guerra a muerte a los acaparadores de víveres.

Reparación de caminos públicos y construcción de caminos al Oriente.

Mantenimiento de las misiones militares, y protección decidida para la cultura del Ejército.

Innovación del actual sistema de Instrucción Pública centralizando la responsabilidad del servicio en el Ministerio del Ramo.—Protección especial a la educación obrera e indígena.—Intensa propaganda liberal por la prensa.

Arreglo de un *modus vivendi* con el Perú y Colombia para la navegación libre en los ríos de Oriente, manteniendo un servicio de lanchas ecuatorianas, hasta que se defina el arreglo de límites.—Estipulación del intercambio libre de productos en las fronteras con los países mencionados.

Revisión de la Constitución y leyes administrativas; especialmente la ley electoral que regularice el derecho de representación de las minorías.

Tolerancia religiosa sin más restricción que el respeto a las creencias de los no católicos.

Apoyo efectivo y decidido a la organización del Partido Liberal, y garantías para la organización conservadora. Desconocimiento del clericalismo como partido político ecuatoriano

Desarrollo del Programa de la Asamblea, al que se adhiera oficialmente el Gobierno, para el cumplimiento en la posibilidad de un período presidencial, pero sustentándolo, en todo caso, como norma doctrinaria de la administración política.

He aquí algunas sugerencias para el programa presidencial, y que pueden servir de bases para que la prensa discuta y concrete sus anhelos, mirando las cuestiones por los prismas de sus colores políticos.

Lo que se quiere significar con lo anterior es que, no es exacto que el Programa de la Asamblea es todo el programa del nuevo Presidente, ni que el Partido Liberal, por sus órganos representativos, trata de ejercer una tutela deprimente en la futura administración, como se ha insinuado por la prensa conservadora, que

ha extremado sus reportajes para denunciar estas sospechas.

El Candidato de la Asamblea ya triunfante, se debe a ésta para mantener el criterio liberal en la Administración, pero se respeta las actividades y responsabilidades del Magistrado en calidad de Jefe de la Nación, para garantizar a los ciudadanos sin distinciones de partidos, los derechos que la Constitución y las leyes establecen. El Liberalismo no impone sus doctrinas, las propaga, y fía en la germinación de la cimiento generosa, para mantener la opinión favorable en bien de la hegemonía del Gobierno liberal. El Liberalismo identifica sus doctrinas con la inquietud espiritual de los pueblos en sus aspiraciones al progreso. El Liberalismo se opone a todas las tiranías: la del déspota único o la de las muchedumbres; a la de las intransigencias sectarias o a las del jacobinismo fanático. El Liberalismo aspira a la armonía universal por la exaltación de la justicia.

Tales podrían ser las bases generales de un programa presidencial.



# NOTAS

---

## VOTO DE APLAUSO

---

Directorio Central del Partido Liberal Ecuatoriano. — N° 37.

Quito, 26 de Enero de 1924.

Señor doctor don Pío Jaramillo Alvarado.

Ciudad.

Muy placentero me es poner en su conocimiento, que el Directorio Central del Partido Liberal Ecuatoriano, en sesión de ayer, resolvió tributar a Ud. un voto de aplauso, por la eminente labor periodística realizada desde las columnas de "El Día", en los artículos que llevan el título genérico de "Aspectos Políticos" y que suscribe con el pseudónimo de Petronio.

El Directorio consideró que usted ha colaborado con talento en la organización del Partido Liberal y en

la difusión de su Programa, mediante la publicación de las citadas crónicas; y que la voz de aliento que envuelve la resolución que me complazco en manifestarle, puede significar un estímulo para que prosiga en tan bella propaganda futura de pensamiento y acción políticos.

Al comunicarle el voto de aplauso, aprobado por unanimidad, quiero reiterarle particularmente mi efusiva enhorabuena y la seguridad de mi distinguida consideración.

Atento servidor,

A. J. QUEVEDO.  
Vocal-Secretario.

\* \* \*

## DOCUMENTOS HISTORICOS

---

Para fijar con claridad el criterio histórico de los apuntes que contiene este libro, para el estudio de la crisis del Liberalismo ecuatoriano en 1924, es preciso que se conozca y se publique como complemento los siguientes documentos:

- 1º Manifiesto de la Junta Liberal del Pichincha.
- 2º Actas de la Asamblea Liberal.
- 3º Programa del Partido.
- 4º Estatutos y votos.
- 5º Nómina de los Delegados a la Asamblea y Directorio Central.

6º Pastorales del Arzobispado de fechas 31 de diciembre de 1922 y Exhortación del mismo, anterior a las elecciones recomendando la paz.

7º Comentarios del clero y los clericales a estos documentos; y

8º Discurso programa del Sr. Dr. Gonzalo Córdova, en la inauguración de su Gobierno.

Estos documentos suministran los términos precisos para comprender el momento político que dió por resultado la exaltación del Candidato de la Asamblea, violentando hasta los prejuicios regionalistas o mejor dicho, el pensamiento de las oligarquías bancarias de Guayaquil, que gobiernan el Ecuador.

REPRODUCCIÓN DEL DOCUMENTO ORIGINAL





# INDICE

|                                             | PAGINAS |
|---------------------------------------------|---------|
| Antecedentes.....                           | I       |
| I Aspectos Políticos.....                   | 1       |
| II Candidatos y Candidotes.....             | 4       |
| III Algo sobre la Asamblea Liberal.....     | 6       |
| IV El factor placista.....                  | 9       |
| V Los presidenciables.....                  | 12      |
| VI La abstención alfarista.....             | 14      |
| VII Del regionalismo.....                   | 17      |
| VIII Lo que proyectó el tamayismo.....      | 20      |
| IX El Candidato oficial.....                | 24      |
| X El fracaso de los Congresos.....          | 27      |
| XI La proclama de Monseñor Pólit.....       | 30      |
| XII Los programas de Intrigo y Lasso.....   | 34      |
| XIII El programa cordovista.....            | 37      |
| XIV El punto de contacto.....               | 40      |
| XV La Junta Liberal Radical del Guayas..... | 42      |
| XVI Caracteres de las crisis políticas..... | 45      |
| XVII Los sembradores de rencores.....       | 48      |
| XVIII Vieja y nueva política.....           | 51      |
| XIX El gobierno de la fuerza.....           | 54      |
| XX La salutación del Encargado.....         | 57      |
| XXI Teorías y realidades.....               | 62      |
| XXII La frase del General Andrade.....      | 65      |
| XXIII La filosofía del cambio.....          | 68      |

|         |                                                                            |     |
|---------|----------------------------------------------------------------------------|-----|
| XXIV    | El bofetón fascista.....                                                   | 71  |
| XXV     | ✓ De la polémica.....                                                      | 75  |
| XXVI    | ¿Papam habemus?.....                                                       | 80  |
| XXVII   | Nuestro fascismo.....                                                      | 83  |
| XXVIII  | El dilema.....                                                             | 88  |
| XXIX    | Los providenciales.....                                                    | 91  |
| XXX     | No reccriminemos, construyamos.....                                        | 94  |
| XXXI    | Política del Vaticano.....                                                 | 98  |
| XXXII   | Del cercado ajeno.....                                                     | 102 |
| XXXIII  | ✓ Las bases éticas del Programa de la Asamblea Liberal.....                | 106 |
| XXXIV   | ✓ Algo más sobre las bases éticas del Programa de la Asamblea Liberal..... | 110 |
| XXXV    | Las ideas sustantivas.....                                                 | 113 |
| XXXVI   | La actualidad política española.....                                       | 116 |
| XXXVII  | Los partidos clásicos.....                                                 | 122 |
| XXXVIII | El Ultramontanismo.....                                                    | 125 |
| XXXIX   | ✓ El Radicalismo.....                                                      | 129 |
| XL      | ✓ El Liberalismo.....                                                      | 132 |
| XLI     | El Partido Conservador.....                                                | 136 |
| XLII    | El pacto clerical del Pacífico.....                                        | 140 |
| XLIII   | El tercer Partido.....                                                     | 144 |
| XLIV    | Del "nacionalismo" en Colombia.....                                        | 147 |
| XLV     | Nuestro saludo al Candidato de la Asamblea Liberal.....                    | 151 |
| XLVI    | ✓ El clericalismo: he ahí el enemigo.....                                  | 155 |
| XLVII   | ✓ ¿Conviene que haya herejes?.....                                         | 160 |
| XLVIII  | La alianza Lasso-Pólit Lasso.....                                          | 165 |
| XLIX    | Las quiebras del periodismo.....                                           | 168 |
| L       | Cartas políticas.....                                                      | 172 |
| LI      | Con el candidato señor Lasso.....                                          | 170 |
| LII     | ✓ La crisis de la democracia.....                                          | 383 |
| LIII    | Frente a frente.....                                                       | 186 |
| LIV     | ✓ La cuestión religiosa en el Ecuador.....                                 | 192 |
| LV      | La verdadera situación cordovista.....                                     | 195 |
| LVI     | González Suárez, político.....                                             | 200 |
| LVII    | Los sofismas de "El Porvenir".....                                         | 210 |
| LVIII   | El entresijo en descubierto.....                                           | 216 |
| LIX     | Los dos fanatismos.....                                                    | 219 |
| LX      | Juanmanuelizando.....                                                      | 223 |
| LXI     | Por un Partido Conservador.....                                            | 227 |
| LXII    | Del cristianismo.....                                                      | 232 |
| LXIII   | El derecho de insurrección.....                                            | 237 |

|                                               | PAGINAS |
|-----------------------------------------------|---------|
| LXIV El poder civil.....                      | 242     |
| LXV El leninismo criollo.....                 | 246     |
| LXVI El caso de Monseñor D'Andrea.....        | 250     |
| LXVII El gobierno de los partidos.....        | 255     |
| LXVIII "Cueste lo que costare".....           | 259     |
| LXIX Por la liga de la paz interna.....       | 263     |
| LXX ¿Pax vobis, domine?.....                  | 267     |
| LXXI Las bases de un Partido Conservador..... | 272     |
| LXXII El liberalismo gobierna el mundo.....   | 277     |
| LXXIII La situación de México.....            | 282     |
| LXXIV El presidencialismo.....                | 286     |
| LXXV El parlamentarismo.....                  | 296     |
| LXXVI La situación del señor Alessandri.....  | 300     |
| LXXVII ¿Ha muerto la República?.....          | 304     |
| LXXVIII Sembrando vientos.....                | 309     |
| LXXIX De las doradas esclavitudes.....        | 314     |
| LXXX La reforma electoral.....                | 318     |
| LXXXI De la vieja política.....               | 325     |
| LXXXII El gobierno de fantasmas.....          | 332     |
| LXXXIII Política económica.....               | 338     |
| LXXXIV Chilenizando.....                      | 344     |
| LXXXV Para una biografía clerical.....        | 347     |
| LXXXVI Una opinión ilustrada.....             | 353     |
| LXXXVII Del Programa Presidencial.....        | 357     |

## NOTAS

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| Voto de aplauso.....       | 363 |
| Documentos históricos..... | 364 |